Nueva
Biblioteca
de la Libertad
62

RAINER ZITELMANN

EL CAPITALISMO NO ES EL PROBLEMA, ES LA SOLUCIÓN

Un viaje a través de la historia reciente de los cinco continentes

Unión Editorial

NUEVA BIBLIOTECA DE LA LIBERTAD

Colección dirigida por
Jesús Huerta de Soto

EL CAPITALISMO NO ES EL PROBLEMA, ES LA SOLUCIÓN

Un viaje a través de la historia reciente
de los cinco continentes

RAINER ZITELMANN

EL CAPITALISMO NO ES EL PROBLEMA, ES LA SOLUCIÓN

Un viaje a través de la historia reciente de los cinco continentes

Traducción de
Diego Sánchez de la Cruz

Unión Editorial
2021

Originally published in Germany as:
Kapitalismus ist nicht das Problem, sondern die Lösung
FinanzBuch Verlag, Munich (2018)

First published in English Language as:
The Power of Capitalism. A Journey Through Recent History Across Five Continents
© 2019 by LID Publishing Limited, London, UK.
All Rights Reserved. www.LIDpublishing.com.
Translated from the English Language Edition
with kind permission of LID Publishing Limited.
Translated into the Spanish Language through mediation
of Maria Pinto-Peuckmann, Literary
Agency, World Copyright Promotion, Kaufering, Germany.
Traducción al español por Diego Sánchez de la Cruz

© 2020 Rainer Zitelmann
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 local • 28015 Madrid
Tel.: 91 350 02 28
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN (Página libro): 978-84-7209-821-3
Depósito legal: M. 28.362-2020

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemniza ciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
Experimentos de campo en la historia humana

CAPÍTULO 1
China: de la hambruna al milagro económico

CAPÍTULO 2
África: el capitalismo es más efectivo contra la pobreza que la ayuda al desarrollo en la lucha

CAPÍTULO 3
Alemania: no puedes adelantar a un Mercedes con un Trabant

CAPÍTULO 4
Corea del Norte y Corea del Sur: Kim Il-sung frente a la sabiduría del mercado

CAPÍTULO 5
Más capitalismo: las reformas pro-mercado de Thatcher y Reagan en Gran Bretaña y Estados Unidos

CAPÍTULO 6
América Latina: por qué los chilenos viven mejor que los venezolanos

CAPÍTULO 7 Suecia:
el mito del socialismo nórdico

CAPÍTULO 8
La libertad económica aumenta el bienestar humano
CAPÍTULO 9
La crisis financiera, ¿fue una crisis del capitalismo?

CAPÍTULO 10
¿Por qué tantos intelectuales rechazan el capitalismo?

Capítulo 11
Un llamado urgente a la adopción de reformas de mercado

Bibliografía

Sobre el autor

Rainer Zittelmann es doctor en Historia y Sociología y autor de veintiún libros. Después de trabajar como historiador en la Universidad Libre de Berlín, fue jefe de sección en el periódico *Die Welt*. En el año 2000 fundó su propia compañía, que posteriormente vendió en 2016. En la actualidad vive en Berlín, donde trabaja como inversor y publicista.

Introducción

Experimentos de campo en la historia humana

Para muchas personas, el colapso de un régimen socialista tras otro a finales de la década de 1980 estableció firmemente que el capitalismo de mercado era, sin duda, un sistema superior. Sin embargo, el resentimiento anticapitalista, a veces oculto pero latente, a veces expresado de forma abierta y explícita, no solo persiste en algunos círculos, sino que ha ganado terreno a raíz de la crisis financiera de 2008. Por eso vemos que tanto los formuladores de políticas públicas como los analistas de los medios de comunicación o los intelectuales han interpretado casi unánimemente la crisis pasada como un fracaso del mercado y del capitalismo que solo puede resolverse con más intervencionismo estatal.

Este libro fue escrito como respuesta a estos puntos de vista. Me preocupa que estemos olvidando los fundamentos en los que se basa nuestra prosperidad económica. Para muchas personas, el propio término “capitalismo” tiene hoy una gran carga negativa. Aunque estas connotaciones ya se daban antes de la crisis financiera, las críticas han ido a más y, como resultado, los defensores del verdadero modelo de economía liberal se encuentran bajo ataque, acusados de ser “radicales” o “fundamentalistas de mercado”.

La economía moderna se puede organizar de acuerdo dos modelos básicos. En el primer escenario no hay propiedad privada del suelo o de los medios de producción. En cambio, todos estos activos son propiedad del estado. Las agencias gubernamentales se encargan de la planificación económica, de modo que son dichas instancias las que deciden qué y cuánto se produce. En el segundo escenario, el derecho a la propiedad privada está garantizado y los empresarios operan dentro de un determinado marco legal que les brinda libertad para fabricar productos y ofrecer servicios que puedan responder a las necesidades y deseos de los consumidores. Los precios sirven como medición de las suposiciones y los cálculos que hacen los empresarios, puesto que evolucionan según la demanda de bienes y servicios por parte de los consumidores. Hablamos, pues, de dos tipos de sistemas: el primero es el socialista y el segundo, el capitalista. En las páginas del presente libro, el segundo término se utilizará para aludir a una economía de mercado genuinamente libre, no a versiones diluidas o intermedias, a veces definidas como “economías sociales de mercado” o como modelos “mixtos”.

En la práctica, ninguno de estos dos sistemas existe o ha existido de forma pura. Incluso en países socialistas, como la antigua República Democrática Alemana (RDA) o Corea del Norte, encontramos que algunos individuos poseen cierta propiedad privada o que el plan económico general, por totalitario que sea, no suprime absolutamente todos los elementos característicos del mercado. Sin estos pequeños elementos contradictorios, las economías de los países en cuestión habrían sido aún más disfuncionales. Pero, si bien los precios existen nominalmente en las economías socialistas, la función que desempeñan es radicalmente diferente de la que juegan en las economías capitalistas. De hecho, su papel se parece más al de los impuestos, tal y como ha señalado el economista Zhang Weiying.[1]

Por otro lado, en las economías capitalistas vemos que existe un cierto grado de propiedad pública y de intervención regulatoria. Además, los impuestos representan, esencialmente, un sistema de

redistribución que toma recursos de los ricos y los transfiere a las clases medias y a los pobres. La Suecia de la década de 1970 es un ejemplo extremo de este tipo de políticas. También en aquella época Reino Unido constituía un ejemplo aleccionador que, al igual que en el caso sueco, ayudaba a poner de relieve los resultados económicos negativos derivados de la intervención gubernamental desproporcionada. Tales acontecimientos nos demuestran que limitar la intervención del Estado es crucial para aumentar la prosperidad.

Ninguno de los países analizados en este libro opera una forma "pura" de capitalismo. En consecuencia, la cercanía a un modelo otro viene determinada por el tipo de equilibrio existente entre la intervención reguladora y la libertad de empresa. El argumento central desarrollado en las páginas de este libro sostiene que aumentar la proporción de elementos capitalistas en una economía dada conduce generalmente a un mayor crecimiento, lo que a su vez aumenta el bienestar de la mayoría de las personas que viven dentro de esa economía. El desarrollo de China en las últimas décadas es un buen ejemplo de ello.

Muchos libros referidos a estos temas buscan construir una u otra teoría con la que demostrar que la superioridad del capitalismo o el socialismo. Este no es uno de esos ensayos. En lugar de abordar la cuestión desde un marco teórico, el presente libro toma la historia económica como punto de referencia.

Es importante recordar que, a diferencia del socialismo, el capitalismo no es un sistema inventado por intelectuales. En cambio, se trata de una forma de organización que ha evolucionado orgánicamente a lo largo de los siglos, de la misma manera en que las plantas y los animales han evolucionado en la naturaleza y continúan haciéndolo sin requerir ningún tipo de orden, planificación o teorización centralizada. Entre las ideas más importantes que nos dejó el economista y filósofo Friedrich Hayek está la lección de que el origen de las instituciones que funcionan correctamente "no se encuentra en su concepción o en su diseño, sino en la prevalencia

de las fórmulas exitosas".[2] Dicho proceso de selección opera, además, en base a la imitación de aquellas instituciones y hábitos que demuestran su validez.[3]

Un error muy grande en el que incurren los socialistas de diversas tendencias, pero también los hombres y mujeres que dirigen los bancos centrales, es la creencia de que existe un selecto grupo de mentes brillantes que están en condiciones de determinar qué necesitamos las personas con mayor certeza que los millones de agentes económicos que, en su rol de empresarios, inversores y consumidores, toman infinidad de decisiones individuales y, de esta forma, posibilitan intercambios de información muy superiores a cualquier intento aproximativo por parte de agencias gubernamentales, bancos centrales y demás órganos de control estatal.

Esta es la razón por la cual los intentos de imponer una economía basada en el mercado tienden a ser infructuosos cuando nacen "de arriba hacia abajo". Los políticos siempre estarán de algún modo involucrados en estos procesos, pero el capitalismo no puede diseñarse y canalizarse desde lo alto. Si analizamos el caso de China vemos que su exitosa transición hacia el capitalismo se debió sustancialmente a cambios que se dieron "de abajo hacia arriba" y favorecieron la adopción generalizada de prácticas económicas capitalistas, aunque es cierto que ninguna de ellas habría sido posible sin la tolerancia de tales prácticas por parte de los políticos del régimen. En este sentido, líderes como Deng Xiaoping y su gabinete de reformadores demostraron ser lo suficientemente inteligentes como para abstenerse de intentar implantar un sistema nuevo basado en ideales. En cambio, hicieron dos cosas: en primer lugar, en lugar de intentar prohibir o controlar los intercambios y acuerdos espontáneos y libres, permitieron que éstos se fuesen desarrollando de manera orgánica; en segundo lugar, analizaron detenidamente los modelos productivos de otros países para ver qué funcionaba y qué no, paso previo para implementar parte de esas lecciones en casa.

En este libro, adopto un enfoque similar: mi intención es analizar la historia económica reciente para explicar qué ha funcionado —y qué no. Estudio los caminos divergentes de países que facilitan la comparación porque han compartido historia, cultura o instituciones similares, caso de Corea del Norte y Corea del Sur, la Alemania comunista y la Alemania capitalista o los sistemas de Venezuela y Chile. También planteo cómo el avance del capitalismo y el repliegue del socialismo ayudaron a que China pase de ser un país pobre en el que decenas de millones de personas murieron de hambre hace menos de seis décadas a convertirse en la nación exportadora más grande del mundo y haber erradicado las situaciones de pobreza masiva y hambruna generalizada.

Aunque los izquierdistas críticos con el capitalismo y la globalización culpan a dicho sistema de causar hambre y pobreza en varias partes del mundo, el análisis de la historia reciente del continente africano nos proporciona muchos ejemplos que vienen a demostrar que lo contrario es cierto. El capitalismo no es el problema, sino la solución. Su forma de coordinar y orientar la producción ha demostrado ser más efectiva para combatir la pobreza que cualquier programa de ayuda financiera coordinado por los Estados. Los estudios disponibles muestran que las economías en vías de desarrollo más orientadas al mercado tienen una tasa de pobreza de apenas un 2,7%, frente al 41,5% que se registra en las economías en vías de desarrollo que no apuestan por el modelo de libre mercado.[4]

En general, más intervención estatal significa tasas de crecimiento más bajas y, en algunos casos, incluso negativas. En sentido contrario, la historia económica reciente de los Estados Unidos y el Reino Unido proporciona evidencia convincente de que más capitalismo conduce a un aumento más acelerado de la prosperidad para la mayoría de las personas. En la década de 1980, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, dos líderes políticos que creían firmemente en los beneficios del libre mercado, introdujeron reformas que redujeron la influencia del estado en la economía y mejoraron significativamente las perspectivas económicas de ambos

países. Y, como muestra el ejemplo de Suecia recogido en el capítulo 7, los programas del Estado de Bienestar corren el riesgo de terminar sofocando el crecimiento económico, de modo que necesitan ser acotados y restringidos.

En los últimos 70 años, la aplicación de unos y otros sistemas ha arrojado resultados similares de forma continuada y consistente. La evidencia es abrumadora y apunta a la conclusión de que más capitalismo significa mayor prosperidad. Aún así, en muchos sectores persiste la reticencia o la incapacidad a la hora de tomar nota de estas lecciones de la historia y aprender de los resultados derivados de unos y otros modelos. En su *Filosofía de la Historia*, el pensador teutón Georg Wilhelm Friedrich Hegel escribió que "lo que la experiencia y la historia nos enseñan es esto: que los pueblos y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia ni han actuado según principios deducidos de ella".[5]

Incluso si el veredicto de Hegel puede ser demasiado duro, sí parece cierto que mucha gente no logra abstraerse del contexto presente y extraer conclusiones generales de la experiencia y la evidencia histórica. A pesar de que hay numerosos ejemplos que nos demuestran que las políticas económicas pro-capitalismo conduce a una mayor prosperidad (en línea con la evidencia de ejemplos comentados en este libro o de otros que no se mencionan en esta página, caso de India), y a pesar de que las distintas variantes del socialismo han fracasado cuando se han llevado a la práctica, seguimos viendo que muchas personas siguen sin aprender las lecciones del pasado.

Tras el colapso de la mayoría de los sistemas socialistas a comienzos de la década de 1990, los intentos de implementar los ideales socialistas no han desaparecido y siguen sucediéndose en distintos rincones del mundo, con la vana esperanza de que *esta vez sea diferente*. El ejemplo más reciente es el de Venezuela. Al igual que ocurrió en el pasado, muchos intelectuales de Occidente fueron seducidos por el intento de Hugo Chávez de desarrollar un "socialismo del siglo XXI".[6] Al igual que con otros experimentos

anteriores de aplicar el socialismo a gran escala, las consecuencias fueron desastrosas, tal y como recoge el Capítulo 6 del libro.

Incluso en Estados Unidos vemos que muchos jóvenes se siguen aferrando al “sueño socialista”, aunque el sistema que tienen en mente es una versión idealizada y equivocada del socialismo de estilo escandinavo y no el comunismo de la era soviética. No obstante, este libro demuestra que dicha variante del modelo izquierdista ha sido completamente desacreditada por el fracaso integral que arrojó en los años 70 y 80 (más sobre esta cuestión en el Capítulo 7).

A corto plazo, no estoy demasiado preocupación por la posibilidad de que se produzcan grandes programas de nacionalización de activos o empresas en las naciones industrializadas de Occidente. Lo que sí me preocupa es el peligro mucho mayor e inmediato de que se produzca una reducción gradual del capitalismo a través de un aumento continuado de los poderes de control, regulación y redistribución de los Estados.

De hecho, los bancos centrales ya están actuando como si fueran autoridades de planificación. Creados originalmente para garantizar la estabilidad del valor monetario, ahora se confía en ellos para “neutralizar” las fuerzas del mercado. Al abolir *de facto* las tasas de interés determinadas libremente en el mercado, el Banco Central Europeo ha desactivado parcialmente el mecanismo de fijación de precios, que en sí mismo es una característica esencial de cualquier economía de mercado que funcione correctamente. En lugar de contener una deuda pública excesiva, esto solo ha exacerbado el problema, facilitando tal endeudamiento.

"La política de mantener bajos los tipos durante un período prolongado de tiempo distorsionará cada vez más los precios de los activos y exacerbará el peligro de otro colapso económico en el momento en que esta estrategia empiece a ser replegada”, advierte el economista Thomas Mayer. [7] No se necesita una bola de cristal para predecir que estas crisis se atribuirán al “capitalismo”, a pesar

de que en realidad son el resultado de una violación sostenida y continuada de los principios capitalistas. Un diagnóstico incorrecto conduce inevitablemente a la prescripción de un tratamiento incorrecto y, en este caso, puede dejarnos un mayor intervencionismo estatal en un mercado cada vez más debilitado.

Hubo un tiempo en que los socialistas simplemente procuraban nacionalizar las empresas privadas. Hoy, los elementos propios de una economía planificada se introducen de otras maneras: aumentando la intervención del Estado en los procesos de toma de decisiones comerciales, introduciendo una amplia gama de medidas fiscales y regulatorias, creando subsidios o introduciendo restricciones que distorsionan o limitan los mercados... De esta manera, vemos por ejemplo cómo el mercado energético alemán se ha transformado gradualmente en un caso de economía planificada.

Todo esto es posible porque muchas personas simplemente no se dan cuenta, o han olvidado, que el mercado libre es la base sobre la cual se basa nuestros actuales niveles de bienestar. Esto es particularmente cierto en el caso de la generación milenial, cuyas referencias sobre el socialismo, el comunismo y otros sistemas de intervención y planificación masiva se limita a lo que pueden leer en los libros. Para esos mismos jóvenes, términos como “capitalismo” y “mercado libre” han adquirido una connotación claramente negativa.

En un sondeo de *GlobeScan* publicada en abril de 2011 se pidió a los encuestados de varios países diferentes que calificaran en qué medida estaban de acuerdo con la siguiente afirmación: “el modelo de libre empresa y libre mercado es el mejor sistema en el que basar el desarrollo futuro del mundo”.[8] En el Reino Unido, donde apenas treinta años antes se había producido una profunda transformación y había pasado de una situación económica desesperada a un mayor crecimiento y prosperidad gracias a las estrictas reformas de libre mercado implementadas por Margaret Thatcher, apenas el 19% de los encuestados dijo estar totalmente de acuerdo con esta proclama. En el resto de Europa, estas cifras fueron algo más altas en Alemania, con un 30% de los encuestados

manifestando estar muy de acuerdo, mientras que en Francia, donde no pocos problemas están directamente relacionados con la falta de apoyo social al capitalismo, este porcentaje se redujo a apenas un 6%.

Resulta algo tranquilizador observar que estos porcentajes aumentan significativamente si incluimos a aquellos encuestados que decían estar “algo de acuerdo” con dicha afirmación. Incluyendo a este grupo, el respaldo firme (minoritario) o tibio (más común) al libre mercado alcanza el 68% en Alemania, el 55% en Reino Unido o el 52% en España. En Francia, no obstante, un altísimo 57% de los encuestados mostró su desacuerdo con la idea de que el capitalismo sea “el mejor sistema en el que basar el desarrollo futuro del mundo”.

Para los Estados Unidos, esta misma encuesta reflejó una caída en los niveles de aprobación del sistema de libre mercado, puesto que un sondeo anterior del año 2002 reflejaba un 80% del respaldo al capitalismo, frente al 59% registrado en 2011. Dicho porcentaje fue aún menor entre los ciudadanos de menores ingresos, donde el apoyo al capitalismo como mejor sistema económico posible cayó al 45%. El economista Samuel Gregg cita estas estadísticas en su libro *Becoming Europe*, un ensayo planteado como un aviso del riesgo que corre Estados Unidos si sigue el modelo maximalista de los Estados de Bienestar europeos.

Entre las generaciones de estadounidenses más se manifiesta una afinidad particularmente fuerte con las ideas anticapitalistas. Una encuesta de *YouGov* difundida en 2016 señaló que el 45% de los estadounidenses entre las edades de 16 y 20 años consideraría votar por un candidato presidencial de ideología socialista, mientras que un 20% reconocía que daría su voto a un aspirante comunista. En paralelo, solo el 42% de dichos jóvenes decían estar a favor de una economía capitalista, un porcentaje muy bajo en comparación con el 64% registrado entre los estadounidenses mayores de 65 años. Aún más preocupante, si cabe, es comprobar que en esa misma encuesta se detectó que un tercio de los jóvenes

estadounidenses cree que murió más gente bajo gobierno de George W. Bush que bajo la tiranía de Stalin.[9] Ese mismo año 2016, pero en abril, *Gallup* divulgó un sondeo en el que el 52% de los estadounidenses decía estar de acuerdo con la idea de que "el gobierno debería redistribuir la riqueza mediante la introducción de fuertes impuestos a los ricos".[10]

Alemania también presenta una situación delicada. En una encuesta de *Infratest Dimap* realizada durante el año 2014, un 61% de los sondeados dijo estar de acuerdo con la opinión de que "no vivimos en una democracia real porque el poder recae en los intereses empresariales en lugar de los votantes".[11] Además, el 33% de los alemanes respaldó la afirmación de que el capitalismo "causa pobreza y hambre de forma inevitable". Este porcentaje alcanzó el 41% en los *länder* que formaban parte de la antigua República Democrática Alemana, es decir, de la Alemania comunista.[12] Según ese mismo sondeo, el 42% de los alemanes y el 59% de quienes residen en la antigua RDA avalan la idea de que "el socialismo/comunismo son una buena idea que se ha ejecutado mal en el pasado".[13]

A medida que el colapso de los sistemas socialistas va desapareciendo gradualmente de la memoria colectiva, muchos ciudadanos residentes en Occidente parecen correr el riesgo de perder la conciencia de los beneficios que arroja el sistema de libre mercado. Esto es particularmente cierto en el caso de los jóvenes, cuyos estudios de historia apenas tocan las deplorables condiciones económicas y políticas vividas en los países socialistas.

Este libro gira en torno a una pregunta: ¿qué sistema económico ofrece la mejor calidad de vida para la mayoría de las personas? La calidad de vida está determinada, especialmente aunque no exclusivamente, por los niveles de riqueza económica y libertad política que disfrutan los individuos.

Si bien la historia nos proporciona muchos ejemplos en los que democracia y capitalismo van de la mano, también hay casos de

regímenes autoritarios que han adoptado un modelo de economía capitalista. Corea del Sur aún no se había convertido en una democracia cuando empezó a abrazar el capitalismo. Algo similar ocurrió en Chile. Y, a pesar de su éxito económico desde que empezó su apertura al capitalismo, China todavía sigue estando gobernada por un régimen autoritario.

Las comparaciones internacionales realizadas en este libro se basan únicamente en las características y resultados de sus respectivos sistemas económicos. Esto no quiere decir que la libertad política sea un aspecto menos importante que la calidad de vida ligada al progreso material. Sin embargo, el análisis de dichos asuntos se sitúa más allá del alcance de este libro y merece una investigación por separado.

Aunque no estoy de acuerdo con las premisas y los argumentos desarrollados por Thomas Piketty en *El capital en el siglo XXI*, comparto en parte su crítica a muchas investigaciones actuales en economía que exhiben "una pasión infantil por las matemáticas y por la especulación puramente teórica y altamente ideologizada", limitaciones que dejan la economía huérfana de técnicas muy necesarias, como "la investigación histórica y la colaboración interdisciplinar con otras ciencias sociales".[14] Piketty propone un enfoque pragmático "que utilice los métodos de historiadores, sociólogos y politólogos, además de las técnicas propias de la economía". En este sentido, presenta su célebre libro como "una obra tanto de historia como de economía".[15] Este planteamiento resuena con mi trayectoria académica. Mi primera titulación fue en Historia y Ciencias Políticas. Posteriormente obtuve dos doctorados: uno en Historia y otro en Sociología. En consecuencia, el enfoque de este libro es el de un historiador.

La principal queja que presenta Piketty es que la economía y las ciencias sociales ya no se ocupan de la "cuestión distributiva". El galo pide "devolver la desigualdad al centro del análisis económico".[16] Diversos autores han replicado a Piketty criticando el enfoque de su base de datos o sus errores metodológicos.[17] El propio

economista francés se ha retractado de algunos de los principios básicos que enunciaba en su libro.[18]

Mi objetivo, en cualquier caso, es simplemente señalar que este libro pretende hacer una pregunta completamente diferente a la de Piketty. Sin embargo, creo que esta pregunta tiene una importancia mucho mayor para la mayoría de las personas que la preocupación del autor de *El capital en el siglo XXI* por la redistribución de la riqueza. Y esa pregunta consiste en determinar si el capitalismo tiende a elevar o disminuir el nivel general de vida de los ciudadanos. Responder satisfactoriamente dicha cuestión me parece mucho más importante que debatir sobre un supuesto aumento en la desigualdad de la riqueza.

Piketty ha lamentado que entre 1990 y 2010 se haya dado una ampliación de la brecha entre los pobres y los ricos, medida en términos de ingresos y riqueza. Sin embargo, durante ese mismo período hemos visto que cientos de millones de personas, predominantemente en China, la India y otras partes del mundo emergente, han logrado salir de la pobreza extrema como resultado directo de la expansión del capitalismo.

¿Qué es más importante para estos cientos de millones de personas? ¿Se felicitarán de haber evitado una muerte segura ligada al hambre y la miseria? ¿O más bien les preocupará que la riqueza de los millonarios y multimillonarios haya aumentado con más rapidez que su nivel de vida? Tal y como demuestro en el primer capítulo de este libro, en China vemos que el aumento en el número de ciudadanos acaudalados y la mejora generalizada del nivel de vida experimentada por cientos de millones de personas han sido dos caras de la misma moneda que se remontan en ambos casos al mismo proceso: la transición del socialismo al capitalismo, con el consecuente paso de una economía planificada a una de libre mercado.

Más allá de cualquier duda, la globalización capitalista ha reducido la pobreza en todo el mundo. Hay cierto debate, no obstante, sobre

si el aumento de la prosperidad en países menos desarrollados ha conllevado una menor prosperidad entre las capas de rentas más bajas de las naciones industrializadas de Occidente. Este es, sin duda, un tema más controvertido. Sin embargo, quiero señalar dos cosas en respuesta. En primer lugar: si este fuese el caso y la competencia con trabajadores del mundo emergente hubiese reducido los ingresos de los grupos sociales más humildes del mundo rico, entonces necesariamente debemos afirmar que el movimiento anticapitalista y antiglobalización defiende, en esencia, el mantenimiento de un *statu quo* privilegiado para los estadounidenses y los europeos, en detrimento de los derechos de los pobres de África, Asia o América Latina a quienes, supuestamente, dicen defender estos activistas. En segundo lugar: la idea de que la globalización ha empobrecido a ciertas franjas de la población de Occidente no deja de ser controvertida y de estar sujeta a un intenso debate. Por ejemplo, en 2011 se publicó un estudio de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) que apuntaba que solo dos de sus países miembros (Israel y Japón) han experimentado una disminución de los ingresos reales del 10% más pobre de la población.[19]

En muchos casos, los informes de los medios sobre el aumento de la pobreza en los países occidentales desarrollados se basan en estudios que definen y miden la pobreza en términos relativos. Por ejemplo, los estudios oficiales sobre pobreza y desarrollo publicados por el gobierno alemán, aplican una definición de pobreza que considera pobre a cualquier persona que gane menos del 60% del ingreso medio. Sin embargo, el siguiente experimento mental muestra que dicha definición es, cuando menos, discutible. Supongamos, pues, que el valor del dinero se mantiene estable y que todas las personas ven cómo sus rentas se multiplican por diez de manera generalizada, de modo que aquellos que se sitúan en el segmento de menos ingresos pasan, por ejemplo, de tener una renta bruta de 1.000 euros mensuales a percibir 10.000 euros. ¡Todas las preocupaciones monetarias de dicho grupo de población se habrían terminado. La vida sería genial para todos. No obstante,

la fórmula del 60% nos diría que el número de personas que viven por debajo del umbral oficial de pobreza sigue siendo la misma.

Para los críticos del capitalismo que siguen la escuela de Piketty, la economía es un juego de suma cero en el que los ricos ganan lo que pierden las clases medias y los pobres.[20] Sin embargo, el mercado no funciona así. Los críticos del capitalismo siempre están criticando *cómo se divide el pastel*. En este libro, sin embargo, lo que planteo es cuáles son las condiciones que hacen que el pastel crezca (o disminuya) de tamaño.

Hagamos ahora otro experimento mental. Dejaré que sea el lector quien decida cuál de los siguientes resultados es preferible. Imaginemos una isla donde tres personas poseen una fortuna de 5.000 dólares cada una, mientras que otras 1.000 personas atesoran apenas 100 dólares por cabeza. La riqueza total de los residentes de la isla es de 115.000 dólares. Ahora planteemos dos alternativas.

En el primer escenario, debido a un rápido crecimiento económico, la riqueza total de los residentes de la isla se duplica hasta los 230.000 dólares. La riqueza de los tres isleños más ricos se triplica: ahora controlan 45.000 dólares, a razón de 15.000 dólares cada uno. Mientras tanto, la riqueza de los 1.000 residentes restantes de la isla crece un 85% y se sitúa en los 185 dólares *per cápita*. La brecha de desigualdad entre los residentes más ricos y los más pobres se ha ampliado considerablemente. En el segundo escenario no asumimos ningún crecimiento, sino que simplemente tomamos la riqueza total de 115.000 dólares y la repartimos equitativamente entre los 1.003 residentes. El saldo resultante es de 114,66 dólares por isleño: 14,66 dólares más para 1.000 isleños y 14.885,34 dólares menos para los tres ricos.

Supongamos que somos uno de los pobres que antes atesoraba una riqueza de apenas 100 dólares. ¿Cuál de las dos sociedades preferiría el lector? ¿Una con crecimiento económico y reparto desigual de la riqueza? ¿O un modelo de distribución equitativa? ¿Y

qué sucedería en el segundo caso si, como consecuencia de las reformas económicas destinadas a crear una mayor igualdad, la riqueza total de la isla se terminase reduciendo, por ejemplo a 80,000 dólares, hasta arrojar un promedio de 79,8 dólares *per cápita*?

Por supuesto, parece más lógico responder que el mejor resultado sería el del crecimiento económico, precisamente porque proporciona un nivel de vida más alto para todos los ciudadanos. Y eso es exactamente lo que el capitalismo logró en el siglo XX, tal y como incluso reconoce el propio Piketty.

El experimento mental anterior sigue siendo útil como una forma sencilla de demostrar la diferencia fundamental entre dos sistemas de valores opuestos. Un sistema prioriza la reducción de la desigualdad y otro enfatiza la mejora del nivel de vida de la mayoría. Si el lector está principalmente interesado en la cuestión de la igualdad, este es un libro equivocado para él. Si, por el contrario, le interesa identificar las condiciones mediante las cuales la mayoría de personas logra alcanzar una vida mejor, entonces invito al lector a unirse a este viaje a través del tiempo y de los cinco continentes en busca de respuestas.

Karl Marx tenía razón al afirmar que los medios de producción (tecnología, equipos, organización del proceso de producción, etc.) y las condiciones en que se da esa producción (el sistema económico imperante) no solo están inextricablemente vinculados, sino que dependen mutuamente.[21] Sin embargo, contrariamente a lo que afirma Marx, el punto crucial no es que el desarrollo de los medios de producción preceda a los cambios en las condiciones de producción, sino que los cambios en las condiciones de producción pueden hacer que se desarrollen los medios de producción.

El capitalismo es la raíz del aumento generalizado de los niveles de vida a nivel global. La prosperidad lograda en las últimas décadas no tiene precedentes en la historia humana, menos aún en la época anterior al surgimiento de la economía de mercado. La humanidad

necesitó el 99,4% de sus 2,5 millones de años de historia para lograr, hace ahora 15.000 años, un PIB mundial *per cápita* de 90 dólares internacionales (el dólar internacional es una unidad de cálculo basada en los niveles de poder adquisitivo en 1990). Fue necesario otro 0,59% de la historia humana para duplicar el PIB mundial *per cápita* y llegar a los 180 dólares internacionales, un logro que se alcanzó en 1750. Sin embargo, desde entonces hasta el año 2000, en un periodo que representa menos del 0,01% del período total de la historia humana, el PIB mundial *per cápita* se multiplicó por 37, hasta llegar a los 6.600 dólares internacionales. Dicho de otro modo: el 97% de la riqueza total creada a lo largo de la historia humana se ha producido durante esos 250 años.[22]

La esperanza de vida global casi se ha triplicado en ese corto período de tiempo. ¡En 1820, apenas rondaba los 26 años! Nada de esto sucedió debido a un aumento repentino en la inteligencia humana o la industria: sucedió porque el nuevo sistema económico que se desarrolló en los países occidentales hace ahora doscientos años demostró ser superior a cualquier otro modelo ensayado antes o después. Ese sistema es el capitalismo. Y fue ese paradigma basado en propiedad privada, el emprendimiento, precios libres y la competencia lo que hizo posible los avances económicos y tecnológicos sin precedentes que se han vivido en los últimos 250 años. El capitalismo es, pues, un sistema exitoso. Pero, no lo olvidemos, es aún un sistema joven y vulnerable.

Capítulo 1

China: de la hambruna al milagro económico

Durante milenios, China sufrió hambruna tras hambruna. Hoy, casi todos sus habitantes tienen suficientes recursos como para comer a diario. En 2016, China superó a EE.UU. y Alemania y logró convertirse en el mayor exportador del mundo.

A finales del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, unos 100 millones de personas murieron de hambre en el país asiático. Estas hambrunas fueron causadas por desastres naturales. En la segunda mitad del siglo XX volvió a darse una crisis similar. Sin embargo, esta vez se trató de una hambruna provocada por el hombre, no por la naturaleza. Fue, pues, una catástrofe de raíz política.

Tras su ascenso al poder en 1949, Mao Zedong se propuso convertir a China en un brillante ejemplo de socialismo. A fines de 1957, el líder proclamó el *Gran Salto Adelante* y empezó a pisar el acelerador para llevar a su país hacia el supuesto paraíso de los trabajadores prometido por la utopía socialista.

Según Mao, China superaría al Reino Unido en apenas quince años, demostrando de una vez por todas que el socialismo es superior al capitalismo. A través del periódico oficial del Partido Comunista, se informó a la población de los contenidos de un plan que tenía la meta explícita de "superar a todos los países capitalistas en un tiempo bastante corto, para convertir a China en uno de los países más ricos, avanzados y poderosos del mundo".[23]

LA GRAN HAMBRUNA

El experimento socialista más ambicioso de la historia comenzó movilizando a millones de agricultores de todo el país y obligándolos a trabajar en grandes proyectos de obras e infraestructuras, muchas de ellas centradas en el ámbito de la irrigación. Las condiciones eran deplorables: faltaba comida y apenas había horas de descanso. En poco tiempo, uno de cada seis chinos estaba ocupado en este programa, que abarcaba la construcción de grandes presas, canales, sistemas de regadío, etc.[24]

La eliminación sin escrúpulos de parte de esa fuerza laboral fue una de las varias razones de las hambrunas que comenzaron a extenderse por China. Los funcionarios del Partido Comunista exhibieron un comportamiento despiadado en sus esfuerzos por obtener resultados. Los campesinos eran castigados duramente si

tomaban hortalizas o verduras para alimentarse o incluso terminaban siendo apuñalados hasta la muerte por no trabajar lo suficiente. Los agricultores más recalcitrantes eran enviados a campos de trabajo. Grandes patrullas militares armadas con látigos atravesaban las aldeas del país para asegurarse de que todos trabajaban tan duro como pudieran.[25]

Por aquel entonces, la agricultura constituía la principal fuente de ingresos en China. De igual modo, los trabajadores del campo eran el grupo mayoritario de la población. Durante el *Gran Salto Adelante* se abolió la propiedad privada de cualquier tipo y los campesinos se vieron obligados a abandonar sus casas para vivir en barracones y fábricas, donde se llegó a hacinar a 20.000 agricultores enfermos. En toda China había 24.000 de estas colectividades o comunas, con un promedio de 8.000 personas en cada una.

El mismo Mao redactó el estatuto de la primera comuna de Henan, que alabó como un tesoro nacional. En aquella instancia se reunían campesinos de 9.369 hogares. Todos ellos fueron obligados a "entregar por entero sus parcelas (…), así como sus casas, animales y árboles" y recibieron la orden de vivir en estos nuevos emplazamientos "de acuerdo con los principios de beneficiar la producción y favorecer el control". Los domicilios no solo quedaban vacíos, sino que podían ser "desmantelados si la comuna necesita sus ladrillos, maderas o materiales".[26]

Mao fue tan lejos como para "reemplazar [los nombres de las personas] por números. Así,en Henan y otras comunas modelo, los campesinos trabajaban con un número identificativo cosido en la espalda […]. No solo se les prohibió comer en sus casas, sino que además sus *woks* y utensilios fueron destrozados". En cambio, la comida se servía en comedores, que a veces estaban ubicados "a horas de distancia de donde vivían o trabajaban", obligando a los campesinos a hacer grandes traslados tras largas jornadas de trabajo. Para colmo, en los barracones que se les asignaba "vivían como animales, apiñados en cualquier espacio disponible, sin privacidad ni vida familiar". [27] Todas las mañanas, estas brigadas

marchaban al campo portando banderas rojas y escuchando canciones y lemas motivacionales que se reproducían a todo volumen.

Este experimento derivó en lo que probablemente fue la peor hambruna en la historia de la humanidad, puesto que se trató de una crisis directamente provocada por el hombre. Tomando como referencia cifras oficiales, el demógrafo Cao Shuji estima que alrededor de 32,5 millones de personas murieron de hambre en el período comprendido entre 1958 y 1962. Según sus cálculos, la provincia de Anhui fue la más afectada, con más de 6 millones de muertos o, lo que es lo mismo, la pérdida del 18% de la población. A continuación aparece Szechuan, donde 9,4 millones de ciudadanos perecieron, una cifra equivalente al 13% del total de residentes.[28]

Tomando como base los análisis realizados por el servicio de seguridad chino y los extensos informes confidenciales publicados EN los comités del partido durante los últimos meses del *Gran Salto Adelante*, el historiador alemán Frank Dikötter ha llegado a una estimación que arroja cifras de mortalidad significativamente mayores. Dichas fuentes apuntan que alrededor de 45 millones de personas murieron prematuramente en China entre 1958 y 1962, coincidiendo con este proceso histórico. Aunque la mayoría murió de hambre, alrededor de 2,5 millones perdieron la vida tras ser torturados o golpeados hasta la muerte.[29] Algunas víctimas fueron privadas de alimentos deliberadamente y murieron de hambre innecesariamente. Otras personas fueron asesinadas selectivamente por todo tipo de motivos: porque eran ricas, porque hablaban entre sí, porque no le caían bien a los cuadros comunistas…[30].

Muchas personas que no eran ejecutadas sufrían en cualquier caso todo tipo de castigos. En la mayoría de casos, esto ocurría cuando se expresaban quejas o críticas.. Según un informe del condado de Fengyang, ubicado en la provincia de Anhui, alrededor de 28.026 personas (una cifra superior al 12% de la población) fueron sentenciadas a castigos corporales o a racionamiento de alimentos.

De estas, 441 murieron como consecuencia de tales sanciones, mientras que otras 383 sufrieron heridas graves.[31].

En el prefacio de *Tombstone*, un estudio investigativo de dos volúmenes centrado en analizar las consecuencias de la *Gran Hambruna*, el periodista e historiador chino Yang Jisheng señala que "el hambre que precedió a la muerte fue, a menudo, peor que la muerte en sí misma. Ya no había grano. No quedaban hierbas silvestres, porque los campesinos más desesperados se las habían comido. La corteza había sido arrancada de los árboles, también para ser empleada como alimento. Se usaron excrementos de pájaros o ratas para llenar el estómago. En los campos de arcilla de caolín, algunas personas hambrientas masticaban esa misma arcilla mientras cavaban". Este libro fue publicado en Hong Kong en 2008, pero sigue siendo una lectura prohibida en la China continental.[32] Otros historiadores han documentado casos frecuentes de canibalismo. Al principio, los aldeanos más desesperados comían solamente los cadáveres de animales, pero con el tiempo empezaron a desenterrar a sus vecinos fallecidos para cocinar y comer sus cuerpos. La carne humana se vendía en el *mercado negro*, junto con otros tipos de carne.[33] Un estudio realizado tras la muerte de Mao, que no tardó en ser ocultado por las autoridades, estudió este tipo de episodios en el condado de Fengyang, donde se documentaron "sesenta y tres casos de canibalismo durante la primavera de 1960, incluyendo el de una pareja que estranguló y se comió a su hijo de ocho años".[34]

Los cuadros dirigentes del Partido Comunista que habían provocado aquel reino de terror, los dirigentes del Partido Comunista preferían mirar hacia otro lado y tomar al pie de la letra los informes falsos que hablaban de fenomenales cosechas. Las autoridades regionales y locales ofrecían estos datos total y absolutamente irreales porque eran conscientes de que aquellas comunas que presentaban datos más realistas fueron acusadas de mentir y sometidas a distintos episodios de represión.

Años atrás, algunos campesinos habían presentado informes falsos como un acto de desafío ante los aumentos de los impuestos que gravaban el cultivo de granos. Ahora, cualquiera que afirmase no tener suficiente alimento para vivir era considerado un enemigo de la revolución socialista y un agente del capitalismo. Decir “tengo hambre” se convirtió en un peligroso acto de insurgencia contrarrevolucionaria.[35]

Huir de unas zonas a otras estaba prohibido, de modo que tampoco era posible buscar una salida a través de la movilidad geográfica. Esto condujo a una situación “aún peor que la vivida bajo la ocupación japonesa de 1937–1945”, según el testimonio de un testigo de la época. “Incluso cuando vinieron los japoneses […] podíamos movernos y escaparnos. [Ahora] simplemente estamos encerrados con el seguro final de que acabaremos muriendo en casa. Mi familia tenía seis miembros, pero cuatro murieron”. Los cuadros del Partido Comunista tenían, además, orden de evitar que las personas “robaran” su propia comida: “los castigos fueron generalizados y adquirieron una naturaleza horrenda. Algunas personas fueron enterradas vivas, otras estranguladas con cuerdas, a otras se les cortaba la nariz... En una aldea, cuatro niños aterrorizados fueron salvados *in extremis* de ser enterrados vivos por haber tomado algo de comida. Solo las desesperadas súplicas de sus padres evitaron el desenlace. En otra aldea, a un niño se le cortaron cuatro dedos por intentar hacerse con un pedazo de comida […]. El recuerdo de este tipo de prácticas brutales surge en prácticamente cualquier relato ciudadano de este período”.[36]

Mientras tanto, la propaganda oficial del gobierno afirmaba que la economía china estaba cada vez más fuerte y lograba resultados récord en todas sus industrias. Se suponía que estas eran las pruebas convincentes de la superioridad inherente del sistema socialista. Mao estaba particularmente obsesionado con la producción de acero como una medida del progreso del socialismo, hasta el punto de memorizar los volúmenes de producción de acero logrados por los demás países y de establecer objetivos poco realistas basados en superar como fuese aquellas cifras de

naciones capitalistas más desarrolladas. Así, aunque en 1957 vemos que China produjo 5,35 millones de toneladas de acero, la meta establecida en enero de 1958 era de llegar a 6,2 millones de toneladas, mientras que en septiembre de ese mismo año se elevó este número a 12 millones.[37]

En aquel momento, el acero chino se producía en las zonas rurales, principalmente en altos hornos de pequeñas dimensiones, muchos de los cuales funcionaban de manera precaria y producían materiales poco aptos para el uso industrial o comercial. En consecuencia, los lingotes de hierro acababan apilados sin más, puesto que no eran válidos para ser utilizados en las industrias más modernas del país.[38]

La obsesión de Mao condujo a escenas absurdas por todo el país. Los cuadros del Partido Comunista recorrían el país de puerta en puerta para confiscare equipamiento domésticos y agrícola. Estas herramientas caseras o agrícolas "eran tomadas, transportadas y fundidas". Todo servía, desde carros para transportar agua a los utensilios de cocina, las manijas de las puertas o las pinzas para el cabello que usaban las mujeres. El lema del régimen era "entregar un *pico* es acabar con un imperialista; ocultar un clavo es proteger a un contrarrevolucionario".[39]

Cualquiera que no lograra reunir el nivel esperado de materiales o que no pareciese entusiasmado con aquel proceso era atacado verbalmente, empujado y zarandeado, atado, *paseado* públicamente de manera humillante…[40]. Los expertos que pidieron que imperase la razón y se persiguiesen cifras más razonables de producción de acero también sufrieron persecuciones varias. Mao marcó la pauta para esta campaña de descrédito y ataques cuando afirmó que "el conocimiento de todo profesor burgués debe ser tratado como un pedo de perro. No vale nada. Solo merece desdén, desprecio y más desprecio".[41]

A fines de diciembre de 1958, el propio Mao se vio obligado a reconocer a su círculo íntimo que "solo el 40% del acero" era de

calidad. Todo ese acero válido procedía, de hecho, de las acerías, mientras que los altos hornos de las zonas rurales eran responsables de generar hasta 3 millones de toneladas de acero inútil, “una gigantesca pérdida de recursos y de mano de obra que solo trajo más pérdidas”.[42]

A pesar del hecho de que un número cada vez más grande de campesinos estaban siendo reclutados para participar en los proyectos de irrigación o en las labores de producción de acero a gran escala, las comunas agrícolas continuaban reportando rendimientos récord que evidentemente eran extremadamente exagerados, puesto que toda esta movilización significaba que había millones de chinos que habían dejado de trabajar la tierra al verse implicados en las nuevas iniciativas del régimen.

En septiembre de 1958, el periódico oficial del Partido Comunista (el *Diario del Pueblo*) anotó que, en los cultivos de grano, la productividad media en Guangxi era de 65.000 kilogramos por cada 660 metros cuadrados. Realmente, las cifras reales apenas rondaban los 500 kilogramos.[43]

Estas afirmaciones infladas se conocían como “sputniks”. Así, para sostener estas afirmaciones tan irreales, se trasplantaban cultivos ya maduros traídos de toda una comarca a una parcela nueva en la que se pretendía aparentar que tal nivel de producción era representativo y generalizado.[44] Entre 1957 y 1959, el gobierno central aumentó de 1,93 a 4,16 millones de toneladas las exportaciones de grano. Sin embargo, aunque Mao anunció entonces que la producción alcanzaba ya los 375 millones de toneladas, los datos reales hablaban de apenas 170 millones.[45]

Presionadas por la insistencia del Partido Comunista en lograr sus objetivos económicos a cualquier costo, las comunas entregaban grandes cantidades de grano al Estado. La combinación de cifras infladas y cuotas de entregas excesivas acabaron generando escasez y derivaron en los escenarios de hambruna.[46] Y, para empeorar las cosas, el sistema de economía planificada creó un

caos logístico que, a su vez, llevó a que grandes partes de la cosecha terminasen siendo destruidas por plagas, insectos, ratas y otros males que aquejaron a los cultivos sin capacidad de reacción. [47]

Mao intentó abordar este último problema con otra campaña a gran escala, esta vez dirigida a librar a China de las “cuatro plagas”: a saber, los gorriones, las ratas, los mosquitos y las moscas. Con este fin, el régimen movilizó a toda la población para agitar palos y escobas hasta acabar con los gorriones. Pero esto trajo consecuencias inesperadas. “Muchas pestes que antaño eran controladas por estos pájaros pudieron expandirse ahora sin control. Algunos científicos advirtieron de que alterar el equilibrio ecológico sería peligroso, pero sus alegaciones fueron ignoradas”. Eventualmente, el gobierno chino terminó enviando una solicitud secreta al gobierno ruso, pidiendo a sus socios comunistas de Moscú que ayudasen a Pekín con el envío de 200.000 gorriones.[48]

Ante el empeoramiento y agravamiento de las hambrunas, los chinos debieron tragarse su orgullo, suspender las exportaciones de grano y aplazar el pago de la deuda externa. Aunque recibieron propuestas de ayuda por parte de gobiernos extranjeros, las autoridades veían humillante la perspectiva de aceptar tales ofrecimientos y los declinaron.[49] De hecho, coincidiendo con las hambrunas más severas, China suministró trigo a Albania y otros aliados, a veces con precios muy ventajosos y en ocasiones incluso donando dichos alimentos. La política de “exportar por encima de todo” adoptada en 1960 significó que, en el apogeo de la hambruna, todas las provincias se vieron obligadas a entregar más alimentos que nunca al Estado.[50] La propaganda oficial del régimen, dirigida tanto para consumo del público nacional como para influir en la esfera internacional, era un intento desesperado de mantener las apariencias y negar la existencia de una gran hambruna provocada por el sistema socialista. Cálculos posteriores muestran que un cambio en esta política podría haber salvado hasta 26 millones de vidas humanas.[51]

Algunos ciudadanos desesperados escribieron cartas a Mao y al Jefe de Estado, Zhou Enlai, asumiendo que ninguno estaba informado sobre la hambruna que estaba sufriendo parte importante de la población. Una de esas misivas decía lo siguiente:

> *Estimado presidente Mao, estimado Zhou Enlai y estimados líderes del gobierno central.*
>
> *¡Mis mejores deseos para el Festival de Primavera! En 1958, nuestra patria ha logrado un Gran Salto en todos los ámbitos.*
>
> *Sin embargo, en la parte oriental de Hainan, en los distritos de Yuchen y Xiayi, la vida de las personas no ha sido tan buena durante los últimos seis meses (…). Los niños tienen hambre, los adultos están angustiados. La gente está demacrada, en la piel y en los huesos.*
>
> *La causa de estos males son los informe que falsean las cifras de productividad.*
>
> *¡Por favor escuchen nuestro grito de ayuda!* [52].

Los funcionarios del Partido Comunista que sí investigaron la situación sobre el terreno se toparon con escenas terribles. En el condado de Guangshan, de medio millón de habitantes, se encontraron con supervivientes que lloraban de cuclillas, escondidos en los escombros de sus hogares y atenazados por el frío. Por toda China, numerosas casas habían sido destrozadas o demolidas para proporcionar combustible a los altos hornos y fertilizantes. En el caso de Guangshan, la cuarta parte de la población había fallecido y había sido enterrada en fosas comunes.[53] En paralelo, la escasez de alimentos se vio agravada por la muerte por inanición de millones y millones de animales.

Tanto Mao como los altos cargos del Partido Comunista eran conscientes de los problemas existentes, pero intentaron blanquearlos o negarlos durante mucho tiempo. La línea oficial

sostenía que, como en la guerra, estos sacrificios eran un paso necesario e inevitable para la gloriosa creación de una sociedad comunista que sería realidad en el futuro cercano. Tres años de sacrificio no eran un precio demasiado alto si el resultado prometido eran 1.000 años de vida en el paraíso comunista. En julio de 1959, Mao proclamó que “la situación es excelente en general. Aunque hay muchos problemas, ¡nuestro futuro es brillante!”.[54]

El líder supremo era muy consciente de que millones de personas iban a morir mientras él se empeñaba en alcanzar este futuro brillante, pero durante su visita a Moscú en 1957 llegó a decir a sus homólogos soviéticos que su régimen estaba “dispuesto a sacrificar a 300 millones de chinos para lograr la victoria de revolución en el mundo”.[55] En noviembre de 1958, “hablando con su círculo íntimo sobre proyectos intensivos en mano de obra como las obras hidráulicas o la fabricación masiva de acero […], Mao declaró que poner todos estos proyectos en marcha podía hacer que hasta la mitad de la población china acabase muriendo”. Incluso si esta cifra no era finalmente tan alta, admitió que sus iniciativas podían acabar costándole la vida a uno de cada tres ciudadanos o, como mínimo, a 50 millones de personas, que supondrían la décima parte de la población.[56]

Lin Biao, a quien Mao había designado como sucesor por su supuesta lealtad inquebrantable, acuñó un eslogan popular: “navegar por los mares depende del timonel y hacer la revolución depende del pensamiento de Mao Zedong”. Pero en su diario privado, Biao puso por escrito su creencia de que el *Gran Salto Adelante* estaba “basado en la fantasía” y conducía al país a “un desastre total”.[57]

Mao finalmente se vio obligado a abandonar su *Gran Salto Adelante*, lo que no le impidió poner en marcha otro programa político igualmente desastroso unos pocos años más tarde. Anunciada en 1966, la *Revolución Cultural* fue un intento aún más radical de transformar la sociedad china. Durante el curso de esta iniciativa, millones de personas fueron acusadas de propagar ideas

capitalistas o de criticar el *Gran Salto Adelante* y acabaron sufriendo condenas a trabajos forzosos, torturas o asesinatos.

De nuevo, el resultado fueron decenas de millones de vidas humanas perdidas como consecuencia de otro experimento socialista fallido. Por dramático que fuese, aquello no pudo coger por sorpresa a los dirigentes comunistas chinos, no solo por el precedente cercano del *Gran Salto Adelante*, sino también por los desastres que vivió la Unión Soviética en la década de 1930. No hay que olvidar que, al igual de lo sucedido en China, los intentos de Moscú de colectivizar la producción agrícola habían causado la muerte por inanición de millones de personas. Pero, desafortunadamente, aunque los libros de historia están llenos de ejemplos de experimentos socialistas fallidos, los comunistas de otras partes del mundo siguen creyendo que sus propios experimentos tendrán éxito.

Las consecuencias económicas del reinado de Mao fueron desastrosas. Dos de cada tres campesinos tenían menos ingresos en 1978 que en la década de 1950, mientras que un tercio vio sus ingresos caer por debajo de los niveles previos a la invasión japoneses. Tras la muerte de Mao en 1976, sus sucesores parecían tener una inclinación más pragmática. Asumiendo que el pueblo chino había experimentado suficientes experimentos de socialismo radical, el sucesor inmediato de Mao, Hua Guofeng, allanó el camino para un hombre que desempeñaría un papel crucial en la transformación de China: Deng Xiaoping.

Los sucesores de Mao, y en particular Den Xiaoping, fueron lo suficientemente inteligentes como para tomarse en serio la sabiduría confucianas, que advierte que “hay tres métodos mediante los que podemos aprender sabiduría. El primero, por reflexión, que es más noble. El segundo, por imitación, que es el más fácil. Y el tercero por experiencia, que es lo más amargo”.

EL CAMINO DE CHINA AL CAPITALISMO

Habiendo aprendido la lección de la forma más cruda, los chinos empezaron a observar lo que estaba sucediendo en otros países. Para los líderes políticos y los economistas más relevantes del país, el año 1978 marcó el comienzo de un período de intensos viajes al extranjero con el que se pretendía importar valiosos conocimientos económicos y aplicarlos en casa.

Las delegaciones chinas realizaron más de 20 viajes a más de 50 países, incluidos Japón, Tailandia, Malasia, Singapur, Estados Unidos, Canadá, Francia, Alemania o Suiza.[58] En el período previo a la primera visita de funcionarios del gobierno chino a Europa occidental desde la fundación de la República Popular, Deng se reunió con el líder de la delegación, Gu Mu, y algunos de sus más veinte miembros, pidiéndoles “que observen todo lo que puedan y que hagan preguntas sobre cómo los países anfitriones administran sus economías”.[59]

Los integrantes de la delegación quedaron muy impresionados por lo que vieron en Europa occidental: aeropuertos modernos, como el Charles de Gaulle de París, fábricas de automóviles muy avanzadas, como las de Alemania, o puertos con instalaciones de carga automatizadas. Se sorprendieron también al ver el alto nivel de vida que disfrutaban incluso los trabajadores comunes de los países capitalistas.[60]

El propio Deng Xiaoping viajó a destinos como Estados Unidos y Japón. Después de una reveladora visita a la planta de Nissan en Japón, comentó lo siguiente: “ahora entiendo lo que significa modernización”.[61]

Los chinos quedaron especialmente impresionados por el éxito económico de otros países asiáticos. “Aunque apenas lo reconocieran, el dinamismo económico observado en países vecinos fue particularmente apreciado como un modelo a seguir. La economía japonesa, que pasó de un estado de destrucción en 1945 a romper todos los récords de crecimiento a partir de la década de 1950, hizo que los logros de Mao palidecieran en comparación. Los

nipones habían creado una sociedad de consumo moderna y habían desarrollado industrias de exportación competitivas a nivel mundial”. [62]

Después de su visita a Singapur, Deng Xiaoping se mostró impresionado por la economía local, que era mucho más dinámica que la economía china. Lee Kuan Yew, padre fundador de Singapur y primer ministro desde 1959 hasta 1990, cuenta la siguiente anécdota: “durante una cena celebrada en 1978 en Singapur, le dije a Den Xiaoping que nosotros, los chinos de Singapur, éramos descendientes de campesinos analfabetos de Guandong y Fujian, en el sur de China. Nuestros padres ni siquiera tenían tierras. Por tanto, Singapur no había hecho nada que China no pudiera hacer e incluso mejorar. Él se quedó en silencio. Pero cuando leí que le había dicho al pueblo chino que lo hiciera mejor que Singapur, supe que había aceptado el desafío que silenciosamente le lancé aquella noche, catorce años antes”.[63]

Los hallazgos de las delegaciones se difundieron ampliamente en China, tanto dentro del Partido Comunista como entre el público en general. Habiendo visto con sus propios ojos el alto nivel de vida que disfrutan los trabajadores en Japón, los miembros de las delegaciones comenzaron a darse cuenta de los límites de la propaganda comunista sobre los supuestos beneficios del socialismo o la pretendida miseria de las clases trabajadoras empobrecidas por el capitalismo. Aquel relato se basaba en mentiras y manipulación. Cualquiera que viajara a estos países podía ver que, en realidad, la situación verdadera era la opuesta. “Cuanto más vemos [del mundo], más nos damos cuenta de lo atrasados que estamos”, declaró Deng Xiaoping en distintas ocasiones.[64]

Sin embargo, este entusiasmo por los modelos económicos de otros países no condujo a una conversión instantánea al capitalismo. China no abandonó de inmediato su economía planificada para adoptar una economía de libre mercado. En cambio, hubo un lento proceso de transición que comenzó otorgando a las empresas

públicas una mayor autonomía. Esta tarea tomó años, incluso décadas. Aunque el proceso fue madurando, se basaba tanto en iniciativas construidas *de abajo hacia arriba* como en reformas diseñadas *de arriba hacia abajo*, es decir, dirigidas por los cuadros del régimen.

Después del fracaso del *Gran Salto Adelante*, un número cada vez mayor de campesinos comenzó a eludir la prohibición oficial de desarrollar una industria agrícola privada. Como rápidamente lograron resultados mucho mejores, las autoridades les permitieron continuar. Inicialmente, estos experimentos se limitaron a las aldeas más pobres, donde casi cualquier resultado hubiera sido mejor que mantener el *statu quo*. En uno de estos pueblos, "ampliamente conocido en la región como un pueblo de mendigos, los dirigentes comunistas entregaron unas pocas tierras a ciertos campesinos, si bien mantuvieron intacta la estructura generalizada de agricultura colectivizada de la zona. Ese año, la producción de las tierras cultivadas privadamente fue tres veces mayor, a pesar de que hablamos de tierras mucho menos fértiles. Al año siguiente, se privatizaron más tierras y se avanzó en el proceso".[65]

Mucho antes de que se levantara la prohibición oficial de desarrollar agricultura privada, algo que no sucedió hasta en 1982, surgieron iniciativas lideradas por los propios campesinos para reintroducir tal forma de gestión y dejar atrás la doctrina socialista. [66] El resultado fue tremendamente exitoso: la gente ya no se moría de hambre y la productividad agrícola aumentaba rápidamente. Llegado el año 1983, el proceso de descolectivización de la agricultura estaba casi completo. El gran experimento socialista de Mao, que había costado tantos y tantos millones de vidas, se había terminado.

La transformación económica de China no se limitó en modo alguno a la agricultura. Por todo el país, las empresas municipales empezaron a operar cada vez más como empresas privadas, aunque todavía seguían formalmente bajo propiedad pública. Liberadas de las restricciones de la economía planificada, estas compañías superaban con frecuencia a sus competidores estatales.

Entre 1978 y 1996, el número total de personas empleadas por estas empresas aumentó de 28 a 135 millones, mientras que su participación en la economía china creció del 6% al 26%.[67]

La década de 1980 fue testigo del establecimiento de un número creciente de empresas de propiedad colectiva (empresas de propiedad colectiva, EPC) y de empresas de pueblos y aldeas (empresas de pueblos y aldeas, EPA). Se trataba de empresas privadas *de facto*, aunque operaban bajo el disfraz de empresas *colectivas*.[68] Legalmente, la propiedad era de las autoridades municipales, lo que ayudaba a difuminar la verdadera forma de operar de estas sociedades.

El politólogo alemán y experto en China, Tobias ten Brink, ha explicado que el "control real" sobre el acceso a recursos específicos resultó ser más importante que la propiedad formal.[69]
En su análisis del capitalismo chino, ten Brink distingue entre estatus legal formal y función económica real.[70] En cualquier caso, durante la posterior ola de privatizaciones que vivió China, las EPC se volvieron cada vez menos importantes en comparación con las empresas genuinamente privadas.

Inicialmente, el crecimiento de la propiedad privada en China vino impulsado por un número creciente de pequeños empresarios que abrieron negocios. En aquella primera fase, solo se les permitió emplear a un máximo de siete personas. Bajo el gobierno de Mao, el país asiático alardeaba de tener una tasa oficial de desempleo del 0%, algo que también afirmaban otros regímenes socialistas. Las "soluciones" para acabar con el desempleo incluían el reasentamiento de millones de jóvenes que eran enviados de la ciudad al campo para ser "reeducados".

En la década de 1980, un número creciente de personas aprovechó la oportunidad que se empezaba a abrir para establecer pequeñas empresas. Inicialmente, sufrieron dificultades e incluso episodios de discriminación. Los padres no dejaban que sus hijas se casaran con alguien que fuera propietario o trabajara en estos negocios, porque

sus perspectivas económicas se consideraban inciertas. Todo empresario que empleara a más de siete personas era considerado un explotador capitalista y, por lo tanto, violaba la ley. “Para sortear esta y otras restricciones, muchas empresas privadas se vieron obligadas a *ponerse el sombrero rojo* y afiliarse al gobierno local, convirtiéndose así en EPAs. Otras hacían lo propio acercándose a distintas ramas del régimen, de modo que terminaban adoptando la forma de EPCs”.[71]

Cada vez más personas se dieron cuenta de que administrar un negocio como empresario autónomo les otorgaba considerables ventajas financieras, así como un mayor nivel de libertad. En muchos casos, los barberos independientes ganaban más que los cirujanos de los hospitales estatales. De igual modo, los vendedores ambulantes tenían un salario más alto que los científicos nucleares. Y el número de trabajadores autónomos o de empresas unipersonales aumentó de 140.000 a 2,6 millones entre 1978 y 1981.[72]

Sin embargo, los defensores del socialismo se negaron a rendirse tan fácilmente. En 1982, el Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional de China aprobó una resolución que pretendía “atacar con fuerza los delitos económicos graves”. Esta campaña hizo que a finales de año se hubiesen producido más de 30.000 arrestos.[73] En muchos casos, el único delito cometido por estas personas era obtener ganancias o emplear a más de siete trabajadores.

La progresiva erosión del sistema socialista, que solo permitía la propiedad pública y además la administraba a través de la autoridad estatal de planificación económica estatal, se aceleró con la creación de las llamadas Zonas Económicas Especiales (ZEE). En las áreas seleccionadas para este programa se suspendió el sistema económico socialista y se permitieron los experimentos capitalistas.

La primera Zona Económica Especial se creó en Shenzhen, distrito adyacente al icono capitalista de Hong Kong, que por entonces aún era una colonia de la corona británica. Al igual que en Alemania, donde un número cada vez más grande de personas huyó de Oriente a Occidente antes de la construcción del Muro de Berlín (ver Capítulo 3), miles de chinos hacían lo posible por abandonar su país e instalarse en Hong Kong. El distrito de Shenzhen, en la provincia de Guangdong, era el principal conducto para esta emigración ilegal.

Año tras año, miles de personas arriesgaron sus vidas intentando traspasar una frontera fuertemente custodiada por las autoridades comunistas. La mayoría fueron capturadas o murieron ahogadas en el intento de cruzar la frontera marítima. El campo de internamiento donde se apresaba a los capturados estaba abarrotado.

Al igual que en el sistema socialista de la República Democrática Alemana, cualquiera que intentara huir de China era denunciado como enemigo público y considerado un traidor. Sin embargo, Deng Xiaoping fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que la intervención militar y los controles fronterizos estrictos no resolverían el problema subyacente.

Cuando los líderes del Partido Comunista la provincia de Guangdong investigaron la situación con detalle, se encontraron con refugiados salidos de la China continental que vivían en una aldea que establecida al lado opuesto del río Shenzhen, en el territorio de Hong Kong. Ganaban 100 veces más dinero que sus antiguos compatriotas del lado socialista. [74]

La respuesta de Deng Xiaoping fue argumentar que China necesitaba aumentar el nivel de vida de sus ciudadanos para detener el flujo.[75] Shenzhen, que entonces era un pequeño distrito con menos de 30,000 habitantes, se convirtió en el corazón del primer experimento de libre mercado de China, bajo el auspicio de dirigentes comunistas que habían estado en Hong Kong y Singapur y habían comprobado en primera persona que el capitalismo funciona mucho mejor que el socialismo.

De ser un pequeño lugar donde muchos chinos arriesgaban sus vidas para intentar abandonar el país, este antiguo pueblo de pescadores es hoy una próspera metrópoli con una población de 12,5 millones. Su ingreso per cápita es mayor que el de cualquier otra ciudad china, exceptuando Hong Kong y Macao. Las industrias de la electrónica y las comunicaciones son los pilares de su economía local. Unos pocos años después de la introducción de este experimento capitalista, el Ayuntamiento de Shenzhen tuvo que construir una valla de alambre de púas alrededor de la Zona Económica Especial para hacer frente a la enorme afluencia de migrantes que llegaban de otras partes de China.[76]

Pronto, otras regiones hicieron lo mismo y probaron el concepto de las Zonas Económicas Especiales. Los impuestos bajos, la introducción de un sistema de precios en el suelo y la propiedad o los suaves requisitos burocráticos hicieron que este concepto se convirtiese en algo extremadamente atractivo para los inversores extranjeros.[77]

Las ZEE de entonces estaban menos reguladas y más orientadas al mercado que muchos países europeos hoy. En 2003, el gobierno nacional había desarrollado alrededor de doscientas áreas de este tipo, mientras que las autoridades regionales o locales habían creado unas dos mil. “Con el tiempo, los límites entre las Zonas Especiales y el resto de la economía se volvieron cada vez más borrosos”.[78]

Sin embargo, muchas reformas económicas fueron poco entusiastas. Las empresas públicas originadas bajo la economía socialista de planificación siguieron coexistiendo y compitiendo con las empresas privadas. En una economía capitalista, los empresarios toman sus señales de la fluctuación que siguen los precios e invierten a partir de dichas señales, mientras que en una economía socialista los precios son fijados por funcionarios que trabajan a las ordenes de las autoridades de planificación. En China, la coexistencia de ambos modelos produjo una situación de precios

caótica. A fines de la década de 1980, la inflación aumentó rápidamente, con el índice de precios saltando del 9,5% registrado en enero de 1988 al 38,6% marcado por en agosto del mismo año. [79]

Los partidarios de las reformas interpretaron esto como evidencia de que las medidas adoptadas hasta ahora no habían sido lo suficientemente amplias, mientras que sus críticos se aferraron a la creencia de que los problemas habían sido causados por el abandono de los principios socialistas. La agitación política culminó con la brutal represión de una manifestación estudiantil en Pekín en junio de 1989. Según las estimaciones de Amnistía Internacional, aquel episodio resultó en la pérdida de varios cientos o incluso miles de vidas.[80] La tensión iba en aumento y recordaba a los eventos que llevaron al colapso del comunismo al Este de Europa. Los líderes chinos temía que allí se produjese una pérdida de poder similar.

En este contexto, los partidarios de introducir reformas de mayor alcance lucharon para defenderse de las acusaciones de que estaban tratando de abolir el socialismo y convertir a China en un país capitalista. Aunque Deng Xiaoping ya no tenía un cargo público en ese momento, decidió intervenir. Las entrevistas que concedió durante una visita a Shenzhen y Shanghai atrajeron una enorme atención en China. Pasó cinco días en Shenzhen, donde expresó su asombro por el alcance de la transformación regional desde su última visita, en 1984. Se mostró impresionado por los magníficos bulevares, los resplandecientes edificios de gran altura, las concurridas calles comerciales y el número aparentemente infinito de fábricas que se habían abierto. La gente vestía a la moda, con relojes caros y otros artículos de lujo. Sus ingresos eran tres veces más altos que en el resto de China.[81] La gira de Deng por el sur del país hizo historia y su crítica abierta a quienes se oponían a nuevas reformas económicas fue recogida de manera prominente en los medios de comunicación. El 21 de febrero de 1992, un día antes de que Deng Xiaoping regresara a Pekín, el diario oficial del

régimen publicó un artículo de opinión titulado “Ser más audaces en la reforma”.[82]

Aunque los defensores de las reformas de libre mercado continuaron aludiendo al socialismo, redefinieron el término para que signifique algo muy diferente a una economía planificada controlada por el estado. Para ellos, el socialismo era un “sistema abierto que debería aprovechar los logros de todas las culturas y aprender de otros países, incluidos los países capitalistas desarrollados”.[83]

A diferencia de los líderes políticos de la Unión Soviética y otros Estados del Bloque del Este, donde la ideología marxista fue objeto de duras críticas después del colapso del socialismo, los reformadores chinos nunca denunciaron el marxismo. Sin embargo, su interpretación de dicha doctrina no tenía nada en común con las teorías originalmente formuladas por Karl Marx: “la esencia del marxismo es buscar la verdad de los hechos. Eso es lo que deberíamos defender, no la adoración por los libros. La reforma y la política abierta han tenido éxito, no porque confiamos en los libros, sino porque confiamos en la práctica y buscamos la verdad de los hechos […]. La práctica es el único criterio para probar la verdad”.[84]

Los reformadores fueron ganando terreno con el tiempo. El número de empresas privadas aumentó considerablemente, de 237.000 a 432,000 entre 1993 y 1994. Las inversiones de capital en empresas privadas se multiplicaron por veinte entre 1992 y 1995. Solo en 1992, 120.000 funcionarios renunciaron a sus trabajos y 10 millones solicitaron un permiso no remunerado para crear empresas privadas. Millones de profesores, ingenieros y graduados hicieron lo mismo. Incluso el *Diario del Pueblo* publicó un artículo bajo el título “¡Si quiere ser rico, póngase a ello!”.[85]

La proclamación oficial de la economía de mercado en el XIV Congreso del Partido Comunista Chino, celebrado en octubre de 1992, constituía un paso que habría sido impensable apenas unos

años antes. Aquel paso resultó un verdadero hito en el camino hacia el capitalismo. Las reformas continuaron ganando impulso. Aunque el Partido no prescindió por completo de la planificación económica, la lista de precios fijados por el gobierno, que aún afectaba a materias primas, servicios de transporte o bienes de capital, se redujo de 737 a 89. En 2001, apenas quedaban 13 precios regulados. El porcentaje de bienes intermedios (es decir, de productos que se desarrollan durante un proceso de fabricación pero que también se utilizan para la producción de otros bienes) que se negociaban a precios de mercado aumentó de 0% en 1978 a 46% en 1991 y 78% en 1995.[86]

En paralelo, se hicieron distintos intentos de reformar las empresas estatales. Anteriormente, su propiedad era totalmente pública. Ahora, parte de ese accionariado estaba en manos de particulares o de inversores extranjeros. Para transformar dichas compañías, se aprobaron medidas como eliminar la garantía de empleo vitalicio (a cambio de un pago único a modo de compensación y ciertos beneficios sociales).

Los reformadores esperaban que las empresas públicas fueran más eficientes mediante la introducción de primas salariales para los altos ejecutivos que ofreciesen mejores resultados. Estos cuadros directivos fueron renovados y modernizados.[87] Los cambios aplicados permitieron cierto progreso y elevaron la moral entre los empleados. Sin embargo, no lograron abordar la cuestión clave: a saber, que las empresas estatales no pueden declararse en quiebra. En una economía de mercado, hay un proceso continuo de selección por adaptación que asegura la supervivencia de aquellas empresas bien administradas que satisfacen debidamente las demandas de los consumidores, mientras que las sociedades mal gestionadas que producen bienes que los consumidores no desean adquirir irán a la bancarrota y desaparecerán del mercado tarde o temprano. Dado que las empresas públicas no están sujetas a tal selección, a menudo se mantenían de forma precaria. No en vano, solo una de cada tres empresas públicas era rentable a mediados de la década de 1990.[88]

Sin embargo, la estrategia de privatización continuó a buen ritmo durante la década de 1990, incluso abarcando una serie de operaciones que permitieron que dichas entidades acabasen cotizando en bolsa. En 1978, las empresas estatales dependientes de las burocracias del gobierno central o local todavía representaban el 77% de la producción industrial total. El 23% restante correspondía con las empresas de propiedad colectiva (EPC), que nominalmente dependían de los trabajadores, pero en la práctica estaban controladas por los gobiernos locales y los cuadros del Partido. Años después, en 1996, la participación de las empresas estatales había caído a un tercio de la producción industrial total. Las EPC suponían el 36%, las nuevas empresas privadas representaban el 19% y las empresas con financiación extranjera suponían el 12%. En los años siguientes, el número total de empresas estatales siguió cayendo. De 1996 a 2006, el número total de empresas estatales se redujo un 50% y 30-40 millones de personas pasaron de estar ocupadas por el sector público a tener su ocupación en la esfera privada.[89]

En aquellos años se desarrolló una fuerte competencia entre las ZEE chinas. Los inversores extranjeros eran recibidos con brazos abiertos y empezaban a ver China como un *hub* para producir manufacturas y un nuevo mercado de exportación de bienes de consumo. Esto no deja ser sorprendente, puesto que el liderazgo político chino nunca siguió una política oficial de privatizar las empresas públicas.[90]
Más bien, su esperanza era la de poder mantener la propiedad pública a cambio de otorgar un nivel suficiente de autonomía a las empresas en cuestión e incentivar una gestión adecuada en las mismas. Sin embargo, este enfoque fue viniéndose abajo. Las razones de dicho fracaso han sido analizadas por el reconocido economista chino Zhang Weiying, quien explica que, desde mediados de la década de 1990 en adelante, muchas de las empresas públicas que para entonces habían alcanzado un alto nivel de autonomía comenzaron a vender sus productos a precios de ganga, con frecuencia por debajo de costo de producción, en un

proceso que terminó llevando a dichas organizaciones a un escenario de pérdidas que obligó al gobierno a desembolsar subsidios compensatorios a manera de "rescate".[91]

En una economía de mercado basada en la propiedad privada existen fuertes incentivos para que las empresas construyan y mantengan una buena reputación. Para las empresas estatales de China, esta cuestión era poco relevante. Sus ejecutivos estaban más interesados en aumentar los ingresos obtenidos a corto plazo. Dado que en un mercado así no hay forma de que los consumidores sancionen las prácticas deshonestas, el fraude se convirtió en un problema frecuente.[92] Además, como las empresas no podían ser vendidas ni traspasadas, tampoco había incentivos para proteger el valor del activo intangible de la reputación, al contrario de lo que sucede en el mercado de libre competencia capitalista.

En aquellos años de cambios hubo una serie de privatizaciones que ocurrieron espontáneamente o por instigación de los gobiernos locales. Muchas empresas estatales no eran lo suficientemente competitivas como para sobrevivir en condiciones de mercado. Como demuestra Zhang, la descentralización y la introducción de la competencia económica desencadenaron una dinámica que llevó a que la proporción de empresas estatales cayera del 80% de la producción industrial total alcanzado en 1978 a poco más del 25% registrado en 1997. Una vez más, las fuerzas del mercado y de la competencia habían demostrado ser "mucho más poderosas que la ideología", a pesar de que la privatización nunca fue adoptada como una política oficial del gobierno.[93]

Para comprender la dinámica de las reformas chinas es crucial tener en cuenta que las medidas que se adoptaron *desde arriba* fueron solo una parte del proceso. Otros muchos factores contribuyentes se dieron espontáneamente, lo que suponía un triunfo de las fuerzas del mercado sobre la rigidez política del gobierno. "Las innovaciones institucionales clave no fueron instigadas en las oficinas del Politburó, sino que emanaron de innumerables agentes anónimos

que actuaban a nivel local y, en muchos casos, iban en contra de las normas”.[94]

Esta es una de las razones por la cual la economía china funciona mejor que la de Rusia y otros países del antiguo bloque comunista oriental, donde las reformas que supuestamente abrirían el sistema al mercado se adoptaron con frecuencia de un día para otro, sin permitir que evolucionen lentamente, *de abajo hacia arriba*. En China, esto pudo ser posible porque, incluso bajo Mao, el gobierno siguió una política económica tremendamente intervencionista, pero nunca tan limitante como en la Unión Soviética. De hecho, si bien la planificación económica sigue vigente en China, la economía del gigante asiático nunca estuvo sujeta a los mismos controles y objetivos fijados por el gobierno que sí se vieron en otras economías planificadas. “En China, las instituciones políticas que actúan de acuerdo con el plan no constituyen necesariamente el estado normal de las cosas. En cambio, sus acciones se mueven en contra del plan en numerosas ocasiones, alterando, socavando o contrarrestando las regulaciones en vigor. Además, a pesar de la profesionalización de los procesos burocráticos, los altos cargos tienen autoridad para eludir o interpretar las regulaciones de manera idiosincrásica”.[95]

Esta descripción tipifica la transformación de China del socialismo al capitalismo. Términos como “socialismo”, "planificación económica”, “marxismo” y “pensamiento de Mao” permanecen en uso, las reinterpretaciones contemporáneas dejan sin sentido el contenido original o le asignan un nuevo significado que va en oposición diametral al concepto de partida. Esto probablemente contribuyó a la transición satisfactoria de una economía socialista planificada al capitalismo de libre mercado que se ha ido desarrollado en numerosos sectores.

Mientras que el partido gobernante de China continúa refiriéndose a sí mismo como “comunista”, podría decirse que ya solo es comunista en el nombre. Es cierto que China no se ha convertido en una democracia, pero esa nunca fue la intención de Deng Xiaoping.

Pero sería un error negar que el sistema político ha sufrido un cambio significativo. De hecho, la eliminación de las posiciones de influencia de aquellos altos cargos que se mantuvieron fieles al legado socialista de Mao fue un requisito previo muy necesario para evitar la resistencia a las reformas que llevaron a China al capitalismo. La transformación lograda ha llevado al país al que probablemente es el periodo de mayor y más rápido crecimiento de la prosperidad conocido en la historia humana.

El desarrollo de China en las últimas décadas demuestra que el crecimiento económico ha seguido aumentando y que, incluso en un contexto de mayor desigualdad, el modelo ha beneficiado a la mayoría de la población. Cientos de millones de personas en China están hoy mucho mejor hoy como resultado directo de la orden que dio Den Xiaoping cuando pidió “dejar que algunas personas se enriquezcan primero”. Los resultados confirman que tenía razón al hacer del desarrollo económico la máxima prioridad de su gobierno, puesto que las regiones con el crecimiento más rápido del PIB también vieron la caída más rápida de la tasa de pobreza. No menos notable es la medida en que la movilidad de los ingresos se disparó en todo el país.[96]

La brecha entre ricos y pobres se amplió durante este periodo, elevando el coeficiente de Gini, que mide la brecha de ingresos, hasta llegar a 0,47 en 2012 y mantenerse estable en ese nivel desde entonces. Además, la distribución del ingreso es más equitativa en las zonas urbanas que en las rurales.

Zhang apunta también una serie de hallazgos aparentemente paradójicos basados en su análisis de estadísticas interregionales. La brecha de ingresos relativos es menor en las regiones que tienen el PIB per cápita más alto, mientras que aquellas con un crecimiento de ingresos relativamente bajo presentan diferencias relativas de renta más amplias”.[97]

Cabría esperar que aquellas regiones donde las empresas estatales tienen un peso más grande en la economía presenten brechas de

renta más bajas que aquellas con mayores participaciones de empresas privadas, las estadísticas muestran que ocurre lo contrario. De igual modo, se podría esperar que la distribución de la renta sea menos desigual en las regiones donde el gasto público tienen más peso sobre el PIB pero, nuevamente, lo contrario es cierto.[98] En esta línea, Zhang menciona una amplia serie de estadísticas que rompen clichés, incluida la observación de que las brechas de ingresos son más estrechas en las áreas donde los mercados están más abiertos y las empresas obtienen las mayores ganancias.[99]

A pesar de todos los avances positivos que China ha logrado en las últimas décadas, aún queda mucho por hacer. Aunque su crecimiento económico estuvo acompañado por un aumento acelerado de la libertad económica, todavía hay déficits en muchas áreas. El Índice de Libertad Económica de 2018 incluye a China entre los países con un mayor crecimiento de la libertad económica, pero sigue en el puesto 110 de la clasificación general.[100] [101]

En términos de subcategorías de libertad económico (un asunto que también aborda el capítulo 8), China ya alcanza buenos resultados en capítulos como los de “salud fiscal”, “libertad de empresa”, “gasto público”, “estabilidad monetaria” o “carga impositiva”, pero desafortunadamente nos sucede lo mismo en campos como la “facilidad para invertir”, la “libertad financiera”, los “derechos de propiedad”, la “integridad institucional” y la “apertura comercial”.

En otras palabras, China sigue teniendo una fuerte necesidad de nuevas reformas, lo que también significa que tiene un gran potencial para la mejora y la aceleración del crecimiento. Zhang, que quizá es el analista de la economía china que más astucia demuestra en sus publicaciones, ha enfatizado que “las reformas de China comenzaron con un gobierno todopoderoso bajo un modelo de economía planificada”, lo que facilitó que, “al pasar a un modelo de menos intervención y menos presencia estatal, el proceso de apertura avanzase. Fue precisamente la relajación del control gubernamental lo que dio pie a los precios determinados por el

mercado y el desarrollo de fórmulas empresariales".[102] En conjunto, todo esto sentó la base para el crecimiento económico sin precedentes que experimentó China.

Muchos comentaristas citan la fuerte influencia que jugó el Estado en la transformación del país como prueba de que el camino de China hacia el capitalismo fue un caso especial. Sin embargo, dada la naturaleza de esta transformación, esto es menos excepcional de lo que puede parecer a primera vista. En muchos sentidos, el camino que tomó China no fue tan especial. De hecho, como explica Zhang, "el desarrollo económico de China es fundamentalmente el mismo que el de algunos países occidentales, como Gran Bretaña durante la Revolución Industrial, Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX, o algunas economías del Este asiático como Japón y Corea del Sur después de la II Guerra Mundial. Una vez que se introducen las fuerzas del mercado y se establecen los incentivos correctos para que las personas puedan buscar formas de crear riqueza, el milagro del crecimiento se manifiesta tarde o temprano".[103]

En última instancia, el secreto del éxito de China fue la liberalización gradual que acabó con la economía de control estatal, combinado con la reorientación de las aspiraciones sociales, que pasaron de girar en torno al empleo público a moverse en dirección al emprendimiento. Este último factor, en particular, es una lección que pueden extraer y tomar muy en cuenta otros países que quieren seguir el camino del capitalismo, el crecimiento económico y la prosperidad. Por lo tanto, se puede concluir que "la asignación, orientación y reparto de talento en el campo público y privado es uno de los determinantes más importantes, si no el único, del desarrollo de una economía".[104] Esta observación es muy relevante, puesto que, antes de las reformas, los ingresos más altos y el estatus social de mayor nivel quedaban reservados para aquellos ciudadanos que trabajaban para el Estado. Como apunta Zhang, "a lo largo de la década de 1980, el emprendimiento ocupaba un rango social y político muy bajo y el trabajo público seguía siendo la ocupación más atractiva para todos los chinos".[105]

Las cosas finalmente comenzaron a cambiar en la década de 1990, cuando la liberalización comenzó a cobrar impulso, a raíz del XIV Congreso del Partido Comunista Chino. Poco a poco, los individuos más brillantes y con más talento dejaron de aspirar a ocupar trabajos “seguros” como los que brindaba el gobierno. Ahora, su ambición era convertirse en empresarios. Poco a poco se fue considerando que esto elevaba el estatus social, junto con los ingresos. Los chinos de las áreas rurales fueron los primeros en abrazar el autoempleo, seguidos de una segunda fase protagonizada por ex funcionarios públicos que se hicieron cargo de aquellas empresas que anteriormente habían coordinado como empleados del gobierno. Posteriormente, decenas de miles de jóvenes chinos que regresaban de sus estudios en el extranjero se unieron a las filas de los nuevos empresarios.[106]

Nada de esto habría sido posible si no hubiera sido por la legalización del derecho a la propiedad privada. Tampoco aquí se produjo una transición de la noche a la mañana, introduciendo súbitamente un reconocimiento de los derechos de propiedad al estilo occidental. Más bien, se desarrolló un proceso gradual, que fue avanzando paso por paso. El giro comenzó a principios de la década de 1980 y culminó en 2004 con la introducción de una nueva constitución que reconoció oficialmente los derechos de propiedad privada.[107] Hasta llegar a este resultado hubo muchos pasos intermedios, incluido el de la transición de la titularidad de las empresas públicas que pasaron a operar en un marco privado.

Como enfatiza Zhang, este proceso de transformación está lejos de ser completo: “El control gubernamental sobre grandes cantidades de recursos y la intervención excesiva en la economía siguen en pie y son la causa directa del amiguismo entre funcionarios y empresarios. Esto constituye el caldo de cultivo perfecto para la corrupción pública, la corrupción privada y, en general, el desarrollo de una cultura de la corrupción que daña las reglas de juego del mercado”. En consecuencia, Zhang ve una fuerte necesidad de nuevas reformas que avancen “hacia la comercialización, la

reducción del control gubernamental sobre los recursos, la restricción de la intervención pública en la economía y el establecimiento de una verdadera sociedad basada en el Estado de Derecho y la democratización política".[108] Si China irá o no por ese camino es algo que aún está por ver. El proceso de reforma nunca ha sido algo fluido y consistente; más bien, se ha visto afectado por frecuentes retrocesos, especialmente en los últimos años, cuando los vestigios de intervención gubernamental en la economía han confirmado hasta qué punto suponen un impedimento para el proceso de reforma. El desarrollo futuro de China continuará solo si se mantiene fiel al curso general de las últimas décadas, marcado por el intento de dirigir la economía hacia la introducción de más y más elementos de libre mercado, una política que ha servido como base del enorme éxito del país desde los 80 hasta hoy. "Desde la década de 1950 hasta hace 30 años, en China creímos en la economía planificada", dice Zhang. "El resultado fue un tremendo desastre. Si continuamos fijando nuestras esperanzas en el plan del gobierno y utilizando grandes empresas estatales para desarrollar la economía, no tendremos absolutamente ninguna perspectiva de futuro. ¡Solo si avanzamos hacia la lógica del mercado, el futuro de China será brillante!".[109]

En agosto de 2018, realicé un recorrido por cinco metrópolis chinas. De pie, frente a una gran audiencia que acudió a una conferencia que impartí en Shanghai, le pedí a todos los presentes que levantaran la mano si hoy vivían mejor que sus padres hace 30 años. Todos y cada uno de ellos levantaron la mano.

Durante ese mismo viaje, en mi paso por Pekín, tuve el honor de conocer a Zhang Weiying. Hablamos extensamente sobre el desarrollo económico de China. Me dijo que el error más grande en la política económica actual es que algunas voces insisten en que el impresionante crecimiento del país es el resultado de una fórmula especial china, con un alto grado de influencia del Estado. El profesor Zhang Weiying me hizo hincapié en lo importante que es entender que el milagro económico no ocurrió "gracias a, sino a pesar de" la influencia sostenida del Estado.

Capítulo 2

África: el capitalismo es más efectivo contra la pobreza que la ayuda al desarrollo *en la lucha*

En 1990, la Organización de Naciones Unidas se comprometió a reducir la pobreza mundial en un 50% durante los siguientes 25 años. Este ambicioso objetivo se ha alcanzado, en gran medida gracias al éxito de China. Pero, durante este mismo periodo, el porcentaje de la población africana que vive por debajo del umbral de la pobreza también experimentó una caída notable, pasando del 56,8% al 42,7% en todo el continente.[110] Sin embargo, el 20% de los africanos sigue sufriendo desnutrición, un porcentaje superior al observado en cualquier otro lugar del mundo. Hay progreso, pero queda un largo camino por recorrer.[111]

La historia de África ha estado marcada por un notable pesimismo internacional sobre sus perspectivas de desarrollo. En mayo de 2000, *The Economist* publicó un artículo de portada titulado “El continente sin esperanza”. La imagen de portada mostraba a un hombre africano fuertemente armado. Sin embargo, casi doce años después, la misma revista le dedicaba otra portada al continente, ahora con el título “El auge de África”. Esta vez, la imagen de portada mostraba a un hombre africano que volaba una cometa.[112] El editor de la revista reconocía que cualquier lector que hubiese hecho caso omiso al mismo de aquella portada del año 2000 y hubiese invertido parte de sus ahorros en una cartera de acciones africanas, hoy tendría unos retornos muy favorables.[113] En sentido inverso, los lectores que hubiesen dado por bueno el cambio de parecer de la revista y hubiesen optado por comprar acciones en la bolsa de Kenia habrían duplicado su dinero en apenas cinco años.

Las nociones occidentales sobre la vida en África tienden a evocar dos tipos de imágenes: o pensamos en animales majestuosos y salvajes o imaginamos a seres humanos que viven en una situación

de miseria absoluta. “Todos los africanos que no son animales, tiranos despóticos o Nelson Mandela aparecen siempre retratados como víctimas de la pobreza, la guerra y las enfermedades. Pensemos en las dos últimas películas de temática africana que hayamos visto y lo entenderemos claramente”, dice Jonathan Berman, experto en el continente, en su libro *El éxito en África*.[114]

Las estrellas del pop que realizan grandes conciertos por todo Occidente para recaudar dinero que enviar a África y concienciar sobre la lucha contra la pobreza en el continente también han contribuido a popularizar esta imagen. Siendo justos, no se puede decir que tal concepción esté completamente equivocada. Sin embargo, no deja de ser cierto que esta idea de África es también engañosa, porque solo nos muestra una parte de la realidad. El caso es que, en la práctica, la agenda de estas personalidades célebres termina coincidiendo con las demandas de la izquierda crítica con la globalización, que reclama más y más ayuda financiera para África como solución a los problemas del continente.

La *ayuda al desarrollo* emana de una posición moral. Hay quien incluso considera que estos programas, constituyen una especie de intento cuasirreligioso que pretende expiar los pecados del colonialismo o por la “explotación del Tercer Mundo” comúnmente asociada al progreso los países capitalistas. Pero, ¿acaso la *ayuda al desarrollo* logra lo que sus defensores esperan de estos programas?

En 2002, el entonces presidente senegalés Abdoulaye Wade puso en duda esta creencia: “nunca he visto a un país que progrese a través de la ayuda o del crédito. Los países que más se han desarrollado —como Europa, Estados Unidos, Japón, Taiwán, Corea o Singapur— son los que han confiado en el libre mercado. No hay más misterio. África tomó el camino equivocado después de sus procesos de independencia”.[115] El camino al que aludía Wade, y que fue tomado por la mayoría de los países africanos, fue el del socialismo, implementado de una forma u otra.

En Egipto, el “nasserismo” se introdujo como una versión árabe del socialismo. Eritrea desarrolló una fórmula de marxismo-leninismo inspirada en el modelo albanés, mientras que Ghana siguió el modelo soviético de economía socialista planificada y colectivización de la agricultura. En Congo gobernó un partido de unidad con una ideología marxista-leninista, mientras que Madagascar adoptó una constitución socialista basada en el modelo chino y en el sistema de Corea del Norte. Mozambique estuvo gobernado por un partido de unidad marxista-leninista. Angola, Mali, Guinea, Uganda, Senegal, Sudán, Somalia, Zambia, Zimbabue, Tanzania y otros países africanos también siguieron modelos socialistas.

Muchos africanos soñaban con una forma distinta de “socialismo africano” que se basara en valores indígenas, como la noción de las comunidades tribales, y que ofreciera así una alternativa viable tanto al capitalismo como a las versiones del socialismo de la Unión Soviética y otros países del Bloque del Este.

Los resultados económicos fueron aún más desastrosos, si cabe, que los observados tras el Telón de Acero. El defectuoso desarrollo económico ha sido uno de los factores que ha propiciado un mayor nivel de pobreza en África, pero además hay que tener en cuenta otros problemas endémicos, como las deficientes e inestables instituciones políticas o la sucesión de guerras y conflictos entre países, tribus enemigas o diferentes grupos étnicos. Todos estos aspectos negativos contribuyeron a destrozar las perspectivas de progreso del continente, que apenas ahora empieza a experimentar cierto progreso.

LA *AYUDA AL DESARROLLO*: ENTRE LA INEFICACIA Y LOS EFECTOS NEGATIVOS

Dambisa Moyo, nacida en Zambia, estudió en Harvard y obtuvo un doctorado en Oxford. Sus trabajos identifican la *ayuda al desarrollo* concedida por Occidente como una de las razones del fracaso africano en la lucha contra la pobreza. “En los últimos cincuenta años, los países más ricos han transferido más de un billón de

dólares al continente", explica Moyo en su libro *Cuando la ayuda es el problema*. Sin embargo, "ese billón de dólares de asistencia no ha mejorado la vida de los africanos. De hecho, los receptores de esta ayuda están a menudo peor o mucho peor que antes. La ayuda ha contribuido a que los pobres sean más pobres y también ha hecho que el crecimiento sea más lento. La idea de que la *ayuda al desarrollo* puede aliviar la pobreza sistémica es un mito. Millones de africanos son más pobres hoy debido a estos programas, que no solo no tienen por qué reducir la miseria y la pobreza, sino que incluso pueden contribuir a aumentar estos males. La ayuda ha sido, y sigue siendo, un desastre político, económico y humanitario para la mayoría de los países en vías de desarrollo".[116]

Para ser claros, las críticas de Moyo no se dirigen contra los programas de acción directa contra las hambrunas ni contra los programas humanitarios aprobados en casos de desastre. Sus dardos se dirigen contra las transferencias financieras a largo plazo destinadas a impulsar el desarrollo económico en la región. Con frecuencia, estos fondos han terminado en manos de déspotas corruptos, en lugar de en el bolsillo de los pobres. Pero "incluso cuando la ayuda no ha sido robada, lo cierto es que ha sido improductiva o contraproducente. Dado el estado económico actual de África, es difícil ver cómo cualquier crecimiento registrado puede haber sido resultado directo de la *ayuda al desarrollo*. En todo caso, la evidencia de las cinco últimas décadas apunta lo contrario: el saldo es un crecimiento más lento, un nivel de pobreza más elevado y una posición de cola en los *rankings* económicos globales".[117]

Un estudio del Banco Mundial descubrió que hasta el 85% de los flujos de ayuda se utilizaron "para fines distintos de aquellos para los que fueron destinados inicialmente, siendo desviados a menudo hacia gastos improductivos o inapropiados".[118] Incluso cuando estos fondos se gastan en proyectos que logran resultados positivos, sus consecuencias a largo plazo pueden anular cualquier ganancia a corto plazo. Para ilustrar este efecto pernicioso, Moyo cuenta la historia de un fabricante local de mosquiteras que fabricaba alrededor de 500 redes por semana. Cada uno de sus diez

empleados sostenía al menos a quince familiares con su salario. Sin embargo, una estrella de cine de Hollywood bienintencionada persuadió a los gobiernos occidentales para que recolectasen y enviasen 100.000 mosquiteros a la región, por un coste de un millón de dólares. Esas redes llegaron a la población, lo que rápidamente dejó al fabricante local en quiebra y forzó a las 150 personas que dependían de sus trabajadores a vivir de las dádivas del gobierno, en vez de las rentas del trabajo generadas por la empresa privada. [119]

Como señala Moyo, la pobreza en África aumentó del 11% al 66% entre 1970 y 1998, cuando los flujos de ayuda a África experimentaron su apogeo.[120] La ayuda exterior "apuntaló a los gobiernos corruptos, proporcionándoles efectivo fácilmente utilizable en sus programas de gasto clientelar o, directamente, en sus triquiñuelas corruptas. Este tipo de gobiernos mina el imperio de la ley, frena el establecimiento de instituciones civiles transparentes y daña la protección de las libertades civiles, lo que hace que estos países sean poco atractivos para invertir".[121] Esa reticencia del capital foráneo a confiar en mercados tan precarios inhibe, a su vez, el desarrollo de una economía capitalista activa y, por lo tanto, conduce al estancamiento económico y a una "cultura de dependencia de la ayuda" que alienta a los gobiernos a apoyar el desarrollo en África de sectores públicos grandes, corruptos, difíciles de gestionar y, a menudo, improductivos".[122]

James Shikwati, director de la Red Económica Interregional de Nairobi, Kenia, afirma que "si Occidente cancelara estos pagos, los africanos de a pie ni siquiera lo notarían. Solo algunos políticos y burócratas sufrirían verdaderamente las consecuencias".[123] Shikwati explica que con estas transferencias "se financian enormes burocracias, se promueve la corrupción y se paralizan las reformas. De esta forma, a los africanos se les enseña a ser mendigos y no a ser independientes. Además, la *ayuda al desarrollo* debilita los mercados locales y amortigua el espíritu emprendedor que tanto necesitamos. Por sorprendente que parezca: la *ayuda al desarrollo* es una de las razones de los problemas de África".[124]

William Easterly, profesor de economía y estudios africanos en la Universidad de Nueva York, cree que la ayuda extranjera es, en gran medida inútil, y, con frecuencia, contraproducente. Durante dos décadas, “los donantes de ayuda extranjera gastaron 2.000 millones de dólares en Tanzania […] construyendo carreteras. Sin embargo, la red de carreteras del país no mejoró. Es más: las carreteras se deterioraron más rápido, debido a la falta de mantenimiento de las obras. Sin embargo, mientras las infraestructuras se deterioraron, la burocracia sí prosperó. Tanzania, no obstante, emitía más de 2.400 informes anuales para que sus donantes siguiesen respondiendo. El país llegó a recibir más de 1.000 visitas al año de personas o equipos de trabajo relacionadas con este tipo de programas de ayuda”. El resultado nunca fue una mejora de las carreteras, pero sí una gran transferencia de recursos que en nada ayudó a los más pobres.[125]

¿DEL CONTROL ESTATAL A LA ECONOMÍA DE MERCADO?

Si la *ayuda al desarrollo* concedida a los países africanos ha resultado, en gran medida, inútil o incluso contraproducente, ¿acaso el alejamiento de los sistemas estatistas y el acercamiento a los modelos de libre mercado ha producido mejores resultados?

A finales de la década de 1980, cuando el colapso del socialismo en la Unión Soviética y los países del Bloque Oriental demostraron convincentemente el triunfo del capitalismo como sistema económico superior, muchos países africanos empezaron a liberalizar sus economías, dando progresivamente la espalda a los modelos controlados por el Estado. En 1990, cuarenta países del África subsahariana acordaron distintas medidas de reestructuración a propuesta del Fondo Monetario Internacional (FMI). Entre las reformas se incluía la privatización de las empresas públicas como un componente clave. El resultado fue que, sumando todos los sectores de actividad (manufacturas, industria, agricultura, turismo, servicios, comercio, transporte, finanzas, energía, minería, agua, electricidad y telecomunicaciones), “la participación del gobierno en

el capital social de las empresas de la región cayó de casi el 90% a apenas el 10% de la propiedad".[126]

Países como Nigeria, que hoy es uno de los principales actores económicos del continente junto con Sudáfrica, han desregulado por completo todos los antiguos monopolios estatales para ayudar a establecer un sistema de libre mercado. Hay excepciones como Eritrea, que ha mantenido una economía controlada por el Estado, pero los sistemas que están más o menos orientados al libre mercado son hoy predominantes en el continente.[127] Sin embargo, a pesar de este avance, sigue habiendo problemas que obstaculizan el crecimiento económico. Aunque la privatización supuso un paso muy importante en la dirección correcta, hablamos de una condición necesaria, pero no en sí misma suficiente, para superar las complejas causas de la pobreza en África. En muchos países de la región, el desarrollo económico se ve frenado por enormes deudas. En otros casos, la privatización no ha permitido tumbar la corrupción o las mentalidades culturales que constituyen obstáculos para el crecimiento económico.

Easterly se refiere a esta cuestión aportando abundantes datos que avalan su tesis de que "los mercados libres funcionan, pero las reformas de libre mercado no siempre funcionan".[128] En claro contraste con los modelos socialistas de planificación, el capitalismo es un orden social que surge como resultado de un desarrollo espontáneo, en lugar de un sistema basado en la invención y el diseño humano. Los intentos del Banco Mundial y el FMI para imponer una economía de libre mercado a los países africanos a principios de la década de 1990 estaban condenados al fracaso porque intentaban desplegar el sistema *de arriba hacia abajo.* De igual modo, cualquier intento de fomentar la democracia en un país sin tradiciones democráticas orgánicas tiende a arrojar resultados decepcionantes. Así, "intentar cambiar las reglas de golpe, con la liberalización de los mercados de la noche a la mañana, choca con los lazos económicos existentes y se apoya en instituciones formales demasiado débiles para que esos mercados liberalizados funcionen bien. Un movimiento gradual hacia el libre mercado habría

dado a los agentes más tiempo para ajustar sus relaciones e intercambios".[129]

Comúnmente se ha asumido un concepto erróneo del capitalismo y la economía de libre mercado que reduce dicho sistema a la privatización. En realidad, el Índice de Libertad Económica, publicado anualmente por la Fundación Heritage, emplea hasta doce criterios distintos para estudiar hasta qué punto un país se adhiere o no a este tipo de modelo económico.[130] El Índice de 2018 arroja una perspectiva sombría para la gran mayoría de los países africanos analizados. Además de Corea del Norte y Venezuela, la categoría con la puntuación más baja está compuesta en gran medida por países africanos, incluidos Zimbabue, Argelia, Guinea, Angola, Sudán o Mozambique.

Un análisis detallado de los resultados que obtienen estos países arroja conclusiones esclarecedoras, puesto que hay tres pilares del Índice en que los resultados obtenidos por los países del África subsahariana son especialmente bajos: el dedicado a los "derechos de propiedad", el que estudia la "efectividad judicial" y el que mide la "integridad institucional".[131] Dicho de otro modo, los derechos de propiedad no están lo suficientemente garantizados, la Justicia no es imparcial ni garantista y la corrupción es rampante.

CORRUPCIÓN: CAUSAS Y CONSECUENCIAS

La corrupción administrativa y política todavía abunda en muchos de estos países. Namibia, que alcanza un resultado de 58,5 sobre 100 puntos en la tabla general del Índice de Libertad Económica apenas obtiene 45,4 puntos en la medición referida a la "integridad institucional". En este apartado, Zimbabue lo hace aún peor: solo recibe 18,9 puntos sobre 100.[132] Por comparación, Estados Unidos recibe 71,9 puntos, Alemania obtiene 75,3 y Noruega recibe 93,6.[133]

Los análisis realizados por la organización anticorrupción Transparencia Internacional destacan algunas de las causas estructurales de los problemas de las instituciones públicas en

África. Dicha entidad ha creado un Índice para medir y comparar la percepción de corrupción en los diferentes países del mundo.[134] En el *top veinte* de los países con mejor resultado no hay ni una sola nación africana. De hecho, entre los veinte últimos clasificados, dos tercios son países africanos, siendo Somalia el último de la lista (puesto 176).

El sociólogo alemán Jörn Sommer pasó varios años investigando la corrupción en África, con la República de Benín como ejemplo. Sus estudios ligan la dificultad de descubrir y combatir la corrupción a la existencia de una cultura represiva con este tipo de pesquisas. Sommer explica que hasta una auditoría empresarial rutinaria se interpreta de forma hostil y se considera una especie de ataque.

En consecuencia, los miembros de la comunidad tienden a evitar el disenso y el denunciante que descubre actos de corrupción tiene más probabilidades de ser criticado o excluido que aquellas personas que cometen las irregularidades. Cualquier crítica se ve sofocada entre llamamientos a la “armonía” y al “acuerdo mutuo”. En el peor de los casos, los fondos malversados se “distribuyen”, es decir, se emplean como sobornos para restaurar la “paz social”.[135]

En muchos países africanos se espera que los hombres trabajadores puedan alimentar a familias numerosas de hasta 40 personas. La negativa de un servidor público a aceptar sobornos podría ser interpretada con enfado o incredulidad por su propia familia, en particular, y por la comunidad, en general. Puesto que su deber es proveer recursos para su familia, renunciar a esos ingresos, por irregular que sea su origen, se vería como un incumplimiento de sus obligaciones. En una Universidad de Nigeria se preguntó a los alumnos qué pensarían de un hombre que, tras servir durante varios años como ministro de Finanzas, regresase a su modesto hogar, en un pequeño pueblo. Los estudiantes replicaron que verían al ex dirigente como un “tonto”, un “retrasado mental” o un “incompetente”.[136]

James Mworia, consejero de Centrum Investments, la compañía de inversión cotizada más grande de África Oriental, ha afirmado que "Steve Jobs no es de Kenia porque los Steve Jobs de esta parte del mundo no han podido zafarse de la corrupción (…). Probablemente hemos tenido cientos o miles de grandes emprendedores y grandes ideas que no han florecido por esta razón".[137]

Debido a la corrupción y al orden económico ineficiente, el impacto de medidas como la reestructuración o la condonación de la deuda pública africana es muy limitado. En el año 2005, los ministros de Finanzas coordinaron una gran campaña en este sentido pero, para que tales ejercicios sean verdaderamente efectivos, tienen que ir de la mano de instituciones que funcionen, medidas anticorrupción efectivas y reformas sistemáticas que sean favorables al sistema de libre mercado. De lo contrario, el alivio de la deuda sirve de poco, como ya han demostrado todos los intentos que han llegado a aplicarse en el pasado. De hecho, en algunos casos incluso se ha comprobado que estos programas han tenido el efecto contrario al esperado, además de haber creado incentivos negativos. Tomemos el ejemplo de Uganda. En el año 2000 tenía una deuda total de 3.200 millones de dólares. El programa de reestructuración suprimió 2.000 millones de estas obligaciones financieras. Sin embargo, seis años después, la deuda de Uganda era de casi 5.000 millones. Nada más anunciarse la reducción del pasivo estatal, el presidente del país, Yoweri Kaguta Museveni, compró un avión oficial por valor de 35 millones de dólares y aumentó el personal de su gabinete contratando a 109 asesores y llevando el tamaño del consejo de gobierno hasta los 69 ministerios.[138]

Como demuestra Easterly, el alivio de la deuda y los préstamos reiterados del FMI y el Banco Mundial no han logrado los resultados deseados. Cuando la carga de la deuda se volvió tan extrema que el FMI y el Banco Mundial renunciaron por primera vez en la historia a parte del dinero que adeudaban los gobiernos africanos, lo que terminó sucediendo es que se eliminó cualquier incentivo para que los países deudores se esfuercen por lograr mayores tasas de crecimiento y así poder devolver sus deudas.[139]

Uno de los mayores problemas en África es la falta de garantías legales, cuestión que afecta en particular a los pequeños empresarios. A partir de su extensa investigación sobre los problemas económicos de los países en desarrollo, Hernando de Soto destaca la magnitud de este problema concreto.[140] En estos países, las transacciones comerciales realizadas en el marco de la economía informal representan la mayor parte de los intercambios. Aunque no hablamos de movimientos enmarcados dentro del ámbito de la legalidad, estas operaciones proporcionan el sustento de gran parte de la población. Esos pequeños empresarios que comercian bienes o administran pequeñas empresas sin la aprobación del gobierno asumen una responsabilidad total, operan sin garantía legal alguna y son vulnerables ante la extorsión por parte de funcionarios corruptos. La falta de garantías legales que resguarden sus derechos de propiedad implica que a menudo no pueden obtener préstamos.

La importancia de la economía informal en los países africanos es significativa. Según estimaciones publicadas entre 2000 y 2006, y excluyendo del cálculo a Sudáfrica, este sector supone el 42% del PIB regional y emplea al 78% de la fuerza laboral. [141] En el Congo, cuando el proveedor de telecomunicaciones Celtel empezó a ofrecer sus servicios, constató que los 2.000 clientes captados en su primera semana de funcionamiento y los 8.000 que se sumaron en las tres semanas siguientes pagaban sus recibos o gastos en efectivo.[142] Por lo tanto, las cifras de la contabilidad oficial no cuentan toda la realidad económica africana.

ÁFRICA: UN CONTINENTE QUE EMPIEZA A CAMBIAR

Muchas personas desconocen el enorme tamaño de África, que a menudo aparece representado de forma simplificada en los mapas más empleados. Volar del norte al sur del continente supone tanto tiempo como subirse a un avión que conecte Los Ángeles con Frankfurt. La superficie de África es más grande que la suma de

Estados Unidos, China e India con Alemania, España, Francia, Italia y todos los países de Europa del Este.[143]

En el transcurso de los diez últimos años, algunos países africanos han experimentado un desarrollo significativo. Los medios de comunicación de Occidente nos muestran principalmente imágenes de refugiados desesperados por llegar a Europa en busca de una vida mejor, pero esta es solo una parte de la historia. África es un continente masivo, lleno de contradicciones y de contrastes.

Según la clasificación de países de la Fundación Heritage que mide el grado de libertad económica imperante en cada uno, África se divide en cuatro grupos. Mauricio tiene el mayor nivel de libertad económica de la región, seguido de Botsuana, Ruanda, Sudáfrica, Uganda, Costa de Marfil, Seychelles, Burkina Faso y Cabo Verde, que son economías "moderadamente libres". Todos los demás países africanos poseen un nivel medio-bajo de libertad económica, salvo Zimbabue, Guinea Ecuatorial, Eritrea y la República del Congo, que ocupan los puestos de cola. Somalia es uno de los pocos países que no tienen datos fiables suficientes para realizar este tipo de análisis.[144]

Mientras que en Seychelles, Mauricio o Botsuana el nivel de PIB *per cápita* es de 27.000, 20.000 y 17.000 dólares (por encima de los 15.000 de China), en Sudán vemos que este indicador no llega siquiera a los 4.500 dólares, lo que muestra lo grande que es la brecha existente entre los diferentes países africanos.[145]

En varios países africanos, en particular en aquellos en los que la libertad económica va en aumento, hay signos claros de progreso. Incluso en un país como Mozambique, que tiene un grado reducido de libertad económica y arrastra enormes problemas estructurales, hay evidencia de que las cosas están cambiando.

Hans Stoisser, un consultor de negocios con años de experiencia trabajando en África, explica que, cuando llegó a Mozambique a comienzos de la década de 1990, "las calles aún estaban llenas de

personas demacradas y empobrecidas, con ropa gastada, mujeres que cocinaban en la calle y una gran mayoría de la población desplazándose a pie, sin acceso a ningún medio de transporte. Hoy en día, la imagen que uno ve en sus calles es completamente diferente, con supermercados, cafeterías, atascos, oficinas modernas y centros comerciales, además de nuevos puntos de encuentro social donde se reúnen los miembros de la élite africana, como llamativas discotecas. Por supuesto, el auge de la construcción también se manifiesta en innumerables obras y proyectos a ambos lados de las carreteras. El Mozambique urbano y contemporáneo está en clara sintonía con la cultura empresarial global y tiene muy poco en común con la Mozambique de hace unas pocas décadas".[146]

Estos cambios se hicieron posibles cuando el gobierno del FRELIMO rompió sus lazos con el marxismo. Desde 1989 se introdujo una nueva Constitución que garantiza (al menos en teoría) el desarrollo de elecciones libres y de una economía de mercado. Además, la guerra civil llegó a su fin en 1992.

RECURSOS NATURALES: ¿ BENDICIÓN O MALDICIÓN?

Como consecuencia del auge económico mundial y de la demanda masiva de China, los precios de los recursos naturales aumentaron bruscamente en la primera década del siglo XXI, impulsando el crecimiento económico en África y otras regiones. En 2010, el crecimiento económico de los veintidós países africanos de referencia superó, en promedio, el 6% anual. Pero, en el mismo sentido, la caída de los precios de los recursos naturales observada desde 2011 tuvo un efecto negativo en el desempeño económico de muchos países de la región. En 2015, solo nueve países seguían registrando tasas de crecimiento superiores al 6%, mientras que el número de países africanos con tasas de inflación de doble dígito pasó de cuatro a diez.[147]

Las siguientes cifras deberían ser suficientes para mostrar la diferencia cualitativa entre el crecimiento económico de Asia y

África. Entre los años 2000 y 2010, ambos continentes experimentaron un crecimiento del 500% en sus exportaciones. Sin embargo, los productos procesados representaron cuatro quintos del aumento asiático, mientras que en África fueron los productos básicos los que generaron alrededor del 80% de la subida.[148]

Los recursos naturales representan alrededor del 50% de las exportaciones africanas pero solo son el 10% de las exportaciones de Asia, Europa y Estados Unidos.[149] Con un 12% de las reservas conocidas de petróleo y un porcentaje de depósitos aún no descubiertos que probablemente elevará aún más esta cifra, es evidente que los recursos naturales del continente constituyen un activo de gran relevancia. Según las estimaciones para los últimos treinta años que ha hecho el Departamento de Energía de Estados Unidos, África ha experimentado un aumento del 120% en sus reservas de petróleo. Aunque ha alcanzado un nivel de 126.000 millones de barriles, se estima que puede haber otros 100.000 millones de barriles aún por encontrar. El continente también posee gran parte de los depósitos conocidos de oro (40%), platino (80%) o cobalto (60%).[150]

Sin embargo, sería demasiado simplista pensar que la existencia de vastas reservas de recursos naturales supone necesariamente la activación de grandes oportunidades para el progreso económico. Lejos de conducir automáticamente a la prosperidad, los recursos naturales pueden incluso obstaculizar el desarrollo y crear nuevos problemas. La historia está llena de ejemplos de países exportadores de recursos naturales que sufren problemas económicos porque confían excesivamente en estos activos y no logran diversificar sus modelos productivos. Para empeorar las cosas, estas exportaciones pueden elevar el valor de sus monedas, encareciendo la venta al extranjero de bienes producidos por otras industrias y exacerbando más aún la dependencia de sus economías de la exportación de recursos naturales.[151]

Además, la abundancia de recursos naturales puede crear una fuerte tentación para que las élites de un país se conviertan en

meros rentistas, alejándose del enriquecimiento propiciado por los procesos empresariales. No es casualidad que los países africanos más ricos en recursos naturales no sean los de mayor éxito económico del continente.

El reconocido economista Paul Collier considera que las reservas masivas de recursos naturales son una de las razones por las que muchos países africanos no se desarrollan. Los diagnósticos de Collier hablan de la “trampa de los recursos naturales” y citan algunos de los factores planteados en párrafos anteriores. Bajo estos modelos, las ganancias fluctuantes no conducen a un éxito económico sostenible.

Los últimos veinte años han demostrado, de hecho, que los precios de los recursos naturales son extremadamente volátiles. Esto tiene implicaciones fiscales puesto que, en la fase de auge de los precios, los gobiernos tienden a aumentar el gasto hasta niveles escandalosos.[152] El capítulo 6 plantea algo similar en el marco del estudio del desastroso impacto que han tenido en Venezuela las grandes estructuras de gasto público creadas al calor de los elevados precios que alcanzó el crudo en la década de los 2000.

En el caso Ghana, las grandes reservas de recursos naturales también han demostrado ser más una maldición que una bendición. El país parecía ir en camino al éxito económico cuando en 2007 se descubrieron grandes depósitos de petróleo a 65 kilómetros de sus costas. La explotación comercial de los yacimientos comenzó tres años después. El entonces presidente, John Kufuor, predijo eufóricamente un futuro brillante para su país: “con el petróleo como un *chute* en el brazo, vamos a volar”, declaró a la BBC en aquel momento. Emmanuel Graham, un experto en recursos naturales del Centro Africano de Políticas Energéticas, reveló que una parte significativa de las ganancias del petróleo terminó fluyendo a los bolsillos del presidente. Un diario suizo entrevistó a Graham sobre su hallazgo y éste señaló que otro de los problemas creados por este modelo de crecimiento fue que el gobierno abandonó cualquier noción de control del gasto una vez empezó a recibir las rentas del

petróleo.[153] Una vez empezaron a caer los precios de las materias primas, estos problemas se hicieron cada vez más aptentes. En abril de 2015, Ghana tuvo que negociar un “rescate” con el FMI valorado en 920 millones de dólares.

Por otro lado, la evolución reciente de Ruanda muestra que la falta de recursos naturales no detiene necesariamente el progreso económico de un país. A mediados de la década de 1990, el genocidio perpetrado por los hutus contra la minoría tutsi acabó con la vida de hasta un millón de ruandeses, incluidos casi todos los miembros de la élite del pequeño país del este de África. Hoy, Ruanda ha cambiado hasta el punto de que casi parece otro país. “La red de carreteras está cada vez mejor desarrollada. En la capital Kigali, los proyectos de construcción están por todas partes y los restaurantes y cafeterías ofrecen acceso wi-fi a internet de forma gratuita”. La actividad escolar cubre casi al 100% de los niños y el 91% de sus 13 millones de habitantes están cubiertos por un seguro de salud. Las tasas de crecimiento económico para el periodo comprendido entre 2001 y 2015 han rondado el 8%. Ruando ya está muy por delante de muchos de sus vecinos africanos. “El gobierno está comprometido con una política de libre mercado que pretende dar facilidades a los inversores. Ruanda ha logrado un gran salto en el Índice *Doing Business* del Banco Mundial, que mide la facilidad para hacer negocios]…]. Para compensar la falta de recursos naturales, Ruanda está tratando de aprovechar el conocimiento como su principal fuente de ingresos, con el objetivo de convertirse en el líder regional en materia de información y tecnologías de comunicación”.[154] El ejemplo de Ruanda prueba que la libertad económica promueve el crecimiento económico de forma estructural, frente al auge coyuntural y artificial que a menudo alienta la abundancia de recursos minerales. Ruanda ocupa hoy el puesto 39 del Índice de Libertad Económica, por delante de España y Francia (que aparecen en el lugar 60 y 71 de la tabla, respectivamente).[155] En clave regional, Ruanda es hoy el tercero de los 48 países del África subsahariana y está en camino de seguir mejorando posiciones de la tabla.[156]

Kenia también es un caso esclarecedor que refuta la suposición de que los recursos naturales son un requisito previo para el crecimiento económico de los países africanos.[157] La antigua colonia británica siempre ha figurado entre las potencias económicas de la región. Aunque su territorio está dividido por el ecuador, Kenia se beneficia de un clima con menos dureza que la de los países del oeste de África. Dado que numerosas zonas del país están situadas a altitudes cercanas a los 2.000 metros, las temperaturas se mantienen en niveles agradables durante todo el año. El clima moderado y la altitud hacen de Kenia un lugar ideal para cultivar café y té. La forma de vida local fue memorablemente descrita en la novela con tintes de autobiografía *Memorias de África*, de Karen Blixen. La ganadería en la sabana y, más tarde, el cultivo de exportaciones coloniales como las piñas han proporcionado nuevas fuentes de ingresos para la economía.

Los empresarios kenianos son el activo más importante del país. La independencia, alcanzada en 1963, puso fin a las restricciones que limitaban la libertad de movimientos de los ciudadanos. Pronto se dio un fuerte repunte económico, apoyado por el dinamismo de miles de empresarios locales y por la entrada de capital extranjero. Aunque su Administración sigue estando plagada de corrupción, Kenia ha podido mantener una tendencia económica positiva desde entonces, con una base empresarial sólida que se desarrolla a pesar de los continuos disturbios políticos, empezando por los pequeños que contratan a unos pocos empleados y llegando a grandes empresas cuya esfera de influencia va mucho más allá de las fronteras nacionales en toda la región.

En 1984, el empresario Peter Munga creó Equity Bank como una entidad de ahorro y préstamo a pequeña escala. Su meta era la de ayudar a las familias más pobres del país a comprar sus primeras casas modestas. El capital inicial con el que lanzó el negocio (5.000 chelines) era equivalente a apenas 100 dólares del momento. Después de esquivar la bancarrota en varias ocasiones, Munga confió el funcionamiento del banco a James Mwangi, que en 1993 tomó las riendas con apenas 31 años de edad. Hoy en día, Munga y

Mwangi manejan conjuntamente una entidad que ya es el banco más grande de África del Este y uno de los valores más relevantes de la bolsa de Nairobi. Su negocio sigue manteniéndose fiel a los comienzos y mantiene su trabajo con clientes que normalmente tienen difícil su acceso a servicios financieros.

Al comienzo del nuevo milenio, Kenia se había convertido en la potencia económica de la región gracias a la velocidad de su crecimiento económico, y todo sin petróleo, diamantes, oro o elementos naturales. Lo que sí se desarrolló con rapidez fue la telefonía móvil y el internet de alta velocidad. La irrupción de M-Pesa, una nueva forma de banca móvil creada por el operador de telefonía móvil Safaricom, también supuso un punto de inflexión para la economía de Kenia, puesto que este desarrollo ofrece un medio de enviar dinero y hacer pagos inmediatos a millones de kenianos que son demasiado pobres como para que los bancos de mayor implantación les ofrezcan sus servicios tradicionales.

M-Pesa se basa en el reconocimiento de que un contrato de teléfono móvil prepago funciona según el mismo principio que una cuenta bancaria: los usuarios pagan un cierto monto en su cuenta y luego pueden gastar ese dinero en llamadas telefónicas y mensajes de texto hasta que su crédito se agote. Pero, ¿por qué restringir los gastos a llamadas telefónicas y mensajes de texto? Esa es la vuelta de tuerca que dio M-Pesa, que permite a los clientes transferir su crédito a otros usuarios de teléfonos móviles a través de mensajes de texto.

Para apoyar a sus familiares, muchos hombres se desplazan desde las zonas rurales hasta Nairobi para trabajar en la capital, donde pasan semanas o meses sin ver a los suyos. Antes de que M-Pesa estuviese en funcionamiento, la única forma de enviar dinero a sus familias era entregar un sobre lleno de dinero en efectivo a los conductores de los minibuses del ejército del país, siempre pagando una considerable tarifa para asegurarse de que se entregaría el dinero prometido a un familiar determinado en una parada previamente acordada. Aunque el sistema sí era fiable, también era

costoso y complicado. Con M-Pesa, los usuarios pueden transferir dinero en cuestión de segundos y pagando una fracción del coste que antes soportaban.

Hoy en día, los kenianos usan M-Pesa para pagar su renta, sus facturas o sus impuestos, pero también para intercambiar acciones o incluso para comprar seguros. La compañía ha aumentado el poder adquisitivo de la población, haciendo posible que los ciudadanos compren teléfonos móviles, contraten un seguro de salud básico o adquieran medicamentos y otros elementos esenciales. Según una estimación, M-Pesa ha sacado al 2% de la población de Kenia de la pobreza extrema.[158] Hoy, más del 40% del PIB de Kenia se canaliza a través de M-Pesa y otras plataformas de dinero móvil.[159]

La combinación de banda ancha y tecnología móvil ha propiciado un auge sin precedentes. Nairobi está lleno de *incubadoras* de *start ups*.[160] Los desarrolladores de *software* están siempre afanados, diseñando las aplicaciones del mañana. Aunque muchas empresas europeas todavía están desarrollando sitios web para dispositivos electrónicos de menor tamaño (tabletas, móviles…), sus contrapartes africanas ya tienen un largo recorrido en este campo. Lo mismo sucede con las aplicaciones. Los prósperos *hubs* de emprendimiento de Nairobi han atraído a numerosos ángeles inversores y fondos de capital de riesgo. Además han conectado a empresas y proveedores de servicios, acelerando un crecimiento más estable que el de aquellas economías que dependen principalmente de los recursos naturales.

LOS EMPRENDEDORES DE ÁFRICA Y LA NUEVA CLASE MEDIA

Los ejemplos comentados en la sección anterior muestran que lo equivocado que es suponer que las tendencias económicas positivas que se observan en todo el continente africano son causadas únicamente por el aumento de los precios de los productos básicos. El auge de la banda ancha y de las tecnologías móviles ha llevado a una relajación del control estatal en muchas

industrias y permitido a los empresarios prosperar al margen del apoyo del gobierno o de las conexiones políticas. Esta nueva clase de jóvenes africanos son jóvenes emprendedores seguros de sí mismos que en muchos casos han estudiado en el extranjero, pasando por las universidades de Europa o Estados Unidos, pero también por la educación superior de China o India, cuyo peso va a más. Muchos trabajan para corporaciones internacionales antes de regresar a sus países de origen.

“Aunque en las ricas economías del Norte este fenómeno pase inadvertido, África está viviendo la aparición de una nueva clase de empresarios que está impulsando y dando forma a la recuperación económica de todo el continente”, comenta Christian Hiller von Gaertringen.[161] Su libro, titulado *Afrika ist das neue Asien* (*África es la nueva Asia*) muestra una panoplia de ejemplos impactantes que evocan el tipo de emprendimiento rupturista e innovador que el economista Joseph Schumpeter describió como una condición previa y esencial para el éxito del capitalismo.

Entre los más conocidos de estos ejemplos está Mo Ibrahim, quien ha alcanzado un estatus legendario en África.[162] Nacido en Sudán en 1946, fue una fuerza impulsora detrás del desarrollo de tecnologías de telefonía móvil en África y, por tanto, ayudó a lograr lo que probablemente ha sido el desarrollo productivo más revolucionario que ha vivido la región desde el final del colonialismo.

Mo Ibrahim obtuvo su doctorado en comunicaciones móviles en la Universidad de Birmingham, de Reino Unido, y ayudó a desarrollar la red de telecomunicaciones móviles de British Telecom (BT). Ibrahim sugirió llevar esta nueva tecnología a África, pero su compañía no reconoció el potencial de esta oportunidad. En 1989, este emprendedor en ciernes abandonó la compañía y fundó una consultora llamada Mobile Systems International (MSI), que acabaría vendiendo en el año 2000 por 900 millones de dólares a Marconi Company, una gran empresa con sede en las islas británicas.

Antes de vender MSI, Mo Ibrahim escindió una división de la compañía para crear MSI-Cellular Investments, más tarde renombrada Celtel, una nueva empresa operadora de telefonía móvil que utilizó para financiar el desarrollo de la red móvil de numerosos países de la región. Esta inversión movilizó varios miles de millones. Pronto, este *spin off* de su consultora comenzó a expandirse por Nigeria, Kenia, Uganda, Tanzania, Malawi, Zambia, la República Democrática del Congo, República del Congo, Chad, Níger, Burkina Faso, Sierra Leona, Gabón y Madagascar. Bajo otra marca, también avanzó en los mercados de Ghana y Sudán. En 2005, Ibrahim vendió su empresa a su competidor kuwaití, Zain, por un total de 3.400 millones de dólares. Unos años más tarde, Zain traspasó la sociedad a otro inversor por un total de 10.7000 millones.

El mercado de la telefonía móvil es un excelente ejemplo de las percepciones erróneas europeas y americanas sobre el desarrollo económico de África. En todo el continente, la tasa de penetración de la tecnología de telefonía móvil, medida como el número de contratos de telefonía móvil por cada 100 residentes, saltó del 15,3% al 84,9% entre 2005 y 2015.[163] Unos catorce países de la región reportaban tasas de penetración de más del 100% (es decir, tienen más líneas de teléfono móvil que habitantes).[164] Reflexionando sobre estas transformaciones, un hombre de negocios africano cuenta cómo su chófer solía dedicar sus días libres para llevar dinero a su familia, mientras que hoy simplemente debe enviar un mensaje de texto.
[165]

Asimismo, los teléfonos móviles han simplificado enormemente la operativa de negocios tradicionales como la venta de verduras, que antes debía recorrer casa por casa pero ahora recoge los pedidos y recibe los pagos a través de los servicios de pago de telefonía móvil. [166] Así es África en el siglo XXI.

En un sondeo realizado por TNS y encargado por la Comisión Europea se le preguntó a los ciudadanos de numerosos países europeos qué nociones o imágenes positivas tenían de África. Uno

de cada tres mencionó las reservas naturales, mientras que uno de cada cuatro habló de sus hermosos paisajes. Solo el 1% se refirió a los nuevos modelos de negocio, como la banca móvil, mientras que un escaso 3% mencionó sus nuevas fórmulas empresariales.[167]
Mientras en Europa no somos conscientes de estos avances, el Programa de Emprendimiento creado por el banquero e inversor nigeriano Tony Elumelu en la fundación que lleva su nombre recibe anualmente 45.000 solicitudes de participación llegadas de todo el continente, de las cuales 1.000 son seleccionadas para beneficiarse de estos programas de financiamiento y desarrollo profesional.[168]

A pesar de las tendencias positivas descritas anteriormente, todavía hay muchos obstáculos que bloquean un mayor crecimiento en África. Según las estadísticas del Banco Mundial, el proceso de creación de una empresa nueva es mucho más lento en Angola (36 días), Nigeria (31 días) o Sudáfrica (46 días) que en Reino Unido (5 días) o Estados Unidos (6 días). Vale la pena señalar que Ruanda, cuyo éxito económico ya se ha discutido, está por delante de la mayoría de los países occidentales en esta estadística, con un tiempo de espera de apenas 5,5 días.

También es importante explicar que los tiempos de espera para establecer una empresa se han reducido notablemente entre 2006 y 2016, pasando de 116 días a 19 días en Mozambique, o de 36 a 9 días en Zambia. No solo eso. El emprendimiento ya goza de un estatus social positivo y de un alto nivel de aceptación entre la mayoría de los ciudadanos de países como Botsuana, Ghana y Ruanda.[169]

África es un continente de fuertes contrastes. No hay ninguna otra región con tantas personas que sufren de hambre, pero también es el tercer continente que más botellas de champán consumió en 2011, solo por detrás de Europa y Estados Unidos. Más de 750.000 de los 10 millones de botellas que consumió África durante dicho ejercicio se vendieron solo en Nigeria.[170]

África también presenta tasas de crecimiento más veloces que cualquier otra región en el número de individuos de gran patrimonio. Este grupo es el colectivo de los *UHNWI* o *ultra high net worth individuals*, cuyo patrimonio neto se estima en más de 30 millones de dólares. Según el informe de riqueza global elaborado por Knight Frank en 2016, más de la mitad de los veinte países donde más aumenta el colectivo *UHNWI* se ubican en África. EN Kenia, por ejemplo, el aumento entre 2006 y 2016 fue de un 93%, una tasa solo comparable a los datos de China, India y Vietnam. Según las predicciones de Knight Frank para los siguientes diez años, las tasas de crecimiento de África se mantendrán más altas que las de Estados Unidos y Europa.[171]

Al igual que en China, este número creciente de millonarios coincide con el crecimiento de la clase media. Algunas estimaciones establecen que 350 millones de africanos están dentro de la llamada clase media, lo que supone aproximadamente un tercio de la población total e implica un aumento de más del 200% a lo largo de los últimos 30 años. Sin embargo, la tasa de pobreza sigue siendo muy elevada y, de hecho, la mitad de los africanos de clase media viven apenas por encima de la tasa de pobreza, de modo que aún constituyen un grupo potencialmente vulnerable.[172] Es importante tener en cuenta que los estudios sobre esta cuestión definen la "clase media" en términos que distintos de los que se aplican en el mundo industrializado. Así, en los países emergentes, la definición incluye hogares cuyo nivel de vida supera la línea de pobreza, de modo que abarca a colectivos que podrían ser considerados "rentas bajas" en Occidente.[173]

Sin embargo, incluso si se aplica una definición más acotada y exigente, la clase media africana sigue siendo un grupo creciente e integrado por al menos 150 millones de personas que viven libres de preocupaciones básicas y tienen los medios para pagarse atención médica, vacaciones y propiedades, además de tener a su alcance el brindarle a sus hijos una educación mucho mejor de la que ellos mismos disfrutaron. El fuerte crecimiento en el número de teléfonos

móviles o automóviles es un buen indicador del avance de esa creciente clase media.[174]

“Restaurantes, salones de belleza, cines o discotecas están transformando el paisaje urbano de las grandes ciudades de África. Un número cada vez mayor de africanos usa marcas de moda conocidas. La gente conduce automóviles cada vez más caros, en particular los modelos japoneses y coreanos. Las señales están a la vista de todos: la clase media africana está creciendo”.[175]

El crecimiento de la clase media está acelerando los procesos de urbanización de todo el continente. Una de las mayores ciudades del mundo es Lagos, la capital de Nigeria, con una población de más de 18 millones. Kinshasa, la capital de la República Democrática del Congo, cuenta ya más de 10 millones de habitantes. En todo el continente hay 46 ciudades con una población de un millón o más de residentes, el doble que en Europa.[176]

EL PAPEL DE CHINA EN ÁFRICA

Junto con el surgimiento y el crecimiento de una clase media africana, y al calor de la evolución de la iniciativa empresarial, el fuerte compromiso con las economías africanas de países como China, India y Brasil es otra razón que contribuye al desarrollo económico de la región. Tras haber manejado con éxito su propia transformación y haber pasado de un país socialista lleno de campesinos pobres a una potencia económica capitalista, China está ahora favoreciendo el mismo modelo en el continente africano.

La evolución de los intereses comerciales chinos en África ha seguido un concepto simple de cuatro pasos. El enfoque inicial fue el de asegurarse el acceso a las vastas reservas de recursos de África, incluyendo aquí petróleo, hierro, diamantes, algodón, madera, arroz y caña de azúcar. A cambio, los chinos financiaron grandes proyectos de infraestructuras y pusieron su tecnología a disposición de sus socios africanos. A continuación, los asiáticos comenzaron a exportar bienes de consumo a África. Se trata del

mayor mercado sin explotar del mundo, con una población total de 1.200 millones, entre ellos cientos de millones de personas que ya forman parte de la emergente nueva clase media africana. China ha sido uno de los primeros en reconocer el potencial de este mercado, aunque inicialmente la mayor parte de sus exportaciones consistieron en productos de baja calidad a precios de rango medio. [177]

En la fase tres, numerosas compañías chinas empezaron a subcontratar parte de sus cadenas de producción a empresas radicadas en África para reducir costes y, al mismo tiempo, elevar su perfil como creadores de empleo en la región. Posteriormente, en el cuarto punto de expansión china en África, las empresas chinas han comenzado a fabricar productos expresamente pensados para el mercado del continente.

En noviembre de 2006, una conferencia impartida en Pekín por el líder chino Hu Jintao vino a marcar un hito importante en la participación económica del gigante asiático en África. Los anfitriones chinos no escatimaron esfuerzos para que los numerosos delegados africanos que fueron invitados se sintieran bienvenidos. Las calles de Pekín fueron engalanadas con las banderas de las 48 naciones africanas invitadas al evento. Cumbres similares organizadas en Europa tienden a girar en torno a la *ayuda al desarrollo*, pero la conferencia de Pekín trató sobre los beneficios mutuos de la cooperación económica entre China y los países africanos.

“China está ejecutando su estrategia de recursos con considerable aplomo, haciendo aparentemente todo lo posible para asegurarse de que los acuerdos de productos básicos benefician a ambos signatarios. La motivación para los países anfitriones no es difícil de entender: necesitan infraestructuras y fórmulas nuevas que les permitan financiar proyectos que desbloqueen el crecimiento económico. Para lograrlo, están dispuestos a vender sus activos al mejor postor. Este es el acierto de la estrategia de China: cada país obtiene lo que quiere”.[178]

Entre 1998 y 2012, al menos 2.000 empresas chinas hicieron inversiones en 49 países africanos.[179] En noviembre de 2014, China firmó un contrato para la construcción de una línea de ferrocarril a lo largo de la costa nigeriana. El proyecto está valorado en 12.000 millones de dólares y cubre una construcción con una longitud total cercana a los 1.400 kilómetros. Se crearán 200.000 empleos durante la construcción, además de 30.000 puestos de trabajo permanentes.[180] Además, es innegable el significativo impacto a largo plazo de un proyecto de este tipo, sobre todo en la que ya es la economía más grande de África. Pero esta es solo la joya de la corona, porque la Corporación China para la Construcción de Ferrocarriles está actualmente involucrada en un total 112 proyectos desarrollados en Nigeria, con un volumen de contratos que supera los 30.000 millones.[181]

A nadie escapa la importancia de estos proyectos en un continente donde la falta de infraestructuras adecuadas es uno de los principales obstáculos para el crecimiento, según numerosos estudios.[182] Las carreteras son insuficientes y están en mal estado. Las conexiones aéreas están subdesarrolladas y los ferrocarriles son viejos y poco fiables. El suministro de energía es otro reto crucial, puesto que ofrece un servicio intermitente y de baja calidad. Los chinos son muy conscientes de este problema y lo están abordando invirtiendo de forma masiva en proyectos de infraestructuras repartidos por la región.

Aunque la estrategia africana de China en África es frecuentemente criticada por servir a los intereses del país asiático, estas acusaciones no son convincentes. Después de la apertura de sus mercados a los inversores extranjeros, China se benefició de las inversiones que fluían especialmente desde empresas de Hong Kong y Europa, impulsadas por un astuto sentido comercial más que el puro altruismo. En el pasado reciente, el apetito por tomar posiciones en el mercado africano ha producido beneficios mutuos para ambas partes. Según Andreas y Frank Sieren, expertos en China, “las dos últimas décadas de inversiones de China en África

han hecho más para ayudar al continente que el medio siglo de *ayuda al desarrollo* de los países occidentales".[183]

Las encuestas muestran que solo hicieron falta unos años para que la influencia de China en la región se viera más favorablemente que el papel de Estados Unidos en el continente.[184] Sin embargo, los chinos estuvieron cerca de perder la confianza de los consumidores africanos debido a la mala calidad de los bienes exportados en un primer momento y las diferencias a la hora de convertir estas inversiones en empleo. Esta es una de las razones por las cuales las empresas chinas comenzaron a externalizar partes de su producción a África. China promovió una gran cantidad de Zonas Económicas Especiales en África, transfiriendo con éxito un modelo que ya había contribuido significativamente a su propio repunte económico y a su transición a una economía capitalista, tal y como se planteó en el Capítulo 1.[185]

ÁFRICA: ¿LA NUEVA ASIA?

¿Tendrán las inversiones realizadas por China, India y otros países el mismo impacto que tuvieron las inversiones extranjeras en China después de la apertura del país? ¿Es África la nueva Asia, como algunos comentaristas empiezan a afirmar? Hay razones para ser escépticos. Las inversiones extranjeras y la creación de sistemas económicos más orientados al mercado no son los únicos requisitos previos para el crecimiento y la prosperidad. La situación africana está repleta de desafíos que no existían en la China reformista. Hablamos de guerras civiles, rivalidades tribales o niveles muy insuficientes de institucionalización. Otra buena pregunta es si las poblaciones africanas sabrán reunir o desarrollar la disciplina y disposición para el trabajo que distingue a muchas poblaciones asiáticas, incluso en comparación con Estados Unidos o Europa.

Un problema importante para el desarrollo africano es la enorme influencia del Estado en el funcionamiento de la empresa privada. Numerosos estudios han demostrado que ese intervencionismo es más fuerte en muchos países africanos que en otras partes del

mundo.[186] Sam Jonah, ex consejero de AngloGold Ashanti (la primera compañía africana que cotiza en la bolsa de Nueva York) explica por qué el papel dominante del Estado en muchas economías africanas es tan pernicioso: “en África, como en todas partes, el dinero fluye hacia donde hay menos riesgo y mayores retornos. Cuando los acuerdos se desarrollan en base a conexiones políticas, el riesgo es menor y los retornos parecen estar asegurados”.[187]

Tradicionalmente, los gobiernos africanos tendían a ver su relación con las grandes empresas como un *juego de suma cero*. Tal y como explica el gerente de una *family office* senegalesa: “si una empresa crece mucho o un empresario es demasiado poderoso, cualquiera en el gobierno se siente amenazado por eso. Esa es una pelea que desde el sector privado no puedes ganar”.[188] Sin embargo, hay razones para pensar que los gobiernos de la región pueden estar comenzando a perder el temor de que “la pérdida de control sobre cualquier elemento importante de la economía suponga necesariamente un menor nivel de autoridad y control para el partido gobernante”. En China y otros países hay evidencia que así parece indicarlo.[189]

En el capítulo 1 se plantea una observación crucial de Zhang Weiying referida a la asignación de talento empresarial entre el gobierno y la empresa privada. Este es un factor clave para la transición exitosa hacia el capitalismo.[190] Para desarrollar adecuadamente sus aspiraciones empresariales, es importante que los jóvenes con talento puedan mirarse en el espejo de emprendedores modelo a los que para admirar y emular. Estos referentes existen en el África contemporánea, tal y como Moky Makura ha demostrado en un impresionante volumen que describe la experiencia de dieciséis de los empresarios más exitosos del continente.[191] Su trayectoria sirve como modelo a seguir para la próxima generación de emprendedores: son jóvenes que, en lugar de esperar toda una vida de comodidad como asalariados públicos, tienen ambiciones de ganar dinero creando riqueza en empresas privadas.

Es evidente, pues, que África ofrece muchas oportunidades económicas. Sin embargo, algunas de las predicciones que anticipan un auge masivo en todo el continente parecen estar basadas en modelos que no hacen una apreciación realista de los hechos, quizá por desconocer la realidad a pie de calle de muchos de estos países. Intentar replicar las historias de éxito de Asia en África sin tener en cuenta las diferencias que hay entre los dos continentes es demasiado simplista. Este capítulo ya ha planteado por qué algunas de las razones que se dan para ese auge (por ejemplo, el argumento de que África tiene enormes reservas de recursos naturales y, por lo tanto, está destinada a lograr un crecimiento significativo) pueden no ser más que una ilusión. Estos recursos han existido en África desde hace décadas y lo cierto es que, hasta ahora, esta oportunidad no se tradujo en un crecimiento significativo. De hecho, como hemos visto, las grandes reservas de recursos naturales pueden ser a veces más una maldición que una bendición para el desarrollo económico de cualquier país.

Hay cierta verdad en el argumento del “dividendo demográfico”, que supone que la población joven de África puede ser el motor de su crecimiento futuro. Es cierto que el continente se beneficiará de una oferta casi ilimitada de mano de obra y que la proporción de la población que es demasiado joven o demasiado vieja para trabajar seguirá siendo limitada.[192] Según las estimaciones del Banco Mundial, el impacto positivo de la población joven en el crecimiento económico será especialmente alto entre 2025 y 2030, añadiendo aproximadamente 0,5 puntos porcentuales. Posteriormente, se espera que ese impacto disminuya, pero en cualquier caso se mantendrá como un factor positivo en el largo plazo.

Sin embargo, existen otras hipótesis pesimistas al respecto, basadas en el supuesto de que el crecimiento de la población superará con creces la capacidad de la economía africana para la creación de empleo. Según las estimaciones de la ONU para 2050 la población de Níger y Nigeria, dos países vecinos, será igual a la de la Unión Europea en la actualidad.[193]

Hay otros factores que también añaden incertidumbre. No sabemos cómo se desarrollará la migración de población de África a Europa, pero sí sabemos que, si África si pierde a un gran número de ciudadanos, perderá capital humano. Y, no lo olvidemos, aquellos con los medios financieros para abandonar el continente no suelen encontrarse entre los más pobres.

Debido a las dudas en torno a todos estos temas, el desarrollo futuro de África es difícil de predecir. Sin embargo, hay algo que sí es obvio. África, como las demás regiones del mundo, tendrá mejores perspectivas de crecimiento y prosperidad en la medida en que apueste por esquemas capitalistas y se aleje de las economías planificadas controladas por el Estado, abandonando el "socialismo africano" de antaño. Si bien la introducción del capitalismo puede arrojar mejores resultados en unos países que en otros, siempre es un catalizador para el crecimiento económico.

Incluso el líder de la banda de rock U2, Bono, que anteriormente organizaba grandes festivales masivos de "ayuda para África" marcados por una retórica anticapitalista y una creencia aparentemente inquebrantable en la *ayuda al desarrollo* como solución al hambre y la pobreza en África, ha cambiado su tono al comprobar abundante evidencia que apunta en la dirección opuesta. "La ayuda es solo un recurso provisional", declaró en un discurso pronunciado en la Universidad de Georgetown en 2013. "El comercio [y] el capitalismo emprendedor sacan a más personas de la pobreza que la *ayuda al desarrollo*. Necesitamos que África se convierta en una potencia económica".[194] Asimismo, el cofundador de Live Aid, Sir Bob Geldof, se asoció recientemente con dos altos ejecutivos empresarial para establecer un fondo de capital privado centrado en invertir en el continente. Geldof también parece haberse dado cuenta de que las donaciones gubernamentales no resuelven los problemas de África.[195]

El experto en asuntos africanos, Vijay Mahajan, apunta que "el emprendimiento y el desarrollo de los mercados de consumo

constituiría un motor de progreso más limpio, estable y poderoso que cualquier proceso político". Mahajan cita a Pat Utomi, un profesor de la Escuela de Negocios de Lagos que medio en serio, medio en broma, señaló en una ocasión que "si se les entregara a los soldados y políticos todo el petróleo de Nigeria con la condición de que dejaran al resto del país en paz, a los nigerianos les iría mucho mejor". [196]

En Europa y Estados Unidos, nuestra percepción de África está sesgada hacia dos extremos: algunos (una mayoría) ven solo niños hambrientos, pobreza desgarradora, SIDA, corrupción y muchos otros problemas graves. Otros (una minoría creciente) prefieren una visión extremadamente optimista, que incluso peca de eufórica, y que ve África como una tierra de oportunidades doradas para el crecimiento, hasta el punto de pensar que puede rivalizar con las economías emergentes de Asia. Los defensores de ambos puntos de vista pueden reunir mucha evidencia en apoyo de sus respectivas posiciones. Lo que está claro es que, para los inversores dispuestos a asumir riesgos, la visión negativa de África constituye una rica fuente de oportunidades. Tal y como expresa Ibrahim: "en el mundo de los negocios, cuando hay una brecha evidente entre la realidad y la percepción, hay muy buenas oportunidades para ganar dinero".[197]

Capítulo 3

Alemania: no puedes adelantar a un Mercedes con un Trabant

Durante parte del siglo pasado, Alemania fue lo más parecido a un laboratorio de políticas económicas. Durante más de cuarenta años, la partición del país parecía una suerte de experimento orientado a determinar si los seres humanos tienen más probabilidades de

prosperar en una economía controlada por el Estado o en el marco de un modelo de libre mercado. Este proceso, que comenzó con el final de la II Guerra Mundial y la ocupación de Alemania por parte de las potencias aliadas, terminó con el colapso del régimen socialista de Alemania Oriental y la reunificación del país, entre los años 1989 y 1990.

Tras el final de la guerra, Alemania fue dividida en cuatro zonas, cada una de ellas controlada por el ejército de una de las potencias aliadas. En 1947 y 1948, las tres zonas occidentales, ocupadas por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, fueron fusionadas para formar la "Trizona". La parte oriental, controlada por los soviéticos, había sufrido mucho menos daño económico que la mitad occidental, puesto que apenas el 15% de sus instalaciones industriales fueron destruidas por los bombardeos de los aliados.[198] Sin embargo, la Unión Soviética desmanteló parte de las industrias supervivientes y las transportó a suelo ruso ocmo medida de "compensación" por las pérdidas provocadas por la guerra.

La división de Alemania en dos Estados durante décadas nunca fue el plan original de las potencias ocupantes, pero sí se convirtió en una de las consecuencias de la Guerra Fría que estalló entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales tras su victoria conjunta sobre Alemania.

LA ECONOMÍA SOCIALISTA PLANIFICADA EN ALEMANIA ORIENTAL

El Partido Comunista (KPD) se convirtió rápidamente en la fuerza política dominante de la zona ocupada por los soviéticos. En abril de 1946, el KPD se fusionó con el Partido Socialdemócrata (SPD), dando pie a la creación del llamado Partido de Unidad Socialista (SED). Previamente, en junio de 1945, el KPD había proclamado una declaración bastante moderada para los estándares comunistas, puesto que garantizaba "el desarrollo completamente libre de la libertad de empresa y el emprendimiento privado, sobre la base de la propiedad privada". Además, el KPD sostenía que "sería

un error imponer el sistema soviético en Alemania".[199] Sin embargo, eso fue exactamente lo que sucedió en los años siguientes.

Todo comenzó con una reforma agraria que arrancó por la expropiación sin compensación de tierras y propiedades cuya extensión superaba las 100 hectáreas. Se trataba de suelo que anteriormente perteneció a líderes nacionalsocialistas de alto rango. La tierra agrícola expropiada se dividió en pequeñas parcelas y se asignó a los agricultores. La ruptura de grandes propiedades se justificó como una medida de *desnazificación* que, además, tendría el beneficio añadido de proporcionar una forma de vida a las personas desplazadas por la guerra o a los refugiados de las regiones fronterizas con Polonia o Checoslovaquia. En 1950, dos tercios de las tierras expropiadas habían sido entregadas a nuevos titulares individuales.

La nacionalización de las industrias de Alemania del Este se fue desarrollando en varias etapas, comenzando primero en la zona que estaba directamente ocupada por los soviéticos. Aquello se anunció como parte de la "lucha contra el fascismo". La teoría comunista consideraba que el capitalismo era la causa fundamental del fascismo y apuntaba que la economía de mercado debía eliminarse para liberar al mundo de dicho totalitarismo. En consecuencia, las expropiaciones eran más un elemento de la *guerra de clases* que un castigo a los propietarios que colaboraron con el régimen nacionalsocialista.[200]

A fines de 1948, las empresas públicas suponían ya el 60% del volumen de producción total en la zona del país ocupada por los soviéticos. Llegado el año 1955, este porcentaje había aumentado al 80%. Las empresas privadas que seguían en pie estaban sujetas a diversas presiones. Por ejemplo, eran discriminadas cada vez que hacía falta algún tipo de arbitrio para el acceso a materiales de producción.[201] Estas medidas contribuyeron a minar significativamente el potencial empresarial de la zona ocupada por los soviéticos. En 1953, una de cada siete empresas industriales de Alemania del Este (o lo que es lo mismo, más de 4.000 compañías)

había reubicado su sede para abandonar esa mitad del país e instalarse en la Alemania Occidental. Con esta decisión salieron de la zona de influencia comunista miles de altos ejecutivos, de expertos técnicos y de trabajadores talentosos. [202]

En línea con el lema socialista de *dar poder a los trabajadores*, los propietarios o directores gerentes de muchas empresas nacionalizadas fueron apartados de sus cargos y reemplazados por trabajadores. A mediados de 1948, más de la mitad de las empresas públicas que operaban en la región de Sajonia estaban dirigidas por ex trabajadores de dichas compañías. De ellos, el 80% no tenía educación más allá de la escuela primaria. [203]

La autoridad de planificación económica, los departamentos gubernamentales, las administraciones regionales, la oficina de precios y otros organismos públicos asfixiaban a las empresas con sus requisitos de papeleo y burocracia. En las empresas se crearon enormes departamentos administrativos orientados a cumplir con todas las disposiciones, ordenanzas, requisitos y regulaciones que fijaban las metas de producción, las decisiones de inversión o los planes financieros y económicos. Cada mes, las empresas enviaban hasta 65 estudios de este tipo a las distintas instancias del Estado que supervisaban y coordinaban su funcionamiento. [204]

Al igual que en la propia Unión Soviética, la economía de la zona ocupada por los soviéticos terminó bajo la planificación del gobierno central y sus funcionarios. Fritz Selbmann, un destacado economista comunista, explica que “[en una] economía planificada, cada detalle de la fabricación está controlado por los planes y cada proceso económico se ordena por adelantado, desde el suministro de materias primas hasta el transporte, el procesamiento o las ventas”. [205]

Mientras que en una economía de libre mercado los precios vienen determinados por la oferta y la demanda, en este sistema son establecidos desde el gobierno. Por razones políticas, los precios oficiales de los alimentos y otros productos básicos tienden a ser

muy bajos, por debajo incluso que el coste de las materias primas necesarias para producir esos mismos alimentos y productos básicos. Sin embargo, el sistema era sostenido desde la raíz por una incesante propaganda. “Plan” era una palabra mágica. Los niños y jóvenes reclutados por las autoridades para su adoctrinamiento, como el Movimiento de los Pioneros, aprendían a aplaudir y elogiar la economía planificada desde el primer minuto, incluso cantando un fervoroso himno que hablaba del “querido plan” que proporciona “zapatos y ropa, hogares y escuela, trenes que aceleran de ida y vuelta, barcos que surcan los mares”. Estas canciones hablaban también de cómo el sistema proporcionaría “aún más carbón, acero y mineral para alegrar los corazones”. [206]

El 7 de octubre de 1949, unos meses después de que las zonas occidentales estableciesen la República Federal de Alemania, la zona ocupada por los soviéticos se convirtió en la República Democrática Alemana (RDA). La economía de la mitad oriental avanzaba con lentitud. En 1950, el consumo privado *per cápita* en la RDA oscilaba entre un tercio y la mitad de los niveles de 1936. Dos años después, en 1952, suponía apenas el 50-75% de los niveles de consumo *per cápita* de la Alemania capitalista.[207]

El dictador soviético Joseph Stalin presionó a los líderes de Alemania del Este en abril de 1952 para que lanzasen “cooperativas de producción” en áreas rurales y embarcasen al país en la “ruta hacia el socialismo”.[208] Pronto se aceleraron los esfuerzos concertados para consolidar nuevos esquemas de colectivización de la producción agrícola. Estas nuevas organizaciones recibían un trato preferencial sobre los agricultores independientes. Tal y como explicó el jefe de estado de la Alemania Oriental, Walter Ulbricht, “las cooperativas de producción agraria son lo primero y también lo segundo. Solo después de ellas se puede considerar el rol de las granjas pequeñas o medianas”.[209] Miles de agricultores huyeron hacia el oeste para huir de esta creciente presión.

El gobierno utilizó la política fiscal como un instrumento para avanzar hacia la nacionalización, aumentando significativamente la

presión sobre las operaciones privadas en el comercio y la industria. Las empresas que obtenían ganancias de 100.000 marcos alemanes orientales o más eran gravadas con un impuesto del 78,5%, una tasa que subía al 90% para aquellas empresas que obtuviesen más de 500.000 marcos alemanes orientales.[210]

No es de extrañar, pues, que un número creciente de alemanes residentes al Este del país (especialmente agricultores, comerciantes y empresarios) huyeran hacia el Oeste. El promedio mensual entre 1950 y 1952 arrojaba más de 15.000 salidas, pero en el primer semestre de 1953 estas cifras se dispararon hasta el entorno de las 37.500 salidas al mes.[211] Estas intensas pérdidas de talento humano constituían un duro golpe para la economía de Alemania Oriental. El gobierno respondió aumentando los objetivos de producción, lo que provocó aún más descontento entre la población y alimentó el levantamiento popular del 17 de junio de 1953, cuando cientos de miles de personas salieron a las calles para protestar y numerosos trabajadores se declararon en huelga. La revuelta fue sofocada por los tanques soviéticos, que mataron al menos a 51 personas, aunque algunas fuentes hablan más de un centenar de fallecidos.[212]

El relato oficial publicado en el diario *Neues Deutschland* (*Nueva Alemania*) replanteó las huelgas y manifestaciones como “una provocación fascista por parte de agentes extranjeros”. La crónica afirmaba que, “siguiendo las instrucciones de Washington, las agencias estadounidenses con sede en la Alemania Occidental están desarrollando sus planes para la guerra y la guerra civil”.[213]El régimen no podía admitir que hubiese disidentes y ciudada.nos críticos dentro de sus propias fronteras. Desde la Unión Soviética de Stalin hasta las tiranías socialistas de hoy en día, la respuesta siempre es la misma: hablar de “conspiraciones” y “espías extranjeros” como el único *porqué* detrás de cualquier levantamiento.

De hecho, hay muchas pruebas documentales que demuestran que el gobierno occidental y las agencias de noticias no estaban

preparados para los eventos del 17 de junio, de modo que la respuesta inicial ante los primeros informes sobre el levantamiento fue de incredulidad. Incluso se llegó a pensar que podía ser un intento liderado por Rusia para presionar a Ulbricht.[214]

El trauma del levantamiento siguió persiguiendo a los gobernantes comunistas durante las próximas décadas. Su determinación de evitar a toda costa un nuevo levantamiento los hizo más reacios a aumentar la presión sobre los trabajadores. Gracias a los informes de inteligencia elaborados la agencia de seguridad nacional, la famosa Stasi, el régimen estaba bien informado del estado de ánimo popular. La información detallada sobre el creciente descontento y las críticas al régimen ayudaban al gobierno de Alemania Oriental a la hora de pedir ayuda a la Unión Soviética. De esta forma, el régimen obtenía financiero y material desde Moscú para evitar que la situación económica se deteriorase más.

Mientras todo esto ocurría, la reestructuración agrícola desarrollada de acuerdo con el dogma socialista provocaba estragos en los suministros de alimentos del país. Entre los años 1952 y 1961, la proporción de explotaciones agrícolas donde los campos, los equipos, los animales y los pastos estaban sujetos a alguna forma de propiedad colectiva subió de menos del 10% a cerca del 65%. Los agricultores, sin embargo, continuaron emigrando a las ciudades o exiliándose a la Alemania occidental. Solo entre 1952 y 1956, un total de 70.000 operaciones agrícolas (el 30% de ellas consideradas “granjas grandes”, de entre 20 y 100 hectáreas, se disolvieron porque sus propietarios huyeron del país).[215]

El régimen zigzagueó y retrasó un poco sus planes de colectivizar por entero la producción agrícola. Tras un período inicial de *línea dura* orientado a aumentar su presión y control sobre los agricultores, en junio de 1953 hubo un cambio de sentido. Se le prometió a los agricultores que podrían regresar y recuperar sus tierras. De los 11.000 agricultores que se fueron en los primeros seis meses de 1953, solo el 10% aceptó esta oferta. En paralelo, se revocaron 2.500 sentencias judiciales que condenaban a aquellos

agricultores que no hubiesen cumplido con sus cuotas objetivo y se liberó a un número significativo de agricultores que cumplían condenas de prisión.[216]

Aunque consciente del enorme coste de la colectivización, el régimen de Alemania del Este sabía que otros países socialistas habían atravesado penurias similares. Erich Mückenberger, miembro de la secretaría del Comité Central a cargo de la agricultura, afirmó que "crear una sociedad socialista en las zonas rurales siempre cuesta dinero y ningún país ha tenido éxito y ha logrado hacerlo a bajo precio". [217]

El régimen había anunciado su intención de superar a la economía de Alemania Occidental, pero lo cierto es que, a finales de la década de 1950, el consumo *per cápita* en la RDA estaba todavía un 12% por debajo de los niveles anteriores a la guerra y un 50% por debajo del consumo *per cápita* registrado en la Alemania Occidental.[218] Todos estos datos anteceden la construcción del Muro de Berlín, de modo que obedecen a un periodo en que aún era posible cruzar la frontera y comprobar en primera persona el funcionamiento de un sistema que ofrecía bienes y servicios de mucha mayor calidad, con precios entre un 20% y un 30% más bajos y un suministro fiable y reiterado que contrastaba con la escasez o el desabastecimiento que sí se daba en la Alemania del Este.[219]

Si bien los alimentos básicos se vendían por debajo del precio de coste en la economía planificada de la RDA, el coste de los "alimentos de lujo" o la ropa eran significativamente más altos. El kilo de café costaba 19,40 marcos alemanes al oeste y 80 al este. Un par de zapatos de hombre salía a 32 marcos en el oeste y a 73 en el este.[220] Algo similar ocurría con el pan o la bollería. Rüdiger Frank, un experto en Corea del Norte que creció en Alemania del Este, recuerdo los abusos que se daban en torno al sistema de precios fijados: "los planificadores debían sentirse felices con las cifras de ventas que ofrecían las panaderías. Seguro que pensaban que todos los ciudadanos de la RDA comían pan en abundancia. Lo que no imaginaban era que, en realidad, las compras de pan las

hacían los granjeros, que empleaban ese alimento para cebar a sus cerdos, puesto que el coste era mucho menor que el pienso o cualquier otro preparado. Si luego vendían la carne de cerdo con un beneficio mayor era, precisamente, porque el precio oficial les había subsidiado la alimentación de sus animales".[221]

Los comunistas de Alemania del Este se mostraban inquebrantables en su creencia en la superioridad del sistema socialista. En la conferencia del Partido, en 1958, Ulbricht declaró que la meta de política económica más importante del régimen era llevar el consumo *per cápita* de la "clase trabajadora" dedicado a alimentos básicos y bienes de consumo por encima de los niveles de la población de Alemania Occidental. Esa meta debía cumplirse en torno a 1961.[222]

Entre las acciones que tomó el gobierno de Ulbricht para lograr su objetivo, la colectivización era una prioridad. El mes de julio de 1958 marcó el final del enfoque relativamente conciliador del régimen y supuso el comienzo de un nuevo ataque frontal contra la propiedad privada de las operaciones agrícolas. Se trató de una medida absurda y autodestructiva, puramente ideológica, dado que los agricultores independientes estaban demostrando que lograban mejores rendimientos que las cooperativas o colectivizaciones existentes. Por ese motivo, muchos campesinos se resistían a unirse al plan oficial.[223]

En diciembre de 1959, el Partido lanzó un programa nacional de colectivización obligatoria y cebó la competencia entre los líderes locales para ver cuáles eran capaces de imponer primero la colectivización completa. Se desplegaron brigadas de agitación en las aldeas, para conquistar a los lugareños con música a todo volumen y lemas propagandísticos. Cualquiera que no se dejase influir por la propaganda era amenazado o simplemente arrestado.[224] La negativa a unirse "voluntariamente" se consideraba "contrarrevolucionaria", una acusación tan peligrosa que podía llevar al acusado a prisión por un periodo de dos años.[225]

En abril de 1960, todos los distritos de la Alemania Oriental afirmaban que habían logrado una colectivización completa, aunque alrededor de 15.000 agricultores huyeron hacia el oeste en el curso de esta campaña. El régimen celebró aquello como la “primavera socialista”.[226] Apenas quedaban explotaciones independientes. “La revolución había triunfado en las zonas rurales, los ideólogos tomaron las riendas… y pronto se sucedieron las colas frente a las carnicerías y fruterías del país”.[227] Si el sistema no colapsó por completo fue por la ayuda de la Unión Soviética, que enviaba alimentos a la Alemania Oriental para evitar su desplome.

La deriva siguió acentuándose. Para atender las cosechas, algunos trabajadores de empresas municipales eran enviados al campo a tomar parte en las colectivizaciones. Debido a la falta de equipos y de instalaciones adecuadas para la agricultura a gran escala, el grado de mecanización observado en la cosecha de granos pasó del 68% al 39%. Desde finales de 1960, un número cada vez mayor de agricultores intentó abandonar las colectivizaciones. Según las estimaciones del Comité Nacional de Planificación, la estrategia de colectivización le costó a la RDA un total de 1.000 de marcos, una cantidad asombrosa para ese momento.[228]

Al mismo tiempo, la oferta de bienes disponibles para la población en general se deterioró progresivamente. Desde carne y productos lácteos hasta zapatos, textiles o detergente: todo escaseaba. Los estantes de las tiendas estaban vacíos de forma recurrente y la situación general parecía peor que a fines de la década de 1950.[229] La economía de la RDA parecía estar más lejos que nunca de alcanzar el objetivo expreso que fijó Ulbricht cuando habló de superar los estándares de vida de la Alemania capitalista.

A comienzos de 1961, Ulbricht informó a los líderes soviéticos de que “la brecha entre nuestro país y Alemania Occidental no se redujo en 1960. Por el contrario, las dificultades internas aumentaron, debido al incumplimiento de los plazos así como a la escasez de suministros técnicos y materiales. Este estado de las cosas, en el que la continuidad de los procesos de producción ya no

puede garantizarse en muchas empresas, ha causado un fuerte descontento entre los trabajadores y la inteligencia". Entre su círculo íntimo, Ulbricht expresó su miedo a que la situación se agravase aún más y el éxodo masivo hacia la Alemania Occidental continuaría sin cesar.[230]

"El intento precipitado de lograr la colectivización por la fuerza había creado un círculo vicioso en la RDA", escribe Stefan Wolle en su relato de la vida cotidiana y del poder político en la Alemania de aquellos años previos a la construcción del Muro de Berlín. "Las medidas obligatorias habían llevado a un profundo deterioro de los niveles de vida, lo que hizo que un número creciente de personas abandonase el país. Este éxodo masivo creó a su vez más dificultades económicas, lo que condujo a un deterioro aún más pronunciado en el nivel de vida de la gente".[231]

También era cada vez más evidente que el sistema de economía planificada, es decir, un modelo en el que la asignación de recursos está controlada por un departamento gubernamental y no mediante precios que reflejan la relación entre oferta y demanda, era el factor motivador de los problemas. Como explica el historiador André Steiner, "las empresas debían iniciar cualquier proyecto que hubiese sido incluido (es decir, presupuestado) en el plan oficial, independientemente de si el equipo requerido estaba disponible o no. Todos tenían miedo de que les quitaran el dinero si no seguían las directrices. Es por eso que muchos proyectos se iniciaron sin medios suficientes y terminaron sin producir ningún resultado. Solo en la industria manufacturera y en los años 1960 y 1961, los fondos que terminaron en proyectos incompletos igualaron o incluso excedieron el volumen de inversión anual".[232] En 1961, la inversión había caído a la cuarta parte del nivel de 1959.[233] El número creciente de personas que dejaban el país solo contribuyó a agravar la situación.

En agosto de 1961, los desesperados líderes comunistas de Alemania del Este terminaron tomando la decisión de construir un muro para evitar que más gente se uniese al éxodo hacia la

Alemania capitalista. Desde 1949, al menos 2,74 millones de personas habían hecho lo propio. Según las cifras del Comité Nacional de Planificación, la economía de Alemania Oriental había perdido un total de 963.000 trabajadores, el 13% de toda su fuerza laboral.[234]

Según la retórica oficial, el Muro de Berlín era una medida de "defensa antifascista" diseñada para evitar que los "fascistas" y los "agentes occidentales" se infiltraran en el país. Dos meses antes, en junio de 1961, Ulbricht había negado por activo y por pasiva que el régimen estuviese preparando la construcción del muro.

Más allá de las mentiras, el hecho de que tener que levantar aquel muro ya era una forma de admitir la derrota. Al huir en masa, la gente estaba dejando clara su voluntad. Aquel proceso histórico no dejó duda alguna sobre los logros del libre mercado, a un lado, y las miserias del socialismo, a otro. Pero, por supuesto, esta no era una conclusión que los líderes de la Alemania Oriental estaban dispuesto a admitir. En cuanto quedó claro que la construcción del muro había hecho poco para resolver la crisis, el gobierno lanzó un "Nuevo Sistema Económico" que otorgó más independencia a las empresas individuales. "Básicamente, los reformadores intentaban simular los mecanismos de la economía de libre mercado sin sentar las bases de la economía de libre mercado".[235] Las reformas no lograron ningún impacto significativo y quedaron sujetas a distintas enmiendas y modificaciones. El régimen seguía intentando alcanzar determinados objetivos fijados centralizadamente. Por ejemplo, la meta en 1969 era lograr "un salto en el desarrollo de la tecnología y de las bases productivas". Según documentos internos, se suponía que la economía de Alemania del Este podría superar los niveles de producción y el nivel de vida de la Alemania capitalista en 1980, si no antes.[236]

El nivel de vida en toda Alemania Oriental aumentó de forma muy limitada. Entre 1960 y 1970, el porcentaje de hogares que poseían un automóvil pasó de un mísero 3,2% a un magro 15,6%, mientras que el número de hogares con lavadoras y neveras experimentó un

aumento algo más pronunciado, pasando del 6% al 50%. Estos artículos se consideraban productos de lujo y el 40% de su precio de venta era utilizado para subsidiar los precios de los artículos denominados básicos. Las lavadoras costaban 1.200 marcos y las neveras salían a 1.350, siendo el salario mensual promedio de 491 marcos.[237]

A pesar de aumentar a un ritmo cercano al 2% anual durante la década de 1960, los salarios reales en Alemania Oriental mostraban cada vez más distancia respecto a los de Alemania Occidental, puesto que éstos subían a un ritmo medio del 5% o 6% anual.[238] El problema se agravó por la escasez y por las largas colas que se formaban en los establecimientos de venta de artículos la como ropa interior, deportiva o infantil, los zapatos de invierno, las baterías, las planchas, los muebles modulares, los cepillos de dientes o las bujías.[239]

Para financiar el equipamiento e instalaciones necesarios para modernizar la industria manufacturera, la RDA comenzó a pedir dinero prestado a la Alemania Occidental y otros países capitalistas. “Estamos tomando prestado de los capitalistas tanto como podemos, pero solo para asegurar nuestra supervivencia básica”, declaró Ulbricht a su homólogo soviético, Leonid Brezhnev, en mayo de 1970.[240] Pero Ulbricht fue obligado a renunciar un año después, cuando sus intentos de impulsar un programa moderado de reformas se toparon con la resistencia de la Unión Soviética y de su propio partido.

Su sucesor, Erich Honecker, siguió una nueva línea, que definió como la “fusión de la política económica y social”. En lugar de intentar sentar las bases económicas que permitiesen mejorar el nivel de vida, su idea era comenzar implementando políticas sociales que tuviesen un impacto directo en la vida de las personas y, por esta vía, ayudasen a mejorar la productividad.

En parte, este cambio de rumbo fue motivado por el temor de que se repitiesen eventos similares a las manifestaciones, huelgas y

protestas de los trabajadores que habían recorrido Polonia en diciembre de 1970 y que amenazaban con reproducirse en ciertas zonas de la Alemania del Este donde el descontento iba a más. Como parte de esta nueva agenda política, los salarios mínimos, las vacaciones anuales y las pensiones se incrementaron repetidamente, mientras que las horas de trabajo obligatorias fueron reducidas para las madres con hijos. En paralelo, Honecker lanzó en 1973 un ambicioso programa de desarrollo de viviendas que pronto se convirtió en otra de las piedras angulares de su nueva agenda política.[241]

Honecker ignoró reiteradamente las advertencias del Comité Nacional de Planificación, que avisó de que la economía no estaba creciendo lo suficientemente rápido como para financiar estas medidas. El jefe de gobierno, Willi Stoph, respondió en la primavera de 1972 que “los cálculos actuales del Comité Nacional de Planificación no tienen cuenta el crecimiento de la productividad que resultará de nuestro llamamiento a los trabajadores y del anuncio de estas medidas de política social”.[242] Este tipo de pronunciamientos muestran hasta qué punto se auto-engañaban los líderes de la Alemania comunista ante la evidencia de la ineficiencia de su régimen económico.

Los modestos intentos de reforma de la Era Ulbricht llegaron a su fin. El desempeño de las empresas individuales pasó a medirse por el volumen de producción y no por el beneficio. Cuanto más produjese una empresa, independientemente de su eficiencia, mejor se consideraba su desempeño.[243] Esto no tenía ningún sentido desde el punto de vista económico y creaba incentivos equivocados.

Al mismo tiempo, el régimen comunista aumentó aún más la presión sobre las pequeñas y medianas empresas que seguían en pie. Honecker animó los sentimientos de envidia contra los “antiguos pequeños capitalistas que se habían "convertido en millonarios”. En 1971, los propietarios de las últimas empresas privadas o parcialmente controladas por el Estado ganaban alrededor de 3,5 veces más que el trabajador promedio de *cuello azul* o *blanco*, pero

en 1972 se lanzó un programa de nacionalización masiva que afectó a alrededor de 11.000 de estas empresas. Fue el fin de cooperativas comerciales dedicadas a la producción industrial, de empresas donde el Estado solo era propietario de una minoría de las acciones o de empresas que seguían operando de manera privada. De nuevo, las decisiones tomadas eran irracionales y solo estaban motivadas por la ideología, puesto que actuar así solo iba a empeorar la situación del suministro y la producción. Pronto, la escasez de bienes de consumo fue a más, creando nuevos cuadros de escasez.[244]

Las 15.000 cartas de quejas ciudadanas que Honecker recibía cada año eran archivadas o analizadas por estadísticos. La mayoría de las misivas denunciaban los problemas de vivienda, pedían la autorización de viajes a Alemania Occidental o denunciaban la escasez diaria de suministros. [245] Un hombre envió a Honecker una naranja desecada acompañada de una nota explicativa: “cuando mi esposa acudió al punto de venta local, tuvo la suerte de recibir una naranja para nuestra hija, porque el reparto de alimentos de la semana había sido tan “grande” que así lo permitía. Pero cuando quisimos darle la naranja a nuestra hija, comprobamos consternados que estaba casi completamente seca y que no era comestible (…). Trabajamos a diario por el bien común y, como tantos trabajadores, procuramos lograr los mayores estándares de calidad. ¡A cambio, apreciaríamos mucho poder comprar bienes de CALIDAD alguna vez!”.[246]

Otros trabajadores tomaron medidas más drásticas para expresar su descontento, como ilustra un informe presentado por la Administración del distrito de Halle sobre los hechos ocurridos durante la noche del 18 al 19 de mayo de 1961. Aquella madrugada aparecieron “mensajes provocativos” en varios escaparates. Entre otras cosas, los mensajes que escribieron los “perpetradores no identificados” incluían garabatos indicando, por ejemplo, que “no hay pan los sábados”. Esta acción de protesta se repartió por doce ubicaciones. “Las fuerzas de seguridad han abierto procedimientos de investigación”, anunciaba el informe.[247]

La política social de Honecker condujo a una situación en la que el país vivía cada vez más de sus activos. Las inversiones más necesarias no se materializaban, el equipamiento de las fábricas se iba quedando cada vez más atrasado y ya no había suficiente dinero para avanzar en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. La productividad se quedaba cada vez más atrás que la Alemania Occidental. A comienzos de 1950, la brecha era de un tercio. En 1980, ya era de dos tercios.[248]

A corto plazo, la nueva dirección política parecía lograr los resultados previstos. El aumento de la producción de bienes de consumo, combinado con una reducción de las exportaciones y un aumento de los volúmenes de importación, significó que, a mediados de la década de 1970, había mejorado el suministro de artículos, lo que permitía satisfacer la demanda de una mayor variedad y calidad con precios más competitivos. Sin embargo, los productos disponibles todavía estaban lejos de los estándares de la Alemania capitalista. Incluso la calidad de los productos *premium*, como los automóviles o los televisores en color, se quedaba muy por debajo de la de artículos similares disponibles en el oeste capitalista.

Honecker solo logró alcanzar su objetivo de elevar el nivel de vida del país pidiendo aún más dinero prestado a los países capitalistas. En 1982, la cantidad que Alemania Oriental debía a dicho bloque, había subido de 2.000 a 25.000 millones de marcos valuta (una unidad monetaria utilizada en Alemania del Este para denominar los precios de comercio exterior, y que equivalía a 0,95 marcos alemanes).[249]

Los economistas de la RDA advirtieron que las deudas del país ya no eran sostenibles. El consenso internacional sostenía que ningún país debía dedicar más del 25% de sus ingresos en moneda extranjera al pago de la deuda y sus intereses. En la RDA, esta cifra había aumentado hasta el 115%. De hecho, si se tomaban como

referencia los ingresos de divisas onvertibles más importantes del país, vemos que el 168% iba a pagar a los acreedores.[250]

La negativa de los países occidentales a conceder nuevos préstamos a los países socialistas llevó la RDA al borde de la insolvencia. Su caída fue evitada solamente por la intervención del gobierno de Alemania Occidental, que garantizó dos prestamos de 1.000 millones de marcos cada uno.[251]

La brecha tecnológica era cada vez mayor entre la RDA y el mundo occidental, pero se hizo más evidente después de que Honecker lanzase un ambicioso programa de microelectrónica que supuso un desembolso de 14.000 millones de marcos solo entre 1986 y 1989. A esta cifra hay que sumarle otros 14.000 millones comprometidos en programas de innovación y desarrollo en este campo, amén de otros 4.000 millones de marcos valuta dedicados a importaciones ligadas con el programa.[252] A pesar de este gasto masivo, el resultado fue deprimente: el coste de producir un chip de memoria de 256 kilobits era de 534 marcos. El mismo producto estaba disponible a un precio de 4 o 5 marcos valuta en el mercado global. La tecnología tenía un retraso de al menos ocho años respecto a los países occidentales, mientras que la producción alcanzaba apenas la décima parte de la capacidad de fabricación de los productores occidentales.[253]

La industria automotriz era otro campo en la cual la brecha entre la RDA y la Alemania capitalista era particularmente obvia. Cuando cayó el Muro de Berlín en 1989, solo un poco más de la mitad de los hogares de Alemania del Este poseía un automóvil. De hecho, más de la mitad de estos coches eran Trabants, una famosa marca de automóviles de Alemania del Este con un motor de dos tiempos y un máximo de 26 caballos de fuerza. Solo el 0,1% de los ciudadanos del país tenían coches occidentales de importación. Por lo general, el tiempo de espera medio para obtener un automóvil nuevo oscilaba entre los 12,5 y los 17 años. Como la demora era tan acusada, había un *mercado negro* en el que se vendían los puesto obtenidos en las listas de espera, a cambio de 2.000 o 4.000

marcos. Por otro lado, algunos coches usados que estuviesen bien conservados se vendían en el *mercado negro* por dos o tres veces el precio de un modelo nuevo.[254]

A finales de la década de 1980, la diferencia entre el nivel de vida de unos y otros alemanes se hizo más patente que nunca, puesto que se volvieron a conceder más permisos de viaje para pasar algunos días en la Alemania Occidental. Además, aunque era ilegal ver la televisión de la Alemania capitalista, había muchos ciudadanos del Este que sí lograban sintonizar dichos canales. Luego estaban los paquetes de ayuda enviados por familiares y amigos residentes en la República Federal.

Algunos productos occidentales se exhibían en los puntos de venta estatales de Intershop, pero solo estaban disponibles para aquellos que tuvieran la suerte de poseer moneda extranjera. En cualquier caso, el mero hecho de ver esos productos superiores era un recordatorio constante de que al otro lado de la frontera interior alemana había un nivel de vida mucho mayor. Esto solo contribuía a aumentar el descontento con el modelo socialista y sus autoridades.

La RDA no solo no logró su objetivo alcanzar a la Alemania Occidental e incluso superarla, sino que la brecha entre ambos sistemas se amplió aún más conforme fueron pasando los años. A raíz de los fallos y carencias sistémicas de su economía planificada, la Alemania comunista nunca tuvo la oportunidad de alcanzar a su vecina occidental, donde imperaba un modelo muy diferente, con una “economía social de mercado” que demostró funcionar de forma muy superior y logró garantizar mucha más prosperidad.

LA “ECONOMÍA SOCIAL DE MERCADO DE ALEMANIA OCCIDENTAL”

En tiempos de guerra, las tres zonas occidentales de Alemania salieron más golpeadas que la mitad oriental del país. Sin embargo, contaban con la ventaja de que, tras el conflicto, ninguno de los aliados procedió a desmantelar sus infraestructuras, al contrario de

lo que sí hicieron los soviéticos en ciertas fábricas de la otra mitad del país teutón.

Inmediatamente después de la guerra, los alemanes repartidos por las distintas franjas del país sufrieron serios problemas de hambre. A finales de 1945, la ingesta diaria de alimentos en Reino Unido era de 2.800 calorías, el doble que en la Alemania Occidental. Solo en la segunda mitad de 1948 se volvieron a registrar niveles aceptables. Para empeorar las cosas, los bombardeos en tiempos de guerra habían dejado inhabitable entre el 22% y el 25% del *stock* de viviendas de la Alemania Occidental.[255]

Sin embargo, en el plano económico los alemanes occidentales sí estaban en una posición mucho mejor que sus compatriotas de la zona ocupada por los soviéticos, puesto que ninguno de los aliados occidentales insistía en la adopción de una economía planificada. Es cierto, en cualquier caso, que el sentimiento anticapitalista abundaba en la Europa de posguerra. En 1945, el Partido Laborista llegó al poder en Reino Unido encabezado por el sindicalista de izquierdas Clement Attlee. Un año después, el Partido Comunista obtuvo el 28,6% de los votos en las elecciones francesas de 1946, convirtiéndose en uno de los socios clave de las alianzas tripartitas que gobernaron el país galo en aquellos tiempos.

Este fuerte sentimiento anticapitalista se reflejó también en las dos mitades en que quedó dividida Alemania. Entonces, como ahora, la política de la Alemania Occidental estaba dominada por dos partidos principales: los socialdemócratas (SPD) y la Unión Demócrata Cristiana (CDU). Ambos fueron fundados después de la II Guerra Mundial. El SPD estaba aún más comprometido con el dogma socialista de lo que está hoy y solo adoptó las ideas de libre mercado en 1959, cuando pronunció el “Manifiesto de Godesberg”.

El sentimiento anticapitalista también existía en la CDU, como reflejó el "Manifiesto Ahlen" de 1947, aprobado por la sección regional del partido en Renania del Norte-Westfalia. Con el lema "La CDU trasciende el capitalismo y el marxismo", aquel documento fue

aclamado como una brillante articulación de los principios socialcristianos. Sus líneas iniciales dejaban pocas dudas sobre las prioridades de dicho paradigma: “el sistema económico capitalista no ha logrado satisfacer los intereses nacionales y sociales del pueblo alemán. Después del terrible colapso político, económico y social motivado por una política criminal, es necesaria una reestructuración integral. El contenido y el objetivo de este nuevo orden social y económico ya no puede ser la búsqueda capitalista de ganancias y de poder, sino que debe centrarse en promover el bienestar de la gente”. El manifiesto exigía la nacionalización parcial de las principales industrias y una amplia participación de los trabajadores en la gestión de las empresas. Sin embargo, la la elección de Konrad Adenauer para el cargo de Canciller Federal en septiembre de 1949, la CDU comenzó a adoptar políticas económicas orientadas al mercado.

El hecho de que Alemania Occidental rompiese la tendencia observada en el resto de Europa al apostar poco a poco por una economía de libre mercado se debió en gran medida a los esfuerzos de un solo hombre. Ese hombre era Ludwig Erhard, que provenía de una familia de empresarios y, en 1942, había fundado el Instituto de Investigación de la Industria para identificar estrategias con las que establecer un orden económico orientado al mercado en la Alemania de posguerra. Aunque los nacionalsocialistas no llegaron a abolir la propiedad privada de los medios de producción, lo cierto es que interfirieron cada vez más en los asuntos económicos e impusieron restricciones políticas e ideológicas a las empresas. El modelo orientado hacia el mercado de Erhard constituía un rechazo explícito de la política económica del *Tercer Reich*.

Erhard, que no era miembro de ningún partido, se convirtió en Ministro de Asuntos Económicos en Baviera después de la guerra y posteriormente fue elegido director del Departamento Especial de Dinero y Crédito creado por los estadounidenses para preparar la reforma monetaria. Ya en octubre de 1946 expuso sus argumentos en contra de una economía planificada y controlada por el Estado y se mostró a favor de una economía de mercado con libre

competencia y precios gratuitos, por ejemplo con la publicación de un artículo en prensa titulado “Mercado libre o economía controlada por el Estado”.[256]

Acuñado por el economista Alfred Müller-Armack en 1947, el término “economía social de mercado” todavía se usa hoy en día para describir el sistema económico de Alemania, aunque su uso actual tiene poco en común con la comprensión del concepto que desarrolló Erhard. Lejos de representar un punto intermedio entre la economía de libre mercado y la política socialdemócrata, Erhard concebía la economía social de mercado como una oportunidad para superar las preocupaciones tradicionales de la política socialdemócrata a través de un orden económico liberal que promoviera la creación de riqueza.[257] Erhard creía firmemente que promover la libertad económica era la ruta más segura hacia un mayor bienestar social.[258]

Los historiadores económicos Mark Spoerer y Jochen Streb probablemente tienen razón al señalar que, a finales de la década de 1940, la fórmula de la “economía social de mercado” fue planteada principalmente para “permitir el retorno a un sistema económico capitalista”. Tal desenlace estaba lejos de parecer inevitable en aquel momento y no resultaba del todo aceptable en un contexto de empobrecimiento material generalizado que, además, se sumaba a una población que había sido profundamente agitada en el plano ideológico.[259] Al fin y al cabo, los alemanes se habían acostumbrado a la retórica explícitamente anticapitalista de los nacionalsocialistas, mientras que las nociones de “bienestar social” habían constituido durante mucho tiempo un elemento básico del discurso político imperante.

Contrariamente a las interpretaciones actuales, Erhard consideraba la economía de libre mercado era en sí misma un motor de bienestar social, independientemente de la posible aplicación de medidas adicionales de redistribución, sobre los cuales era bastante escéptico. Como declaró, “es mucho más fácil otorgar a cada individuo un pedazo más grande de un pastel que crece que seguir

luchando hasta el agotamiento por la distribución de los pedazos de un pastel menguante". Erhard creía que el segundo planteamiento era "un desvío" que alejaba a los países "del único camino hacia el éxito, que es el de aumentar el producto interior bruto".[260] Por consiguiente, una política económica exitosa debía obviar la supuesta necesidad de implementar políticas de "bienestar social".[261]

Erhard puso en práctica su visión de la política económica a lo largo de su periplo como responsable de diversas instancias públicas. En primer lugar, fue nombrado director de la administración económica de la "Bizona", que se había establecido el 1 de enero de 1947 mediante la fusión de las zonas controladas por los estadounidense y los británicos. El 20 de junio de 1948, Erhard anunció a través de las ondas radiofónicas que, desde el día siguiente, se eliminarían los controles de precio y producción aplicados a los alimentos que se consideraban básicos.

Como no consultó a los aliados y Alemania seguía siendo un país ocupado, Erhard fue llamado a rendir cuentas por el gobernador militar, Lucius D. Clay, quien se oponía a su decisión unilateral de relajar las regulaciones vigentes. "No las he relajado. Las he abolido", respondió Erhard. Clay le respondió que sus asesores le advirtieron de que estaba cometiendo "un terrible error". "Mis asesores me están diciendo lo mismo", replicó el teutón.[262] Independientemente de si esta conversación realmente sucedió o solo forma parte de los mitos y relatos populares del periodo, lo cierto es que la iniciativa de Erhard sin duda levantó preocupación y revuelo en aquel momento.

Marion von Dönhoff, un periodista que luego se convirtió en uno de los referentes intelectuales de la izquierda alemana, despreció las propuestas de Erhard: "incluso si Alemania no estuviese ya arruinada, este hombre haría que acabásemos así", con su plan absurdo para abolir los controles de producción. Que Dios nos proteja porque podemos ir camino de un tercer desastre, luego de Hitler y del desmembramiento de Alemania".[263]

La abolición de los controles de producción y precios fue un paso valiente y una condición clave para el posterior repunte económico. Los nacionalsocialistas habían creado una densa red de regulaciones de precios y salarios que las autoridades aliadas habían dejado en pie durante los primeros años de posguerra. “Esta maraña de órdenes y restricciones dificultaba que las empresas obtuvieran bienes intermedios necesarios para su operativa, a cambio de ofrecer precios más altos. Los precios máximos imposibilitaron que las empresas se beneficiaran de la mayor disposición a pagar que mostraban muchos consumidores ante ciertos bienes. Los precios y los salarios habían perdido su función, que es clave en el contexto de una economía de mercado. Esto se traducía en una relativa escasez e implicaba que ya no era posible equilibrar la oferta y la demanda en los mercados de bienes o de trabajo”.[264]

El domingo 20 de junio de 1948, cada ciudadano de Alemania Occidental recibió cuarenta marcos alemanes a cambio de entregar cuarenta marcos imperiales. En los siguientes dos meses, se ofrecieron nuevos cambios libres de tipos de interés, hasta un máximo de veinte marcos alemanes por otros tantos marcos imperiales. El tipo de cambio para cambiar más moneda era de 6,5 marcos alemanes por cada 100 marcos imperiales.

Una vez se permitió que el tipo de cambio de la divisa flotase libremente y se relajaron los controles de precios, los escaparates y almacenes de las tiendas se llenaron rápidamente de bienes que previamente habían sido almacenados y reservados o, directamente, no se producían por el desajuste que acarreaba la fijación de precios. En un primer momento, los precios aumentaron bruscamente, lo que provocó encendidas protestas. Los sindicatos convocaron la única huelga general que ha tenido lugar en toda la historia de la posguerra germana. En las marchas, los sindicalistas caminaban por las calles con pancartas amenazantes: “Erhard a la horca”.[265] Como comenta la economista Karen Horn, “la “economía

social de mercado" no era ampliamente aceptada en aquel momento".[266]

Dado que el desempleo aumentó en aquella primera fase reformista, los aliados occidentales y los partidos políticos alemanes empezaban a mostrar muchas reservas sobre la estrategia de Erhard. No parecía estar claro que aquel curso de medidas económicas fuese a mantenerse en pie.

En vista del aumento de los precios y del paro, los planes para volver a los controles de producción y de precios no solo fueron cobrando forma, sino que llegaron a ser redactados y guardados en los cajones, para tener listos estos documentos de cara a su eventual implementación.[267] "Casi se condenó al fracaso a aquel experimento sin siquiera darle oportunidad de demostrar adecuadamente sus capacidades".[268]

A pesar de las críticas de la izquierda política, Erhard fue pedagógico y se ganó la credibilidad de millones de alemanes. Era el político más popular de Alemania occidental y, en 1949, la CDU aprovechó esta circunstancia y presentó un contundente eslogan de campaña electoral: "Economía planificada o economía de mercado". El partido de centro-derecha ganó, aunque con un pequeño margen (obtuvo el 31% de los sufragios frente al 29,2% del SPD).

No hay duda de que el curso de política económica establecido por la iniciativa liberal de Erhard fue vital para cultivar el "milagro económico" de la Alemania occidental. En paralelo, se desarrolló en Europa el llamado *Plan Marshall*, llamado así en alusión al Secretario de Estado estadounidense, George C. Marshall. Tal iniciativa proporcionó ayuda para lidiar con la carestía y el hambre de los años de posguerra. El programa supuso un desembolso de 13.100 millones de dólares, de los cuales cerca del 25% fue a Reino Unido y otro 20% se destinó a Francia. Alemania Occidental, como Italia, se movió en el entorno del 10%. El resto de los fondos se distribuyeron entre una docena de países. Según los cálculos del historiador económico Barry Eichengreen, estos fondos aumentaron

el PIB de los países beneficiarios a una tasa media del 0,5% anual, entre 1948 y 1951.[269]

El periodo que comenzó entonces en la mitad occidental del país dividido se ha descrito con frecuencia como el del "milagro económico alemán". Entre 1948 y 1960, el PIB *per cápita* creció a una tasa promedio del 9,3%. Entre 1961 y 1973, el aumento anual medio fue más moderado pero siguió siendo muy elevado, alcanzando un 3,5%.[270] Aunque en 1967 se produjo una recesión que se tradujo en una caída del PIB del 0,5%, la economía de la Alemania Occidental recuperó pronto su dinamismo. El paro, que había sido muy alto después de la guerra, se redujo en unos pocos años y dio paso a un escenario de pleno empleo. A pesar de varias recesiones puntuales, incluida una ocurrida tras el *shock* que sufrieron los precios mundiales del petróleo a finales de 1973, era evidente que las condiciones económicas de la Alemania Occidental estaban mejorando mucho más rápidamente que en la Alemania comunista.

La carrera entre los dos sistemas económicos no concluyó con la victoria del Este que habían proyectado Ulbricht y Honecker, sino que se zanjó con un rotundo triunfo de Alemania Occidental y su apuesta por el capitalismo. La evidencia concluyente que proporcionan todos los datos económicos disponibles confirma lo que los ciudadanos alemanes de a pie sabían de sobra. Cuando llegó el momento de hacer inventario en 1989, el 67,8% de los alemanes occidentales poseía un automóvil, en comparación con el 54,3% de los alemanes de la mitad comunista.[271] Pero no solo importa la cantidad, sino que la clave también radica en la calidad. En este sentido, hay que recordar que los automóviles de la mitad occidental (BMW, Mercedes, Volkswagen, etc.) tenían una calidad mucho mayor que la de los modelos de la zona del Este (Trabant, Wartburg). Y, no lo olvidemos, si bien los alemanes occidentales podían visitar un concesionario de automóviles en cualquier momento para comprar un automóvil hecho en Alemania o en el extranjero, los ciudadanos de la RDA esperaban al menos una

década para obtener un vehículo nacional, de peor calidad y más caro en relación con la renta media.

En 1989, el 12% de los alemanes orientales poseía un ordenador, mientras que el porcentaje era tres veces mayor en Alemania Occidental (37,4%). En la RDA, solo los hogares de unos pocos privilegiados (el 16% de la población total, la mayoría de ellos empleados públicos) tenían conexión telefónica, mientras que en la Alemania capitalista la tasa de cobertura era casi universal (99,3%).

Tras la introducción de un sistema de libre mercado en la antigua Alemania del Este, la brecha entre ambas mitades se cerró rápidamente. En 2006, las diferencias en las tasas de propiedad de automóviles (72,9% en la antigua Alemania Oriental *vs* 78% en la antigua Alemania Occidental), ordenadores (66,6% *vs* 69%) o teléfonos fijos (99,8% *vs* 99,2%) se habían reducido enormemente hasta alcanzar tasas muy pequeñas e incluso anecdóticas.

Aunque el régimen de Honecker había hecho de la vivienda una prioridad, la diferencia entre los dos sistemas económicos era especialmente visible en el mercado inmobiliario. Si bien los precios del alquiler se fijaban a niveles extremadamente asequibles, la lista de adjudicaciones también exigía años de espera y, a menudo, concluía en la entrega de domicilios construidos con losas de hormigón prefabricado.

Los complejos multifamiliares existentes antes de la guerra en ciudades como Leipzig, Dresde, Berlín Este, Erfurt y otras ciudades de la mitad comunista estaban tan deteriorados que fue necesario un masivo programa público de rehabilitación y renovación de edificios y viviendas. Fue necesaria, pues, una gran tarea de reconstrucción, a lo que se sumó el reto de resolver el problema de la escasez de viviendas en ciertas áreas de la antigua RDA.

Durante la década de 1990, y con la ayuda de diversos incentivos fiscales, se construyeron un total de 838.638 nuevas viviendas en la antigua RDA, a un coste de 84.000 millones de euros.[272] No deja de

ser notable, pues, que la vivienda fuese la política clave de la Era Honecker. El canciller de la Alemania reunificada, Helmut Kohl, se burló públicamente de aquellas promesas. Pero, al mismo tiempo, basta con comparar el parque inmobiliario de la RDA comunista con las viviendas que tiene hoy la antigua mitad comunista para encontrar una nueva muestra que refleja convincentemente la superioridad de la economía de mercado.

A pesar de todos los impresionantes logros de la economía de mercado alemana, sería un error que el país teutón caiga en la autocomplacencia. El modelo de Erhard de una economía social de mercado, que casi todos los partidos alemanes actuales han incorporado en mayor o menor medida a sus manifiestos, ha sido objeto de una reinterpretación gradual a lo largo de los años. Hoy se malinterpreta a menudo como un programa en el que la redistribución de riqueza a gran escala tiene una importancia capital y el Estado de Bienestar lo abarca todo. El propio Erhard advirtió contra esta tendencia en 1957, cuando publicó un libro titulado *Wohlstand für alle* (*Prosperidad para todos*): “el ideal que tengo en mente se basa en la fuerza del individuo para decir “quiero demostrarme a mí mismo que puedo salir adelante por mis propios medios. Quiero asumir los riesgos de la vida yo mismo. Quiero ser responsable de mi propio destino. El Estado debe asegurarse de que pueda hacerlo, pero su atractivo para el individuo no puede ser uno en el que se espera que el Estado venga en nuestra ayuda, a protegernos y darnos ventajas, sino todo lo contrario. El individuo debe anhelar que el Estado se mantenga alejado de sus asuntos y que simplemente le garantice la libertad básica. También debe aspirar a que las personas retengamos el mayor porcentaje posible de nuestras ganancias para moldear así nuestra propia existencia, nuestro destino y el de nuestra familia”.[273]

Los sucesivos gobiernos alemanes le dieron cada vez más la espalda a estos principios. A principios de la década de 2000, la expansión excesiva del Estado de Bienestar condujo a una explosión del gasto público y comprometió significativamente el desempeño económico. El gasto en bienestar social se disparó del

15,5% del PIB alcanzado en 1970 al 27,2% registrado en 2005. Ese año, estas partidas suponían el 20,6% en Reino Unido o el 15,8% en Estados Unidos.[274]

De ser la potencia económica de Europa, Alemania se vio reducida a la retaguardia y casi pareció convertirse en un obstáculo para el crecimiento continental. Las crecientes cifras de desempleo acentuaron la necesidad de una respuesta urgente a un problema que el entonces canciller, el socialdemócrata Gerhard Schröder, conocía desde hace tiempo. En una declaración escrita para el periódico alemán *Handelsblatt* en diciembre de 2002, Schröder reconoció que "la cuestión ya no es la de la redistribución de las ganancias. Las satisfacciones adicionales ya no pueden ser satisfechas. En cambio, si queremos preservar la prosperidad, el desarrollo sostenible y la nueva equidad, tendremos que reducir algunas expectativas actuales y reducir o incluso abolir los beneficios de bienestar que pueden haberse justificado hace medio siglo, pero que hoy han perdido su urgencia y, por tanto, su justificación".[275]

A lo largo de cuatro años, Schröder intentó vender sus propuestas de reforma a patronales y sindicatos. Sin embargo, los segundos se mostraron obstinadamente recalcitrantes y siguieron insistiendo en pedir impuestos más altos para los que más ganan, aumentar el endeudamiento público y aprobar nuevos subsidios, el canciller perdió la paciencia y respondió con dureza a las críticas del líder sindical Frank Bsirske. "Estas son las estridencias más estúpidas estridente que jamás he escuchado", lamentó el 3 de marzo de 2003.[276]

Menos de dos semanas después, el 14 de marzo de 2003, el gobierno presentó sus propuestas para la *Agenda 2010* en un discurso de 90 minutos pronunciado ante el Parlamento alemán: "tendremos que recortar los beneficios sociales, primar la iniciativa y esperar que cada individuo contribuya más". El duro e intransigente paquete de reformas de Schröder incluyó la armonización de los subsidios para solicitantes de empleo y los beneficios de seguridad

social, que fueron equiparados “para garantizar que, en el futuro, nadie pueda sentarse y dejar que otros hagan el trabajo por ellos”. Además, el canciller anunció que “cualquiera que rechace una oferta de trabajo razonable, se enfrentará a sanciones” y anunció que revisaría los criterios que determinan lo que se considera “razonable” en este campo.[277]

La *Agenda 2010* de Schröder fue diseñada para corregir el equilibrio entre los programas de bienestar social y la economía de libre mercado. Se relajaron las normas referidas a la protección contra el despido improcedente, así como los beneficios concedidos a ciertos grupos de trabajadores. El subsidio de desempleo se limitó a doce meses y se aplicaron pautas más estrictas para acotarlo. En los años anteriores, el gobierno de Schröder ya había reducido los impuestos a particulares y empresas pero, entre 1999 y 2005, el tramo del Impuesto sobre la Renta aplicado al segmento de ingresos más altos se redujo gradualmente, pasando del 53% al 42%.

Al igual que ocurrió en otros países que lanzaron intentos similares de reformar los excesos de sus sistemas de bienestar, la *Agenda 2010* se encontró con una fuerte resistencia social, incluyendo aquí al propio partido de Schröder y a los sindicatos, que veían las reformas como un ataque contra los derechos de los trabajadores que venía impulsado por las fuerzas del “neoliberalismo” y el “fundamentalismo de mercado”.

Sin embargo, en el medio plazo quedó demostrado que esta reforma fue extremadamente efectiva y ayudó a reducir un 50% la tasa de paro, cayendo del 11,6% en 2003 al 5,6% en 2017. En parte, esto también fue vital para mejorar la ventaja competitiva de Alemania en los mercados internacionales. El PIB subió de 2,13 a 3,26 billones de euros entre 2003 y 2017, mientras que otros países europeos que no consiguieron imponer reformas similares, caso de Francia o Italia, observaron con envidia el buen desempeño económico de Alemania. .

Capítulo 4

Corea del Norte y Corea del Sur: Kim Il-sung frente a la sabiduría del mercado

Al igual que Alemania, Corea emergió de la II Guerra Mundial como un país dividido por dos sistemas económicos opuestos. Antes de su división, que dejó un sur capitalista y un norte comunista, el país asiático era uno de los más pobres del mundo, en niveles similares a los de las naciones de África subsahariana. La situación empezó a cambiar a comienzos de la década de 1960. Hoy, Corea del Sur es la octava nación más exportadora del mundo, con PIB *per cápita* de USD 27.539 que coloca al país por delante de España (26.609), Rusia (8.929), Brasil (8.727) y China (8.113).[278] Samsung, Hyundai y LG se encuentran entre las marcas globales más exitosas y populares de origen coreano.

Aunque no hay cifras exactas disponibles, las estimaciones que sí conocemos sitúan el PIB *per cápita* de Corea del Norte en el entorno de los 583 dólares.[279] El país comunista ha sufrido una dura devastación económica y las hambrunas provocan la muerte de miles de sus ciudadanos. Es difícil imaginar una prueba más visible

y convincente de las ventajas del orden económico capitalista frente al sistema comunista. El mercado ha demostrado ser mucho más sabio que Kim Il-sung, el padre fundador del país al que los norcoreanos están obligados a adorar como si se tratase de un Dios.

Todo aquel que tenga la valentía o insensatez suficiente como para admitir esto en público en Corea del Norte puede ser arrestado y encarcelado. El régimen proscribe cualquier sugerencia que apunte que el "presidente eterno" Kim Il-sung, su hijo Kim Jong-il o su nieto Kim Jong-un no son los hombres más sabios del mundo. El preámbulo de la constitución de la autoproclamada República Popular Democrática de Corea establece que la Carta Magna del país es "la codificación de las ideas de los líderes supremos, el camarada Kim Il Sung y el camarada Kim Jong Il, sobre la construcción y los logros del Estado".[280]

El culto que rodea a los líderes norcoreanos no tiene precedentes en ningún otro lugar del mundo. Ni siquiera Stalin o Mao esperaban este nivel de devoción entre sus compatriotas. El cumpleaños de Kim Il-sung se celebra cada 19 de abril como el "Día del Sol" y constituye la jornada festiva más importante del calendario nacional. De hecho, el calendario oficial de Corea del Norte, introducido a finales de la década de 1990, cuenta el tiempo desde el año del nacimiento de Kim Il-sung, en 1912, hasta hoy. Por ejemplo, el año 2018 es para los norcoreanos el 107.[281]

Cualquier objeto que Kim Il-sung haya tocado alguna vez con las manos o mirado con sus ojos es adorado como si se tratase de una reliquia sagrada a la que se coloca una placa roja o una inscripción en oro que conmemora tales momentos, declarando que el sitio en que se produjeron es sagrado o que el elemento en sí está fuera del alcance de los mortales comunes. Por ejemplo, a nadie se le permite usar el ascensor del edificio central de la Universidad Kim Il-sung de Pyongyang, puesto que en alguna ocasión vez fue empleado por el *Líder Supremo*. De igual modo, las piedras que sirvieron como lugares de descanso para Kim Il-sung durante una

de sus caminatas están valladas para su protección. Incluso los lugares más bellos de las cadenas montañosas del país están adornados con frases o lemas suyas que han sido talladas profundamente en la roca.[282]

Existen regulaciones estrictas que rigen la exhibición obligatoria de fotos de Kim Il-sung y de su hijo Kim Jong-il en cada hogar norcoreano. La literatura nacional está repleta de relatos que cuentan los actos heroicos de hombres y mujeres devotos que arriesgaron sus propias vidas para salvar estas imágenes en medio de desastres como incendios o inundaciones.[283] Según la propaganda oficial, Kim Il-sung y sus sucesores tienen la capacidad de curar a los enfermos. Además, el nacimiento de Kim Jong-il habría estado marcado por la aparición de una estrella inusualmente brillante en el cielo, del mismo modo que su fallecimiento habría generado una gran agitación entre las grúas, que se lanzaron al aire como señal de lamento.[284]

Aunque el líder norcoreano es objeto de miedo o ridículo en Occidente, los norcoreanos están convencidos de que el mundo entero tienen envidia de sus dirigentes. Como señala la introducción de una biografía de Kim Jong-il, “su amor es verdaderamente grandioso. Cura a los enfermos y da nueva vida, como la lluvia de primavera que bebe el país sagrado [...]. Todo esto despierta admiración en los pueblos del mundo, lo que hace que nos envidien”.[285] A pesar de sus maravillosas cualidades, el *Líder Supremo* era un hombre modesto. Eso explicaría, por ejemplo, que las enormes estatuas de Kim Jong-il que están repartidas por todo el país estén chapadas en bronce y no en oro…[286].

De hecho, hay una compañía norcoreana con más de 4.000 empleados que se dedica principalmente a la fabricación de monumentos, estatuas o pinturas que glorifican al *Líder Supremo*. La producción es continúa, incluso en momentos en que muchos norcoreanos sufren de inanición. Su operativa se beneficia de la demanda de obras similares por parte de dictadores de otras partes

del mundo, caso del antiguo gobernante de Zimbabue, Robert Mugabe.[287]

El culto a la personalidad que rodea a Kim Il-sung se remonta a la guerra de liberación de la ocupación japonesa, que derivó en la partición de la península coreana. Al igual que Alemania fue ocupada por los aliados occidentales y la Unión Soviética al final de la II Guerra Mundial, Corea quedó fraccionada en 1945 entre una zona controlada por los soviéticos y una manejada por los Estados Unidos.

En junio de 1950, las tropas norcoreanas atacaron a Corea del Sur, lo que dio pie a la Guerra de Corea, que enfrentó a China y la Unión Soviética contra una coalición de miembros de la ONU liderada por Estados Unidos. La guerra concluyó con un pacto de armisticio en 1953, tras el fallecimiento de 940.000 soldados y de cerca de 3 millones de civiles. El conflicto armado estuvo a punto de destruir toda la industria del país. Al norte, Kim Il-sung permaneció en el poder hasta su muerte, en 1994. Fue sucedido por su hijo, Kim Jong-il, que falleció en 2011 y fue sucedido por su propio hijo, Kim Jong-un.

COREA DEL NORTE Y LA DOCTRINA KIM IL-SUNG Y KIM JONG-IL

Corea del Norte se adhirió inicialmente a la doctrina marxista-leninista, alineándose estrechamente con China y la Unión Soviética. Tras ocupar la parte norte del país, la URSS comenzó a reestructurar la economía local de acuerdo con su propio sistema económico, tal como había hecho también en Alemania Oriental y otros países de Europa del Este. Esto implicaba la nacionalización forzosa de las operaciones industriales, muchas de las cuales eran propiedad de empresarios japoneses, y el impulso de una reforma agraria basada en la colectivización.

Sin embargo, a partir de principios de la década de 1960, los líderes de Corea del Norte comenzaron a explorar una ruta alternativa al

socialismo, con la intención de demostrar así su independencia. Puesto que Kim Il-sung y Kim Jong-il fueron sus inspiradores, se habla de esta nueva estrategia como la *Doctrina Kim Il-Sung y Kim Jong-il*.

Los norcoreanos usan el término *juche* para referirse a esta ideología idiosincrásica, que combina elementos clave del socialismo con una forma extrema de nacionalismo y un fuerte énfasis en el culto a la personalidad.[288] Los grandes retratos de Marx y Lenin exhibidos en la plaza Kim Il-sung de Pyongyang fueron eliminados en 2012, probablemente para garantizar que los norcoreanos no adorasen más que a su propio *Líder Supremo*, responsable único de llevar al país en el camino correcto hacia el socialismo.

La constitución de Corea del Norte codifica el socialismo como el orden económico establecido en el país. Su artículo 20 estipula que los medios de producción son propiedad del Estado o, en el caso de la producción agrícola, pertenecen a las colectivizaciones. Por otro lado, el artículo 34 estipula que la economía de Corea del Norte se rige por el modelo de planificación.[289]

Mientras la Unión Soviética y China siguieron brindando su apoyo económico al país, Corea del Norte parecía cumplir sus objetivos. Su táctica de enfrentar a ambas potencias comunistas utilizaba las ofertas de un país para obtener concesiones similares del otro, beneficiándose así de la cierta rivalidad entre ambos referentes del marxismo.

Desde comienzos de la década de 1960 en adelante, Corea del Norte comenzó a emanciparse de la influencia de ambas potencias comunistas pero, sin su ayuda financiera, ya no podía cumplir con sus objetivos de planificación. El primer plan abarcó desde 1961 hasta 1967, pero fue ampliado durante tres años más. El plan de 1971 a 1976 se extendió por dos cursos *extra*, al igual que sucedió con el plan de 1978 a 1984, que finalmente cubrió hasta 1986, dando pie al nuevo plan de 1987 a 1993.[290] Desde entonces, el

régimen prestó menos atención a este tipo de planes. Por ejemplo, el de 2011 estaba lleno de vaguedades y generalidades, mientras que en 2016 se adoptó un nuevo plan de corto plazo que apenas contenía cifras.[291] Al fin y al cabo, no hacer públicos sus objetivos es la forma más segura que tiene el régimen de asegurarse que nadie es consciente de sus resultados.

Al igual que con otras economías planificadas, Corea del Norte siempre ha vivido un problema crónico de escasez generalizada. Rüdiger Frank, uno de los principales expertos en la economía del país, recuerda haber viajado a Pyongyang en 1991 para una visita de estudio que duró varios meses. Para no exceder el equipaje permitido, limitado a 20 kilogramos, no quiso llevar consigo una taza de café. “Pensé que, más allá de la estética, encontraría alguna, incluso en una economía con problemas de escasez. Por eso, nada más llegar allí, me dirigí a los *Grandes Almacenes Número 1*, los mejores de la capital. Encontré en el segundo piso un establecimiento que exhibía una pirámide de tazas de café ornamentadas. La camarada encargada de la tienda me dedicó una sonrisa un tanto errática. Intenté, con mi mejor acento coreano, hacerme con una de aquellas tazas. “No tenemos ninguna”, me respondió. Supuse que hubo algún tipo de malentendido, reformulé mi pregunta e hice algunas señas para enfatizar lo que pretendía decirle. La fachada de compostura cuidadosamente mantenida por la dependienta se derrumbó. Donde antes había una especie de sonrisa ahora solo quedaba una expresión de pánico total. El caso es que no tardó en desaparecer sin mediar palabra. Me fui a mi habitación de vuelta con muchas preguntas en la cabeza, pero sin una taza de café”.[292]

Más tarde, Frank descubrió una probable explicación para este curioso encuentro. Algunos años antes, durante una de sus “visitas de campo”, Kim Il-sung había afirmado que le dolía ver tanto vacío en las estanterías de los comercios del país. Presumiblemente, esto era simplemente un recordatorio para la gente de Corea del Norte: debían intensificar la producción.

Sin embargo, a Kim Il-sung le rodeaba siempre un séquito que se agolpaba a su alrededor en todo momento. Este grupo de personas recogía cada una de sus palabras y convertía sus declaraciones en instrucciones que luego se difundían mediante pancartas o se proclamaban a través de altavoces por todo el país. Al escuchar aquel lamento del *Líder Supremo* decidieron, literalmente, que ya nunca podrían verse huecos en los estantes de las tiendas. “Y así, desde entonces, los estantes de las tiendas de venta al público siempre están llenos. Ningún visitante extranjero puede determinar si un artículo específico está disponible o no mirando a los estantes, porque dichos bienes no pueden venderse. Cuando sí llegan productos, se apilan rápidamente en el mostrador y se despachan inmediatamente”.[293]

Sin embargo, como dice Frank, las cosas han cambiado desde su intento fallido de comprar una taza de café. Desde 2002, la creciente conciencia de las debilidades de la planificación económica ha conducido a intentos tentativos de aprobar “mini reformas” económicas. En el capítulo 3 también se describen intentos similares de instigar reformas en la RDA con ánimo de simular el funcionamiento de los mecanismos de la economía de mercado. Sin embargo, al igual que en la RDA y a diferencia de China, estos esfuerzos tuvieron un en el mejor de los casos efecto limitado, debido a la negativa de los altos cargos del régimen a reconsiderar radicalmente su compromiso con el sistema socialista, paso previo para iniciar una transición al capitalismo.

Las pequeñas reformas que introdujo el régimen incluían ciertos incentivos para mejorar el desempeño de los trabajadores a nivel individual. Hasta entonces, todos los esfuerzos por impulsar la productividad se basaban esencialmente en campañas de propaganda. En adelante, se intentó aprovechar la fecha del cumpleaños de Kim Il-sung como ocasión para instar a los trabajadores a aumentar sus esfuerzos. Pero, de nuevo, el grueso del cambio pasaba por la propaganda.

Los altavoces que proclamaban los nuevos eslóganes motivacionales se volvieron en una característica omnipresente de los lugares de trabajo. En las obras de construcción, estos altavoces se instalaban encima de furgonetas o camiones y servían como "banda sonora" para animar a los obreros, recitando desde documentos oficiales hasta canciones revolucionarias.[294]

Una de las medidas adoptadas durante el breve intento de reformar la economía que sí tenía cierto sentido era la reforma de precios de 2002, que seguía fijando los precios aunque intentaba hacerlo de forma más realista. Sin embargo, al igual que en la Alemania del Este, el liderazgo político norcoreano evitó dar el siguiente paso y permitir que los precios se determinasen por la interacción entre oferta y demanda, que es el requisito previo para consolidar un sistema económico que funcione en base a la información que transmiten esas fluctuaciones de precios, cuyo rol final es el de indicador de forma confiable en qué campos de la economía se requiere más o mejor producción.

Los gobernantes de Corea del Norte parecen vivir con un miedo persistente a que su poder se les escape como le ocurrió a los líderes soviéticos o a sus camaradas comunistas de otros países de Europa del Este donde, desde finales de los 80, se alentaron ciertos cambios. La reforma de precios aplicada en el país norcoreano sacó a la luz el alcance real de la inflación, un problema que hasta entonces permanecía oculto. Los gobernantes se asustaron y la disposición de reformar la economía concluyó cuando el proceso apenas comenzaba.

El libro de Frank contiene un relato de una conferencia sobre la lucha contra la inflación que pronunció en Pyongyang en 2005. En conversaciones posteriores con expertos norcoreanos, se dio cuenta de que estaban informados sobre los conceptos económicos occidentales pero no estaban en absoluto concienciados de la importancia de implementar reformas integrales que promuevan un sistema de mercado. Por este motivo, los expertos que buscaban su consejo solo se interesaban por algunos puntos específicos, pero se

negaban a escuchar recomendaciones generales sobre el tipo de cambios necesarios para generar cambios de alcance a través de los mecanismos que hacen que funcione una economía de mercado.[295]

El compromiso del régimen de reformar la economía, que en el mejor de los casos había sido apenas un esfuerzo vacilante, se extinguió rápidamente y la prensa del régimen comenzó a publicar advertencias frecuentes sobre los riesgos de sucumbir al “dulce veneno del capitalismo”.[296]

No solo se frenaron los tímidos avances que ni siquiera llegaron a desarrollarse, sino que se produjo una involución en diversos campos. En noviembre de 2009, la moneda se devaluó con un nuevo tipo de cambio de 100 a 1. Aunque los precios, los ingresos y los ahorros estaban sujetos al mismo factor de depreciación, a los norcoreanos solo se les permitía intercambiar ahorros hasta un monto equivalente a unos 100 dólares. Dicho de otro modo, la anunciada “reforma monetaria” equivalía a una expropiación de los ahorros de todo aquel que hubiese acumulado una pequeña “hucha” de 100 dólares y no la hubiese por moneda extranjera.[297] Esto provocó una enorme ira en la población, ya que los afectados eran familias comunes que, por ejemplo, habían ahorrado durante años para la boda de su hija. Cualquier confianza que la población había tenido previamente en su moneda se perdió por completo a raíz de esta reforma. Para salvaguardar sus ahorros, los norcoreanos comenzaron a vincular su dinero a activos materiales, como el arroz y el oro. También trataron de conseguir monedas extranjeras, a lo que el régimen respondió prohibiendo todas las transacciones en divisa foránea. Sin embargo, en el país coexisten dos sistemas monetarios: el oficial, con una moneda propia que se emplea para pagar los bienes de acuerdo con las cuotas de asignación, y el extraoficial, que gira en torno a monedas extranjeras. Es por eso que en taxis, restaurantes o piscinas, los pocos visitantes extranjeros pueden pagar en dólares a trabajadores que reciben la moneda norteamericana con gusto.[298]

Aunque los pequeños pasos que dio el régimen hacia la reforma de la economía no llegaron a buen puerto, sí han sobrevivido las Zonas Económicas Especiales. Como explica el capítulo 1, estos *laboratorios* sirvieron para ensayar la transición de China del socialismo al capitalismo. Se trataba de autorizar, a pequeña escala, el despliegue de la propiedad privada, la economía de libre mercado y el comercio con el resto del mundo.

Aunque Corea del Norte también estableció varias Zonas Económicas Especiales, su contribución ha sido insignificante hasta ahora, al menos en comparación con la experiencia china. Algunas de las ZEE han existido durante décadas pero no han cosechado ningún resultado notable, mientras que otras ya se han cerrado. Frank, que suele ser optimista sobre la perspectiva de un futuro cambio en Corea del Norte, reconoce que las ZEE no han despegado y pone como ejemplo la de Rason: “aunque Corea del Norte está abriendo una puerta, lo cierto es que nadie entra, excepto unos pocos especuladores chinos (…). Las inversiones realizadas hasta ahora en el llamado “Triángulo Dorado del Nordeste” ni siquiera se acercan al nivel de captación de capital observado en las ciudades más pequeñas de China”. Otra ZEE norcoreana, la de Kaesong, fue desmantelada en 2016, cuando Corea del Sur canceló un acuerdo comercial con sus vecinos del norte a raíz de un lanzamiento no autorizado de cohetes que fue interpretado como una maniobra hostil de Pyongyang.[299]

Además de la economía planificada, el gasto militar masivo es otro factor que contribuye a la grave situación económica del país. El régimen solo se ha mantenido en el poder a base de mantener permanentemente un estado de sitio en todo el país. Los norcoreanos están constantemente preparados para un ataque de las “potencias imperialistas”, especialmente Estados Unidos. En consecuencia, Corea del Norte controla uno de los ejércitos más grandes del mundo. El período de servicio militar obligatorio varía entre tres y diez años, dependiendo de la fuente consultada.[300]Así pues, la sociedad norcoreana está totalmente militarizada. En lugar de caminar al trabajo o a la escuela, sus ciudadanos marchan cual

soldados. Los uniformes del ejército están por todas partes. Las maniobras, pruebas o exhibiciones militares son frecuentes, también en el día a día de las empresas, las escuelas y las distintas divisiones del gobierno. La financiación del ambicioso programa nuclear del país ejerce una presión adicional sobre la economía.

Que Corea del Norte tenga un nivel de vida tan bajo a pesar de sus reservas excepcionalmente grandes de depósitos minerales se debe principalmente a la insistencia del liderazgo político en mantener un sistema económico socialista. Corea del Norte se enorgullece de haberse mantenido fiel a sus principios socialistas y lo cierto es que los intentos de reforma han sido temporales y muy marginales. Mientras que Rusia, China y otras antiguas naciones socialistas han sido atraídas, al menos en parte, por las “tentaciones” del capitalismo, en Pyongyang apenas ha habido cambios.

Aunque el sector agrícola de Corea del Norte emplea alrededor de seis veces más personas que su contraparte surcoreana, la producción agrícola del país apenas satisface la demanda, incluso en los años de buenas cosechas.[301] Cuando los cultivos fallan, debido a sequías u otros desastres naturales, la escasez de alimentos y las hambrunas son frecuentes, alcanzando magnitudes similares a las que se dieron en la China pre-capitalista.

La peor de estas hambrunas ocurrió en 1996, cuando los efectos combinados de una mala gestión de los recursos, la sequía y las inundaciones dejaron a 200.000 norcoreanos muertos por inanición, según cifras oficiales. La cifra real de decesos es difícil de verificar: las estimaciones de agencias extranjeras establecen el total en 3 millones, es decir, uno de cada ocho habitantes. Pero, así como el liderazgo comunista de China ligó millones de muertes por inanición a desastres naturales (ver capítulo 1), el régimen de Corea del Norte hace lo mismo, trasladando la culpa de la escasez de alimentos y otros problemas económicos a eventos naturales adversos o conspiraciones de Occidente.

Sin embargo, como muestra el ejemplo de China, las malas temporadas de cosecha pueden ocurrir bajo cualquier sistema político o económico. El capitalismo no está exento de sequías ni de fenómenos climatológicos extremos. La diferencia es que, bajo un modelo de mercado, estos factores negativos no llevan a la muerte a millones de personas. Por tanto, no son las sequías como tal las que causan miles de muertes, sino los déficits propios de un sistema de economía planificada, donde la producción agrícola apenas satisface la demanda incluso en condiciones normales y cualquier fluctuación en los cultivos provocada por cambios en los patrones climáticos hace que esa crisis generalizada se acentúe hasta tener consecuencias fatales.

COREA DEL SUR

El contraste entre Corea del Norte y Corea del Sur difícilmente puede ser más marcado. Según el Índice de Libertad Económica de 2018, el segundo país se ubica en el puesto 27 del *ranking* que estudia los países con economías más libres del mundo, justo detrás de Alemania, que está en el lugar 25, y por delante de Japón, que recala en el lugar 30. Su nota es de 90,7 puntos sobre 100 en la categoría de "libertad de empresa".[302] Corea del Norte, en cambio, aparece en las posiciones de cola, con el puesto 180 y apenas 5 puntos sobre 100 en la medición de la "libertad de empresa".[303]

A raíz de la II Guerra Mundial, Corea del Sur enfrentaba una posición difícil. El norte de la península recibía ayuda un apoyo considerable de la Unión Soviética y China, mientras que al sur apenas llegaba financiación foránea y la economía era básicamente la de un área agrícola de bajo desarrollo y sin reservas naturales significativas, puesto que es la zona norte del país donde se encuentran materias primas como el hierro, el oro, el cobre, el plomo, el zinc, el grafito, el molibdeno, la piedra caliza o el mármol.[304]

La población de Corea del Sur creció muy rápidamente entre 1945 y 1947, debido a la afluencia de refugiados que huían del norte

comunista. En total, pasó de 16 a 21 millones de habitantes en menos de tres años. Sin embargo, el destino al que llegaban quienes huían del régimen socialista era el de una economía empobrecida donde muchas personas vivían por debajo de los niveles básicos de subsistencia.[305]

En julio de 1961, el gobierno japonés enumeró siete razones por las cuales la independencia económica sería imposible para Corea del Sur: sobrepoblación, falta de recursos, falta de industrialización, falta de capacidad militar, falta de habilidades políticas, falta de capital y falta de eficacia administrativa.[306] Lograr un progreso económico significativo tras la Guerra de Corea parecía tan difícil que el pesimismo de los japoneses se antojaba acertado. La renta por habitante era entonces de 79 dólares, uno de los niveles más bajos del mundo.

Pero las perspectivas del país comenzaron a mejorar con el ascenso al poder de Park Chung-hee en 1961. El gobernante autocrático, asesinado en 1979 por el director de la Agencia Central de Inteligencia del país, se había convertido en el *padre fundador* del *milagro económico* de Corea del Sur. Inicialmente, Park favoreció un sistema económico centralizado y controlado por el Estado. Sin embargo, el fundador de Samsung, Lee Byung-chull, lo persuadió de lo contrario y le explicó que “solo una economía de mercado relativamente liberal puede impulsar la iniciativa empresarial y el pensamiento creativo necesarios para competir en el mercado global y garantizar la disponibilidad de productos de vanguardia”.[307]

El término coreano para conglomerados empresariales como Samsung es *chaebol*, que se puede traducir literalmente como “empresa familiar”, si bien sus implicaciones son más amplias. Estos poderosos grupos empresariales han hecho una contribución crucial al ascenso de Corea del Sur, facilitando una prosperidad económica que hubiese parecido inalcanzable hace décadas. No es casualidad, pues, que el fundador de uno de esos conglomerados haya tenido una influencia decisiva en la política económica de Park.

La estrecha relación entre el gobierno y estas grandes empresas familiares dedicadas a diversas ramas de actividad era una característica definitoria de la economía surcoreana de aquellos años. Aunque el gobierno emitió algunos planes orientados a establecer objetivos de desarrollo y de producción, se trataba de planteamientos muy diferentes a los de la planificación económica observada en los modelos socialistas.

En lugar de que el gobierno le diga a las empresas qué hacer, como sería el caso en una economía planificada, las empresas eran las que tenían una influencia significativa en la política gubernamental surcoreana, con el inconveniente de que esto favoreció distintas formas de corrupción.

Al construir su propia base de poder, Park contó con el apoyo de las poderosas compañías *chaebol*, que de hecho le precedían, puesto que 27 de los 30 principales conglomerados surcoreanos existentes hoy datan de antes de 1961.[308] A diferencia de las empresas privadas en Corea del Norte, que fueron anuladas y nacionalizadas, sus contrapartes surcoreanas fueron recompensadas por las pérdidas sufridas en tiempos de guerra. Esto se logró privatizando activos japoneses que luego se vendieron a los propietarios de las grandes empresas familiares. Casi la mitad de los nuevos propietarios de dichos activos provenían de familias de terratenientes. “Aquí están las raíces del rápido avance del modelo de corporaciones organizadas jerárquicamente y coordinadas por la familia. En Corea del Sur se estableció una estructura corporativa conformada por clanes familiares capaces de aprovechar el capital que se puso a su disposición para expandirse de manera flexible por diferentes industrias y así cumplir los objetivos marco de la política industrial”.[309]

Hoy en día, las grandes marcas coreanas de *chaebol* son nombres conocidos por los consumidores de todo el mundo. Samsung es el principal competidor de Apple, mientras que los televisores y productos electrónicos para el hogar fabricados por LG tienen una

enorme popularidad por todo el mundo. Estos conglomerados de propiedad familiar están más diversificados que la mayoría de las corporaciones estadounidenses, con la excepción de algunos valores atípicos que sí presentan una estructura de grupo empresarial parecida, como General Electric.

Muchos conglomerados de *chaebol* consisten en docenas de compañías individuales que operan en distintas industrias diferentes. A mediados de la década de 1990, los cinco grupos empresariales familiares más grandes del país estaban presentes en un promedio de 142 mercados cada uno (midiendo los mercados por categoría de producto). Si analizamos los conglomerados que ocupan los puestos 6 al 10 del *ranking* de ventas anuales, vemos que su presencia media abarca 63 mercados. Bajando a los puestos 11 a 15, la cifra llega a los 39 mercados de actividad.[310]

Las pequeñas y medianas empresas, por otro lado, luchaban por sobrevivir y no jugaron un papel importante en Corea del Sur hasta los años 80 y 90. El porcentaje de la fuerza laboral total que trabajaba en el segmento de menos de 100 empleados creció del 35% en 1970 al 58% registrado en 1998.[311] No obstante, las grandes marcas de *chaebol* siguen siendo cruciales para la economía coreana. Estos grupos siempre se han centrado en la investigación y el desarrollo. Entre 1980 y 1994, tanto Hyundai como Samsung aumentaron exponencialmente sus departamentos de investigación: el grupo conocido por sus automóviles pasó de 616 a 3.890 empleados, mientras que el conglomerado célebre por sus dispositivos de telefonía dio el salto de 690 a 8.919 empleados.[312]

De las muchas perturbaciones que amenazaban con descarrilar el desarrollo de la economía surcoreana, la crisis financiera de 1997-1998 fue la más grave. La crisis afectó al país con dureza y trajo una pérdida del 25% en el ingreso total medio, además de un aumento del desempleo y una caída de los salarios reales que llegó a alcanzar el 45% en los peores momentos de la crisis.[313] A los críticos del capitalismo les gusta citar crisis de este tipo como prueba de la debilidad del sistema capitalista, cuando en realidad

son una parte necesaria del ciclo y a menudo tienen un efecto de limpieza, al garantizar que desaparezcan las empresas que ya no son rentables del mercado.

El colapso del Grupo Daewoo es un excelente ejemplo. Fundada por Kim Woo-choong, un emprendedor de gran éxito que comenzó en la industria textil y posteriormente ingresó en las industrias de metales pesados, automóviles y electrónica. Su compañía se declaró en bancarrota en 1999, a raíz de la crisis financiera de 1997-1998.[314] Pero las empresas que surgieron de la reestructuración del que era el cuarto grupo más grande de Corea del Sur operan hoy con éxito como empresas independientes, algunas de ellas con notable éxito.

Como resultado de la grave crisis de 1997–1998, Corea del Sur fue temporalmente puesta bajo supervisión por el FMI. Aunque las reformas de reestructuración impuestas por el Fondo recibieron muchas críticas, lo cierto es que rápidamente produjeron resultados positivos, lo que permitió al país superar la crisis en un período sorprendentemente corto. Y, más importante aún, las reformas generaron efectos positivos a largo plazo, al agregar impulso a la liberalización de la economía surcoreana que había comenzado en la década de 1980.
Muchos grupos *chaebol* fueron reestructurados y la oportunidad de invertir en el país se abrió a los inversores extranjeros en un grado sin precedentes hasta aquella fecha. El año 1998 también estuvo marcado por la liberalización completa del mercado financiero y la legalización de las fusiones y adquisiciones, incluidas las compras hostiles por parte de inversores o empresas foráneas.[315]

Durante este período, Samsung vendió docenas de divisiones que no formaban parte de las operaciones centrales de su corporación y, una vez realizó esas desinversiones, prescindió de un tercio de sus empleados. Estas medidas dieron resultado, convirtiendo a Samsung en una de las marcas surcoreanas de más rápido crecimiento después de la crisis.[316] Hoy, es una de las compañías más grandes del mundo según su capitalización, codeándose en las

bolsas con la valoración de gigantes estadounidenses como Walmart y AT&T.[317]

Si bien el crecimiento económico de Corea del Sur fue impulsado por la liberalización económica, esto no coincidió inicialmente con un proceso de transición a la democracia, ya que tal etapa no empezó a desarrollarse hasta 1987. Las reformas de libre mercado y la liberalización política pueden coincidir en algunos casos pero, como muestran los ejemplos de China (capítulo 1) y Chile (capítulo 6), a veces es posible que suceda lo primero sin que pase también lo segundo.

Desde principios de la década de 1980 en adelante, el gobierno de Corea del Sur comenzó a renunciar gradualmente a su fuerte influencia en la economía. La privatización de los bancos fue un paso importante en esta dirección. El porcentaje de préstamos administrados por el Fondo de Inversión Nacional del país bajó del 25% en 1979 al 5% en 1991. En 1980 se aprobó una nueva ley antimonopolio y se instauró una autoridad de competencia. La liberalización continuada durante la década de 1990 hizo posible que el país se uniera a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en 1996.[318]

En un trabajo de referencia sobre la economía coreana publicado en 2013, el economista alemán Dieter Schneidewind explica que “el gobierno se está retirando cada vez más de la gestión de la actividad económica diaria, aunque continúa estableciendo objetivos u otorgando préstamos e incentivos fiscales con los que pretende apoyar las promesas de un mayor desarrollo. Al dar rienda suelta a la economía de libre mercado, las regulaciones que anteriormente controlaban y restringían los intercambios internacionales de comercio e inversión se están relajando en gran medida, permitiendo que el emprendimiento y la creatividad se desarrollen poderosamente en todo su potencial”.[319]

Werner Pascha, quien se muestra menos impresionado por el historial de liberalización económica del país, apunta que los últimos

gobiernos del país han promovido activamente distintas políticas y agendas de desarrollo industrial. Entre los responsables que han seguido esta ruta está Park Geun-hye, hija del *padre fundador* de la Corea del Sur moderna, que ocupó el cargo de primera ministra entre 2013 y 2017. Aunque no ha intervenido los mercados como sí ocurría en los tiempos en que el mando del país dependía de su padre, su gobierno sí intentó marcar el desarrollo industrial orientándola producción hacia la economía "creativa" y las empresas tecnológicas.[320]

En cualquier caso, el ejemplo de Corea del Sur demuestra la fuerza superior del capitalismo, especialmente cuando se lo opone a la experiencia de su vecino comunista. De igual modo, la historia surcoreana muestra que el sistema económico es solo una de las condiciones previas que permiten el ascenso de un país al éxito económico. Aunque la reestructuración de la economía para adaptarla al molde capitalista sentó las bases del éxito, los factores culturales siempre han contribuido significativamente a la magnitud del éxito. En este sentido, no se puede ignorar la tradición de trabajo, estudio y esfuerzo que marca al país surcoreano.

Recuerdo que, cuando trabajé como asistente de investigación en la Universidad Libre de Berlín, uno de mis jefes, el profesor Jürgen Falter, regresó de un viaje de trabajo a Corea del Sur. Recordando su experiencia, me contó que, a medianoche, las bibliotecas de los centros superiores del país asiático seguían llenas de estudiantes. En nuestras universidades, las puertas se cerraban a las 6:30 de la tarde.

En Corea del Sur la educación se toma mucho más en serio que en cualquier otro lugar del mundo. Con una cuota del 20% que se mantiene más o menos constante desde hace treinta años, es el elemento más importante del presupuesto público.[321] Pero a estas cifras hay que sumarle un importante componente de inversión privada en dicho sector, que asciende al 3% del PIB. En total, la suma del gasto en educación es mayor que la de cualquier otro país.

Con alrededor del 80% de sus instituciones de educación superior bajo esquemas de propiedad privada, el sistema educativo tiene un claro enfoque de libre mercado, mucho más pronunciado que en la mayoría de países desarrollados. La calidad de muchas de estas instituciones es excelente. Ocho universidades surcoreanas están clasificadas entre las 100 universidades más innovadoras del mundo y el Instituto Avanzado de Ciencia y Tecnología de Corea es la única universidad de fuera de los Estados Unidos que está entre las diez mejores del globo.[322]

A pesar de la calidad de sus universidades nacionales, las familias con recursos hacen el esfuerzo de enviar a sus hijos a estudiar al extranjero, preferiblemente a universidades de Estados Unidos, para completar su educación. Así, a menudo vemos que los puestos de liderazgo político y empresarial de Corea del Sur suelen estar copados por ex pupilos de las mejores universidades de Corea del Sur, que además han cursado estudios de posgrado en suelo norteamericano.[323]

En los niveles primario y secundario, las escuelas privadas juegan también un papel importante. Además de las clases ordinarias, el 77% de los escolares pasa un promedio de 10,2 horas *extra* por semana en una de las casi 100.000 escuelas privadas o de matrícula que existen en el país. La familia surcoreana promedio gasta 800 dólares al mes en pagar estas matrículas privadas, a pesar de que las escuelas públicas del país se encuentran entre las mejor equipadas y más avanzadas del mundo.[324]

La apuesta por la tecnología en las aulas es clave. Ya en 2001, todas las escuelas primarias y secundarias estaban conectadas a Internet y los 340.000 maestros de Corea del Sur tenían sus propios ordenadores. En el año 2003, ya había catorce universidades especializadas en educación por internet.[325]

Los resultados positivos de este celo por la excelencia educativa se reflejan en las clasificaciones internacionales. En el *Informe PISA* de

2015, elaborado por la OCDE, el desempeño de los estudiantes de Corea del Sur ocupó el puesto 11 sobre un total de 70 países analizados en la categoría de ciencias, por delante del Reino Unido (15), Alemania (16) y Estados Unidos (25). En matemáticas, el resultado fue aún mejor: puesto 7 de la tabla. Pero quizás aún más impresionante es la alta participación del país en los mejores resultados de las pruebas (un 25,6%, frente al promedio de la OCDE del 15,3%) y un muy bajo porcentaje de estudiantes de bajo rendimiento (un 13%, frente al promedio de la OCDE del 13%).[326]

Estos resultados son un reflejo de la tremenda entrega y propensión al trabajo duro que caracteriza a los estudiantes surcoreanos. *Sadang orak* es un eslogan dirigido a los estudiantes que se preparan para los exámenes de entrada a la universidad y que, en esencia, viene a decir que aquel que pase más de cuatro horas al día durmiendo en lugar de estudiar no aprobará los exámenes.[327]

La escuela comienza a las 9:00 de la mañana y termina a las 5:00 de la tarde, después de lo cual los estudiantes hacen sus deberes y aprenden con programas disponibles en internet. Entre las edades de 10 y 12 años, y nuevamente entre los 16 y los 18 años, la gran mayoría de los pupilos asiste a las citadas escuelas de *hagwon* que complementan la formación y ayudan a preparar las pruebas de acceso de las mejores escuelas secundarias y universidades.[328]

Los adultos también trabajan a destajo: “se espera que los coreanos se mantengan firmes hasta que termine el trabajo en cuestión”, dice Schneidewind. “Muchos trabajan todo el tiempo que pueden y no son pocas las personas mayores que siguen trabajando más o menos hasta el momento de su muerte. No hay costumbre de mirar el reloj, menos aún el calendario, como tampoco es habitual solicitar grandes vacaciones”. Aquellos que tienen más tiempo libre (por ejemplo, los empleados de las grandes corporaciones) rara vez lo dedican a actividades de ocio; en cambio, asisten a cursos de desarrollo profesional o incluso buscan un segundo empleo.[329]

Aunque estas disposiciones culturales han jugado un papel clave en el éxito económico de Corea del Sur y otras naciones asiáticas, ese auge solo fue posible en combinación con un sistema capitalista. Después de todo, Corea del Norte y del Sur comparten las mismas tradiciones centenarias. Sin embargo, en un sistema económico tan ineficiente como el de Corea del Norte, su impacto positivo en el desarrollo económico se ve obstaculizado o canalizado a alabar al líder, hacer ejercicios militares y producir armas.

Capítulo 5

Más capitalismo: las reformas pro-mercado de Thatcher y Reagan en Gran Bretaña y Estados Unidos

De vez en cuando, los sistemas capitalistas necesitan reformas integrales que recuerden a la gente cuáles son los fundamentos de su éxito. En los países democráticos, muchos políticos ganan las elecciones prometiendo ayudas “gratuitas” a los votantes. Cuando hablan de abordar las supuestas “injusticias sociales”, a menudo se refieren en realidad a pedir prestadas cantidades crecientes de dinero que luego se dedican a inflar los programas de “bienestar social”. Ya en el gobierno, los políticos y los funcionarios que conducen el funcionamiento de las Administraciones Públicas tienden a interferir en el funcionamiento de la economía partiendo de la creencia equivocada de que pueden dirigir su rumbo mejor que los mecanismos del mercado, una creencia que comparten con los partidarios de la economía socialista planificada.

THATCHER Y LAS REFORMAS DE MERCADO EN REINO UNIDO

En 1966, *The Beatles* lanzaron una canción llamada “Taxman” que arranca con las siguientes líneas:

> Te cuento cómo funciona esto.
> Tú te quedas uno y yo me llevo diecinueve.

Si un cinco por ciento te parece poco,
agradece que no me lo lleve todo.
Porque yo soy el recaudador de impuestos

Aquella canción se compuso a manera de protesta contra los excesivos impuestos que se cobraban en el Reino Unido. En la década de 1970, la presión fiscal vigente equivalía a expropiar a las personas con altos ingresos alrededor del 83% de su salario, aunque en el caso de los ingresos generados por las rentas del capital este porcentaje llegaba al 98%.

Después de la II Guerra Mundial, Gran Bretaña había tomado un camino muy diferente al de la introducción de la "economía social de mercado" que introdujo Alemania Occidental bajo el liderazgo de Ludwig Erhard. Ese modelo sentó las bases para el "milagro económico" que impulsó al país teutón en los años 50 y 60 (ver capítulo 3) . En Reino Unido, la victoria del Partido Laborista en las elecciones generales de 1945 había conducido sin embargo a la implementación de una forma de socialismo democrático, bajo el liderazgo del entonces primer ministro Clement Attlee.

En el corazón de su programa de gobierno latía un masivo programa de nacionalizaciones. Una vez que los bancos, la aviación civil y las industrias de la minería y las telecomunicaciones fueron puestas en manos del Estado, llegó después el turno de los ferrocarriles, el transporte de mercancías por carretera, la energía o el gas. También sucedió lo mismo con industrias manufactureras como el hierro y el acero. En total, aproximadamente la quinta parte de la economía del Reino Unido quedó totalmente nacionalizada. En muchos casos, los altos ejecutivos se quedaron en sus trabajos, pero ahora trabajaban como funcionarios.

El gobierno también trató de tomar el control de lo que quedaba en el sector privado. En sus memorias, la primera ministra conservadora Margaret Thatcher cita al economista liberal Arthur Shenfield quien bromeó sobre esta cuestión diciendo que "la diferencia entre los sectores público y privado es que el sector

privado está controlado por el gobierno y el sector público no está controlado por nadie".[330] Si los laboristas se salían con la suya, el Reino Unido se convertiría pronto en un caso de estudio de socialismo democrático. Según sus defensores, la meta de aquel programa era consolidar una *tercera vía* entre el comunismo y el capitalismo.

Incluso después de que el Partido Conservador (los *tories*) regresase al poder tras las elecciones generales de octubre de 1951, el nuevo gabinete de Winston Churchill retuvo la mayoría de las políticas implementadas por su predecesor. Este consenso de los años de posguerra se prolongó hasta la década de 1970. No pocos políticos conservadores compartían, en mayor o menor medida, la creencia de que la economía debía ser controlada por el Estado.

Durante las décadas de 1950 y 1960, Gran Bretaña disfrutó de un nivel de vida relativamente alto, un desempleo moderado y una mejora del consumo, pero el buen desempeño palidecía en comparación con otros países europeos, en particular Alemania Occidental, y la brecha cada vez era mayor cuando se medía el porcentaje de familias que poseía servicio telefónico, neveras, televisión o lavadoras. Ese diferencial fue a más, puesto que la productividad era cada vez más baja en las islas.

Durante la década de 1970, las debilidades que habían provocado esa pérdida relativa de prosperidad se volvieron dolorosamente obvias y provocaron un desempeño económico cada vez más preocupante. Los sindicatos tenían mucha fuerza y el país se veía sacudido con frecuencia por huelgas de gran intensidad. Un informe publicado en enero de 1974 por la revista informativa alemana *Der Spiegel* dibujaba un país con millones de personas en situación de subempleo y hablaba de los frecuentes problemas de apagones en la capital londinense.[331] "Por razones aparentemente menores, una disputa salarial en el sector de la minería, que fue estatalizado, ha terminado derivando en un enfrentamiento de gran alcance entre el gobierno y los sindicatos, hasta llevar al país a una "*nueva era*

oscura", tal y como describió *Newsweek*. En una semana normal, la caída de la producción de carbón podía llegar al 40%, mientras que la generación de acero podía desplomarse un 50%. El país tenía a más de un millón y medio de personas en paro, además de otros dos millones con apenas un empleo a tiempo parcial. Sin embargo, se estimaba que otros diez millones más de trabajadores (casi la mitad de la fuerza laboral británica) tenían su empleo en peligro. Cada semana marcada por las huelgas masivas le costaba al pueblo británico el equivalente a 2.500 millones de marcos alemanes de la época". En aquellos momentos se hablaba de introducir la semana de tres días de trabajo, de "rescatar" al carbón, etc.

"El vibrante Londres de la década de 1960", continuaba *Der Spiegel*, "se ha vuelto tan sombrío como en la época *dickensiana*. Sus avenidas imperiales están menos iluminadas que las calles de los barrios pobres de las antiguas colonias británicas. Hay velas hasta en las oficinas del distrito financiero y las tiendas se iluminan frecuentemente con las luces de emergencia. Hay grandes almacenes donde se usan los faros de los camiones como fuente de iluminación. Incluso en la residencia del primer ministro, en el número 10 de *Downing Street*, solo se enciende uno de cada cuatro radiadores. En el metro, los letreros anuncian que las escaleras mecánicas han sido apagadas para ahorrar energía, obligando a los viajeros a subir por las escaleras normales".

Estas huelgas hicieron que los problemas del Estado de Bienestar británico fuesen cada vez más evidentes. Incluso *Der Spiegel*, una revista de izquierda que no es conocida por sus simpatías pro-capitalistas, tuvo que admitirlo: "ninguna otra nación en la historia ha permitido que los sindicatos crezcan tan desenfrenadamente como lo han hecho en [Gran Bretaña] desde los primeros años de la era industrial hasta hoy. La *guerra de clases* fue inventada en este país y con ello nació la huelga como una de las armas más efectivas para defender a los trabajadores. Pero lo que una vez fue una potencia situada a la vanguardia de la industrialización se ha convertido en una industria menor e inválida […]. Los delegados

sindicales podían convocar una huelga y romper los convenios colectivos cuando quisieran, sin necesidad de hacerlo siquiera de algún tipo de votación que validase la protesta. Ni los sindicatos ni sus funcionarios podrían ser responsabilizados por los daños causados durante estas huelgas salvajes. En paralelo, los delegados sindicales empezaron a ocupar puestos de poder en las empresas, desplazando a directivos empresariales. El mando que luego ejercían sobre sus compañeros podía a veces ser más duro que el de los jefes al uso, debido a las rencillas existentes dentro del mundo sindical. Estas rivalidades hacían que toda la producción de una fábrica pudiese verse detenida, como ocurrió en una empresa del acero a raíz de las diferencias entre dos líderes sindicales. Y luego estaban las pugnas entre sindicatos de distintos sectores. Por ejemplo, el sindicato de trabajadores portuarios protestó contra la construcción de terminales de contenedores de última generación que abrían las tareas de carga a los trabajadores del transporte". La parálisis también afectó al tren de alta velocidad: el más avanzado del país permaneció inactivo durante casi medio año porque el sindicato de trabajadores ferroviarios insistió en que debía funcionar con dos conductores, aunque apenas había espacio suficiente para uno en la cabina del operador.

En total, había 466 sindicatos en el país. A lo largo de la década de 1970 se convocaron más de 2.000 huelgas, provocando un promedio de 13 millones de jornadas laborales perdidas al año.[332] En 1972, esta cifra fue tan alta que llegó a los 24 millones de días de trabajo perdidos por huelgas, datos que no se daban desde 1926. Los sindicatos de las islas estaban dominados por comunistas y por militantes de izquierdas que no estaban tan interesados en mejorar las condiciones de vida y de trabajo de sus miembros como en la destrucción de lo poco que quedaba de la economía de libre mercado. El bajo nivel de vida de los trabajadores hacía que muchos terminasen abrazando sus demandas.

Las regiones económicamente desfavorecidas del Reino Unido (el norte de Inglaterra, Escocia y Gales) tenían entonces a los trabajadores peor pagados de Europa occidental: ganaban un 25%

menos que sus pares en otros Estados miembros de la Comunidad Europea (CE).

“Londres y el sureste de Inglaterra son las únicas partes del país donde los ingresos están por encima del promedio de la Comunidad Europea. Entre sus nueve estados miembros, solo los italianos y los irlandeses estaban peor que los británicos”, explicaba *Der Spiegel*. “Mientras que los mineros peor pagados [de la industria alemana del carbón] perciben un salario básico de alrededor de 220 marcos alemanes por semana, sus contrapartes británicos ganan apenas [el equivalente a] alrededor de 170 marcos alemanes. Con un PIB de 9.240 marcos alemanes *per cápita*, [el Reino Unido] ocupa el séptimo lugar entre los miembros de la Comunidad Europea en 1972. Con 13.345 marcos alemanes, la República Federal de Alemania está en segundo lugar, por detrás de Dinamarca. El aumento salarial por el que los trabajadores británicos han luchado tan duro durante los últimos años se ve rebasado por el aumento de los precios, que es mucho mayor que en otros países. Entre 1968 y mediados de 1972, el poder adquisitivo de los británicos aumentó un exiguo 8%, mientras que los asalariados de Alemania Occidental experimentaron un *plus* del 26% en términos reales, mientras que los franceses y los holandeses experimentaron una mejora del 17%”.

Aunque a priori respaldaba la idea de reducir la influencia del gobierno en la esfera económica y hablaba de limitar el poder de los sindicatos, el gobierno conservador de Edward Heath no hizo ningún cambio significativo en el *statu quo*. Con el aumento de la inflación en 1972, el gabinete de Heath recurrió a medidas provisionales que encajaban más bien en el molde socialista. En palabras de Thatcher, “después de un intento de reforma, el gobierno de Ted Heath [del cual yo era miembro] propuso y casi implementó la forma más radical de socialismo jamás contemplada por un gobierno británico elegido, puesto que ofreció el control estatal de los precios y de los dividendos empresariales, además de la supervisión conjunta de la política económica por parte de un organismo tripartito que incluía al Congreso de Sindicatos, la Confederación de la Industria Británica y

al Ejecutivo. Solo nos salvó de esta abominación el titubeo y el recelo del propio Congreso de Sindicatos, que no terminaba de creer que su "enemigo de clase" estuviese dispuesto a rendirse así". [333]

Thatcher no ahorró críticas a los sindicatos o los laboristas, pero también fue muy dura con su propio partido por no haber hecho nada para revertir la transición del Reino Unido hacia un modelo socialista. "Nos estamos jactando de gastar más dinero que los laboristas, no de devolverle a la gente su independencia y autosuficiencia".[334] El veredicto de Thatcher fue mordaz: "ninguna teoría de gobierno ha sido ensayada durante un periodo más prolongado que el socialismo democrático de nuestro país. Pero su saldo final es un miserable fracaso en todos los aspectos. Lejos de revertir el lento declive relativo de Gran Bretaña en relación con sus principales competidores industriales, lo aceleró. Las islas se quedaron tan por detrás que en 1979 se empezó a hablar de nosotros como *el enfermo de Europa*".[335]

El economista alemán Holger Schmieding, que visitó el Reino Unido de finales de la década de 1970, recuerda haberse sentido conmocionado "por el terrible nivel de vida que se observaba por todo el país. Muchos hogares carecían de los electrodomésticos que teníamos en nuestra cocina los alemanes. Las salas de estar eran muy pequeñas y estaban también infradotadas. Buena parte del país parecía un cuadro de la ruina económica. El sistema de transporte era muy anticuado. La abominable calidad de muchos bienes y servicios solo empeoraba las cosas. En aquel momento, el Reino Unido estaba muy lejos de los estándares a los que yo estaba acostumbrado en Alemania o a los niveles que me encontré unos años antes, cuando estudié la secundaria en los Estados Unidos. Si no hubiera sido por el recuerdo de aquellos soldados británicos a los que veía durante mi infancia cerca de la casa de mis padres en Osnabrück, aquella visita al Reino Unido podría haberme hecho preguntarme qué país había ganado realmente la guerra".[336]

Los problemas aumentaron durante el invierno de 1978-1979, cuando el país quedó paralizado por otra ronda de huelgas, esta vez proclamadas por los trabajadores del servicio público de transporte. Los sistemas de movilidad, dependientes del Estado, se descompusieron en muchos lugares. La basura se acumulaba en las aceras, puesto que también estos trabajadores se declararon en huelga. El Servicio Nacional de Salud (NHS por las siglas en inglés de *National Health* Service) estaba al borde del colapso. "El país parecía estar cayendo en el caos más absoluto y la incapacidad del gobierno laborista a la hora de poner freno a los sindicatos dio credibilidad al urgente llamado de Thatcher, que defendió un cambio de dirección".[337]

El 3 de mayo de 1979, los conservadores ganaron las elecciones generales con una mayoría de 339 sobre 635 escaños. La visión económica de Thatcher se había forjado durante la década de 1970. Si bien en los años 60 su crítica al estado de bienestar no llegó a abordar la posibilidad de desmantelarlo por completo, sí planteó una clara preocupación por los abusos de las ayudas sociales, los incentivos perversos del intervencionismo y los peligros de la explosión del gasto público.[338] Thatcher había estudiado los escritos de los pensadores liberales más brillantes de la época. Leyó con especial atención a Friedrich Hayek, así como al sagaz filósofo austríaco Karl Popper, y terminó asombrada por la crítica radical del socialismo y el Estado de Bienestar que hacían ambos autores. Ahora, como primera ministra, tenía la oportunidad de poner en práctica estas ideas, aunque era consciente de la resistencia masiva que probablemente encontraría por parte de los laboristas y, sobre todo, de los sindicatos.

Los desafíos parecían tan grandes que el éxito nunca pareció estar garantizado. En su gabinete contaba con dirigentes conservadores más tradicionales que no estaban tan dispuestos a apoyar reformas radicales. Thatcher les llamaba "mojados" y se refería a ellos como "tacticistas políticos que creen que la tarea de los conservadores es retirarse con estilo ante el inevitable avance de la izquierda".[339]

La inflación se situaba en el 10% cuando Thatcher asumió el cargo de primera ministra y todo apuntaba a que seguiría aumentando. Resistiendo la tentación de apegarse a los controles de precios y otras medidas como las aprobadas por sus predecesores, Thatcher utilizó el debate posterior al primer discurso de la Reina durante su gobierno (una declaración formal de la Reina que sirve para abrir el Parlamento y delinear las prioridades políticas del gobierno) para anunciar su intención de abolir los controles de precios: "quizás la primera vez que nuestros oponentes se dieron cuenta de que el compromiso retórico del nuevo gobierno con el libre mercado se equipararía con una acción práctica a todos los niveles fue el día en que anunciamos la abolición [de la Comisión de Precios]".[340]

Las reformas de Thatcher se centraron inicialmente en combatir la inflación, lo que predeciblemente condujo a un fuerte aumento del desempleo (pasó de 1,3 millones en 1979 a 3 millones en 1983, pero también estuvo causado en parte por diversos *shocks* económicos globales y por el reajuste generado por otras reformas pro-mercado de la época). “La paradoja que no estaban dispuestos ni los sindicalistas ni los laboristas a aceptar que un aumento de la productividad puede reducir a corto plazo el empleo, pero generar a continuación mucha más riqueza, capaz de crear nuevos y mejores puestos de trabajo”.[341]

La inflación cayó por debajo del 10% en el corto plazo, acompañada de una mejora significativa en las tasas de productividad, a las que Thatcher consideraba la causa principal de todos los demás problemas que afectan a la economía del Reino Unido.

Uno de los primeros pasos que dio el nuevo gobierno para poner a Reino Unido en el camino hacia una economía más favorable para los negocios fue reducir las tasas impositivas marginales, que cayeron del 33% al 30% en los tramos más bajos del Impuesto sobre la Renta, bajando del 83% al 60% en los niveles más altos. Posteriormente, en 1988, ambos extremos fueron reducidos de nuevo: 25% en el tramo más bajo y 40% en el más alto.

Enfrentada a una situación presupuestaria desastrosa, Thatcher se vio obligada a aumentar el IVA del 12,5% al 15%, aunque dejó en pie las exenciones aplicadas a la compra alimentos y otros productos básicos. También tomó medidas para reducir la burocracia, agilizando los permisos de planificación para desarrollos industriales y de oficinas o simplificando y aboliendo todo tipo de controles de planificación.[342]

Thatcher enfrentó su mayor desafío cuando empezó a tomar medidas para restringir el poder de los sindicatos, un desafío que la persiguió durante su paso por el poder y que le granjeó una fuerte oposición entre las filas de la izquierda e incluso los sectores de su partido a los que ella denominaba “mojados”.

Tras el Discurso de la Reina que marcó el arranque de su mandato, Thatcher empezó a desarrollar propuestas orientadas a debilitar los tres pilares tradicionales que asentaban el poder sindical. Primero, obligó a que el derecho a establecer “piquetes informativos” se limitase a los trabajadores implicados en las disputas. De esta forma, los sindicatos no podían movilizar a sus afiliados de todo tipo de sectores para presionar ante cualquier empresa de cualquier ramo. La nueva legislación exigía que el “piquete informativo” estuviese conformado solamente por trabajadores de la empresa en cuestión y, además, limitaba sus protestas a la sede donde trabajaban, impidiendo así que se desplazasen de una a otra fábrica de la misma compañía. En segundo lugar, su gobierno actuó para tumbar las normas que exigían que los trabajadores se afiliasen a un sindicato para mantener su empleo en determinados sectores. Por aquel entonces, estas normas obligaban a cinco millones de británicos a formar parte de alguna de las centrales de trabajadores, pero Thatcher liberó por completo a estos asalariados de tal requisito. En tercer lugar, el gobierno decidió dar un giro a los procesos electorales, financiando incluso con dinero público el envío de voto secreto por correo, para así eliminar la presión a la que se sometía a muchos trabajadores en el momento de participar en las elecciones sindicales.[343] Los primeros pasos para implementar estos tres cambios se adoptaron ya en 1980.

Las medidas aprobadas en años posteriores incluían diversas restricciones al derecho a realizar huelgas “de simpatía” o “de solidaridad”, que son aquellas en que los trabajadores defienden un interés ajeno a su relación contractual. En 1984–1985, un destacado líder sindical Arthur Scargill, hizo que la ofensiva sindical contra el gobierno fuese a más.[344] Ante los planes de privatizaciones y reorganización de las minas, Scargill convocó grandes huelgas sectoriales. Aunque tres de cada cuatro explotaciones estaban operando con pérdidas y la industria recibía 1.300 millones de libras esterlinas a través de distintos subsidios financiados por los contribuyentes, el sindicato no estaba dispuesto a permitir la reorganización del sector.[345]

Como muchos mineros no apoyaban la huelga, Scargill se negó a celebrar elecciones que validasen aquella huelga. La situación se intensificó cuando sus simpatizantes emplearon medios violentos para evitar que otros mineros que querían trabajar cruzaran las líneas de los “piquetes informativos”. Las protestas también dejaron heridas graves entre diversos agentes de policía.

Las familias de los mineros que no participaron en la huelga fueron amenazadas e intimidadas. Hubo frecuentes escaladas de violencia, incluyendo la muerte de un taxista galés por parte de dos mineros en huelga que lanzaron un bloque de cemento desde una pasarela hacia su vehículo, para evitar que transportase a un minero que no había secundado la huelga.

El apoyo a los mineros en huelga entre la población general se vio socavado cuando trascendió que su organización recibía fondos clandestinos del dictador libio Muammar al-Gaddafi o de organizaciones sindicales radicadas en Afganistán pero controladas por la Unión Soviética. Sin embargo, la huelga continuó durante casi un año. Había mucho más en juego que el cierre de unas u otras explotaciones. Para los sindicatos, las huelgas eran una muestra de poderío y un intento de frenar a Thatcher. Pero la *lideresa* se negó a rendirse y los sindicatos finalmente tuvieron que abandonar la

huelga cuando se quedaron sin financiación. Su derrota tuvo un impacto simbólico: la postura intransigente de Thatcher rompió el poder omnipotente de los sindicatos. A su salida del poder, las centrales habían perdido un tercio de sus miembros y gran parte de su influencia política. Durante el último año de su gobierno hubo menos huelgas que en cualquier otro año desde 1935. De los 13 millones de jornadas laborales perdidas que, de media, se registraron en la década de los 70, el *thatcherismo* redujo esta cifra hasta los 2 millones.

Ningún otro político europeo ha implementado un programa de reformas pro-mercado de forma tan inflexible y certera como hizo Thatcher. Durante su segundo mandato, la *Dama de Hierro* impulsó la privatización de miles de empresas estatales. La primera ministra describió la política privatización como "uno de los medios centrales para revertir los efectos corrosivos y corruptores del socialismo". Lejos de poner al pueblo al frente de las empresas, "la propiedad pública equivale al control por parte de políticos y funcionarios. Pero, a través de la privatización, y en particular del tipo de privatización que conduce a la participación más amplia posible de la ciudadanía en las empresas, el poder del Estado se reduce y el poder de las personas aumenta", defendía Thatcher.[346]

La privatización se convirtió en el pilar de la agenda política y constituye un pilar básico del legado de Thatcher. British Telecom, que empleaba a 250.000 personas, fue el primer proveedor de servicios que fue privatizado. La salida a bolsa fue histórica: nunca una empresa de tanto tamaño había pasado a cotizar en los mercados. De los dos millones de británicos que compraron acciones, la mitad nunca había poseído títulos societarios en el pasado. Durante los años en que Thatcher estuvo al mando del país, el porcentaje de británicos que poseía acciones bursátiles aumentó del 7% al 25%.[347]

Posteriormente llegaría la privatización de British Airways, British Petroleum (hoy BP), Rolls Royce o Jaguar, además de numerosas compañías de construcción naval o cientos de empresas

proveedoras de servicios públicos a nivel local. Estas operaciones hicieron que el Estado perdiera su influencia predominante en la economía británica.

En esta línea iba también el programa conocido como *Derecho a Comprar*, los gobiernos locales sacaron al mercado las viviendas que alquilaban a los ciudadanos. Esto creó un millón de nuevos propietarios.[348] En este caso no se transfirieron los activos a empresas cotizadas propietarias de activos, sino que la transferencia fue directa a los nuevos propietarios de estas viviendas.

La productividad de las empresas privatizadas aumentó considerablemente. Diez años después, los precios de las telecomunicaciones habían caído un 50%, mientras que los precios de los productos y servicios de otras empresas privatizadas también habían experimentado fuertes rebajas. Los estudios realizados han demostrado mejoras en la calidad del servicio y de los productos. "Antes de la privatización, hacían falta meses (y, a veces, un soborno) para obtener una nueva línea telefónica", afirma Chris Edwards en un artículo sobre "El legado de las privatizaciones de Thatcher". Las llamadas completadas de forma satisfactoria subieron del 59% al 97%.[349]

El modelo británico tuvo tanto éxito que desencadenó "una revolución de privatizaciones que ha barrido el mundo desde la década de 1980". Los gobiernos de más de cien países han seguido el ejemplo del Reino Unido y privatizado negocios anteriormente controlados por el Estado. Estas operaciones han tenido un valor estimado de 3,3 billones de dólares.[350]

Aunque Thatcher reconoce en sus memorias Street que habría ido incluso más lejos: "hubo muchas cosas que me hubiera gustado hacer". Pero su recuerdo del tiempo que pasó en el cargo de primera ministra es muy positivo: "bajo mi gobierno, Reino Unido fue el primer país que revirtió el avance del socialismo. Cuando dejé el cargo, el sector industrial estatal se había reducido en un 60%.

Alrededor de uno de cada cuatro ciudadanos poseía acciones. Más de 600.000 empleos pasaron del sector público al privado".[351] Sus políticas dieron como resultado un aumento de los márgenes empresariales a partir de ganancias de productividad, lo que permitió la creación de 3,3 millones de empleos entre marzo de 1983 y marzo de 1990.[352]

Thatcher desreguló en gran medida el sector financiero, convirtiendo al Reino Unido en uno de los primeros países en abolir los controles de divisas y de entrada y salida de capitales. En el transcurso de unos pocos años, la *City* londinense estableció firmemente su reputación como un imán global para las empresas de gestión de activos. La Ley de Servicios Financieros de 1986 liberalizó la regulación de la Bolsa de Londres, abolió la separación entre quienes negociaban acciones y quienes asesoraban a los inversores, eliminó las restricciones a la operativa de bancos extranjeros... Estos cambios fueron tan completos y transformadores que los medios de comunicación conocen todo aquel proceso de reformas como el *Big Bang*. Por esta vía, Londres se convirtió en un centro financiero líder a nivel global, solo rivalizado por Nueva York. En la industria financiera se crearon cientos de miles de nuevos empleos, muchos de ellos con el rápido crecimiento favorecido por la entrada de bancos extranjeros.

Gracias a los ingresos fiscales generados por estos aumentos generalizados de la productividad, Reino Unido pudo reducir significativamente su deuda pública. En 1976, el país había estado cerca del *default* soberano y se había visto obligado a pedir prestados 3.900 millones al Fondo Monetario Internacional.[353] En 1978, el déficit se situó en el 4,4% del PIB (en comparación con el 2,4% que registró Alemania) pero una década después, en 1989, la Administración Thatcher generó un superávit del 1,6% del PIB. La deuda pública cayó del 54,6% al 40,1% a lo largo de los años 80.[354]

Antes de Thatcher, Gran Bretaña era el país con la tasa impositiva marginal más alta de Europa (hasta un 98%). Cuando la *Dama de Hierro* dejó el cargo, el tipo superior de referencia en el Impuesto

sobre la Renta era del 40%, un nivel más bajo que la de cualquier otro país europeo, exceptuando algunos paraísos fiscales como Liechtenstein o Mónaco. La sofocante cultura socialista, con su promoción de la envidia y la *guerra de clases*, se vio reemplazada por un contexto sociocultural pro-mercado y pro-negocios, donde la ambición se vio reconocida y recompensada, lo que a su vez condujo a un fuerte aumento en el número de empresas privadas y el auto-empleo. El número de empresas registradas subió de 1,9 a 3 millones entre 1979 y 1989. La cifra total de autónomos saltó de 1,9 a 3,5 millones durante ese mismo periodo.[355]

Thatcher ha sido criticado por ampliar la brecha de ingresos. Lo cierto es que en ningún momento prometió a los votantes una mayor igualdad: fue elegida mientras prometía liberar a la economía de las cadenas del control estatal, no en medio de una campaña igualitarista. Como resultado de sus reformas, los trabajadores obreros experimentaron un crecimiento del 25,8% en su salario neto.[356] Durante el mismo período, los sueldos después de impuestos en Alemania y Francia aumentaron solo un 2,5% y 1,8%, respectivamente. Los votantes británicos honraron el éxito de Thatcher al reelegirla, no solo una vez, sino dos veces más. La *Dama de Hierro* en el cargo durante un total de 11 años, más tiempo que cualquier otro primer ministro británico del siglo XX.

Para muchos voceros de la izquierda, Thatcher se convirtió en una figura repudiada por sus políticas antisocialistas. Sin embargo, los resultados de sus reformas tuvieron tanto éxito que el nuevo gobierno de Tony Blair no intentó revertir las reformas cuando los laboristas volvieron al poder en 1997. Al igual que el canciller socialdemócrata que por entonces gobernó Alemania (Gerhard Schröde), Blair rompió con la tradición de su partido de apoyar una economía controlada por el Estado y, en cambio, se posicionó como un firme defensor del capitalismo de libre mercado.

LAS REFORMAS PRO-MERCADO DE RONALD REAGAN EN ESTADOS UNIDOS

Tanto los entusiastas como los críticos del capitalismo tienden a mencionar a Margaret Thatcher y Ronald Reagan como dos caras de la misma moneda, puesto que ambos dirigentes compartían el compromiso de favorecer el avance del libre mercado. Al igual que Gran Bretaña, Estados Unidos sufrió problemas significativos en la década de 1970, muchos de ellos asociados a una intervención gubernamental excesiva en la economía y a la proliferación de los programas de gasto asociados a la expansión del Estado de Bienestar.

Esto desmiente la imagen popularizada en Europa, que habla del país norteamericano como una economía totalmente desregulada y ajena a cualquier tipo de programas de "gasto social". De hecho, el gasto en los programas del Estado de Bienestar aumentó de 3.570 a 66.700 millones de dólares entre 1940 y 1970, para luego subir hasta 292.000 millones entre 1971 y 1980. Ajustando las cifras para considerar la inflación y tener en cuenta el crecimiento de la población, el gasto federal *per cápita* en programas de bienestar casi se duplicó, subiendo de 1.293 a 2.555 dólares durante la década de los 70.[357]

El crecimiento anual medio en el gasto de asistencia social *per cápita* fue del 12,5% anual bajo la Administración de Lyndon B. Johnson (1963–1969). Durante las presidencias de Richard Nixon y Gerald Ford (1969 a 1977), registró un repunte anual medio del 8,3%. Bajo mandato de Jimmy Carter (1977-1981), la subida fue del 3,2% por ejercicio, en promedio.[358]

Aunque el declive económico no había sido tan drástico como el de la Gran Bretaña anterior a Thatcher, LA situación económica de muchos ciudadanos estadounidenses se había deteriorado de forma importante antes de la llegada de Reagan a la Casa Blanca. [359] En términos reales, los ingresos familiares de los ciudadanos blancos del país, tradicionalmente con mejor posición económica, cayeron un 2,2% entre los años 1973 y 1981. En el caso de los afroamericanos, la caída alcanzó el 4,4%. Además, entre el 25% de menor renta, los ingresos se desplomaron un 5%. Y, si nos fijamos

en el otro extremo del espectro de ingresos, vemos que las rentas altas se redaujeron, con tasas impositivas de hasta el 70%.

El desempleo había subido al 7,6% cuando Reagan asumió el cargo, mientras que la inflación había sido de más del 10% durante tres años consecutivos, alcanzando en 1980 el 13,5%, una cifra que no se veía desde 1947, en plena posguerra. Los propietarios de viviendas y los inversores inmobiliarios se vieron especialmente afectados por un repunte de los tipos de interés asociado al reto de tumbar la inflación. Así, la financiación se encareció al 15% en 1980 y al 18,9% en 1981.[360]

Así las cosas, Reagan asumió el cargo en un momento en que las perspectivas económicas eran de lo más sombrías. De orígenes humildes, Reagan comenzó su carrera como locutor de radio y dio el salto al cine, donde llegó a participar en más de cincuenta películas de Hollywood. Entre 1967 y 1975 cumplió dos mandatos como gobernador de California, donde equilibró con éxito el presupuesto y lideró una recuperación económica de gran calado.

El 4 de noviembre de 1980, Ronald Reagan ganó las elecciones presidenciales en 44 de los Estados del país norteamericana, de modo que venció en el colegio electoral con 489 delegados frente a los 49 del entonces presidente, Jimmy Carter. El nuevo dirigente se hizo con el 50,7% del voto popular.

En lugar de basar su campaña electoral en valores conservadores , simplemente le preguntó a los votantes si estaban mejor o peor en 1980 que hace cuatro años.[361] Su discurso inaugural, pronunciado el 20 de enero de 1981, transmitió un mensaje simple claro, que repitió muchas veces durante los próximos años: “en esta crisis, el gobierno no es la solución a nuestros problemas. *El gobierno es el problema*”.[362]

Algunos años más tarde, en una conferencia de prensa pronunciada en agosto de 1986, Reagan afirmó que “las palabras más aterradoras que uno puede escuchar son *Soy del gobierno y estoy*

aquí para ayudarte”.[363] La agenda política del mandatario era sencilla: reducir la influencia del Estado en la esfera económica y aumentar el papel del libre mercado. Para restaurar una versión más robusta del capitalismo, redujo burocracia, abolió restricciones innecesarias y bajó los impuestos.

En 1981, alrededor de sesenta legisladores demócratas votaron con la minoría republicana en el Congreso para aprobar una reforma fiscal que bajó un 25% los impuestos marginales aplicados a los trabajadores de todo nivel de renta. En paralelo, aquella reforma introdujo incentivos tributarios para las pymes o el ahorro. El proyecto de ley también incluyó una disposición para indexar las tasas impositivas desde 1985 en adelante, para evitar que la inflación se convirtiese en un factor catalizador de una mayor presión fiscal. De esta forma, los tramos de los distintos impuestos se ajustan al IPC, para considerar la evolución del poder adquisitivo en los umbrales que determinan qué porcentaje de la renta debe ir a las arcas públicas. Se estima que el 98% de la rebaja fiscal se habría perdido con el paso de los años si no se hubiese introducido esta cláusula de ajuste a la inflación.[364]

Las rebajas de impuestos aprobadas en aquellos años fueron las más drásticas de la historia de Estados Unidos hasta la fecha y ahorraron a los contribuyentes un total de 718.000 millones de dólares entre 1981 y 1986, según un estudio del Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Reagan esperaba que estas medidas ayudaran a cumplir su promesa electoral de aumentar los ingresos estimulando el crecimiento. En 1981, el presidente citó el presagio del filósofo musulmán del siglo XIV, Ibn Khaldūn, que luego sería formulado por Arthur Laffer mediante la llamada *Curva de Laffer*. El pensador árabe escribió que “en los comienzos de la Dinastía, se obtenían grandes ingresos fiscales a cambio de pequeñas retenciones, mientras que en los compases finales de la Dinastía se obtenían pequeños ingresos fiscales a cambio de grandes retenciones”. Reagan rescató este pasaje y agregó que su meta era alcanzar el

esquema de “grandes ingresos fiscales a cambio de pequeñas retenciones”.[365]

Los economistas William A. Niskanen y Stephen Moore han analizado diez indicadores clave del lado de la oferta para comparar el registro económico de los años de Reagan con los períodos de gobierno inmediatamente anteriores y posteriores.[366] A continuación se presentan sus conclusiones:

- El *crecimiento económico* durante los años de Reagan fue del 3,2% anual, en comparación con el 2,8% de los años de Carter y Ford o el 2,1% de los años de Bush-Clinton. La tasa de crecimiento para los años de Reagan incluye la recesión de principios de la década de 1980, que fue uno de los efectos secundarios derivados de revertir las políticas inflacionistas de la Era Carter. De 1983 a 1989, superado ese *bache*, el PIB creció a un promedio del 3,8% anual y, al final del segundo mandato, la economía era casi un tercio más grande que cuando Reagan asumió el cargo por vez primera.[367] Este crecimiento fue una consecuencia directa de las políticas de desregulación y de reforma tributaria, junto con el efecto favorecedor de la caída de los precios del petróleo. La tasa de crecimiento de la década de 1980 fue más alta que en las décadas de 1950 y 1970, aunque inferior al crecimiento del 5% que se produjo después de los recortes impositivos del 30% que implementó John F. Kennedy.
- Los *ingresos medios por hogar* aumentaron en 4.000 dólares, pasando de 37.868 en 1981 a 42.049 en 1989. Este indicador se había estancado durante los ocho años anteriores. Bajo el sucesor de Reagan, George W. Bush Sr., este mismo indicador se redujo en 1.438 dólares.
- El *desempleo* se situaba en el 7,6% cuando Reagan asumió el cargo, llegando a casi el 10% durante la recesión de 1981-1982. Posteriormente, fue cayendo hasta registrar el 5,5% al final de su segundo mandato. Entre 1981 y 1989, se crearon 17 millones de nuevos empleos, a un ritmo cercano a 2 millones de nuevos puestos de trabajo al año.

- La *inflación* se movía en niveles de dos dígitos cuando Reagan llegó a la Casa Blanca. Sin embargo, en su segundo año en el cargo, este indicador había caído más de la mitad, hasta situarse en el 6,2%. Al final de su segundo mandato, había seguido bajando hasta el 4,1%, en gran parte debido a la prudente política monetaria de Paul Volcker, quien fue presidente de la Reserva Federal entre 1979 y 1987. Aunque era consciente de que provocaría una recesión a corto plazo, Reagan apoyó explícitamente la estrategia de Volcker. Y, al contrario de las terribles predicciones de muchos de sus críticos, sus drásticos recortes de impuestos no condujeron a a mayores aumentos de la inflación. Como explicó un artículo de noviembre de 1981 recogido por el *Wall Street Journal*, la combinación de menos gastos y drásticas rebajas de impuestos fue precisamente el secreto que explicó los éxitos posteriores de la Era Reagan: "contra la inflación hay que luchar con una política monetaria estricta. Y el posible impacto recesivo de una política monetaria restrictiva se compensa con los efectos incentivadores de las reducciones de las tasas impositivas marginales. Dado que ahora estamos lidiando con una recesión, puedo afirmar que la fórmula ha fallado, excepto por un detalle: hemos recortado la oferta de dinero, pero no hemos tenido aún ningún recorte de impuestos".[368] Su queja no tardó en provocar una reacción. Los recortes de impuestos fueron negociados durante el año siguiente y entraron en vigencia el 1 de enero de 1983, marcando el comienzo de una era que ahora se recuerda como los "siete años de vacas gordas".
- Los *tipos de interés* cayeron bruscamente durante los años de Reagan. Las tasas de una hipoteca a 30 años bajaron del 18,9% en 1981 al 8,2% en 1987, mientras que el interés de los bonos del Tesoro pasó del 14% en 1981 al 7% en 1988.

Estos logros solo se ven ligeramente eclipsados por cifras menos positivas en tres áreas de análisis. La productividad creció solo a una tasa del 1,5% anual, un aumento menor que el observado en las tres décadas anteriores a su presidencia, pero significativamente

mayor que el crecimiento anual de 0,3% observado bajo el mandato de Bill Clinton. La tasa de ahorro personal cayó del 8% al 6,5% durante la década de 1980. Y el déficit presupuestario aumentó de 101.000 millones en 1981 (el 2,7% del PIB) a 236.000 millones en 1983 (6,3% del PIB). [369] Al final de su mandato, el déficit era de 141.000 millones (el 2,9% del PIB). Durante su mandato, la deuda pública aumentó, pero con menos fuerza de los niveles que se han registrado recientemente, bajo los gobiernos de George W. Bush y Barack Obama.

Reagan había hecho campaña con la promesa de favorecer la creación de nuevos empleos, combatir la inflación, reducir los impuestos y promover el crecimiento económico. También prometió aumentar el gasto militar y reducir el déficit presupuestario. Lograr todo esto al mismo tiempo resultó imposible, puesto que su gobierno había prometido mantener las “redes de seguridad” básicas (incluida la seguridad social, los subsidios de desempleo, las ayudas para ancianos pobres y el programa de veteranos, que representaban dos tercios de los gastos en transferencias federales).[370]

De la mano del coste de sus ambiciosos planes para acelerar el gasto en Defensa, estos gastos terminaron sumando hasta el 70% del presupuesto federal para 1981, lo que dejó a Reagan muy poco margen de maniobra para reducir el nivel de gasto.[371] Pero el intento de establecer un vínculo entre el aumento de la deuda y los recortes de impuestos va en contra de los hechos. A pesar de, o más bien debido a, las menores tasas impositivas, los ingresos fiscales crecieron un 58%, pasando de 347.000 millones en 1981 a 549.000 en 1989. El aumento de los ingresos fiscales durante su etapa en la Casa Blanca fue solo ligeramente inferior al logrado por sus sucesores Bush (padre) y Clinton, con la diferencia de que ambos aumentaron los impuestos, mientras que Reagan los redujo.

La creciente acumulación de deuda fue provocada por los grandes gastos militares de Reagan, que vieron cómo el presupuesto de Defensa casi se duplicaba, pasando de 158.000 millones en 1981 a 304.000 en 1989. Niskanen y Moore muestran que el aumento

acumulado en el gasto en Defensa superó incluso el aumento acumulativo del déficit presupuestario. Si no fuera por este aumento masivo en el gasto militar, Reagan habría logrado reducir los impuestos y la deuda al tiempo que creaba empleos y controlaba la inflación.[372]

Pero no hay que olvidar que el problema clave que enfrentó el gobierno de Reagan fue la Guerra Fría, que el presidente se dispuso a dar por terminada con una escalada masiva de la carrera armamentística. La Decisión de la OTAN de permitir, desde diciembre de 1979, cursos paralelos de modernización del armamento nuclear y otros programas, precedió a la invasión soviética de Afganistán. Con la URSSS experimentando graves problemas económicos durante la década de 1980, Reagan estaba decidido a provocar el colapso de la superpotencia comunista, a la que le gustaba llamar el "Imperio del Mal". Como señalan Niskanen y Moore, esto plantea una pregunta crucial en clave política: "si toda la acumulación de deuda de la década de 1980 fue para financiar el aumento del gasto en Defensa de la Era Reagan, la pregunta clave es si era justo financiar ese aumento del gasto a través de la deuda y no de los impuestos. Dicho de otra manera: ¿fue apropiado haberle pedido a nuestros hijos y nietos que ayudasen a sufragar el coste de derrotar la amenaza soviética?".[373]

Los hechos tampoco avalan el mito según el cual el repunte económico de los años de Reagan se logró mediante brutales recortes del Estado de Bienestar. De hecho, el gasto federal total en programas de asistencia social aumentó de 339.000 millones en 1981 a 539.000 millones en 1989.[374] Ajustando los datos para tener en cuenta el crecimiento de la población y la evolución de la inflación, esto supone una tasa de crecimiento anual del 0,9%, que supone un aumento, pero lo limita a una tasa menor que en cualquier otro período de la posguerra estadounidense.[375]

En cualquier caso, este periodo fue uno de creciente bienestar y favoreció una mejora de las condiciones socioeconómicas de quienes menos tenían. Los ingresos aumentaron para todos y cada

uno de los segmentos de renta, desde los más ricos hasta los más pobres.[376] Y el *sueño americano* de la movilidad de ingresos, que para muchos hoy se ha convertido en una *pesadilla* generadora de descontento, no solo no se esfumó en los años 80, sino que mantuvo su dinamismo. El 86% de los hogares que estaban entre el 20% de menor renta en 1981 llegaron en 1990 a un segmento de mayores ingresos. De hecho, el porcentaje de hogares pobres que ascendieron hasta el quintil de ingresos fue incluso más alto que el porcentaje de aquellos pocos que permanecieron en el quintil más pobre. El número de estadounidenses que ganaban menos de 10.000 dólares al año bajó un 5% durante los años 80, mientras que el número de personas con ingresos de más de 50.000 dólares subió un 60% y el total de ciudadanos con rentas de más de 75.000 dólares por ejercicio se disparó un asombroso 83%.

Entre las fábulas de la izquierda que Niskanen y Moore desacreditan, la afirmación de que los blancos ricos fueron los únicos beneficiarios de las políticas de Reagan es una de las más persistentes y perniciosas. Este mito tiende a afirmar que tal progreso se dio a expensas de los afroamericanos más pobres. Sin embargo, las familias negras experimentaron en los 80 un crecimiento aún más fuerte de su salario real que los hogares blancos.[377]

Entre los logros más notables de la Administración Reagan está el hecho de que implementó con éxito estas reformas pro-mercado a pesar de que era una mayoría parlamentaria demócrata la que dominó el Congreso durante buena parte de sus dos mandatos. El hecho de que lograse este hito se debió en gran medida a dos factores clave.

En primer lugar, como suele ser el caso, los cambios políticos fueron precedidos por cambios en el clima cultural e intelectual que se reflejaron en el discurso público sobre economía. Los defensores de los puntos de vista *keynesianos* que una vez fueron dominantes (incluso Nixon era un *keynesiano* confeso) se demostraron insolventes a la hora de explicar el aumento simultáneo de la

inflación y el desempleo. En enero de 1977, el *Wall Street Journal* llegó a publicar un editorial titulado “Keynes ha muerto”.[378] Por el contrario, el pensamiento favorable al mercado, tal como lo propugnaba en particular la Escuela de Chicago de Milton Friedman, iba en ascenso.[379]
El estado de ánimo había cambiado, e incluso los demócratas estaban ahora a favor de los recortes de impuestos. Como se mencionó anteriormente, la principal iniciativa en materia fiscal fue aprobada con el apoyo de decenas de parlamentarios de la izquierda política americana.[380] Esta fue la segunda razón del éxito de Reagan: pudo lograr un amplio apoyo bipartidista para muchas de sus propuestas de reforma.

Después de una década de controles de precios e intervención gubernamental en la década de 1970, los estadounidenses comenzaron a recuperar su fe en el mercado. Este ánimo optimista ayudó a impulsar la economía y el repunte económico favoreció de vuelta este optimismo.

La década de 1980 fue testigo de una gran revolución en la tecnología de las comunicaciones. La proporción de hogares estadounidenses que poseían una videograbadora se disparó del 1% al 58% a lo largo de la década.[381] También se produjo un aumento en el número de ordenadores personales, que aumentaron de poco más de 2 millones de unidades en 1981 a 45 millones en 1988. La mitad de estos equipos estaban en domicilios particulares, de modo que su penetración y uso empezó a trascender lo laboral. Las mayores historias de éxito económico de la década de 1980 incluyen a empresas como Microsoft, Apple y Sun Microsystems. Las *start ups* jóvenes e innovadoras obtuvieron financiación saliendo a bolsa o apoyándose en el capital riesgo.

Al mismo tiempo, se produjo una revolución favorable a la promoción de la aptitud física. La tendencia de cuidar el cuerpo y la salud arrasó el país, con nuevos gimnasio surgiendo por todas partes y Arnold Schwarzenegger, un gran admirador de Friedman y

Reagan, convertido en el catalizador de una locura colectiva por el ejercicio físico.

Los datos de una encuesta de 1977 muestran que el 53% de los encuestados calificaba la inflación como el problema más importante que enfrentaban los Estados Unidos, seguido de la recesión o el desempleo, que sumaban el 39% de las respuestas. En 1981, un asombroso 70% de los estadounidenses decía estar más preocupados por la inflación que por cualquier otro asunto. Llegado el año 1987, ese porcentaje número había caído al 13%, mientras que el 11% citaba el déficit como su mayor preocupación.[382]

El equipo de asesores económicos de Reagan durante sus dos períodos en la Casa Blanca incluía la figura de Milton Friedman, cuyas memorias ofrecen una evaluación general muy positiva del legado político del antiguo actor de Hollywood, al que elogia por su "adhesión sin precedentes a principios claramente orientados a promover y mantener una sociedad libre".[383]

Sin embargo, Friedman reprocha a la Administración de Reagan el haberse desviado de los principios pro-mercado a la hora de negociar un acuerdo comercial con Japón que impuso una cuota "voluntaria" a la exportación de automóviles a Estados Unidos, una medida que el Nobel de Economía consideró proteccionista y equivocada.[384] Friedman también considera que el segundo mandato de Reagan fue "mucho menos productivo que el primero", porque "su segunda campaña presidencial en 1984 carecía de compromisos específicos que traducir en medidas concretas de acción".[385]

A pesar de estas pequeñas reservas, las reformas de Reagan demostraron de manera convincente que el retorno a los valores capitalistas tradicionales de libre mercado era la forma de volver a fortalecer nuevamente la economía de Estados Unidos. Desafortunadamente, sus sucesores no supieron adherirse a esta lección y perseverar en el camino de las reformas. En cambio, los cambios de los años 80 no fueron más que un breve paréntesis en

el camino hacia una mayor intervención del gobierno y un creciente Estado de Bienestar.

Samuel Gregg escribe que “los probables resultados de la progresiva *europeización* de la economía estadounidense” pueden ser drásticos.[386] William Voegeli también advierte que, pese a sus innegables logros, Reagan no pudo revertir el giro hacia un Estado de Bienestar más grande, si bien limitó el crecimiento del “gasto social” por debajo del 1% en términos reales.

Reagan, Thatcher y Erhard fueron los defensores más importantes y firmes del capitalismo de libre mercado entre los líderes políticos occidentales del siglo XX. Los tres rechazaron el Estado de Bienestar socialdemócrata junto con el socialismo en su forma marxista. Los tres hicieron contribuciones significativas al crecimiento de la prosperidad para las naciones que gobernaron.

Capítulo 6

América Latina: por qué los chilenos viven mejor que los venezolanos

El contraste entre estos dos países latinoamericanos difícilmente podría ser más marcado. Chile ocupa el puesto 20 entre los 180 países incluidos en el Índice de Libertad Económica de 2018, mientras que Venezuela está en la parte inferior, por detrás de Cuba y solo con mejor resultado que el último clasificado, Corea del Norte.[387] Mientas que los chilenos están hoy mejor que nunca, los venezolanos sufren la hiperinflación, el declive económico y una creciente opresión política. Y todo a pesar de que, durante el transcurso del siglo XX, Venezuela pasó de ser uno de los países más pobres de América Latina a convertirse en el más rico de la región. De hecho, en 1970 figuraba entre los veinte países más prósperos del mundo, con un PIB *per cápita* más alto que España, Grecia e Israel y solo un 13% por debajo de Reino Unido.[388]

VENEZUELA: "SOCIALISMO DEL SIGLO XXI"

La reversión de la fortuna económica de Venezuela comenzó en la década de 1970. Las razones por las cuales esto sucedió están sujetas a un intenso y continuo debate entre expertos académicos.[389] La fuerte dependencia del petróleo es uno de los aspectos que se mencionan de forma recurrente en este tipo de análisis. Otro factor explicativo es el alto grado de intervencionismo en el ámbito laboral. Desde 1974, la normativa del mercado de trabajo fue endurecida hasta alcanzar niveles inauditos en el resto del mundo. En 1972, el coste de contratar se encareció por un monto equivalente 5,4 meses de salario. En 1992, las cargas asociadas a la contratación ya suponían 8,9 meses de salario.[390]

Estos factores exacerbaron los problemas que enfrentan frecuentemente los países cuyas economías dependen en gran medida de la exportación de recursos naturales (ver capítulo 2). Muchos venezolanos confiaron en el carismático líder socialista Hugo Chávez como el salvador que libraría a su país de la corrupción, la pobreza y el declive económico. Tras un intento fallido de tomar el poder en 1992, fue elegido presidente en 1998.[391]

Un año después, la República de Venezuela pasó a llamarse República Bolivariana de Venezuela (República Bolivariana de Venezuela). Como *faro de esperanza* para muchos de los pobres de Venezuela, la retórica de Chávez sobre un nuevo tipo de "socialismo del siglo XXI" también despertó los sueños de un paraíso utópico entre los miembros de la izquierda europea y norteamericana.

Después del colapso de las economías socialistas en la Unión Soviética y el Bloque del Este a finales de la década de 1980 y de la transición de China al capitalismo, los izquierdistas de Occidente necesitaban un nuevo experimento que sirviese para avivar sus anhelos más utópicos. Corea del Norte y Cuba, los dos únicos estados comunistas que quedaban en pie, no podían llenar el vacío. Y fue entonces cuando llegó al poder Chávez, que en seguida fue aclamado como un nuevo mesías. Destacados miembros del partido alemán *Die Linke* (*La Izquierda*) veían al militar metido a político como un modelo a seguir y ensalzaban su "lucha por la justicia y la dignidad". Según decían, aquella era la prueba de que "un modelo económico alternativo es posible". Venezuela "le estaba mostrando a Alemania la forma de resolver sus problemas económicos".[392]

Chávez también tuvo muchos admiradores entre los intelectuales de izquierda de Estados Unidos. El difunto Tom Hayden se entusiasmó con su liderazgo: "con el paso del tiempo, me atrevo a predecir que el nombre de Hugo Chávez será venerado por millones".[393] Cornel West también admitió ser un gran seguidor del presidente: "me encanta que Hugo Chávez haya hecho de la pobreza una prioridad. Deseo que Estados Unidos haga de la pobreza una prioridad también".[394] La influyente periodista, presentadora y entrevistadora Barbara Walters recalcaba que Chávez "es un socialista al que le importa mucho la pobreza. Lo que está tratando de hacer por toda América Latina (eliminar la pobreza) ya lo han estado tratando de hacer otros durante años. Chávez no es el loco al que hemos escuchado en algunos vídeos. Es verdaderamente un hombre muy inteligente".[395]

Gracias a las reservas de petróleo del país, las más grandes del mundo, y a la explosión del precio del crudo, que coincidió con buena parte de la presidencia de Chávez, las arcas públicas venezolanas estaban llenas a rebosar. Esto le generó ingresos suficientes para desplegar un experimento socialista a gran escala que parecía prometedor, al menos a corto plazo. Sin embargo, eventualmente empezaron a caer los precios del petróleo y el país fue descendiendo al desastre económico, la hiperinflación, el hambre y la dictadura.

En los primeros meses de gobierno, Chávez empleó una retórica sorprendentemente conciliadora, diciendo ser un gran admirador de los valores occidentales que daba la bienvenida a los inversores extranjeros. Se habló de él como un "Tony Blair del Caribe".[396] Al igual que el Partido Comunista de la Alemania del Este prometió en 1945 que defendería los derechos de propiedad o la iniciativa empresarial y que se abstendría de imponer un sistema al estilo soviético (ver capítulo 3), Chávez comenzó su mandato prometiendo que "nunca expropiaría nada a nadie". Esto no le impidió denunciar el "capitalismo salvaje neoliberal" o aplaudir el socialismo cubano como "un mar de felicidad", pero en aquel primer momento su discurso parecía más moderado.[397]

La industria petrolera, que constituía la fuente de ingresos más importante del Estado venezolano, había sido nacionalizada en 1976, con la creación de la compañía de petróleo y gas natural Petróleos de Venezuela SA (PDVSA). En 2014, esta sociedad empleaba a 140.000 trabajadores. Durante muchos años, y a pesar de ser una compañía de propiedad estatal, PDVSA fue administrada como una empresa con fines de lucro. En el sector, el ente venezolano era reconocido como una de las macro petroleras mejor administradas del mundo. Gracias a los fuertes vínculos de la compañía con empresas privadas del extranjero, Venezuela logró aumentar su producción de crudo durante la década de 1990 hasta superar un promedio de 3 millones de barriles diarios.[398]

PDVSA era una entidad demasiado independiente para el gusto de Chávez. En 2002, el gobierno llenó su Junta de aliados políticos y generales sin ninguna experiencia empresarial. En protesta contra la intromisión de Chávez, miles de empleados de PDVSA declararon una huelga de dos meses que paralizó la industria petrolera del país. Chávez respondió despidiendo a 19.000 trabajadores y denunciándolos como “enemigos del pueblo”.

Sin embargo, el conflicto entre los trabajadores de PDVSA y el gobierno socialista no se detuvo allí. En 2006, el ministro de Energía y responsable de la entidad, Rafael Ramírez, amenazó claramente a los trabajadores: o apoyaban a Chávez o perderían su empleo. “PDVSA es roja, roja de arriba hasta abajo”. El propio Chávez afirmó: “los trabajadores de PDVSA están con esta revolución… y los que no lo están deberían irse a otro lado. Váyanse a Miami”.[399] Las ganancias de la empresa se utilizaron desde entonces para financiar programas de “bienestar social”, mantener a flote a todo tipo de empresas públicas quebradas o construir viviendas para los pobres con sobrecostes millonarios.[400]

La petrolera incluso empezó a sufragar programas de asistencia social en los Estados Unidos. En noviembre de 2005, Chávez ordenó a la filial de PDVSA en suelo norteamericano, Citgo, que suministrara combustible para ofrecer un servicio de calefacción a los hogares de menores ingresos de Boston. El precio fijado estaba un 40% por debajo del mercado. Pronto se alcanzaron acuerdos similares con otras ciudades y comunidades del noreste estadounidense. Según las propias cifras de Citgo, el programa suministró un total de 235 millones de galones de combustible para calefacción a 1,8 millones de personas entre los años 2005 y 2014. Cuba socialista y otros aliados geopolíticos también recibieron donaciones de combustible para calefacción.[401]

En 2007, en un intento por asegurarse una participación controladora de al menos el 60% en las empresas petroleras venezolanas, el gobierno de Chávez obligó a las compañías extranjeras a aceptar participaciones minoritarias o enfrentar la

nacionalización.[402] ExxonMobil se negó y llevó el asunto al tribunal de arbitraje del Banco Mundial (el Centro Internacional para la Solución de Disputas de Inversión, CIADI). La compañía también tomó acciones legales en los tribunales de Estados Unidos y Reino Unido. Después de que un tribunal británico congelase activos de PDVSA por un valor de 12.000 millones de dólares, la compañía estatal dejó de vender petróleo a ExxonMobil en 2008 y suspendió por completo las relaciones comerciales con dicha firma. En 2014, el CIADI ordenó a Venezuela que pague a ExxonMobil 1.600 millones de dólares como compensación.[403] 403 Cuando Chávez llegó al poder, más del 50% de las ganancias de la producción petrolera quedaban en manos del gobierno venezolano pero, en el momento de su muerte en 2013, la retención practica por el gobierno era del 90%, era una de las tasas más altas del mundo.[404]

Chávez se benefició enormemente de la explosión que experimentó precio del petróleo durante buena parte de su tiempo en el cargo de presidente. Cuando falleció, el crudo cotizaba a 111 dólares por barril, diez veces más que el mínimo histórico de 10,5 dólares alcanzado en 1998, año en que el militar cuando asumió el cargo. Como explica el capítulo 2, el aumento en los precios de los recursos naturales suele seducir a los gobernantes, que en vez de aprovechar el excedente para generar fondos de estabilización tienden a repartir esas rentas entre la población, para favorecer su popularidad y sus perspectivas electorales.

Esto resultó particularmente equivocado en un país como Venezuela, que dependía en gran medida de las exportaciones de crudo. Chávez estaba entregado a repartir estos ingresos mediante todo tipo de programas de gasto y también empleaba dichos fondos para reestructurar la economía de acuerdo con los principios socialistas. Su gobierno apenas hizo ningún esfuerzo por diversificar la producción. Hans-Jürgen Burchardt, experto en la región, señaló en 2009 que, “en vez de reducir la dependencia petrolera, ha sucedido todo lo contrario. La producción agraria e industrial del país ha disminuido aún más (de hecho, la segunda viene de registrar el peor desempeño en cuatro décadas). Algunos analistas

ya están hablando abiertamente del espectro de la desindustrialización […]. Con la *revolución bolivariana* entrando en su décimo año, lo cierto es que el 85% de los volúmenes de exportación y el 60% de los ingresos públicos se generan en el sector del petróleo, que apenas emplea al 1% de la fuerza laboral. La dependencia petrolera de Venezuela no ha disminuido, sino que ha crecido desde que Hugo Chávez asumió el cargo".[405]

Después de su reelección en 2006, Chávez nacionalizó un número creciente de empresas industriales, empezando por las industrias del hierro y el acero. Pronto siguieron operaciones similares que estatizaron los sectores del cemento, los alimentos, los servicios públicos de energía o los puertos. Solo entre 2007 y 2010, alrededor de 350 grandes empresas pasaron del sector privado al público. En muchos casos, los puestos de mando de las empresas nacionalizadas se otorgaban a los miembros más leales del movimiento gubernamental.[406] En 2008, uno de cada tres trabajadores estaba ocupado en el sector público, de manera que la nómina de gastos del gobierno se disparó.[407]

El gobierno también ofreció ayudas fiscales y financieras masivas a las cooperativas de trabajadores. Su número aumentó de 820 en 1999 a 280.000 en 2009. La mayoría de ellas eran compañías fantasma. Estas sociedades improductivas solo existían para que sus propietarios pudieran acceder a los subsidios y prestaciones varias que ofrecía el gobierno.[408]
La interferencia de Chávez en los asuntos económicos se volvió cada vez más dura. El "decreto de inmunidad" de la Ley Orgánica del Trabajo, mediante el que se prohíben los despidos masivos por razones económicas, resultó calamitoso para muchas empresas. El gobierno fijó precios fijos muy baratos, a menudo por debajo del coste de producción, en productos básicos como la carne y otros alimentos. Las empresas que se negaron a vender a estos precios fueron perseguidas, al ser consideradas firmas "especuladoras". Sus responsables fueron amenazados con penas de prisión.[409]

Si bien el precio del petróleo era muy alto, no parecía haber límites para la generosidad ilimitada del "socialismo del siglo XXI" venezolano. Los críticos del capitalismo repartidos por todo el mundo admiraban los programas de "bienestar social" que Chávez financió con los ingresos petroleros. Entre ellos, se aprobaron transferencias directas de efectivo a los pobres o subsidios para la compra alimentos, vivienda, agua, electricidad y servicios telefónicos. Llenar el depósito de gasolina era casi gratuito. De hecho, dejarle una propina al operario de las gasolineras podía ser más costoso que pagar el repostaje. Los dólares estadounidenses, que abundaban gracias a los ingresos del petróleo, se intercambiaron a tipos de cambio preferenciales.

Las empresas públicas mal administradas recibieron generosos subsidios, lo que les permitió retener un número de empleados mucho mayor de los que necesitaban. El ahorro de los ingresos extraordinarios del petróleo en un fondo de estabilización se había detenido en 2001 y la inversión en la industria petrolera también se sacrificó, en favor de planes de "gasto social" que dejaron atrás la necesaria actualización de las infraestructuras básicas del sector del crudo.[410]

Los admiradores de Chávez creían que estaban presenciando un milagro socialista. Después de todo, sus políticas sociales habían logrado reducir la pobreza extrema en un 50%, según las cifras oficiales. No obstante, existen dudas razonables sobre la fiabilidad de estos datos. Por ejemplo, aunque Chávez decía haber mejorado la tasa de alfabetización en 1,5 millones de personas, el experto en Venezuela, A.C. Clark, reduce la cifra real a 140.000.[411]Asimismo, las estadísticas de homicidios publicadas por el régimen excluyen a las víctimas de la violencia relacionada con las pandillas y los grupos criminales, así como las muertes por "resistirse a la autoridad". Incorporando todas estas cifras, la organización venezolana de derechos humanos PROVEA encuentra que el número total de muertes relacionadas con el crimen sube, en promedio, en 15.000 fallecidos al año, tomando solo como

referencia el periodo que va de 2000 a 2005, antes de las recientes oleadas de violencia que han sacudido al país.[412]

Algunos académicos de izquierda comenzaron a criticar los programas de asistencia social de Chávez cuando comprobaron que se centraban en los intereses particulares del gobierno y no lograban resultados sólidos y sostenibles en la lucha contra la pobreza: “en tiempos de bonanza, se han empleado políticas sociales y económicas de redistribución para aliviar los peores escenarios de dependencia […]. Sin embargo, no se han producido cambios estructurales en las condiciones de vida de los pobres”.[413] En consecuencia, en lugar de eliminar la pobreza, las reformas de Chávez solo han creado una casta de burócratas “cuyo rápido avance a través de la jerarquía social solo ha sido posible gracias a los salarios inflados y las prácticas corruptas”.[414]

Tras la muerte de Chávez en 2013, su sucesor y hasta entonces *número dos* del régimen, Nicolás Maduro, aceleró la nacionalización de empresas, tomando el control de empresas del sector lácteo, productores de café, supermercados, fabricantes de fertilizantes o las fábricas de calzado. La producción de estas industrias se detuvo casi por completo.[415] Poco después, los precios del petróleo cayeron en picado, perdiendo casi el 50% de su valor en apenas un solo año, al caer de 111 dólares por barril a finales de 2013 a 57,6 dólares por barril en los últimos compases de 2014. En los últimos meses de 2015, el valor había vuelto a caer, ahora hasta los 37,6 dólares. En 2016, el barril de crudo fluctuó entre los 27,1 y los 57,3 dólares.

Si bien esto habría causado una situación difícil para cualquier nación productora de petróleo, los problemas fueron mucho mayores en un país como Venezuela, con una economía socialista extremadamente ineficiente y estrictos controles de precios. Los fatales efectos de las políticas socialistas de Chávez se hicieron evidentes por fin. Todo el sistema se vino abajo como un castillo de naipes. Como en tantas otras experiencias históricas, pronto se hizo evidente que, lejos de ser un medio eficiente para combatir la

inflación, los controles de precios solo empeoran las cosas. El aumento de precios alcanzó el 225% en 2016, una tasa mayor que en cualquier otro lugar del mundo, exceptuando Sudán del Sur. No obstante, un informe interno del gobernador del Banco Central estimaba que la inflación había llegado realmente al 800%, siendo el desplome de la producción económica del 19%.[416] En mayo de 2018, la tasa de inflación se disparó hasta el 14.000%.

Aunque Venezuela poseía prensas de última generación para la impresión de dinero, incluido un Super Simultan IV de fabricación alemana, esta tecnología ya no era capaz de imprimir la gran cantidad de billetes asociados a semejante desastre monetario y el país se vio obligado a externalizar gran parte de este trabajo a empresas con sede en Reino Unido y Alemania, así como a los bancos centrales de algunas naciones amigas. Cada dos semanas aterrizaban en Venezuela aviones Boeing 747 que transportaban entre 150 y 200 toneladas de billetes.[417]

En enero de 2017, el coste de la “canasta básica” o “cesta de la compra” había aumentado un 481% en comparación con el año anterior. Adquirir los alimentos más básicos suponía un desembolso 15,3 veces mayor que el salario mínimo.[418] Para poner este dato en perspectiva, huelga con señalar que un maestro ganaba mensualmente 2 veces el salario mínimo.

La deriva económica y política, sumada al parón de muchos sectores, hizo que por ejemplo los taxistas acabasen ganando más que los médicos o los arquitectos. Según varias estimaciones, ya en 2014 se habían marchado del país 1,2 millones de trabajadores altamente cualificados, la mayoría de ellos con rumbo a Estados Unidos o Europa.[419]

Debido a que muchos bienes estaban sujetos a controles de precios, mientras que las materias primas y los bienes de producción tenían que pagarse en dólares estadounidenses, la acelerada depreciación de la moneda condujo a una escasez cada vez más dramática en el suministro de productos. La gente comenzó

a acumular todo tipo de cosas que se vendían a un precio bajo y con frecuencia hacían cola durante horas para comprar cualquier producto o alimento que luego intentaban vender a un precio mucho mayor en el *mercado negro*.

Esto es lo que sucedió con el papel higiénico, que casi nunca estaba disponible en las tiendas. Las empresas que lo fabricaban se vieron obligadas a despacharlo a un precio fijo que estaba muy por debajo del coste de producción. La inflación complicaba más aún la tarea de producir con esos precios y, cuando la producción se suspendió debido a la falta de materias primas, a los trabajadores todavía se les debía pagar, porque a las empresas no se les permitía reducir su fuerza laboral por causas económicas sin la aprobación del gobierno.[420] Sin embargo, el jefe del Instituto Nacional de Estadística afirmó que la escasez de papel higiénico era una buena noticia, puesto que demostraba que la dieta del venezolano medio era rica y abundante.[421]

En las raras ocasiones en que el papel higiénico estaba disponible a los precios fijados por el gobierno, se agotaba rápidamente. Muchos venezolanos renunciaron a sus trabajos porque, dado que los salarios no lograban mantenerse al día con los precios en alza, vender productos escasos en el *mercado negro* era una opción mucho más lucrativa. Los productos de higiene femenina también desaparecieron de las tiendas. En cambio, se instó a las mujeres venezolanas a ver un tutorial emitido en el canal de televisión estatal sobre cómo fabricar sus propias compresas lavables y reutilizables. El vídeo incluso le daba un giro anticapitalista a la situación: “evitemos formar parte del ciclo empresarial del capitalismo salvaje. Seamos más conscientes y estemos en armonía con el medio ambiente”.[422]

En julio de 2016, unas 500 mujeres venezolanas dieron el paso de pasar a la vecina Colombia a través de un cruce fronterizo cerrado para intentar comprar alimentos. “Nos estamos muriendo de hambre, estamos desesperados”, dijo una de las mujeres a la cadena de radio Caracol antes de insistir en que apenas había

alimento para comer en su país.[423] Una trabajadora de una residencia de ancianos declaró por su parte a periodistas de una cadena de radio alemana que apenas 9 de los 24 mayores residentes seguían vivos: el resto habían expulsados o habían fallecido por la falta de comida y de suministros de medicamentos esenciales como los requeridos por los mayores con diabetes o hipertensión. Subvirtiendo la prohibición que impide que los periodistas entren en los hospitales del país, un médico mostró a los medios la precariedad de dichos centros: una máquina de rayos X que llevaba mucho tiempo sin funcionar, un laboratorio incapaz de procesar muestras de orina o sangre, unos baños sin agua corriente, unos ascensores que también estaban fuera de servicio… [424]. Los pacientes del hospital tenían que buscarse la vida para encontrar los medicamentos requeridos para su propio tratamiento, puesto que en el centro se habían agotado las existencias de todo tipo de fármacos, desde analgésicos hasta medicamentos para el tratamiento del cáncer.[425]

En apenas un año, entre 2015 y 2016, la mortalidad infantil aumentó un 33%, mientras que la tasa de mujeres fallecidas durante el parto creció un 66%. El ministro de Sanidad que publicó estas estadísticas fue cesado por Maduro, que además prohibió la publicación de cualquier indicador social o económico, en un intento desesperado por evitar cualquier tipo de “interpretaciones políticas”.[426] Tras bajar del 20,3% al 12,9% en los años de los altos precios del petróleo, la mortalidad infantil alcanzó en 2016 niveles superiores a los que Unicef estimó ese mismo año en la guerra de Siria.[427] [428]

Una encuesta de 2016 realizada por la Universidad Central de Venezuela señaló que cuatro de cada cinco hogares venezolanos vivía por debajo del umbral de la pobreza.[429] Alrededor del 73% de la población declaró sufrir problemas de pérdida de peso, con un descenso medio de 8,7 kilogramos por persona en 2016.[430] En marzo de 2017, en el marco de una comparecencia ante el Congreso de Estados Unidos, el profesor adjunto de la Universidad de Georgetown, Héctor E. Schamis, señaló que las tasas de pobreza habían llegado a niveles récord: la tasa de pobreza general

había alcanzado ya el 82%, mientras que la de pobreza extrema superaba el 52%.[431]

Ante las continuas protestas populares y la victoria de la oposición en las elecciones parlamentarias, Maduro disolvió la Asamblea Nacional y abolió definitivamente la libertad de prensa, junto con otros elementos básicos de la democracia que aún mantenían cierta vigencia. En octubre de 2017, el número de muertos durante las manifestaciones y protestas contra el régimen había superado la barrera de los 120, lo que demuestra el fracaso del experimento socialista.

CHILE: DEL SOCIALISMO AL CAPITALISMO DE LIBRE MERCADO

Al igual que ocurrió con el ascenso de Hugo Chávez al poder, los intelectuales de izquierda de todo el mundo se sintieron fascinados y orgullosos cuando, en septiembre de 1970, Salvador Allende fue elegido presidente de Chile. El candidato de la Unidad Popular fue el primer marxista que llegó al poder como resultado de una elección democrática. Aunque este hito llegó de la mano de una mayoría muy estrecha (logró el 36,5% de los votos), era la primera vez que alguien con estas ideas llegaba a la jefatura de gobierno sin necesidad de una revolución violenta o del final de una guerra, como ocurrió en los casos de Alemania Oriental o Corea del Norte tras la II Guerra Mundial.

La Unidad Popular logró ascender al poder denunciando la naturaleza oligárquica de la economía chilena y la enorme brecha de ingresos existente en el país, donde el 10% de menores ingresos percibía el 1,5% de la renta nacional frente al 40% que se repartía el 10% de mayor renta.[432] La inflación también era muy elevada: alcanzó el 36,1% en 1970, año de la elección de Allende.[433]

En su primer acto oficial como presidente, Allende nacionalizó las minas de cobre, que por aquel entonces eran la fuente de ingresos más importante de toda la economía nacional. En lugar de pagar

una compensación a las corporaciones multinacionales que habían operado las minas, el gobierno de Allende partió de un acuerdo negociado por su antecesor, Eduardo Frei Montalva, pero le aplicó todo tipo de ajustes por lo que consideraba que habían sido "ganancias excesivas", lo que en esencia arrojaba un cálculo que dejaba a cero la necesidad de pagar cualquier indemnización.[434]

Los bancos y otras compañías también fueron nacionalizados de manera acelerada. Cuando Allende fue expulsado del poder en 1973, el 80% de la producción industrial del país se había trasladado al sector público.[435] El gobierno del dirigente marxista fijó los precios de los alimentos básicos y anunció un gran programa de sanidad gratuita.

El uso del presupuesto público por parte del gobierno de Allende para aumentar su popularidad hizo que el "gasto social" creciese casi un 60% en términos reales en apenas dos años. Entre 1970 y 1973, el empleo mantenido por el gobierno y las empresas del sector público aumentó un 50% y un 35%, respectivamente.[436] Estas medidas no se pagaban con aumentos en los ingresos fiscales, sino a través del aumento de la deuda pública y de la expansión de la oferta monetaria. El déficit presupuestario creció del 3,5% del PIB registrado en 1970 al 9,8% observado en 1971. Frente al aumento del 10,3% en la inversión del sector público, se dio una caída del 16,8% en la inversión del sector privado.[437] No es sorprendente que ocurriese algo así, dada la estrategia de expropiaciones masivas que sufrió el sector privado (377 empresas fueron nacionalizadas entre 1970 y 1973).[438]

Económicamente, la nacionalización fue un fracaso. Trabajadores altamente calificados y ejecutivos con años de experiencia a sus espaldas acabaron abandonando el país en masa. Fueron reemplazados por altos cargos del movimiento gubernamental. Además, "muchas empresas nacionalizadas registraron incidentes frecuentes de conducta indisciplinada y ausentismo. En algunas empresas que aún no habían sido transferidas al Estado, los propios

trabajadores tomaron la iniciativa de *ocupar* las instalaciones de producción".[439]

En paralelo, casi 6,5 millones de hectáreas de tierras fueron expropiadas por el gobierno de Allende. En algunos casos, se crearon colectivizaciones similares al modelo socialista de otros países. Los agricultores que se convirtieron en propietarios de tierras a raíz de las reformas implementadas durante la década de 1960 veían ahora cómo debían trabajar en colectivos agrícolas, bajo la coordinación del sector público.[440] Las expropiaciones u ocupaciones eran frecuentes, a un ritmo de entre 5 y 6 explotaciones agrícolas tomadas *cada día*. "Cada dos días se nacionalizó al menos una empresa privada".[441]

La producción se hundió y, en 1972, Chile tuvo que dedicar a la importación de alimentos buena parte de los ingresos obtenidos por sus industrias exportadoras.[442] El intento de reestructurar el sector agrícola de acuerdo con los principios socialistas fue un fracaso en Chile como también lo fue en China, Alemania Oriental o Corea del Norte. "En general, la política económica de la Unidad Popular fue un absoluto fracaso. No solo en los sectores agrícola o industrial, sino también en el plano fiscal. El gobierno no era capaz de controlar la inflación, pero además sus continuos aumentos del gasto público empeoraban este problema.[443] La inflación, que en 1970 fue del 36%, se disparó al 605% en 1973, un aumento similar al que experimentó Venezuela varias décadas después.[444]

Las protestas terminaron estallando en Chile. Durante una larga visita de tres semanas del líder cubano Fidel Castro a finales de 1971, miles de mujeres chilenas se unieron en la "marcha de las cacerolas vacías", que concluyó frente al palacio presidencial. Estas ciudadanas fueron atacadas por activistas marxistas. Además, las protestas fueron dispersadas con granadas de gas lacrimógeno lanzadas por la policía, lo que dejó a docenas de personas heridas. Menos de un año después, en octubre de 1972, medio millón de personas, incluyendo propietarios de pequeñas empresas,

agricultores o profesionales independientes, participaron en distintas protestas contra el gobierno.[445]

En septiembre de 1973, el Ejército chileno, dirigido por el general Augusto Pinochet, que había sido nombrado por el propio Allende como Jefe de las fuerzas armadas, derrocó al gobierno socialista. Allende se suicidó antes de que los líderes del golpe asaltaran el palacio presidencial. Pinochet estableció entonces una dictadura militar. La libertad de prensa y otros derechos democráticos fueron restringidos o suprimidos. Aquellos que se opusieron al régimen se expusieron a ser arrestados y torturados. Pero, en marcado contraste con el impulso autoritario y antiliberal de su política interna, la orientación económica de Pinochet respondió, en su mayor parte, a la agenda liberal y pro-mercado.

La transformación de Chile en una economía de libre mercado bajo Pinochet fue ideada por un grupo de economistas que posteriormente fueron conocidos como los *Chicago Boys*. Todos ellos eran admiradores e incluso antiguos alumnos de Milton Friedman, célebre economista galardonado con el Premio Nobel conocido por su ferviente defensa del capitalismo de libre mercado y su papel destacado en la Universidad de Chicago. A su regreso a Chile, estos expertos redactaron 189 páginas de análisis económico y propuestas de reforma para llamar la atención de los generales, que inicialmente “hicieron poco o nada con estas propuestas”. Sin embargo, como las estrategias del gobierno militar no lograron detener la inflación, Pinochet eligió a algunos de los *Chicago Boys* para ocupar cargos de poder.[446]

El propio Friedman dio una serie de seminarios y charlas públicas en Chile, durante un período de seis días en el mes de marzo de 1975. Sus críticos han intentado presentar esta gira como algún tipo de asesoría al régimen. En verdad, Friedman se encontró en una única ocasión con el dictador y, tras aquella reunión, le envió una carta de resumen en la que le planteó un programa orientado a combatir la hiperinflación y liberalizar la economía.[447] Friedman dio consejos similares a los gobernantes comunistas de la Unión

Soviética, China y Yugoslavia.[448] Sin embargo, a nadie pareció preocuparle demasiado aquello: las quejas se limitaban a su supuesta colaboración con el gobierno de Pinochet.

Friedman se mostró impresionado por las políticas económicas implementadas por los *Chicago Boys*. Uno de estos alumnos destacados era Sergio de Castro Spikula, quien fue ministro de Economía y posteriormente de Finanzas. Friedman aplaudió muchas de sus medidas aunque criticó la decisión de vincular el peso chileno al dólar estadounidense.

Castro y sus seguidores comenzaron a promover una agenda económica centrada en reducir el gasto público, desregular el sector financiero, flexibilizar la economía, privatizar las empresas estatales (aunque no de forma completa en la industria del cobre) y abrir la economía a los inversores extranjeros, además de revertir las políticas del gobierno de Allende. “El estado y todo lo relacionado con el sector público se había convertido en la causa central de todos los problemas. Cuanto menos interfiriera en la economía, mayor y más rápido sería el crecimiento del bienestar social. Este era el trasfondo de las numerosas reformas económicas introducidas durante el régimen militar: privatizaciones y reprivatizaciones, rediseño del Estado, reforma tributaria, medidas de liberalización y desregulación, apertura de la economía al comercio internacional, autonomía del Banco Central…”.[449]

De 400 empresas y bancos controlados por el Estado en 1973, el número se redujo a alrededor de 45 sociedades (incluido un solo banco) en 1980.[450] Las reformas fiscales y las medidas de desregulación introducidas a mediados de la década de 1970 redujeron al mínimo la influencia gubernamental en todos los ámbitos, al abolir los controles de precios, los impuestos sobre la riqueza y las ganancias de capital o reducir el Impuesto sobre la Renta. El IVA, establecido a una tasa de referencia del 20% aplicada sobre todos los bienes y servicios, se convirtió en la principal fuente de ingresos fiscales. Todo esto dio como resultado un *milagro económico* de una magnitud similar a la lograda por Margaret

Thatcher y Ronald Reagan. Pese al recorte generalizado de impuestos, los ingresos fiscales subieron del 22% al 27% del PIB entre 1973-1974 y 1975-1977. El déficit fiscal crónico se transformó en un superávit, alcanzado en el periodo 1979-1981.[451]

Una comparación de los indicadores clave para 1973 y 1981 muestra claramente cuán exitosas fueron estas políticas. La inflación, que había llegado a situarse por encima del 600% en 1973, bajó al 9,5% en 1981, aunque el progreso fue algo lento. Durante el mismo periodo, Chile experimentó una notable recuperación del crecimiento económico. El PIB pasó de caer un 4,3% a aumentar un 5,5%, mientras que las exportaciones casi se triplicaron, pasando de 1.300 a 3.800 millones de dólares. Más impresionante aún fue el crecimiento de las exportaciones no tradicionales. Esta medición, que excluye el cobre y otros recursos naturales, avanzó de 104 a 1.400 millones de dólares. Por otro lado, los salarios reales, que habían caído más de un 25% en 1973, crecieron un 9% solo en 1981.[452]

Las políticas fiscales y económicas introducidas por los *Chicago Boys* fueron clave para la recuperación a largo plazo de Chile y sentaron las bases de su actual estabilidad económica. A corto plazo, los resultados fueron menos directos puesto que, al igual que con las reformas de Thatcher y Reagan, los efectos positivos a largo plazo tenían el precio de un aumento inicial del desempleo.

Sin embargo, gracias a la creciente confianza de los inversores extranjeros en la economía chilena, las exportaciones empezaron a aumentar, el déficit disminuyó y la economía creció un total de 32% en apenas cuatro años. El *milagro económico* de Chile fue ampliamente reconocido en el mundo de las finanzas globales y muy celebrado en la prensa económica. El consumo aumentó a medida que el nivel de vida mejoró en la población, como refleja por ejemplo el dramático aumento entre 1976 y 1981 en el número de automóviles matriculados.[453]

A principios de la década de 1980, una gran crisis de deuda se extendió por América Latina. En 1982, México no pudo seguir devolviendo su deuda soberana. Ese mismo año, Chile y otros países latinoamericanos se vieron sumidos en una recesión provocada por la drástica disminución observada en la entrada de capitales. En 1982-1983, Chile experimentó su peor recesión desde la década de 1930, con un descenso del PIB del 15% y un desempleo que se disparó al 30%.[454] Las causas de la crisis de 1982-1983 siguen generando un profundo debate. Sin embargo, lo que está claro es que Chile pudo superar la recesión mucho más rápido y con mucha más fuerza que sus vecinos latinoamericanos: "Chile lideró al continente en el proceso de salida de esta recesión. De los que países sufrieron la crisis de deuda, Chile fue el único en que los niveles de PIB anteriores a la crisis se alcanzaron antes de llegar al final de la década de 80. Dicho de otro modo, Chile esquivó la llamada *década perdida* que tanto golpeó a otros países".[455]

Una vez superada la crisis, el gobierno continuó con las reformas. La segunda ronda de privatizaciones tuvo en cuenta las lecciones aprendidas de la primera, en la que gran medida de las operaciones se habían basado parcialmente en operaciones de endeudamiento. Ahora, las empresas fueron privatizadas saliendo a bolsa, permitiendo un nuevo comienzo libre de cargas a estas sociedades. La privatización de las empresas más grandes de propiedad pública comenzó en 1986, generando un valor total de activos cercano a los 3.600 millones de dólares, si bien se excluyó a la corporación estatal de materias primas.[456]

El sistema político empezó a cambiar luego de la derrota de Pinochet en 1988 en un plebiscito sobre la extensión de su gobierno por otros ocho años. Las elecciones generales de 1989 arrojaron el triunfo de una alianza dirigida por el demócrata-cristiano Patricio Aylwin, que gobernó de 1990 a 1994. Friedman enfatiza el papel que desempeñó la liberalización económica como paso a la liberalización política, refiriéndose al periodo de transición de la dictadura a la democracia: "a la economía chilena le fue muy bien, pero lo más importante es que, al final, el gobierno de la Junta

Militar dio paso a un sistema democrático. Por lo tanto, lo realmente importante de todo lo ocurrido en Chile fue que el libre mercado favoreció la consolidación de una sociedad libre".[457]

Aunque la liberalización de la economía fue claramente un factor que contribuyó a poner fin a la dictadura mediante el fortalecimiento de la sociedad civil, la afirmación de que la victoria de la democracia fue una consecuencia directa e inevitable de las reformas económicas es una exageración. En otros países, como por ejemplo China (ver capítulo 1), la liberalización económica no ha logrado una transición a la democracia, de modo que el argumento de Friedman es difícil de defender.

Sin embargo, no se puede negar los efectos positivos a largo plazo de las reformas económicas instigadas por los *Chicago Boys*. Si bien los gobiernos posteriores las suavizaron un poco, estas reformas pro-mercado sentaron las bases para el éxito económico actual de Chile y llevaron al país a una muy alta clasificación en el Índice de Libertad Económica. Incluso los gobiernos socialistas de Ricardo Lagos Escobar (2000–2006) y Michelle Bachelet (2006–2010 y 2014–2018) no alteraron en lo fundamental la orientación de Chile como una economía abierta al modelo de libre mercado. En 2010, Chile se convirtió en la primera nación sudamericana en unirse a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), una clara señal de que, a diferencia de la mayoría de los demás países de la región, Chile es ya parte del "Primer Mundo" y puede compararse con los países más desarrollados. Esto es aún más notable si tenemos en cuenta que, antes de las reformas, Chile figuraba entre las economías más proteccionistas e intervenidas del mundo.

El hecho de que ni los demócrata-cristianos que gobernaron Chile durante la década de 1990 ni los socialistas elegidos en la década de 2000 hiciesen cambios significativos en las reformas introducidas bajo Pinochet es uno de los argumentos más fuertes a favor de su eficacia. Esta observación es similar a la realizada para el Reino Unido o los Estados Unidos, donde ni el gobierno laborista de Tony

Blair ni la Casa Blanca de Bill Clinton se entrometieron en la sustancia de las reformas introducidas por sus predecesores Thatcher y Reagan (capítulo 5).

A los críticos de las reformas de Pinochet y los *Chicago Boys* les gusta señalar la creciente desigualdad social que supuestamente habría generado el innegable éxito económico del país. Ante este tipo de mensajes, el ex ministro de Economía y de Finanzas, Sergio de Castro, ha respondido lo siguiente: "en 1970, la mortalidad infantil era de 80 por 1.000 nacimientos. En 1990, al final del régimen militar, se había reducido a 20 por cada 1.000 partos. Eso se debe a la salud económica del país y al hecho de que el gobierno pudo gastar más dinero en los pobres".[458]

Otros indicadores económicos y sociales muestran que sí hay un alto grado de desigualdad en la sociedad chilena. El Índice de Gini, que mide la distribución del ingreso entre los residentes, clasifica a Chile entre los veinte países más desiguales del mundo.[459] Sin embargo, la mayoría de los chilenos parece valorar el progreso económico logrado en su país más que la "igualdad social" lamentada por los críticos del modelo. Así lo demuestra el hecho de que los sucesivos gobiernos socialistas se adhirieron, en gran medida, a la agenda de reformas liberales de los años de Pinochet.

También es importante recordar que en 2010 se produjo la elección de Sebastián Piñera como presidente. Antiguo aliado del régimen de Pinochet, su hermano había sido instrumental en el despliegue de un sistema de seguridad social privatizado. El nuevo mandatario siempre declaró creer fielmente en el mercado libre. A raíz de su triunfo electoral, el periódico alemán *Handelsblatt* comentó que el nuevo gobierno "podía marcar el comienzo de una nueva era de capitalismo puro en América Latina".[460] Piñera arrancó un segundo mandato en 2018, sucediendo a la socialista Bachelet.

En junio de 2017, el semanario izquierdista alemán *Die Zeit* publicó un artículo sobre Chile que, a regañadientes, reconocía los logros del modelo. "El capitalismo ha demostrado una capacidad

inusualmente poderosa y su impacto en la cohesión social y en la ayuda a los miembros más débiles de la sociedad es igualmente fuerte. El que no sigue el ritmo, se queda fuera. Esa mentalidad es parte del legado que dejó a Chile la dictadura militar de Augusto Pinochet, quien gobernó el país entre 1973 y 1990. Mucho después su muerte, las reformas de sus *Chicago Boys* siguen en pie (…). Hasta ahora, todos sus sucesores democráticos en el gobierno han continuado su política de muy poca regulación del mercado". [461]

El periodista *Die Zeit* se ve obligado a admitir los muchos logros que ha alcanzado la apuesta capitalista chilena: "con un 6%, el desempleo es casi tan bajo como en Alemania. La inflación es casi inexistente. Los bonos de deuda del gobierno chileno tienen buena calificación. En comparación con la reputación de sus vecinos latinoamericanos, a menudo asociados con episodios de caos económico, los chilenos tienen la consideración y el reconocimiento de ser buenos socios comerciales. Además de cifras elevadas de inversión, el país tiene buenas infraestructuras y redes de transporte bien organizadas. Las mejoras en el nivel de vida han beneficiado incluso a los pobres". [462]

Con una población de poco menos de 18 millones, Chile tiene un ingreso *per cápita* que casi duplica los niveles de Brasil, mientras que el porcentaje de la población que vive por debajo del umbral de pobreza ha caído del 20% en 2003 al 7% en 2014. Durante el mismo periodo, el 40% más pobre vio sus ingresos aumentar más rápidamente que el promedio nacional. En 2017, Chile fue el país latinoamericano mejor clasificado en el Índice de Competitividad Global publicado por el Foro Económico Mundial. Su sistema bancario es el más estable de la región y el entorno para los negocios ofrece un entorno de facilidades propio de las economías más *business friendly*. En clave comercial, se trata de la economía más abierta de toda América Latina, puesto que ha firmado acuerdos de libre comercio con una larga lista de países cuya producción total suma el 75% del PIB global. En los últimos treinta años, la economía chilena ha alcanzado tasas de crecimiento anual cercanas al 5%. [463]

En el periodo comprendido entre 1990 y 2005, Chile registró una de las tasas de crecimiento económico más altas del mundo, mucho más elevada que la de cualquier otro país latinoamericano y a la par de Corea del Sur. El país ha mantenido y desarrollado la privatización de activos e infraestructuras, desde el transporte público a los hospitales, las prisiones y las telecomunicaciones hasta la gestión de agua y alcantarillado. Además, sus reducidas tasas de imposición empresarial y la desregulación existente en sus mercados de capitales han creado incentivos para favorecer un aumento sostenido de la inversión. [464]

Por el lado negativo, es cierto que la economía de Chile sigue teniendo una fuerte dependencia del cobre. El país latinoamericano tiene los depósitos más grandes del mundo de dicho material, con una participación de alrededor del 30% en la producción mundial. El precio del cobre tiende a oscilar mucho: en los últimos veinte años tocó suelo con un mínimo histórico de 1.438 dólares por tonelada, pero también llegó a un máximo sin precedentes cuando alcanzó los 8.982 dólares por tonelada en 2008, año en que también cayó hasta los 2.767 dólares por tonelada para, en 2009, subir un 150%. Como puede verse, las fluctuaciones de precio son muy acusadas. Estas tendencias son obviamente problemáticas.

En Venezuela, los cambios en el precio del petróleo propiciaron inicialmente el aparente auge económico del *chavismo* pero después cebaron la dramática recesión económica del país. Por el contrario, la economía de libre mercado de Chile está mucho mejor preparada para hacer frente a las caídas y fluctuaciones en el precio del cobre. Venezuela también podría haber prosperado a pesar de su alto grado de dependencia del petróleo pero, al contrario que Chile, apostó por un modelo en el que la economía está controlada por el Estado.

El desarrollo de Chile en las últimas décadas no solo demuestra que el capitalismo es superior al socialismo. Además, el programa desplegado por los *Chicago Boys* para implantar un sistema

capitalista de la noche a la mañana arroja también la diferencia clave entre los modelos: a saber, que el capitalismo, a diferencia del socialismo, no es un sistema inventado por intelectuales, de modo que su repentina aplicación no tiene por qué estar condenada al fracasado, al contrario de lo que ocurre con el socialismo, que ni siquiera funciona bajo un régimen autoritario que garantice un despliegue casi total de sus postulados.

El capitalismo crece y se desarrolla de manera orgánica y espontánea. Como se discutió en el capítulo 1, la transición de China se apoyaba en muchos años de iniciativas espontáneas y vino acelerada por los cambios de política económica que instigó Deng Xiaoping. Si bien las reformas de los *Chicago Boys* supusieron un cambio en la dirección de la economía chilena, fueron necesarias varias décadas para consolidar el giro hacia una economía de libre mercado plenamente consolidada.

Capítulo 7

Suecia: el mito del socialismo nórdico

En 2016, pasé dos meses en Nueva York en medio de la campaña electoral de las elecciones presidenciales. Recuerdo las imágenes de un joven entusiasmado con los supuestos beneficios del socialismo hablando en la televisión. Aquello se me quedó grabado en la mente porque no encajaba realmente con mi idea de los Estados Unidos. Aquel chico hablaba del “socialismo escandinavo” y se mostraba partidario de Bernie Sanders, un senador socialista que marcaba distancias con la Unión Soviética o la República Democrática Alemana pero decía que deseaba implementar en Estados Unidos un sistema como el de Dinamarca o Suecia.

En realidad, si es que alguna vez Suecia fue un país socialista, lo cierto es que dejó de serlo hace décadas. Pero, al igual que a todos nos cuesta dejar de asociar a algunas personas con determinados sucesos, también parece que ocurre algo con los países y, en

general, nos cuesta cambiar creencias muy arraigadas sobre otras naciones.

Me toca, pues, alertar al lector de un *spoiler*: como explica este capítulo, la Suecia contemporánea no es, en absoluto, un país socialista. De hecho, según la clasificación del Índice de Libertad Económica de la Fundación Heritage de 2018, Suecia se encuentra entre las economías más orientadas al mercado de todo el mundo. Para ser precisos, ocupa el puesto 15, unos pocos escalones por debajo de Dinamarca, otra economía supuestamente socialista que, realmente, figura como la décimo segunda nación con más libertad económica. Ambos países se sitúan por delante de modelos liberales ya comentados, como Alemania (puesto 25) o Corea del Sur (27). [465]

Es interesante estudiar cómo ha cambiado la nota de Suecia en las dos últimas décadas, puesto que su puntuación general ha mejorado 14,9 puntos, pasando de 61,4 a 76,3 entre los años 1995 y 2018. Por comparación, valga señalar que China, que experimentó una gran transformación económica durante el mismo período, *solo* agregó 5,8 puntos a su nota final, mientras que las reformas pro-mercado del canciller teutón Gerhard Schröder aumentaron la calificación de Alemania en 4 puntos. Durante el mismo periodo (1995-2018), Estados Unidos retrocedió 1 punto y Francia se dejó 0,5 puntos. De hecho, aunque la nota de Estados Unidos en 1995 fue superior a la de Suecia en 15 puntos, hoy vemos que ambos países obtienen una calificación muy similar.

Sin embargo, los resultados de Suecia en algunas subcategorías muestran que el viejo modelo socialdemócrata no se ha eliminado por completo. [466] El gasto público sigue siendo muy alto: alcanzó el 51,1% del PIB durante el periodo comprendido entre 2014 y 2016, colocando a Suecia entre los diez países que peor nota recibe en este apartado (puesto 170 de 180). Mientras que los tipos del Impuesto sobre la Renta han bajado considerablemente desde el punto álgido que alcanzaron entre los 60 y los 80, siguen

moviéndose en niveles muy altos. Por otro lado, el mercado laboral sueco todavía está fuertemente regulado (puesto 126 de 180).

La presión fiscal supone el 42,7% del PIB (por encima de casi todos los países analizados en el Índice). Sin embargo, también es importante señalar algo que muchos pasan por alto: el hecho de que los impuestos a la riqueza, a las rentas del capital o a las herencias han sido suprimidos. Dicho con otras palabras: Suecia no es, en absoluto, un bastión del socialismo y, de hecho, es una de las economías más liberalizadas del mundo, aunque su modelo no está completamente libre de influencias socialistas.

La imagen de Suecia y otros países escandinavos como referentes del socialismo se remonta a los años 60 y, especialmente, a las décadas de 1970 y 1980. El economista Nima Sanandaji ofrece la siguiente descripción de la trayectoria económica de estos países desde el año 1870: “las economías escandinavas experimentaron un crecimiento muy pronunciado cuando tenían gobiernos pequeños y mercados libres. A medida que avanzaron hacia el socialismo, el espíritu empresarial empezó a resentirse, la prosperidad dejó de multiplicarse y la creación de empleo se detuvo. Fue entonces cuando se produjo un cambio orientado a volver a desplegar el libre mercado, lo que trajo de vuelta el crecimiento y el desarrollo”. [467]

Las bases de la creciente fortaleza económica de Suecia quedaron definidas antes de la era de predominio socialdemócrata, concretamente entre 1870 y 1936. Durante aquel periodo, Suecia tenía una economía de libre mercado e impuesto bajos y su crecimiento económico superó significativamente el de otros países europeos como Alemania, Italia o Francia. De hecho, durante este periodo, el crecimiento medio anual duplicó los niveles observados en Reino Unido. [468]

El ascenso de los socialdemócratas al poder en 1936 vino seguido de una etapa “pragmática” en la que apenas se dieron algunos pasos moderados hacia la introducción del Estado de Bienestar.

Este enfoque terminó en la segunda mitad de los años 60 y ya estaba totalmente fuera del discurso oficialista a principios de los 70. Entre 1936 y 1970, Suecia ya había empezado a experimentar un cierto declive, quedándose por detrás de los niveles de crecimiento anual de Italia o Francia, pero la verdadera decadencia llegó posteriormente, conforme se radicalizó la política económica. [469]

Durante el periodo de expansión del Estado de Bienestar socialista, que abarcó desde 1970 hasta 1991, Suecia se quedó muy por detrás de muchos de sus competidores europeos. El crecimiento fue menor que en Italia, Francia, Alemania, Reino Unido, Países Bajos… Austria, por ejemplo, registró una tasa de crecimiento dos veces más alta que la de Suecia. [470] Aunque el país escandinavo ocupaba en 1970 el cuarto lugar en el *ranking* de PIB *per cápita* de los países miembros de la OCDE, la Suecia de 1995 había quedado relegada al número 16 de la tabla. [471]

Durante los años del reformismo liberal, que comprenden desde 1991 hasta 2014, Suecia volvió a estar por delante de Alemania, Francia e Italia en términos de crecimiento económico. [472] En 2016, el país nórdico tenía el duodécimo mayor PIB per cápita en el ranking de la OCDE, un logro notable dado el significativo progreso alcanzado por muchos de estos países desde 1995, año en que Suecia registró su peor desempeño, ocupando el puesto 16 del *ranking*.

Por supuesto, hay razones complejas que explican la evolución del crecimiento y que no pueden reducirse solamente al grado de orientación socialista o capitalista que rige en un momento dado. Las tendencias económicas mundiales afectan a cualquier nación que, como Suecia, esté fuertemente integrada en el comercio global. Pero es llamativo que el periodo en el que Suecia se quedó detrás de los demás países europeos coincidió, en efecto, con la implementación de políticas socialistas y con la promoción de un gran Estado de Bienestar.

El caso sueco también ilustra que, si bien el sistema económico juega un papel importante, los factores culturales también son importantes para determinar el éxito económico de un país, como también demuestra el ejemplo de Corea del Sur, planteado en el capítulo 4. En el país asiático, el espíritu laborioso, las altas aspiraciones educativas y un alto grado de motivación y diligencia juegan un papel muy importante. ¿Y en el caso de Suecia? En comparación con otros países europeos, su población es notablemente homogénea. Los economistas creen que ese grado relativamente bajo de diversidad étnica, social, cultural y lingüística promueve la creación de consensos y reduce el potencial de conflictos. [473] Puede que esa homogeneidad también tenga algo que ver con la estrechez de su brecha de ingresos, que ya era evidente en la década de 1920 y, por lo tanto, precede a la introducción de políticas de redistribución de ingresos y transferencias sociales. [474]

El fuerte espíritu de trabajo, la ambición y la honestidad son rasgos característicos de la sociedad sueca y de la población de otros países nórdicos. Son estos factores, y no el Estado de Bienestar, los que han provocado un alto nivel de vida, con niveles de ingresos muy elevados.

Hay estudios que comparan datos de estadounidenses de origen sueco (una población razonablemente ancha, de más de 11 millones de personas) con cifras generales para el conjunto de la población estadounidense y sueca. Según estos trabajos, el PIB *per cápita* en 2013 alcanzó los 68.897 dólares en el caso de los estadounidenses de orígenes suecos, muy por encima del promedio nacional sueco (45.068 dólares) y estadounidense (52.592 dólares). [475]

Del mismo modo, el porcentaje de alumnos que alcanza la graduación en la escuela secundaria es mucho más alta entre los *suecos estadounidenses* (96,6%) que entre la población en general (86,3%). Estos estadounidenses de origen escandinavo también registran tasas más bajas de desempleo (3,9%) y pobreza (5,1%),

puesto que los promedios nacionales son de un 5,9% y un 11,7%, respectivamente. [476]

Estas cifras muestran que, contrariamente a lo que a menudo escuchamos, el Estado de Bienestar sueco no es la razón del alto nivel de vida vigente en Suecia. Esto también queda claro si tenemos en cuenta que Suecia fue exitosa en el plano económico mucho antes de introducir las políticas del Estado de Bienestar. Aunque los socialdemócratas solo dejaron el poder durante tres de las legislaturas del periodo 1932-2006, lo cierto es que sus primeras décadas de gobierno no persiguieron ningún esquema de política económica basado en un elevado nivel de intervencionismo. Los sindicatos suecos también tenían una inclinación menos agresiva que la observada en otros países. De hecho, exigían la abolición de ciertos subsidios gubernamentales y criticaban los aranceles que impedían la expansión de las industrias nacionales por nuevos mercados de exportación. [477]

LA ÉPOCA SOCIALISTA DE SUECIA

Hasta mediados de la década de 1960 no había diferencias significativas entre Suecia y otros países europeos. No cabía, pues, hablar de un “modelo sueco” que diferenciase el marco de política económica existente en el Reino nórdico. A finales de los 60, el gasto del gobierno seguía siendo similar al promedio de la OCDE. [478] Sin embargo, esto empezó a cambiar a finales de aquella década y, especialmente, en los 70 y 80. Durante el periodo comprendido entre 1965 y 1975, el número de funcionarios públicos aumentó de 700.000 a 1.2 millones. Se produjo, además, una creciente intervención del gobierno en los asuntos económicos, además de la creación de una amalgama de nuevas autoridades y entes reguladores. Entre 1970 y 1984, el sector público absorbió todo el crecimiento de la fuerza laboral sueca. En términos netos, el sector privado perdió puestos de trabajo, mientras que el sector público elevó el tamaño de su plantilla apoyándose, sobre todo, en la contratación de miles de nuevos ocupados en los servicios sociales. [479]

Vale la pena echar un vistazo detallado a la evolución de dos grupos sociales distintos a lo largo de esta etapa. En 1960, por cada 100 suecos “financiados por el mercado” (es decir, aquellos ciudadanos que obtenían sus ingresos principalmente del trabajo que tenían en el mundo de la empresa privada) había otros 38 que estaban “financiados por impuestos” (es decir, personas que dependían del sector público para obtener sus ingresos, ya fuera como funcionarios públicos o como destinatarios de transferencias del Estado). Treinta años más tarde, el *ratio* pasó a ser de 100/151.
Durante el mismo periodo, el número total de empleados o autónomos ocupados en el sector privado cayó de casi 3 millones a algo menos de 2,6 millones, mientras que el número total de personas que debían sus ingresos a programas del Estado subió de 1,1 a 3,9 millones. [480] Estas cifras reflejan el alejamiento de Suecia del modelo capitalista de libre mercado y el giro hacia un sistema más cercano al paradigma socialista.

Cuando Suecia se vio golpeada por la recesión mundial de mediados de la década de 1970, los socialdemócratas se aferraron a esta apuesta, extendieron enormemente el alcance de las políticas del Estado de Bienestar, aumentaron aún más las transferencias sociales e introdujeron regulaciones más estrictas para proteger a los trabajadores contra el despido. En 1973, la prestación por desempleo se extendió de 30 a 60 días. En 1975, la edad de jubilación legal se redujo de 67 a 65 años. El gobierno siguió pidiendo prestado más y más dinero para financiar el continuo aumento del presupuesto. [481] Los sindicatos, que se aliaron estrechamente con el Partido Socialdemócrata, solo empeoraron las cosas, al insistir en hacer realidad demandas de igualdad salarial que llegaron a provocar aumentos interanuales del 35% en la retribución de los trabajadores de ciertos sectores. [482]

Los sindicatos suecos eran tan poderosos, si no más, que las centrales trabajadoras del Reino Unido previo al primer mandato de Margaret Thatcher (ver capítulo 5). Durante la década de 1970, las leyes aprobadas por el gobierno ampliaron significativamente la

influencia de estas organizaciones en los lugares de trabajo. Los representantes designados de salud y seguridad tenían el poder de suspender cualquier proceso de trabajo que consideraran inseguro. El proceso quedaba en el aire, a la espera de una nueva revisión que ejercían los funcionarios públicos.

La protección contra el despido se extendió para los trabajadores de más edad y se reforzó para los afiliados de los sindicatos. La carga de la prueba se invirtió en las disputas laborales entre empleadores y sindicatos que acababan judicializadas, lo que significaba que las empresas acusadas de irregularidades pasaban a ser culpables hasta que pudieran probar lo contrario ante un tribunal.

Una ley de 1977 estipuló que los representantes sindicales debían tener presencia en los consejos de las empresas de 25 o más trabajadores. De una y otra forma, los sindicatos fueron amasando una enorme influencia que tocaba todos tipo de cuestiones, desde los asuntos operativos del día a día empresarial hasta la contratación o despido de empleados o la determinación de la estrategia corporativa general. [483]

Esta agenda socialista dañó la economía sueca e incluso hizo que destacados empresarios abandonasen el país, frustrados ante semejante deriva intervencionista. El fundador de Ikea, Ingvar Kamprad, fue uno de estos *exiliados*. La tasa marginal del Impuesto sobre la Renta llegaba al 85% en su tramo superior. Además, el Impuesto sobre el Patrimonio gravaba más aún los activos y ahorros personales, lo que obligó a empresarios como Kamprad a pedir dinero prestado a sus propias compañías o a los bancos para poder pagar sus impuestos. [484]

Para pagar su deuda con Ikea, Kamprad quiso vender una de sus empresas a Ikea. Esta era una práctica común entre los empresarios suecos que intentan reducir la carga impositiva aplicada sobre su patrimonio. Pero, mientras Kamprad estaba preparando la venta, el gobierno hizo cambios retroactivos a la legislación fiscal, con ánimo de bloquear esta vía de alivio fiscal. [485]

Ofuscado por el injusto trato que se le estaba brindando a él y al resto de empresarios, en 1974 optó por mudarse a Dinamarca y, posteriormente, se trasladó a Suiza, donde vivió durante décadas. Durante mucho tiempo fue considerado el hombre más rico de Europa. Kamprad no regresó a Suecia hasta 2013, de modo que el grueso de su aportación fiscal quedó en las arcas de otros países. Se trata, sin duda, de un buen ejemplo de cómo los países se disparan en el pie al gravar excesivamente a los ricos.

El escritor alemán Hans Magnus Enzensberger expresó su apoyo a los ricos de Suecia: "parece que la vida no es un lecho de rosas para los ricos que viven en esta sociedad. ¡Ojalá fuera solo una cuestión de impuestos! Aunque de mala gana, la mayoría están dispuestos a pagarlos porque, por encima de todo, son ciudadanos honestos. Pero mucho más doloroso es el hecho de que nadie simpatice con su situación". Suecia se había convertido en un país donde los ricos se sentían "perseguidos, ignorados o marginados", agregó Enzensberger. [486] Cualquier contribuyente que ganara más de 50.000 coronas al año veía cómo sus ingresos eran publicados en una lista de acceso público que añadía más presión sobre este colectivo. [487]

Estas políticas socialistas radicales enajenaron incluso a quienes simpatizaban con el proyecto de los socialdemócratas. Astrid Lindgren, autora de una serie de cuentos infantiles de fama mundial, incluida la serie *Pippi Calzaslargas*, es un ejemplo. Su compromiso con las creencias socialdemócratas venía de muchos años atrás. En *Madicken*, uno de los personajes centrales era un simpático editor de periódico con un fuerte sentido de la "justicia social". Sin embargo, cuando en 1976 comprobó que estaba pagando impuestos equivalentes al 102% de sus ingresos, Lindgren reaccionó y expresó su ira con una sátira titulada *Pomperipossa en Dinerolandia*, publicada en un influyente diario.

En respuesta, el ministro de Finanzas de Suecia, Gunnar Sträng, se refirió a su escrito en el Parlamento, diciendo que se trataba de "una combinación interesante de estimulante capacidad literaria y de

profunda ignorancia en materia de política fiscal". Sträng añadió que "no esperaba" que Lindgren "lograse entender" estos asuntos y sugirió que había hecho mal sus cálculos. [488] Pero la escritora no se desanimó y replicó: "¡el ministro parece haber aprendido a contar historias, pero de lo que estoy segura es de que no sabe hacer cuentas! Deberíamos intercambiar trabajos". [489]

La mayoría de la gente estaba del lado de Lindgren. Si se hubieran convocado elecciones en ese momento, los socialdemócratas habrían alcanzado un 38% de la intención de voto, mientras que la oposición de centro se movía en niveles de apoyo del 53%. Ante la perspectiva de una gran derrota, el primer ministro sueco Olof Palme admitió en televisión que Lindgren tenía razón.

Un mes después de la publicación de la sátira, el renombrado director de cine, Ingmar Bergman, ganador de una Palma de Oro en el Festival de Cine de Cannes, anunció su intención de abandonar el país tras una disputa con las autoridades fiscales. [490] A finales de enero, dos policías vestidos de civil se habían presentado en el Teatro Real de Estocolmo para interrogarlo. "Esperemos que aparezca, de lo contrario las cosas se le van a poner muy serias", dijo uno de los policías a la recepcionista. Bergman fue arrestado y llevado a las dependencias de la policía, donde fue interrogado durante horas. Simultáneamente, se registraron su casa y su oficina. Además, se confiscó su pasaporte. Aquel proceso fue noticia en todo el mundo. [491]

Lindgren apoyó públicamente al director de cine. Al igual que le ocurrió a ella, los excesivos impuestos estaban arruinando a Bergman. Sin embargo, el ministro de Finanzas no dio ni un paso atrás e insistió en que "los trabajadores culturales están sujetos a las mismas leyes que todos los demás". El problema fue que, con el paso del tiempo, las acusaciones contra Bergman fueron retiradas por falta de pruebas y la fiscalía que inició el proceso recibió una advertencia disciplinaria. Bergman quedó absuelto de cualquier delito, pero cayó en una depresión severa e incluso tuvo que ser hospitalizado.

Su decisión de abandonar Suecia vino en parte motivada por informaciones que apuntaban que las autoridades fiscales no se daban por rendidas y pretendían seguir haciéndole un estrecho marcaje. Bergman y su esposa huyeron a París, donde fueron recibidos por una gran multitud de periodistas. “Suecia logró que el artista vivo más conocido de su país acabase en el exilio”, comenta el biógrafo de Olof Palme, Henrik Berggren. [492]

Estos ejemplos muestran hasta qué punto incluso los intelectuales tienden a renunciar a sus sentimientos anticapitalistas (discutidos con mayor profundidad en el Capítulo 10) tan pronto como sus propios activos están bajo amenaza. Lindgren y Bergman son solo un ejemplo. En 1975, el gobierno sueco desató otra tormenta de protestas al reclasificar a los “trabajadores culturales” como empresarios. “A diferencia de los miembros mansos de la comunidad empresarial, los “trabajadores culturales” siempre habían tenido “una voz fuerte en los medios de comunicación. Por eso lograron expresar de forma elocuente la discriminación a la que fueron sometidos, la injusticia que sufrían y la ignorancia a la que se enfrentaban. En parte, arrojaban luz sobre problemas que, hasta entonces, solo afectaban a la comunidad empresarial”. [493]

Su nuevo estatus como empresarios obligó a los trabajadores culturales a completar más requisitos burocráticos, pagar anticipos del Impuesto de Sociedades incluso en ausencia de ganancias, elevar el gasto dedicado a las cotizaciones sociales… El escritor Per Erik Wahlund cuenta que los inspectores de Hacienda, “cuya cuya profesión no implica exactamente una amplia lectura y un buen conocimiento del mundo literario, no dudaban en decirme qué libros debía comprar y cuáles no para hacer bien mi trabajo”. [494]

La actitud más comprensiva que podrían esperar encontrar los escritores en sus tratos con las autoridades fiscales quedó resumida con estas instrucciones que dio a sus funcionarios el jefe del nuevo Departamento Presupuestario: “por supuesto, los escritores siempre deberían poder viajar si eso aumenta el valor de sus libros (…). En

lo que a mí respecta, el libro que escribí desde mi propia casa salió tan bueno como si lo hubiera hecho viajando a Londres o a París". El libro en cuestión fue una obra de sociología. En respuesta, el escritor Anderz Harning replicó públicamente a dicho alto cargo del gobierno, denunciando la problemática que planteaba el tratamiento fiscal de estos viajes: "las autoridades no están actuando con apego a la justicia. Cuando se trata de gastos de viajes realizados con el fin de generar ingresos, los inspectores y los jueces están influenciados por un pensamiento puramente emocional y no atienden a la razón ni la lógica empresarial. En consecuencia, acabamos viendo, por ejemplo, que viajar a un destino tropical se considera un gasto no deducible siempre y en todo caso, mientras que irse a Afganistán en invierno sí sería un gasto deducible". Harning agregó que las autoridades requerían que se emplease la forma de transporte más barata para cualquier viaje de negocios para que dichos gastos fuesen deducibles, lo que llevó al ridículo de que los funcionarios de la Agencia Tributaria le llegasen a aconsejar que viajase de Chipre a Beirut "en tren" en vez de en avión... [495]

Al llamar la atención sobre las distintas formas en que el régimen fiscal sueco controlaba todos los aspectos de su vida laboral, los escritores y otras personalidades de la cultura estaban denunciando públicamente los excesos de la burocracia fiscal sueca. Sus vociferantes protestas consiguieron hacer todo lo que la comunidad empresarial no había logrado. Este era el estado de ánimo predominante en el modelo sueco de socialismo tan admirado por la izquierda en todo el mundo durante la década de 1970.

Como Assar Lindbeck enfatiza en un artículo sobre "El experimento sueco", este modelo de impuestos altos, redistribución masiva, intervención gubernamental generalizada en los asuntos económicos, hiperregulación y posición dominante de los sindicatos en el mercado de trabajo "no fue planeado de acuerdo *ex ante* sino que supuso el resultado *ex post* de cientos de decisiones separadas". Lindbeck agrega, no obstante, que "sin embargo, detrás de muchas de estas decisiones separadas era posible detectar una visión específica del mundo, marcada por una creencia firme en la

intervención política centralizada de la vida económica de empresas y familias, así como una fuerte sospecha hacia los mercados, los incentivos económicos y el emprendimiento privado". [496]

En las elecciones de septiembre de 1976, los votantes suecos penalizaron a los socialdemócratas por llevar su agenda socialista demasiado lejos, expulsándolos del poder por primera vez en más de cuarenta años. Desafortunadamente, el nuevo gobierno careció del coraje para favorecer un cambio radical, dado que la visión específica del mundo citada por Lindbeck ya estaba profundamente arraigada en la sociedad sueca y el consenso en torno a aquel sistema iba más allá de la izquierda política. El nuevo gobierno continuó aumentando la deuda pública para dejar en pie los esquemas de contratación pública y su propuesta para el sector privado se ciñó a repartir subsidios. Esto solo ocultó el problema del desempleo, al no abordar sus causas subyacentes. En los años siguientes, de nuevo con los socialdemócratas en el poder, se nacionalizaron algunas industrias clave y sectores enteros de la economía fueron "rescatados" con dinero de los contribuyentes.

Algunos programas de gasto alcanzaron proporciones casi ridículas. Los viejos barcos de carga y transporte de mercancías, que ya no tenían salida en el mercado, eran construidos y almacenados después, todo con subsidios gubernamentales. Posteriormente, se procedía a su desmantelamiento, de nuevo financiado con dinero de los contribuyentes. Al final, toda la industria de la construcción naval fue nacionalizada. Esto supuso un desembolso de 12.000 millones de dólares. [497] "Incluso cuando Suecia se vio golpeada por la peor crisis económica desde la II Guerra Mundial, el generoso Estado de Bienestar y la política de *pleno empleo* no fueron cuestionadas, sino desarrolladas con más intensidad que nunca". [498]

Muchos excesos del Estado de Bienestar eran totalmente absurdos, por ejemplo la generosa *paga por enfermedad*. Además de los pagos básicos, la mayoría de los empleados en Suecia recibía una ayuda adicional por enfermedad, de manera que los trabajadores que se ausentaban de su puesto de trabajo terminaban cobrando

más que los asalariados que acudían a su empleo todos los días. Como era de esperar, Suecia alcanzó el *récord* de ser el país de la OCDE con la tasa más alta de adultos laboralmente inactivos. Esta situación se mantuvo durante décadas. [499] Y, como era de esperar, los *picos* en la tasa de ausentismo ligado a supuestas enfermedades coincidían frecuentemente con importantes eventos deportivos. Incluso durante la Copa Mundial de Fútbol de 2002, cuando las reformas pro-mercado ya habían revertido algunos de estos excesos, el número de bajas por enfermedad aumentó en un 41% entre los trabajadores masculinos… [500]

Desde 1982, los socialdemócratas empezaron a dar señales de que su forma de pensar estaba cambiando. Expandir el Estado de Bienestar hasta el punto de estrangular el mercado con más y más regulaciones y restricciones había causado errores y deficiencias cada vez más evidentes. La política de financiar con deuda la creación de nuevos empleos en el sector público se fue extinguiendo conforme los niveles totales de endeudamiento fueron alcanzando niveles excesivos, haciendo insostenible aquel esquema. Desde entonces, el Partido Socialdemócrata empezó a poner el énfasis en lograr "'crecimiento antes de la redistribución". En el marco de este giro, la izquierda sueca se centró en fortalecer la capacidad de exportación del país y, al mismo tiempo, en frenar o incluso replegar los experimentos socialistas.

La negativa de muchos socialdemócratas a abandonar su ideología llevó a protestas, tanto dentro del partido como entre los sindicatos. El pragmatismo del ministro de finanzas Kjell-Olof Feldt despertaba antipatías entre estos sectores más radicales. Bajo su liderazgo, se empezaron a plantear recortes en el "gasto social", si bien tal medida se veía compensada con subidas impositivas a las rentas altas. Pero, si bien las políticas gubernamentales tenían como objetivo último empezar a librar al país de los peores excesos del Estado de Bienestar, los sindicatos intentaron forzar la introducción de "fondos de trabajadores" que habría obligado a las empresas a entregar buena parte de sus ganancias a estos vehículos manejados por los sindicatos. "Los impulsores de esta propuesta

eran conscientes de que estaban defendiendo un ataque frontal a los principios básicos del capitalismo. De hecho, no se molestaron en negarlo o disimularlo". [501]

La intención de los fondos era expropiar progresivamente las empresas suecas, comprando poco a poco las acciones de sus dueños y trasladar su control a los sindicatos. Según los cálculos que exponían públicamente los defensores de los "fondos de trabajadores", la tercera parte de las empresas quedarían controladas por los sindicatos en un plazo de veinte años, allanando el camino para la eventual desaparición de la empresa privada en la economía sueca. [502] Sin embargo, las encuestas muestran que la mayoría de la población se opuso a estos fondos. Una de las manifestaciones más grandes en la historia del país tuvo lugar en octubre de 1983, justo antes de que se votase la aprobación de este esquema. El gobierno frenó el proyecto, pero lo replanteó y aprobó en 1984. Transcurridos seis años, estos "fondos de trabajadores" controlaban ya el 7% de la capitalización total del mercado sueco. En 1991, la llegada de un gobierno centrista disolvió estos fondos, que desaparecieron definitivamente de la conversación política.

LA SUECIA POST-SOCIALISTA

El rechazo a las ideas socialistas cobró impulso y en la década de 1990 hubo un movimiento que, sin cuestionar de raíz el modelo sueco de impuestos altos y Estado de Bienestar de máximos, sí abogó por eliminar muchos de sus excesos. Una importante reforma fiscal aprobada en 1990-1991 redujo el Impuesto de Sociedades del 57% al 30% [503] Los ingresos por la venta de acciones quedaron exentos de impuestos, mientras que las rentas del capital se gravaron a un tipo reducido del 12,5%. [504]

El tramo superior del Impuesto sobre la Renta quedo establecido en torno al 50%. En dicho gravamen, se aprobó una reducción de entre 24 a 27 puntos porcentuales en los tipos marginales pagados por la mayoría de la fuerza laboral. La proporción de personas que pagaban impuestos por encima del 50% se redujo de más de la

mitad de los contribuyentes a a un 17% del total de los contribuyentes. El impuesto aplicado al patrimonio se redujo del 2% al 1,5%. Las reformas de aquellos años también incluyeron la introducción de la indexación de los tramos de los impuestos, una medida pensada para evitar el deslizamiento hacia retenciones más altas por efecto de la inflación. [505]
Estos recortes impositivos vinieron acompañados por la abolición de deducciones y reglas de amortización que habían generado una redirección de los recursos. El gobierno también aumentó los impuestos indirectos, para compensar los recortes fiscales aplicados sobre los tributos directos. Las reformas continuaron durante los años siguientes. En 2004, se eliminó el Impuesto de Sucesiones y Donaciones, que llegaba a alcanzar el 30%. La abolición del Impuesto sobre el Patrimonio se introdujo retroactivamente a partir del 1 de enero de 2007. El tipo general del Impuesto de Sociedades, del 30%, se redujo al 26,3% en 2009 y al 22% en 2013. Los impuestos sobre la propiedad también se redujeron sustancialmente. [506] Otras reformas posteriores dieron a los propietarios de negocios y a los autónomos la opción de reducir significativamente su carga impositiva al declarar parte de sus ganancias como rentas del capital, en lugar de rentas del trabajo. [507]

La abolición de diversas exenciones simplificó el sistema tributario sueco hasta el punto de que la mayoría de los contribuyentes presentan sus propias declaraciones de impuestos sobre la renta sin la ayuda de un asesor fiscal. En 2013, 750.000 ciudadanos suecos utilizaron el servicio de mensajes de texto del gobierno para revisar y confirmar su declaración de impuestos, mientras que la gran mayoría de la población presentó sus declaraciones de impuestos *online*. Solo uno de cada tres contribuyentes tuvo que realizar declaraciones por escrito a la antigua usanza. [508]

En 1992, el gobierno sueco nombró una comisión de académicos independientes presidida por Lindbeck para analizar y proponer soluciones para solucionar la crisis económica del país. Sus conclusiones fueron inequívocas: los intentos de aliviar la crisis por

parte de los gobiernos anteriores solo habían empeorado la situación y retrasado los ajustes necesarios. En septiembre de 1993, el desempleo alcanzó niveles sin precedentes: rondaba el 14%, sumando el 9% de paro ordinario y el 5% de la población involucrada en "programas de inserción activa en el mercado laboral". [509] Según la comisión de expertos, el dramático aumento en el gasto del sector público, que pasó del 25% del PIB en 1950 al 70% en 1992, generó "problemas serios, como el sobrecalentamiento económico en tiempos de bonanza o (…) los déficits presupuestarios recurrentes". [510] Además, los intentos de los responsables políticos suecos de evitar la subida del desempleo en los años 60, 70 y 80 a base de aumentar el empleo en el sector público contribuyeron a generar una fuerte tendencia inflacionaria. [511]

Para remediar esta situación, la comisión recomendó fortalecer el mercado y reducir el sector público. "Lo que la comisión quisiera ver con respecto al sector privado es nada menos que la restauración de las libertades de entrada, ocupación y ejercicio que se establecieron en 1846 y 1864. Aquellas reformas liberales precedieron a un periodo de crecimiento sin precedentes. Pero, durante el siglo pasado, tales libertades se han diluido cada vez más mediante regulaciones y barreras a la competencia, en gran parte debido a la influencia de intereses especiales que solo miran por ayudar a determinados colectivos en el más corto plazo". [512]

Las contundentes reformas implementadas durante la década de 1990 proporcionaron correcciones a muchos desarrollos dañinos de la era más radical de los socialdemócratas. Se recortó el subsidio de desempleo, para que su cobertura bajase del 90% al 80%, y se introdujeron nuevos requisitos para su cobro, empezando por un periodo de espera de cinco días. [513] Entre 1993 y 2000, el gasto social cayó del 22,2% al 16,9% del PIB, los subsidios empresariales pasaron del 8,7% al 1,8% del PIB y el mantenimiento de las nóminas del sector público se redujo del 18,2% al 15,6%. [514]

Uno de los aspectos más admirables de estas reformas fue la adhesión del gobierno a una estricta disciplina presupuestaria, incluso en los años de más dificultades. [515] Entre 1990 y 2012, el gasto gubernamental cayó del 61,3% al 52,0% del PIB, un descenso solo superado por Noruega, que registró una reducción aún más impresionante, pasando del 54,0% al 43,2% del PIB durante el mismo periodo. El logro sueco es aún más notable en comparación con el aumento del gasto público del 2,5% del PIB que se dio en toda la OCDE durante esos años, con aumentos del 3,2% en Estados Unidos y del 11,3% en Japón. [516]

La población sueca parecía dispuesta a aceptar que el desmantelamiento del sistema tuviese un impacto en la desigualdad. El coeficiente de Gini, que mide la distribución del ingreso, subió alrededor de un 30% entre mediados de los años 80 y finales de los 2000. Solo Nueva Zelanda registró un crecimiento similar de la desigualdad durante el mismo periodo. [517] Como consecuencia, Suecia ya no es el país más igualitario del mundo (ahora figura en el puesto 12 de la tabla, justo detrás de Bielorrusia).

Si bien la sociedad sueca puede haberse vuelto un poco menos igualitaria, esta clasificación también demuestra que el Estado de Bienestar sueco sigue vivo y coleando. Pero los datos citados por el economista francés Thomas Piketty como evidencia de su afirmación de que la desigualdad ha aumentado drásticamente se basan en una distorsión de las cifras reales. El autor galo analizó selectivamente estas cifras, tomando solo como referencia los años que mejor se adaptaban a sus tesis. [518] Los economistas suecos Malin Sahlén y Salim Furth han demostrado, además, que sus estimaciones para 2010 no parecen estar relacionados con ninguna fuente verificable. [519] En consecuencia, ambos expertos reducen la utilidad de los cálculos de Piketty “al empleo de este tipo de cifras por parte de quienes pretenden recuperar el Impuesto de Sucesiones y Donaciones o el Impuesto sobre el Patrimonio”. [520]

Pero lo que Suecia realmente necesita es todo lo contrario: reformas pro-mercado de mayor alcance. Como argumenta Sanandaji, el país

escandinavo es uno de los Estados de Bienestar europeos que peor integra a los nuevos inmigrantes en el mercado laboral. En Estados Unidos, donde los beneficios de asistencia social son mucho más limitados, la tasa de empleo de los residentes nacidos en el extranjero es un 4% mayor que la de los nativos. En Suecia, dicho indicador es un 15% *menor* que el de los ciudadanos nacidos en el país escandinavo. [521] En Suecia, los inmigrantes altamente cualificados tienen un 8% más de probabilidad de estar desempleados que los residentes nativos con *bajos* niveles de educación. En el caso de Estados Unidos, el desempleo entre los inmigrantes altamente cualificados es solo un 1% más alto que el de los residentes nativos con *altos* niveles de educación. [522]

Entre otras razones que explican este fracaso, está el hecho de que el Estado de Bienestar sueco ofrece a los inmigrantes desempleados un nivel de vida mucho mayor que el que tendrían trabajando en sus países de origen. Durante la crisis de refugiados de 2015, los países con sistemas integrales de bienestar encabezaron la lista de los destinos más populares para estos inmigrantes. Suecia, al igual que Alemania, acogió inicialmente a un gran número de estas personas, pero tuvo que introducir cambios en sus leyes de inmigración en 2016, al constatar que eran excesivamente generosas.

Para agravar estos problemas, hay que tener en cuenta el desastroso problema de la escasez de vivienda causado por la legislación de control de los precios del alquiler que impera en Suecia. Aunque esto está afectando desproporcionadamente a los inmigrantes de bajos ingresos, también está perjudicando a la economía. En 2016, los fundadores del gigante tecnológico sueco Spotify amenazaron con trasladar sus oficinas centrales a otro país si el gobierno no tomaba medidas urgentes para abordar la crisis de la vivienda. En la misma línea, un informe de *Neue Zürcher Zeitung* apuntó que la falta de vivienda adecuada para los trabajadores obligó a una *start up* alemana a abandonar sus planes de expansión en el país escandinavo. [523]

A pesar de todos estos problemas, las perspectivas económicas generales son muy positivas. Con un crecimiento económico fuerte, Suecia es uno de los pocos países que cumple los estrictos criterios fiscales que permiten formar parte de la Eurozona pero, paradójicamente, estas normas son incumplidas por muchos de los países integrados en una moneda única a cuya adhesión se opone la mayoría de los suecos.

la Suecia contemporánea sigue siendo un Estado de Bienestar tradicional en muchos aspectos (por ejemplo, tiene tasas impositivas relativamente altas), desde los años 90 vemos que los sucesivos gobiernos han elegido consistentemente la fórmula de más libertad y no más igualdad y la apuesta por más mercado y menos Estado. Tras el fracaso evidente del experimento socialista, el equilibrio entre capitalismo y socialismo se ha movido hacia el capitalismo.

Capítulo 8

La libertad económica aumenta el bienestar humano

Tomando en consideración las lecciones de los primeros siete capítulos de este libro, resulta evidente que la vida de las personas es mucho mejor allí donde hay más libertad económica. La población de Corea del Sur vive mejor que sus vecinos de Corea del Norte, de igual modo que la vida era mucho mejor en la República Federal de Alemania que en la República Democrática Alemana. En América Latina, los chilenos están mejor que los venezolanos. En China, la expansión de las libertades económicas a través de las

reformas pro-mercado que impulsó Deng Xiaoping aumentaron la prosperidad económica para la mayoría de los ciudadanos. Lo mismo ocurrió en Reino Unido, bajo gobierno de Margaret Thatcher, o en los Estados Unidos, durante la gestión de Ronald Reagan.

Hay dos formas diferentes de evaluar si la prosperidad viene del intervencionismo o de las medidas de liberalización: se puede adoptar un enfoque teórico y discutir las ventajas y desventajas que plantean sobre el papel los diferentes modelos económicos o se puede adoptar un enfoque práctico y determinar qué sistema opera mejor en el mundo real. Si optamos por lo segundo, podemos ver que el resultado es siempre el mismo: la economía planificada y el intervencionismo estatal conducen siempre a peores resultados que la economía de mercado. Esto no es solamente cierto en los casos descritos en este libro, sino que también ocurre de forma generalizada a lo largo y ancho del globo, tal y como demuestra el Índice de Libertad Económica que elabora y publica la Fundación Heritage de forma anual desde 1995.

El Índice mide y clasifica la libertad económica en 180 países. Tal y como señala el sociólogo Erich Weede, esta publicación podría describirse como un *ranking* del grado de capitalismo vigente en los distintos países del mundo. [524] Basta una mirada breve al Índice para encontrar una clara correlación entre más capitalismo y más prosperidad.

Según el Índice de 2018, los 25 países más libres económicamente son:

1. Hong Kong
2. Singapur
3. Nueva Zelanda
4. Suiza
5. Australia
6. Irlanda
7. Estonia
8. Reino Unido

9. Canadá
10. Emiratos Árabes Unidos
11. Islandia
12. Dinamarca
13. Taiwán
14. Luxemburgo
15. Suecia
16. Georgia
17. Países Bajos
18. Estados Unidos
19. Lituania
20. Chile
21. Mauricio
22. Malasia
23. Noruega
24. República Checa
25. Alemania

Por el contrario, los 20 países menos económicamente libres del mundo son:

161. Sudán
162. Chad
163. República Centroafricana
164. Angola
165. Ecuador
166. Surinam
167. Timor-Leste
168. Togo
169. Turkmenistán
170. Mozambique
171. Djibouti
172. Argelia
173. Bolivia
174. Zimbabue
175. Guinea Ecuatorial
176. Eritrea

177. República del Congo
178. Cuba
179. Venezuela
180. Corea del Norte

Por supuesto, el grado de libertad económica no es el único factor que contribuye a la prosperidad de un país. Por ejemplo, es lógico que países como Estonia, Letonia o Lituania, que solo pudieron establecer sistemas económicos de mercado una vez que liberaron del yugo comunista a comienzos de la década de 1990, tengan menos prosperidad que Canadá, Suiza o Reino Unido, donde sí existe una larga tradición de libertad económica. Además, este libro ha demostrado repetidamente que hay otros criterios juegan un papel importante (por ejemplo, factores culturales como el compromiso de la sociedad con el trabajo y la educación).

Es imposible medir la libertad económica sobre la base de dos o tres indicadores. Por ejemplo, Suecia ocupa el puesto 15 en general en el Índice de 2018, a pesar de tener una de las cargas impositivas más altas del mundo. Si la presión fiscal fuera el único criterio empleado para evaluar la libertad económica, Suecia figuraría el cuarto lugar… por la cola (puesto 177, en lugar del 15 que recibe en la clasificación general). El país escandinavo logra una nota muy favorable en aspectos como la salvaguardia de los derechos de propiedad (tercer puesto del subíndice) o la apertura comercial (puesto 11). [525]

LOS DOCE COMPONENTES DE LA LIBERTAD ECONÓMICA

El Índice de Libertad Económica emplea un total de doce componentes que son ponderados con el mismo peso para así determinar cuál es el nivel de libertad económica existente en cada país.

- *Derechos de propiedad.* Este componente evalúa el derecho de los ciudadanos a poseer y acumular propiedades. ¿Pueden las empresas y los hogares estar seguros de que su propiedad

privada no será expropiada injustamente? ¿Impera la libertad de celebrar y de exigir el cumplimiento de los contratos? En ocasiones, los derechos de propiedad privada existen formalmente, pero la libertad económica se ve afectada si, en la práctica, el Estado impide que los ciudadanos dispongan de sus activos como mejor les parezca. Venezuela, por ejemplo, recibe solo 5,2 de los 100 puntos posibles en esta categoría, mientras que Suiza obtiene una nota de 84,2 sobre 100. [526]

- *Efectividad judicial.* ¿Pueden los ciudadanos recurrir al sistema judicial para hacer valer sus derechos legales de manera efectiva? ¿Existe un Estado de Derecho plenamente regido por las leyes constitucionales? ¿O, por el contrario, los ciudadanos tienen que preocuparse seriamente porque el poder judicial no siempre es independiente y no protege debidamente sus derechos?
- *Integridad institucional.* La corrupción y el "capitalismo de amiguetes" son comunes en ciertos países africanos y latinoamericanos, pero también en el Este y el Sur de Europa. Estas prácticas tienen un impacto notable y duradero en la libertad económica. En este sentido, los países escandinavos son ejemplares. Suecia, por ejemplo, obtiene una nota de 88,2 puntos sobre 100, mientras que Zimbabue logra apenas 18,9 puntos y ocupa el puesto 175 de este subíndice. [527]
- *Carga impositiva.* Los impuestos son necesarios para financiar servicios y proyectos que benefician a la sociedad en su conjunto. Pero cuantos más ingresos toma el Estado de las empresas y las familias, más restringe su libertad económica. Esta no es solo una cuestión relativa al Impuesto sobre la Renta o el Impuesto de Sociedades, sino que también abarca los impuestos especiales o indirectos, como el IVA. Aquí es donde los países escandinavos, a los que les va extremadamente bien en otras subcategorías, pierden muchos puntos.
- *Gasto público.* El gasto en seguridad, defensa, infraestructuras o educación básica no solo es necesario sino que es positivo a la hora de promover la prosperidad económica. Sin embargo, el Estado no debe verse a sí mismo

como un emprendedor. Cuando los políticos intentan tomar decisiones que corresponden al sector privado, a menudo incurren en errores de inversión que, además, son costosos y distorsionan la competencia.

- *Salud fiscal.* La acumulación de grandes déficits genera un exceso de endeudamiento público, lo cual constituye un grave problema macroeconómico para muchos países y resulta claramente negativo para la libertad económica. Aunque la deuda puede parecer tener un impacto positivo en el crecimiento a corto plazo (por ejemplo, al financiar *planes de estímulo*), lo cierto es que acarrea una serie de efectos secundarios negativos que terminan dañando la economía a largo plazo.
- *Libertad de empresa.* En esencia, esta categoría mide lo difícil que es establecer y administrar un negocio. En Hong Kong, lo único que tiene que hacer un emprendedor es completar un formulario y, en cuestión de unas pocas horas, su empresa tiene licencia para operar. En diversos países de África y América del Sur, ese mismo proceso puede llevar semanas, o incluso meses. Lejos de completar un único trámite, a menudo es preciso pasar de una ventanilla a otra. Si las instituciones no funcionan correctamente, a veces es necesario pagar sobornos para poder abrir definitivamente un negocio. Una vez que la empresa está en funcionamiento, el alcance de la regulación estatal varía significativamente entre un país y otro.
- *Flexibilidad laboral.* Algunos gobiernos tienen un papel muy activo en la regulación de los mercados laborales. Estas normas pueden incluir salarios mínimos de aplicación obligatoria y generalizada, restricciones en materia de contratación y despido y otros requisitos que influyen en los procesos de creación de empleo. Un excesivo aumento de las limitaciones conduce a menudo a un paro más elevado. Francia, que ocupa el puesto 71 en el Índice, cae al número 148 en el subíndice referido a la flexibilidad laboral. [528] No sorprende, pues, que el presidente Emmanuel Macron hiciese de la reforma del mercado laboral una de sus prioridades de gobierno, tras asumir el cargo en 2017. A Alemania no le va

mucho mejor y solo logra anotar 53,3 puntos en esta categoría, lo que equivale a 116 de 180 países, aunque esta calificación mejoró con las reformas mencionadas en el capítulo 3. [529]

- *Estabilidad monetaria.* La libertad económica no puede existir sin un entorno monetario estable. Hay suficiente evidencia que demuestra que mantener la independencia del central es la mejor forma de lograr la estabilidad de la moneda. En contraste, la alta inflación y los controles de precios que introducen los gobiernos constituyen serias amenazas a la libertad económica.
- *Apertura comercial.* El flujo de bienes o servicios entre los distintos países del mundo es un componente clave para la libertad y el crecimiento económico. Las medidas proteccionistas, como los aranceles de importación u otras restricciones al libre comercio, solo perjudican a un país a largo plazo, incluso cuando estas medidas son de corto plazo y se justifiquen para proteger la economía nacional de la competencia indeseable.
- *Facilidad para invertir.* Cada individuo y empresa debe ser libre de elegir dónde y cómo invertir su capital. Cuantas más restricciones imponga un país a tales libertades, menos oportunidades habrá para el crecimiento económico. Las empresas y las personas deben tener acceso a un entorno de inversión libre y abierto, tanto para los agentes nacionales como para los internacionales.
- *Libertad financiera.* El marco regulatorio fijado por el Estado para los bancos y otros proveedores de servicios financieros debe garantizar un alto nivel de transparencia, competencia y honestidad. Una regulación excesiva del sector bancario supone, a menudo, exactamente lo contrario de lo que pretende el legislador.

LOS RESULTADOS

En el Índice de Libertad Económica de 2018, solo seis países en el mundo están clasificados como “económicamente libres”, aunque

hay veintiocho más que figuran como “mayoritariamente libres”. Este segundo grupo incluye a muchos de los países comentados en el libro: Reino Unido (puesto 8), Suecia (puesto 15), Estados Unidos (puesto 18), Chile (puesto 20), Alemania (puesto 25), etc. La categoría de economías “moderadamente libres” abarca un total de 61 países, mientras que otros 63 tienen “escasa libertad económica”. Por último, hay veintiún países clasificados como “economías reprimidas”, incluyendo aquí a Corea del Norte y Venezuela.

Los países clasificados como “económicamente libres” o “mayoritariamente libres” disfrutan de niveles de ingresos y crecimiento mucho más altos que los de los países “mayoritariamente libres” o, sobre todo, el grupo de “escasa libertad económica” y de “economías reprimidas”. Estos resultados se repiten por todo el globo. Así, Asia-Pacífico es única región global que ha experimentado aumentos masivos en materia de libertad económica, lo que ha inducido una mayor prosperidad. En esta región del mundo, los países “económicamente libres” tienen un PIB *per cápita* medio de 58.093 dólares, frente a los 10.836 dólares de sus vecinos incluidos en la categoría de “economías reprimidas”. [530] Los tres países más libres de América tienen un PIB *per* cápita de más de 42.000 dólares, casi cuatro veces más que los 11.519 dólares que se anotan los cinco países de la región que reciben una nota de “economías reprimidas”. [531] También hay variaciones notables en Europa o África. [532] En los países del *Viejo Continente* calificados como “económicamente libres”, el PIB *per cápita* medio es de 60.194 dólares, frente a la media de 8.058 dólares que registran las “economías reprimidas” europeas. [533]

Existe una correlación muy clara entre una mayor libertad económica y un mayor crecimiento económico. Ya lo hemos visto en este libro con los ejemplos de China, Suecia, Reino Unido, Estados Unidos o Chile, pero sucede lo mismo cuando analizamos el impacto de la libertad económica en otras demarcaciones. [534] [535] Dos ejemplos dignos de mención son los Hong Kong y Singapur, que han encabezado las clasificaciones de libertad económica

desde hace años. Entre 1975 y 2008, el PIB *per cápita* medido como porcentaje del PIB medio de Europa Occidental ha pasado del 56% al 130% en Singapur y del 61% al 146% en Hong Kong.

En India, el grado de libertad económica mejoró también de manera significativa en el período comprendido que va de 1975 y 2008, lo que impulsó una mejora sustancial del PIB *per cápita*. Medido como porcentaje del PIB *per cápita* de Europa occidental, el indicador para India mejoró del 8% en 1975 al 14% en 2008.

Regresando a los ejemplos del libro, vemos que en Chile el PIB *per cápita* era poco más de un tercio (37%) del promedio de Europa Occidental en 1975. En 2008, esta cifra había aumentado al 61%. Por el contrario, en 1975 el PIB per cápita en Venezuela alcanzaba el 91% del promedio de Europa Occidental, sin embargo en 2008 ya apenas llegaba al 49% de dicho indicador. Como explica el capítulo 6, Chile experimentó un fuerte avance de la libertad económica durante dicho periodo, mientras que en Venezuela ocurrió todo lo contrario.

En cuanto a Corea del Sur, la libertad económica aumentó significativamente en el período comprendido entre 1975 y 2008. En esos mismos años, el PIB *per cápita* medido en relación con dicho indicador de Europa Occidental aumentó con fuerza, pasando del 28% al 97% del PIB *per cápita*.

La libertad económica ofrece beneficios generalizados. La investigación ha demostrado una y otra vez que, cuanto mayor es la libertad económica, más rica es la economía. Es más probable que las economías más abiertas logren también tasas más altas de crecimiento económico y salarial para el 10% más pobre. [536] En ese sentido, uno de los argumentos más persuasivos a favor del capitalismo es que los países económicamente libres tienen tasas de pobreza mucho más bajas y han logrado reducir la miseria más rápido.

El Banco Mundial publica regularmente los datos referidos a la evolución de la pobreza en el mundo. Estos datos se ciñen solo a los países en vías de desarrollo, de modo que no abarcan a los países industrializados de altos ingresos, donde la pobreza tiene una incidencia mucho menor. Esta serie estadística mostraba en 2005 que la tasa de pobreza extrema de las economías menos abiertas del mundo era del 41,5%, lo que contrastaba con solo el 2,7% de las más libres. La tasa de "pobreza moderada" también presentaba un patrón similar: era, en promedio, del 57,4% en las economías menos libres, pero caía al 3,6% entre las más abiertas. [537]

En consecuencia, la esperanza de vida también es significativamente mayor en países con mayor libertad económica que en países con niveles más bajos de libertad económica. En el cuartil de los países menos libres en términos económicos, la esperanza de vida al nacer era de apenas 60,7 años en 2009, mientras que ese indicador era de 79,4 años en el cuartil de los países más económicamente libres. [538]

Un buen indicador de la prosperidad económica es el porcentaje de sus gastos totales dedicado por los consumidores a adquirir alimentos. En Estados Unidos, un país que desde luego no destaca por su moderación a la hora de comer, los alimentos representan aproximadamente el 6% del gasto total del consumidor. Hace cien años, ese porcentaje sumaba el 40% del gasto total del consumidor. Hoy, ese nivel es característico de las economías en vías de desarrollo.

Un estudio de 2017 muestra que, en términos porcentuales, los países donde el gasto en alimentos tiene un menor peso sobre el consumo total son Estados Unidos, Singapur, Reino Unido, Suiza, Canadá, Irlanda, Austria, Australia, Alemania y Dinamarca. Todos ellos son países muy bien clasificados en el Índice de Libertad Económica. Por el contrario, en los países que tienen un peor resultado en el Índice, el gasto en alimentos, alcanza en promedio el 40%, aunque llega a suponer el 59% en algunos casos. [539]

También se ha documentado que las economías más libres rara vez experimentan guerras civiles. Además, disfrutan de mayor estabilidad política, menores tasas de homicidios por habitante, menos violaciones de los derechos humanos, niveles más bajos de militarización y percepciones más altas de seguridad. [540]

Sería una tarea interesante analizar la correlación entre los flujos globales de refugiados y la libertad económica. Hay muchas razones que pueden empujar a la gente a huir de su país: la opresión política, las dificultades económicas, las guerras y conflictos armados… Si miramos el Índice de Libertad Económica de la Fundación Heritage y comparamos los veinte países líderes con los veinte que aparecen en los puestos de cola, parece obvio que este tipo de problemas son escasos en el primer grupo y recurrentes en el segundo. De hecho, muchas economías punteras en libertad económica, como Alemania, Austria o Suecia, figuran alto en las preferencias de destino de los refugiados. En el otro extremo de la escala, vemos que los problemas son mucho más recurrentes, empujando a muchas personas al exilio… siempre que se les permita (no olvidemos que, por ejemplo, en Corea del Norte no es posible dejar el país y que en Cuba hay muchas restricciones para dar ese paso). En Sudán, la guerra civil ha hecho que parte importante de la población salga huyendo. En Venezuela, millones de personas han huido de los desastrosos efectos de las políticas socialistas.

A pesar del loable progreso observado en el África subsahariana, muchos de los 48 países de la región están notablemente rezagados en materia de libertad económica. Solo uno de estos países está clasificado una economía “mayoritariamente libre”, mientras que ocho son “moderadamente libres”. En veintiséis casos, solo se obtiene la nota de “escasa libertad económica”, mientras que otros doce son “economías reprimidas”. [541] Por lo tanto, no es difícil entender por qué la mayoría de los refugiados provienen de África. Al fin y al cabo, África subsahariana es la región con menos libertad económica de todo el mundo. En consecuencia, las poblaciones de

la región tienen una situación mucho más desfavorable. Como vimos en el capítulo 2, en algunos casos sí se han logrado avances importantes en materia de reducción de la pobreza. Sin embargo, esto no ha sido suficiente para reducir el número de refugiados que salen de la región. A menudo, quienes participan en estos éxodos no son *los más pobres de los pobres*, sino aquellos qu pueden pagar a los traficantes de personas por unos servicios que a menudo cuestan varios miles de dólares. Así, las personas que pueden permitirse el *lujo* de ser contrabandeadas son, a menudo, más prósperas que muchos de los ciudadanos de sus países.

EL ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO

Existen numerosos otros índices y clasificaciones que evalúan la calidad de vida en todo el mundo. El Índice de Desarrollo Humano (IDH), que elabora la ONU desde 1990, se encuentra entre los más destacados. Desarrollado por el economista paquistaní Mahbub ul Haq, el IDH es un índice compuesto que fue diseñado para ser un "indicador de prosperidad" más completo que los referentes económicos tradicionales. La metodología que sustenta el índice ha cambiado repetidamente a lo largo de los años y ahora incluye criterios como la educación o la esperanza de vida, además de indicadores referidos al ingreso *per cápita*.

En principio, tiene sentido incluir indicadores que vayan más allá del PIB por habitante; después de todo, el PIB per cápita solo nos proporciona una parte de la información sobre el nivel de prosperidad económica y social de cada país y, de hecho, no toca otras cuestiones vitales para el bienestar social. Sin embargo, los métodos y resultados del IDH parecen ser cuestionables. En 2016, Cuba y Venezuela ocuparon el puesto 68 y 71 sobre un total de 105 naciones, muy por delante de México (77) o Brasil (79). [542]

Pero, a pesar de que algunos métodos y resultados del IDH son cuestionables, también existe una fuerte correlación entre la clasificación obtenida en dicho *ranking* y el Índice de Libertad Económica. Casi todos los veinte países líderes del IDH figuran en

el *top 30* del Índice de Libertad Económica. Los dos únicos que no lo consiguen (Israel y Macao) están en el puesto 31 y 34 de la publicación de la Fundación Heritage. Por el contrario, ni un solo país de los incluidos en las últimas posiciones del IDH (un grupo que incluye a Maldivas, Samoa o Uzbekistán) aparece calificado como una economía "libre" o "mayoritariamente libre" en el Índice de Libertad Económica. [543]

Capítulo 9

La crisis financiera, ¿fue una crisis del capitalismo?

En mi opinión, el Índice de Libertad Económica es una medida bastante fiable del grado relativo de libertad económica que tienen unos y otros países. Nadie puede negar que Australia es más libre, económicamente hablando, que Francia, de igual modo que Francia es, a su vez, más libre en este plano que, por ejemplo, Venezuela. Sin embargo, el Índice no refleja el impacto de ciertos desarrollos

negativos que restringen la libertad económica y que llevan a situaciones complicadas, caso de la crisis hipotecaria que sufrió Estados Unidos en 2007-2008 y que desencadenó una crisis financiera a nivel mundial. El poder de los bancos centrales, en particular, representa una amenaza creciente para la libertad económica.

A los opositores del capitalismo les gusta citar la crisis financiera que desató la caída de Lehman Brothers como evidencia del daño causado por la "política neoliberal" y la excesiva "desregulación de los mercados". El corolario lógico de su diagnóstico es la demanda de una mayor intervención del gobierno en los asuntos económicos, por ejemplo con una mayor regulación del sector financiero. Sin embargo, como muestra este capítulo, lo que se requiere es todo lo contrario.

La crisis financiera llevó al sistema financiero internacional al borde del colapso. Comprender sus causas es esencial para extraer lecciones que permitan evitar situaciones similares en el futuro.

UN EFECTO DESASTROSO

La crisis financiera vino desencadenada por la evolución del mercado inmobiliario estadounidense, cuyo *boom* se vio agravado por las intervenciones políticas y por el papel de la Reserva Federal (la FED) estadounidense.

El Índice Nacional del Precio de la Vivienda mide el comportamiento de los precios de los activos inmobiliarios residenciales en el país norteamericano. Se publicó por primera vez en 1897 y se calculó nuevamente en 1890. Este indicador arroja una tendencia alcista a lo largo de los años: si en 1941 subía aproximadamente 5 puntos, en 2006 aumentaba a una tasa de 184 puntos. Comparando 1999 y 2006 vemos que el Índice Nacional del Precio de la Vivienda se duplicó, pasando de crecer 92 puntos a expandirse 184 puntos. Estas cifras estaban detrás de la creación de una de las *burbujas* de activos más grandes de la historia. [544]

¿Cómo se produjo este desarrollo extremo en los siete años que van de 1999 a 2006? Para entender la *burbuja* del precio de la vivienda, primero debemos comprender la *burbuja* del mercado de valores que se había producido con anterioridad. A finales de la década de 1990, se desarrolló una *burbuja* bursátil que, al menos en parte, vino impulsada por la política monetaria desarrollada por la Reserva Federal. En el año 2000 se produjo el *pinchazo*. Dos años después, en septiembre de 2002, la revista británica *The Economist* escribió que "sin un entorno de *dinero barato* y crédito fácil, la *burbuja* del mercado de valores no podría haberse sostenido durante tanto tiempo y su explosión habría tenido consecuencias menos graves. Pero, a menos que los banqueros centrales aprendan la lección, esto volverá a suceder". [545]

Desde su *pico* en el año 2000, el Índice Nasdaq cayó un 74%, mientras que el Índice S&P 500, que incluye las 500 acciones más importantes de la bolsa estadounidense, se dejó un 43%. [546] En respuesta, el entonces presidente de la FED, Alan Greenspan, bajó en 2001 los tipos de interés a corto plazo, que pasaron del 6,25% al 1,75%. La oferta monetaria se expandió más de un 10% durante este período. A mediados de 2003, Greenspan había reducido aún más los tipos de interés, hasta llegar al 1%. [547]

Los tipos interés artificialmente bajos siempre tienen efectos secundarios indeseables. Los precios, incluidos los tipos de interés que representan el precio del dinero prestado, brindan información valiosa a los participantes del mercado y alientan que el capital fluya allí donde sea necesario. Si los tipos de interés se mantienen artificialmente bajos o se eliminan a base de fijarlos en el 0%, este mecanismo ya no puede tener efecto. Cuando esto sucede, los inversores se ven obligados a poner su capital en acciones y bonos cada vez más arriesgados porque los precios de los bonos emitidos por compañías sólidas y gobiernos solventes caen. Al ocurrir esto, los inversores institucionales, que han prometido ciertos rendimientos a sus inversores, se ven forzados a invertir en títulos de mayor riesgo, por ejemplo en acciones vinculadas a bienes

inmuebles cuyos precios pueden experimentar fuertes subidas en tiempos de *burbuja*.

Al mismo tiempo, la posibilidad de ganar mucho dinero de forma rápida invirtiendo en ciertos productos atrae a un número creciente de inversores sin experiencia especializada. Estos nuevos participantes del mercado no compran acciones o activos para mantenerlos a largo plazo, sino con la idea de revenderlos con rapidez a un precio mucho más alto. Su participación en el mercado apuntala la *burbuja* de precios y expulsa del mercado a los inversores experimentados y orientados al largo plazo, que no están dispuestos a pagar precios tan absurdos.

Años antes de que estallara la *burbuja* del precio de la vivienda en Estados Unidos, varios economistas advirtieron sobre el vínculo entre los tipos de interés muy reducidos y el fuerte aumento de los precios de la vivienda. William R. White, un seguidor de la Escuela Austriaca, advirtió en agosto de 2003 que "el comportamiento inusualmente optimista de los precios de la vivienda en la desaceleración actual bien podría estar relacionado con la sustancial relajación de las condiciones monetarias emprendida por los bancos centrales (…). [Esto] ha alentado un mayor aumento del endeudamiento de los hogares en varios países, lo que aumenta el riesgo de que el banco central vuelva a aumentar su balance en caso de que los precios de la vivienda se ablanden y sea necesario favorecer la refinanciación". [548] En 2006, White advirtió nuevamente de que "la persistencia de condiciones monetarias excesivamente laxas puede conducir a la acumulación de desviaciones significativas respecto de las normas históricas, ya sea en los niveles de deuda, los índices de ahorro, los precios de los activos y otros indicadores de posibles desequilibrios". [549]

Es notable que un economista estadounidense de gran referencia, Paul Krugman, recomendase a la FED que insistiese en su estrategia y desoyese las advertencias de analistas como White. En un artículo de opinión para el *New York Times* publicado en 2002, Krugman afirmó que, "para combatir la recesión, la FED necesita

aumentar el gasto de los hogares para compensar los bajísimos niveles de inversión empresarial. Tal y como expresó Paul McCulley, de Pimco, la forma de lograr esto pasa porque Alan Greenspan cree una *burbuja* inmobiliaria que reemplace la *burbuja* del Nasdaq". [550] Se trataba, pues, de que la FED apostase por mantener los tipos bajos y así crear una *burbuja* de precios de la vivienda que reemplazase la burbuja de las acciones tecnológicas (las *punto com*).

Celebrado por los medios como "el maestro del universo", Greenspan creía que su tarea era la de dirigir el rumbo de la economía y los mercados financieros. Siempre se mostraba orgulloso de haber duplicado los indicadores monitorizados por la FED. En 1997, diez años después de su llegada a la Reserva Federal, esta tarea de investigación abarcaba 14.000 indicadores. Algunos trabajadores de la FED bromearon diciendo que solo Greenspan entendía algunas de estas series de datos. "La amplia disponibilidad de datos le permitía a Greenspan detectar cambios económicos mucho antes que nadie y cambiar rápidamente la dirección de la política monetaria. Este alarde técnico no dejaba de ser una expresión del sueño de la economía planificada, es decir, de la idea de que una mente iluminada entiende mejor el mercado que los millones de agentes económicos que forman parte de él". De este planteamiento se deriva también que el "maestro" podrá utilizar esta información "para orientar a los agentes económicos en la dirección correcta". [551]

El intervencionismo de Greenspan era considerado por los participantes del mercado como una garantía contra la caída de los precios del mercado. Muchos inversores confiaron en el "maestro". Creían que sabría intervenir a tiempo y hacer todo lo necesario para garantizar que los precios no caigan. El *Greenspan put* era un término empleado para aludir a las medidas que tomaba el presidente de la FED para evitar crisis en el mercado de valores. Ejemplos de este tipo de reacción eran el comportamiento de la FED en 1987, tras el colapso que sufrió la bolsa, o en 1998, cuando los mercados vivieron una tormenta por la crisis de deuda rusa y el

colapso del fondo Long Term Capital. En el año 2000, sus medidas de reacción ante la crisis de las *punto com* también fueron aplaudidas. “Se creyó que todas estas acciones habían demostrado que Greenspan nunca dejaría que el mercado cayera bruscamente”, explica Robert J. Shiller, economista estadounidense laureado con el Premio Nobel de su disciplina. [552]

La política intervencionista de la FED, con tipos de interés extremadamente bajos, ciertamente no puede clasificarse como un “fallo del mercado”. Todo lo contrario. En lugar de crear las condiciones para la estabilidad monetaria y dejar que los mercados sigan su curso, los bancos centrales de todo el mundo procuran suavizar o amortiguar los altibajos normales de la economía y los mercados financieros. Cuando estalló la *burbuja* del mercado de valores, la FED reaccionó con tipos de interés aún más bajos que se mantuvieron en niveles reducidos durante años, lo que desencadenó la siguiente *burbuja*, esta vez de consecuencias aún más graves, con el mercado inmobiliario como epicentro.

Hay muchas razones que explican la entrada masiva de dinero en el sector de la vivienda. Además de los bajos tipos de interés, el auge inmobiliario se vio impulsado por los enormes beneficios fiscales con los que se favorecó el avance del sector. Los incentivos fiscales a los préstamos al consumo (por ejemplo, a la compra de automóviles) se habían abolido en los años 80 y 90, pero la deducción del interés pagado por las hipotecas siguió en pie. En 1997, se abolió el impuesto sobre las ganancias de capital ligadas a bienes inmuebles (podía suponer hasta 500.000 dólares para una pareja casada), pero se mantuvo en pie para otro tipo de inversiones (por ejemplo, acciones). El entonces jefe de la Agencia Tributaria: “¿por qué insisten en que se obtengan esos beneficios solo en el mercado de la vivienda? ¿Por qué no se favorece otra forma de inversión, por ejemplo en bonos y acciones?”. [553] Un estudio de la FED mostró que el número de transacciones inmobiliarias entre 1997 y 2006 fue un 17% mayor de lo que hubiera sido sin todos estos incentivos fiscales. [554] Durante estos años se dispararon las operaciones de compra-venta rápida por parte de los *house flippers*,

especialistas en hacerse con una propiedad, introducir alguna mejora y sacarla de nuevo al mercado. Las tendencias especulativas se exacerbaron.

Los tipos de interés extremadamente bajos combinadas con los beneficios fiscales a las inversiones inmobiliarias fueron una de las razones de la *burbuja*. Sin embargo, el *boom* no fue homogéneo, sino que se concentró en una docena de los cincuenta territorios del país norteamericana. Los estudios demuestran que el sobrecalentamiento de la vivienda se dio principalmente en los Estados que mantuvieron regulaciones tendentes a limitar la oferta de bienes inmuebles. Entre los años 2000 y 2006, los territorios donde estas regulaciones eran especialmente intervencionistas (caso de California o Florida) experimentaron subidas de precios de más del 130%. Por el contrario, en zonas donde este tipo de regulación es escaso (caso de Texas o Georgia) se observaron aumentos mucho más moderados, en el entorno del 30%. [555]

UNA DEUDA *POLÍTICAMENTE CORRECTA*

La *burbuja* del precio de la vivienda también fue impulsada por el hecho de que se otorgó un número creciente de hipotecas a prestatarios poco solventes. Esto era precisamente lo que los políticos venían favoreciendo desde hace décadas. Todo empezó con la Ley de Reinversión Comunitaria que aprobó Jimmy Carter en 1977. Aunque inicialmente tuvo poco impacto, entre 1993 y 2001, coincidiendo principalmente con el mandato de Bill Clinton, esta ley fue ampliada considerablemente y se empleó para obligar a los bancos a financiar la deuda de compradores de vivienda que hasta entonces no habrían sido considerados para recibir préstamos hipotecarios. Este tipo de intervencionismo se justificó desde la esfera política en nombre de la igualdad racial, para proteger a los negros, los hispanos y otros grupos económicamente menos favorecidos ante lo que, se decía, era una forma de discriminación.

Según esta Ley, los bancos podían terminar siendo demandados por no conceder crédito a personas de estas minorías, de modo se

introdujeron cuotas orientadas a asegurar que la financiación también llegaba a dichos colectivos. Para cumplir con esos requisitos, las entidades tuvieron que relajar las evaluaciones de riesgo que usaban para aprobar los préstamos para vivienda. [556] Violar las disposiciones de la Ley de Reinversión Comunitaria no solo acarreaba posibles demandas judiciales, sino que también podía suponer el bloqueo de procesos de fusiones, el freno a la apertura de nuevas sucursales… [557] A todo esto había que sumar el miedo que tenían las entidades a ver su reputación manchada por medios de comunicación que pudiesen vincular la negativa a ofrecer ciertos prestamos a algún tipo de estrategia discriminatoria con las minorías.

Los bancos se vieron obligados a publicar su desempeño en materia de concesión de crédito a estos grupos, declarando abiertamente cuántos prestamos hipotecarios habían destinado a dichos colectivos. También se exigió que las familias de rentas bajas se beneficiasen de este planteamiento.

Asociaciones políticas de izquierda como ACORN lanzaron agresivas campañas de comunicación dirigidas contra las entidades que no cumplieron los objetivos de la norma. El objetivo de ACORN y otros grupos era utilizar la presión pública para obligar a los proveedores de servicios financieros a relajar más aún las condiciones de los préstamos. En noviembre de 2001, dos de los más grandes bancos del país, JP Morgan y Chase Manhattan, donaron cientos de miles de dólares a esta organización para no poner en peligro su proceso de fusión con este tipo de acusaciones. [558] En 2009, se suspendió el pago de fondos del gobierno federal a ACORN después de que saliese a la luz un vídeo grabado con cámara oculta que vinculaba a empleados de la entidad con todo tipo de irregularidades, desde el contrabando de niñas de El Salvador a Estados Unidos a la evasión de impuestos o la prostitución infantil. [559] Poco después, esta organización se declaró en quiebra.

El Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano también obligó a los proveedores de servicios financieros a firmar convenios y acuerdos contra la discriminación basados en el principio de "discriminación positiva". Esto obligaba a otorgar preferencia a las minorías a la hora de otorgar préstamos. Se reconoció abiertamente que personas que no cumplían con los estándares financieros para ser receptores de prestamos debían pasar a las primeras posiciones de la fila, a pesar de que esto aumentaba el riesgo crediticio. [560]

En una conferencia, un miembro de la Junta de Gobernadores de la Reserva Federal, Edward M. Gramlich, citó diversos estudios que mostraban cómo los hogares de ingresos bajos o los miembros de minorías que tradicionalmente tenían más dificultades para obtener prestamos hipotecarios iban a ser ahora receptores de financiación bancaria por un monto nunca antes visto. Entre 1993 y 1998, el volumen de hipotecas convencionales concedidas a personas de bajos ingresos subió un 75%. En cuanto a las minorías, los hispanos recibieron un 78% más de financiación bancaria para la compra de vivienda, mientras que entre los afroamericanos se dio un repunte del 95%. Por el contrario, el volumen de hipotecas convencionales aumentó mucho menos durante este periodo (alrededor de un 40%). [561]

Las agencias Fannie Mae y Freddie Mac jugaron un papel muy importante en estos desarrollos. La Asociación Nacional de Hipotecas Nacionales (FNMA) se fundó en 1938 como un banco estatal y se "privatizó" en 1968. En dicho momento, la compañía fue renombrada como Fannie Mae, de la abreviatura FNMA. Gracias a los privilegios regulatorios y los beneficios fiscales que se fueron aprobando, esta compañía se mantuvo siempre dentro del campo de influencia del Estado, por mucho que su naturaleza fuese, en teoría, privada.

Su contraparte, Freddie Mac (Federal Home Loan Mortgage Corporation), compraba préstamos hipotecarios a los bancos y los empaquetaba para el mercado financiero, en forma de valores respaldados por hipotecas. Freddie Mac también era una empresa

creada por el gobierno y su operativa estaba supervisada por la Oficina de Supervisión de Empresas de Vivienda Federal. Estas empresas lanzadas desde el gobierno son particularmente peligrosas, porque permiten que los inversores privados asuman todos los riesgos imaginables sabiendo que el Estado, es decir, el contribuyente, pagará las pérdidas si las cosas salen mal. [562]

Ambas entidades tenían una línea de crédito para operaciones de refinanciación con el Tesoro de los Estados Unidos. El tamaño de dicha facilidad era significativo y las condiciones, muy ventajosas. La garantía por parte del Estado hacía que estos títulos tuviesen un tratamiento similar de la deuda pública en su negociación en los mercados. [563] Fannie Mae y Freddie Mac ejecutaron estas garantías en 2008-2009.

Ambas entidades eran los dos principales entes de negociación hipotecaria de todo el mundo y sus avales estaban ligados a la mayoría de los prestamos hipotecarios que se concedían en Estados Unidos. Tras su quiebra efectiva en 2008, ambas corporaciones fueron formalmente nacionalizadas. Sin el papel que jugaron Fannie Mae y Freddie Mac, no habría sido posible la rápida propagación de los préstamos de alto riesgo, es decir, de las hipotecas concedidas a compradores de viviendas de ingresos bajos.

Además, Fannie Mae y Freddie Mac mantenían una relación muy cercana con Countryside, un proveedor de servicios financieros conocido por sus actividades de alto riesgo que, en su apogeo, tenía 60.000 empleados y 90 sucursales. De hecho, Countryside era el mayor comercializador de hipotecas de Fannie Mae, hasta el punto de que los expertos inmobiliarios bromeaban a menudo diciendo que Countryside era una filial de la compañía semipública. [564]
Estas dos entidades desempeñaron un papel muy importante en la implementación de requisitos políticamente correctos para la concesión de préstamos. Ya en septiembre de 1999, el *New York Times* informó que Fannie Mae había relajado los requisitos con ánimo de “extender las hipotecas de vivienda a personas cuyo

crédito generalmente no es lo suficientemente alto como para acceder a préstamos convencionales". Fannie Mae operaba "bajo creciente presión por parte de la Administración Clinton para ampliar los préstamos hipotecarios a personas de ingresos bajos o moderados". Uno de los objetivos del gobierno era "aumentar el número de propietarios minoritarios y de bajos ingresos, que [tendían] a tener calificaciones crediticias peores que las de la población blanca no hispana". Ya entonces, el *New York Times* señaló los considerables riesgos que esto conllevaba, especialmente en si se daba una recesión económica. [565]

En 1996, el Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano exigió que el 12% de todas las hipotecas compradas por Fannie Mae y Freddie Mac fueran "préstamos asequibles especiales", generalmente otorgados a compradores de viviendas de muy bajos ingresos. Ese número aumentó al 20% en el año 2000 y subió al 22% en 2005. Las dos compañías afiliadas al Estado implementaron todos estos requisitos. La meta para 2008 era llegar al 28%. [566]

En el año 2000, Fannie Mae compró 1.200 millones de dólares ligados a prestamos de vivienda de categoría *subprime*. En 2001, la cifra fue de 9.200 millones, mientras que en 2002 llegó a 15.000 millones. Llegado el año 2004, las operaciones de Fannie Mae y Freddie Mac habían movilizado 175.000 millones dedicados a financiar prestamos de alto riesgo. [567]

En 2008, Paul Krugman defendió a ambas compañías contra las críticas que empezaron a recibir cuando este fiasco fue evidente. Krugman enfatizó que nunca habían otorgado un solo préstamo de alto riesgo. [568] Sin embargo, lo cierto es que ambas corporaciones semipúblicas jugaron un rol fundamental en todo el proceso, pues fueron los compradores más activos y menos prudentes en el mercado de mayor riesgo. Más del 40% de los prestamos hipotecarios que compraron Fannie Mae y Freddie Mac entre 2005 y 2007 fueron títulos *subprime*, que oficialmente se etiquetaban como prestamos "Alt-A". [569]

La relajación de las condiciones para otorgar préstamos a grupos de bajos ingresos o minorías como los negros o los hispanos, combinada con los objetivos y cuotas de préstamos que asignaba el gobierno a estos segmentos, terminaron provocando que se concediese un gran volumen de préstamos hipotecarios a prestatarios cuya solvencia e historial crediticio indicaban que era poco probable que pudieran devolver estos préstamos a largo plazo. En paralelo, los incentivos fiscales y la política de tipos de interés muy bajos terminaban por alentar esta *burbuja* en el ámbito inmobiliario.

En su autobiografía, Alan Greenspan defiende la idea de la flexibilización de las normas crediticias: “fui consciente de que la relajación de los términos en que se negocia el crédito hipotecario planteada para llegar a los prestatarios de alto riesgo implicaba aumentar el riesgo financiero. También entendí que los subsidios orientados a favorecer el acceso a la vivienda distorsionaban los resultados del mercado. Pero entonces, como ahora, creí que los beneficios de la ampliación de la propiedad de la vivienda valdrían la pena”. [570]

Echando la vista atrás, queda claro lo absurdo que fue esto. El colapso que terminó enfrentando el sector de la vivienda en Estados Unidos provocó un *crash* financiero de alcance internacional. Pero el objetivo que enuncia Greenspan nunca se logró, puesto que la tasa de propiedad de vivienda posterior a la crisis resultó ser más baja que antes de la *burbuja*, ya que los compradores de viviendas con bajas calificaciones crediticias perdieron sus viviendas a raíz de las ejecuciones hipotecarias que desencadenaron sus impagos. Es obvio que la ejecución hipotecaria es, a menudo, una experiencia traumática para cualquier familia. Por tanto, este es uno de los muchos ejemplos de cómo la intervención política en el mercado conduce exactamente a lo contrario de lo que los políticos pretendían originalmente.

El volumen de préstamos *subprime* que podríamos tildar de “políticamente correctos” experimentó un aumento continuado a lo

largo de los años. En 1994, el volumen del mercado de hipotecas de alto riesgo era de apenas 35.000 millones. En 2005 había crecido hasta los 625.000 millones. Llegado el año 2006, el *New York Times* estimó que la participación de *Wall Street* en el mercado global de financiamiento hipotecario era del 60%. Los bancos de inversión compraron hipotecas de alto riesgo a los prestamistas hipotecarios, las empaquetaron y las vendieron en forma de valores. [571]

Los bancos y demás proveedores de servicios financieros no mantenían los préstamos en sus propios libros, sino que los revendían a Fannie Mae, de modo que aparentemente no había límite para el desarrollo de este tipo de mercado. Los inversores creyeron que podían confiar en las agencias de calificación que otorgaban calificaciones satisfactorias a los paquetes de préstamos hipotecarios titulizados. Como resultó evidente más tarde, estas calificaciones fueron demasiado generosas, pero el fracaso de las agencias de calificación tampoco debería ser interpretado como una prueba de que el mercado haya fallado, puesto que esta rama de actividad se mueve en un contexto de oligopolio, con apenas tres entidades de referencia (S&P, Moody's y Fitch) determinando con sus notas qué bonos pueden comprar los inversores institucionales y qué títulos no deberían ser aceptados. El Estado ha promovido esta falta de competencia, reduciendo a estas entidades la calificación de sus títulos de deuda o limitando a dichas agencias la tarea de ofrecer *ratings* de títulos privados. El poder, y especialmente el poder legitimado por el Estado, a menudo conduce al abuso del poder. Esto es exactamente lo que sucedió durante la irracional *burbuja* del precio de la vivienda, porque las agencias de *rating* otorgaron calificaciones demasiado positivas y, de esta forma, dieron a los inversores una falsa sensación de seguridad.

Los tipos de interés extremadamente bajos y los estándares de préstamos laxos se tradujeron en que cada vez más estadounidenses ingresaron al mercado inmobiliario y los precios de compra se dispararon. En la práctica del *flipping*, muchos compradores adquirían casas para revenderlas casi inmediatamente con ganancias. El mercado inmobiliario reflejó un auge bursátil: los

precios subieron abruptamente y todos los agentes esperaban que siguieran escalando, de modo que siempre parecía lógico comprar hoy para vender mañana a un precio mayor.

Entre 1997 y 2002, los precios de la vivienda en Estados Unidos subieron un 42%, pero el aumento fue del 67% en Nueva York, el 69% en Boston, el 75% en Nueva Jersey o el 88% en San Francisco. [572] A corto plazo, estos aumentos en el precio de la vivienda parecían hacerle bien a la economía estadounidense, puesto que muchos propietarios usaron el aumento de valor de sus hogares como palanca para aumentar su financiación bancaria y, de esta forma, aumentar sus niveles de consumo. Todo esto constituía un impulso al crecimiento, pero solo en el corto plazo.

Tanto los prestamistas hipotecarios como los compradores de viviendas entraron en un verdadero estado de euforia. La prudencia como guía para las decisiones comerciales parecía haber quedado suspendida. Algunos estudios han demostrado que en el 60% de los prestamos otorgados sin necesidad de presentar una prueba escrita de los ingresos del prestatario, las rentas reconocidas por los beneficiarios habían sido exageradas en al menos un 50%. Según un análisis de Credit Suisse, en 2006 se otorgaron 276.000 millones en préstamos de este tipo, sin requerir documentación alguna que asegurase la situación de ingresos de los receptores. También en estos años surgieron productos como las hipotecas 2/28, que ofrecían dos años con tipos de interés reducidos seguidos de veintiocho años con tipos de interés muy altas. Pese al riesgo inherente a estos productos, lo cierto es que fueron muy populares. [573]

Al igual que en cualquier episodio de *burbuja*, el auge atrajo también a estafadores que veían la oportunidad de ganar dinero rápidamente. El canal de televisión ABC informó sobre el ejemplo de un anciano con problemas de salud que solicitó una pequeña cantidad de crédito al consumo. Lo que obtuvo a cambio fue una hipoteca de una vivienda de USD 50.000. Transcurridos diecisiete días, y antes incluso de la fecha de vencimiento de su primera

cuota, se reprogramaron los pagos del préstamo y se extendió el periodo durante el cual se esperaba que devolviera el préstamo. En los cuatro siguientes años, el prestamista reprogramó el préstamo once veces y le cobró una tarifa de financiamiento del 10% cada vez que procedió a tomar estas decisiones. Cuando el anciano ya no pudo pagar las cuotas, el prestamista procedió a invocar la ejecución hipotecaria de su casa. [574] Aunque puede que este haya sido un caso extremo, las declaraciones de ingresos falsas y las opiniones de expertos que sobrestimaban el valor de las casas fueron solo algunas de las prácticas fraudulentas que estaban a la orden del día.

Los préstamos de alto riesgo se empaquetaban como Obligaciones de Deuda Garantizada (CDO) y se vendían a los inversores. Los banqueros, impulsados por la perspectiva de lograr altas bonificaciones, fueron criticados después por haber creado tales productos y revenderlos a inversores ingenuos. Muchos inversores recibieron con gran entusiasmo estos productos y no cuestionaron su valor. Fue incluso el caso de la banca pública alemana, que estaba invertida en los CDO estadounidenses. En el país norteamericano se bromeó sobre el “estúpido dinero alemán”. Había confianza ciega en la calificación de estos productos, lo que parecía eliminar cualquier tipo de duda. Y, dado que los precios inmobiliarios nunca habían caído en todo el país y, desde luego, no en las últimas décadas, la probabilidad matemática e histórica de que terminase dándose un incumplimiento en estos títulos parecía extremadamente baja.

Tan pronto como los precios de las propiedades empezaron a caer, el valor que tenían estos títulos en los balances ya no se correspondía con la realidad. El Índice Case-Shiller del Precio de la Vivienda, que cubre los veinte principales mercados inmobiliarios del país, experimentó un descenso del 35% entre julio de 2006 y febrero de 2012. En San Francisco, los precios de la vivienda cayeron un 46%. En Tampa, un 48%. En Detroit, un 49%. En Miami, un 51%. [575] Si se ajustan los datos para tener en cuenta la inflación, las caídas fueron aún más drásticas.

Muchos compradores de vivienda que habían adquirido estos activos en el apogeo de la *burbuja* terminaron perdiendo sus viviendas, dejando inservible todo el capital que habían invertido en sus propiedades . El valor de mercado de muchas propiedades cayó a menudo por debajo de la cantidad pendiente de devolución que seguían marcando las hipotecas, de modo que muchos propietarios que no lograron obtener capital adicional vieron cómo los bancos ejecutaron la hipoteca de sus casas.

Esto es lo que desencadenó la crisis financiera mundial. Los préstamos inmobiliarios titulizados, a los que las agencias de *rating* habían otorgado tan buenas calificaciones, vieron cómo su valor se hundía, puesto que los precios de la vivienda cayeron con fuerza y muchos prestatarios ya no pudieron devolver sus préstamos. Esto provocó serias dificultades para los bancos, las compañías de seguros y los fondos, lo que provocó una reacción en cadena que culminó con el colapso de Lehman Brothers, en septiembre de 2008.

¿Cómo respondieron el gobierno y los bancos centrales? Sorprendidos por las secuelas de la quiebra de Lehman Brothers, optaron por mantener artificialmente vivos a los bancos y las compañías de seguros, “rescatándolos” con cientos de miles de millones de dinero de los contribuyentes. Esto era comprensible, porque querían evitar el colapso total del mercado, pero tuvo efectos secundarios muy perjudiciales a largo plazo, porque retrasó la muy necesaria reestructuración del mercado. En última instancia, lo cierto es que muchos propietarios estaban protegidos ante las ejecuciones hipotecarias por diversas regulaciones legales. Pero los bancos centrales insistieron en apuntalar el mercado y evitar su ajuste y, de hecho, redujeron aún más los tipos de interés, llevándolos a cero. La FED lanzó, además, el mayor programa de compra de bonos de toda su historia.

LA CRISIS DE LA EUROZONA: LA PRIMACÍA DE LA POLÍTICA

En Europa sucedió algo similar, aproximadamente dos años después del estallido de la crisis financiera estadounidense. A este lado del Atlántico, Grecia y otros países del sur de Europa desencadenaron una crisis en la Eurozona a partir de 2010. Esta crisis fue el resultado de elevadísimos niveles de deuda, de modo que tampoco fue en modo alguno un fracaso del mercado, sino la consecuencia directa del intervencionismo político.
El euro, sin duda una moneda que encarna motivos políticos muy específicos, fue inicialmente adoptado en 1999 como la moneda única de catorce países europeos. En ese momento, las preocupaciones económicas que planteaba esta nueva moneda fueron ignoradas, ya que países como Francia e Italia esperaban que la unión monetaria "contuviese" el poderío económico de Alemania, donde el canciller Helmut Kohl veía el proyecto con buenos ojos porque podía contribuir a avanzar hacia la unidad europea. "Kohl y los otros líderes europeos se guiaron por su creencia en la primacía de la política. Pusieron sus esperanzas en que su apuesta terminase prevaleciendo sobre leyes económicas que, o bien no llegaban a comprender, o bien solo reconocían de mala gana", explicó el economista teutón Hans-Werner Sinn lo expresa. [576]

Kohl logró que en Alemania hubiese consenso a favor de la aprobación del euro gracias, en gran medida, a la cláusula de "no rescate" contenida en el Tratado de Maastricht. Este punto garantizaba que ningún país miembro de la Eurozona estaría obligado a saldar las deudas de otro país. Economistas como el reconocido teórico monetario Peter Bernholz advirtieron antes incluso de la introducción del euro que las leyes de la economía demostrarían ser más fuertes que las cláusulas que desarrollaron la arquitectura política del acuerdo. Milton Friedman sumó su voz a quienes hablaban en contra del tratado. [577] Un grupo de 155 economistas alemanes firmaron una declaración pública mostrándose en contra de la adopción del euro, que consideraban prematura y equivocada.

Pero los políticos europeos creían que sus visiones y objetivos políticos eran más fuertes que las leyes del mercado y optaron por subordinar la economía del mercado a la primacía de la política. Los mismos argumentos fueron empleados para justificar la inclusión de Grecia como socio de la Eurozona. El país heleno no cumplía las condiciones de acceso y, además, falsificó su contabilidad nacional para “maquillar” estos incumplimientos.

Los socios del Sur de Europa estaban encantados. Después de la introducción del euro, se beneficiaban de tipos de interés similares a los de Alemania. No hay que olvidar que antes de la introducción del euro, los intereses que pagaba Atenas al emitir su deuda pública superaban en 15 puntos porcentuales la tasa abonada por Berlín. Sin embargo, en lugar de utilizar ese ahorro para devolver la deuda pendiente, el sector público de los países que salieron beneficiados siguió expandiéndose de forma masiva. Por ejemplo, el número de empleados públicos aumentó un 16% en Grecia entre los años 2000 y 2008. [578] Además, el salario de estos funcionarios también experimentó diversas subidas. Solo entre los años 2007 y 2010, la deuda pública del país mediterráneo aumentó de 240.000 a 330.000 millones de euros.

Grecia arrastra una tradición de escasa solidez macroeconómica, ya que sus gobiernos se han declarado insolventes durante más de la mitad de su tiempo de existencia como Estado independiente, que se remonta a la fundación de la Primera República Helénica en 1829. Ningún otro país ha enfrentado este tipo de situación durante tantos años. [579]
Después de la introducción del euro, y antes de la crisis financiera, un gran número de bancos e inversores invirtieron su dinero en bonos emitidos por Grecia y otros países del sur de Europa, atraídos por el mayor atractivo de sus tipos de interés. La prima que pagaban respecto a Alemania era ahora mucho menor, pero alcanzaba niveles más altos que los del país teutón, de modo que estos bonos eran ventajosos, sobre todo porque los Acuerdos de Basilea que regulan las reglas de capital del sector financiero y distintos pactos suscritos a nivel europeo anotaban que las inversiones en bonos

griegos debían recibir el mismo ponderación como inversiones en bonos alemanes, al tratarse de países integrados en la Eurozona. Los países altamente endeudados recibieron así un trato preferencial, absorbiendo capital que podría haber terminado en empresas solventes u otras opciones de inversión. Sinn ha descrito estas circunstancias como un “capricho del regulador” que terminó teniendo graves consecuencias. [580] El diseño del euro es un buen ejemplo de cómo se desarrolla un marco regulatorio que, en vez de crear un entorno razonable para el mercado, sirve al interés propio de los gobiernos. Lo mismo aplica, por ejemplo, en el caso de las normas que incentivan la compra de deuda pública por parte de seguros o planes de pensiones. De nuevo, las reglas se diseñan según la conveniencia de los políticos.

Sin embargo, a raíz de la crisis financiera, y debido a las excesivas deudas que acumuló Grecia, los inversores perdieron toda su confianza en el país y los tipos interés de los bonos del Tesoro heleno aumentaron drásticamente. Grecia estaba al borde de la bancarrota pero, por supuesto, los políticos y los medios de comunicación no vincularon esta deriva con el Estado hipertrofiado que se había alimentado durante años, sino que se lanzaron a criticar a los “especuladores” que, al huir de la deuda griega, no hacían más que exponer los problemas ligados a la misma. Culpar a estos agentes es tan lógico como señalar al termómetro del médico cuando se nos diagnostica una fiebre. Pero, ¿qué hicieron los griegos? La salida favorecida por la mayoría fue elegir a un gobierno socialista radical que le echó las culpas de la crisis al mundo de las grandes finanzas internacionales. Grecia fue “rescatada” de la bancarrota por sus vecinos europeos, nuevamente por razones políticas. Se violaron numerosas disposiciones del Tratado de Maastricht, en particular la cláusula de “no rescate” mencionada anteriormente.

La situación económica también se volvió crítica en Italia, Portugal y España, entre otros países. La “salvación” que evitó su colapso fue un programa de préstamos y garantías diseñado por los países de la Eurozona y por el Banco Central Europeo (BCE), que además siguió

reduciendo sus tipos de interés hasta llevarlos a cero. Además, el BCE empezó a comprar bonos de deuda pública e incluso deuda privada, una intervención muy directa en la operativa de los mercados.

Al igual que ocurrió con muchos otros proyectos económicos impulsados por causas e intereses políticos, la introducción del euro logró lo contrario de su objetivo declarado. En vez de acelerar la unidad europea, promovió la discordia. Cuando se introdujo el euro, los países del continente estaban cada vez más cerca, tanto política como económicamente. Ese proceso había sido continuo durante décadas. Peor la crisis de la Eurozona ha generado nuevamente más separación. Los países del sur de Europa, como Grecia, se sintieron insoportablemente tutelados por los alemanes, mientras que la población teutona se mostró ofendida por la ingratitud percibida de las economías mediterráneas, que parecían exigir a Alemania que pagasen la factura de sus endebles políticas presupuestarias.

¿UN FALLO DEL MERCADO?

Ni la *burbuja* del precio de la vivienda en Estados Unidos, con la crisis financiera que siguió, ni la crisis de la Eurozona en Europa, con sus distintas implicaciones, tienen algo que ver con los llamados “fallos del mercado”. Tampoco constituyen, en absoluto, una crisis del capitalismo. Por el contrario, ambos escenarios adversos fueron provocados por políticos y banqueros centrales.

Los políticos quisieron implementar sus proyectos ideológicos (en Estados Unidos, aumentar la tasa de propiedad de vivienda entre las minorías; en Europa, unificar al continente a través del euro) a base de intervenir en el mercado. Además, estas crisis también son el resultado de una expansión irresponsable de la deuda, ocurrida a expensas de las generaciones futuras y en el marco de una intervención muy intensa de los mercados por parte de los respectivos bancos centrales, la FED y el BCE, cuyas políticas de

dinero barato han anulado en gran medida los mecanismos del mercado.

Por supuesto, los políticos y los bancos centrales no quisieron aceptar la responsabilidad de las crisis financieras y de la Eurozona. Como el ladrón que grita "¡Alto! ¡Ladrón!" para desviar la atención y salirse con la suya, desde la esfera política y desde la banca central se ha hablado del "fracaso del mercado" o de los problemas que genera el "capitalismo salvaje". Los banqueros han sido duramente atacados por los medios de comunicación y por políticos populistas. Por supuesto, hubo algunos financieros demasiado codiciosos y también se cometieron prácticas fraudulentas, como lo ha habido históricamente antes de cualquier tipo de *burbuja* (pensemos, por ejemplo, en lo ocurrido a finales de los 90 con las *punto com*, una época en que se dieron diversas estafas). Atribuir la culpa de la crisis financiera a banqueros codiciosos puede ser una explicación satisfactoria para quienes no entienden, o no quieren entender, las complejas causas de lo ocurrido. De hecho, entender todo lo ocurrido puede resultar difícil para el ciudadano de a pie. Pero eso no significa que sean explicaciones satisfactorias. Es como echarle la culpa de un accidente aéreo a la gravedad.

Las primas salariales relacionadas con el rendimiento claramente incentivaron a algunos banqueros a seguir estrategias equivocadas y arriesgadas, recompensando las ganancias a corto plazo. Esta es una práctica que ha sido criticada extensamente y de forma certera. Sin embargo, esto tiene poco que ver con un "fallo del mercado", ya que los bonos basados exclusivamente en ganancias a corto plazo no son del interés de ninguna compañía o banco. De hecho, tales bonos violan los principios capitalistas, ya que la teoría financiera define la maximización de ganancias como la maximización del valor presente de la suma de todos los flujos de efectivo futuros, incluidos los del futuro distante. [581] Esto es aún más importante cuando los tipos de interés son bajos. Después de todo, cuanto más bajo sea el *precio del dinero*, mayor es el impacto de los flujos de efectivo en un futuro muy lejano dentro de la fórmula de descuento empleada para calcular los valores actuales. Los sistemas de remuneración que se

basan en incentivos distorsionados no son los más apropiados para ninguna empresa o banco.

Precisamente por eso, estas distorsiones han sido reconocidas y corregidas por los propios bancos y empresas donde ocurrieron, sin necesidad de que se adoptasen grandes prohibiciones o restricciones diseñadas políticamente, *de arriba hacia abajo*. Ese tipo de incentivos a la remuneración distorsionan claramente el mercado, pero son fáciles de solucionar.

Las garantías estatales implícitas otorgadas a un número cada vez mayor de bancos que fueron considerados "sistémicos" constituye un problema mucho mayor. Los políticos consideran que estos bancos son "demasiado grandes para quebrar" (*too big to fail*), lo que significa que, en última instancia, serán "rescatados" por el Estado, con el dinero de los contribuyentes, si se meten en problemas como resultado de actividades especulativas. Esto tampoco es el resultado de ningún "fallo del mercado"; de hecho, es exactamente lo contrario y, además, fomenta modelos de negocio demasiado arriesgados.

En condiciones normales, el mercado castigaría a los bancos por su mala conducta, pero estas garantías estatales implícitas impiden el funcionamiento de tales mecanismos. En lugar de colapsar, los bancos en cuestión se mantienen a flote. Uno de los principios más importantes del capitalismo es que el mercado, mediante el proceso de *supervivencia del más apto*, decide qué participantes son ineficientes o económicamente inviables. Cuanto menos se aplique este principio, más nos alejaremos del capitalismo. Es absurdo hablar de "capitalismo de casino" para referirse a las finanzas que se derivan de este modelo, porque no hay un solo casino en el mundo que compense a los jugadores por sus pérdidas…

Políticos, medios de comunicación y anticapitalistas de diversos ámbitos insisten en que la crisis financiera fue provocada por el irresponsable capitalismo de *laissez-faire* y la "desregulación neoliberal" que comenzó en la década de 1980, bajo el liderazgo de

Ronald Reagan. Nos dicen que la crisis financiera fue el clavo definitivo en el ataúd del capitalismo de libre mercado. Pero, de hecho, el mercado financiero distaba mucho de ser un entorno desregulado y liberalizado. Antes de la crisis financiera, el gobierno federal empleaba a 12.190 reguladores dedicados a supervisar el funcionamiento del sector: cinco veces más que en 1960.

Desde la década de 1980, cuando supuestamente comenzó la fase de *laissez faire* financiero, el gasto federal dedicado a financiar las agencias y divisiones oficiales que regulan el mercado financiero ha aumentado de 725 a 2.300 millones de dólares anuales (datos ajustados a la inflación). [582] Además, las regulaciones bancarias internacionales (como Basilea I, II y III) desencadenaron muchos de los problemas que contribuyeron a la crisis financiera, como demuestra Johan Norberg en un libro sobre esta cuestión. [583] Acumulando normas cada vez más estrictas, el sistema termina teniendo cada vez mayor complejidad y resulta más susceptible ante las crisis.
El diagnóstico erróneo de las causas de la crisis financiera implica también que las terapias propuestas también son equivocadas. La recesión vino causada por tipos de interés excesivamente bajos, intervenciones distorsionadoras del mercado y problemas derivados de un cuadro generalizado de sobreendeudamiento. ¿Creemos seriamente que la terapia correcta involucra tipos de interés aún más bajos, intervenciones aún más intensas en los procesos del mercado y más acumulación de deuda? Estas medidas pueden tener un impacto a corto plazo, pero por esta vía terminamos viendo que los mercados se vuelven cada vez más dependientes de los tipos de interés bajos.

Pero el *dinero barato* no hace nada para resolver los problemas subyacentes: solo suprime los síntomas y los empuja hacia el futuro. La combinación actual de regulación excesiva y tipos de interés cercanos a cero causará problemas considerables a medio plazo para muchos bancos y, de hecho, es el caldo de cultivo perfecto para nuevas crisis, que serán incluso más severas.

Si el BCE elevara los tipos de interés, países como Italia entrarían en graves dificultades. Los mercados de valores se han acostumbrado tanto a las los tipos bajos que son casi como drogadictos. Cuando los drogadictos consumen una dosis, se sienten mejor a corto plazo, porque sus síntomas de abstinencia desaparecen, pero nadie con un mínimo de sentido común afirmaría que esto es una cura.

Por eso no estoy de acuerdo con la Fundación Heritage cuando afirma que, en los últimos años, la libertad económica ha aumentado en todo el mundo. Creo, de hecho que ha disminuido significativamente. En Europa es cada vez más evidente que el BCE ha perdido su independencia. Aunque la mantenga en teoría, no es serio decir que, en la práctica, esto siga siendo así. Su papel no tiene nada que ver con la posición que una vez ocupó, por ejemplo, el *Bundesbank*. De hecho, el BCE se ha convertido en un instrumento de financiación de la deuda pública, a pesar de que tiene prohibido hacer eso mismo.

Como resultado, me preocupa que en algún momento enfrentaremos una nueva crisis financiera pero incluso esto podría no ser suficiente para reconducir el camino y apostar verdaderamente por la economía de mercado. Me temo, de hecho, que sucederá lo contrario: los políticos y los medios de comunicación citarán la nueva crisis como prueba de los fallos inherentes del sistema capitalista y concluirán, como lo han hecho tantas veces antes, que el Estado necesita intervenir aún más intensamente en la economía. En mi opinión, estas intervenciones son las mayores amenazas que enfrenta el capitalismo.

El sector financiero se basa menos en la economía de mercado y está más regulado que cualquier otra industria, tal vez con la excepción de la atención médica. El hecho de que, precisamente, las dos áreas de la economía que están más estrictamente reguladas por el Estado sean las más inestables debería dar lugar a una reflexión.

Por supuesto, se necesita cierta regulación en estas áreas, pero la idea de que una mayor regulación dará mejores resultados es claramente errónea. Al contrario, Richard Bookstaber concluye que el aumento de la regulación ha exacerbado los problemas en el sector financiero: “los intentos de generar seguridad a base de regulaciones y salvaguardias solo aumentan la complejidad del sistema y hacen que los problemas sean más frecuentes”. [584] Al igual que con otras formas de intervención estatal, con demasiada frecuencia vemos que la regulación provoca exactamente lo contrario de lo que se pretende. Por lo tanto, es esencial no sobreestimar lo que puede lograr la intervención regulatoria ni subestimar el peligro de efectos secundarios indeseables derivados de la misma.

Capítulo 10

¿Por qué tantos intelectuales rechazan capitalismo?

De entrada, quisiera hacer una advertencia: incluso los lectores que estén de acuerdo con los argumentos presentados hasta esta página pueden encontrar el próximo capítulo un tanto difícil de digerir. Aunque me refiero al rechazo por el capitalismo de muchos intelectuales, creo que puedo tocar puntos compartidos por gente que no se considera a sí misma opuesta al mercado.

Los intelectuales critican continuamente las motivaciones y actos de los demás. Va en su sueldo. Sin embargo, no les gusta ser sometidos a un escrutinio crítico y, mucho menos, analizar las motivaciones extra académicas que pueden explicar sus actitudes. Lo vemos, por ejemplo, en el mundo del periodismo. A sus profesionales les gusta criticar todo lo que les rodea y no dejar títere

con cabeza, pero cuando son los medios los que están en el extremo receptor de tales críticas, rara vez aceptan tal circunstancia de buena gana. A juzgar por mi propia experiencia y observaciones, hay incluso una mayoría de intelectuales que, aunque no se definan a sí mismos como anticapitalistas, sí comparten este sentimiento en muchos de sus pronunciamientos. La oposición al mercado parece ser parte integral de su identidad como figuras del mundo de las ideas, independientemente de cuáles sean sus puntos de vista políticos o sociales.

No existe una definición coherente que acote qué es un “intelectual”, pero tampoco es preciso contar con ese sello distintivo claro porque, para el propósito del presente capítulo, basta con señalar que entendemos como intelectuales a los pensadores profesionales, es decir, a individuos que son más hábiles para expresar y articular ideas que la gran mayoría de las personas. Por lo general, se trata de personas leídas y educadas, que cuentan con una preparación avanzada en una o varias disciplinas académicas, generalmente en el campo de las artes, las ciencias sociales o las humanidades, en vez de en disciplinas como la ingeniería u otras “ciencias duras”. Y, en la medida en que hablamos de intelectuales con proyección pública, hablamos de figuras acostumbradas a participar en medios y debates públicos.

De manera similar, el historiador y erudito literario estadounidense Paul Hollander define a los intelectuales como “personas bien educadas, idealistas, de disposición social crítica y altas expectativas, preocupadas por cuestiones morales, culturales, políticas y sociales, y empleadas generalmente por instituciones académicas en sus departamentos de humanidades y ciencias sociales”. [585] Otro rasgo clave de los intelectuales es su “tendencia verse a sí mismos como la conciencia moral de la sociedad”. [586] El sentido de misión que portan estos críticos sociales contribuye a un sentimiento de superioridad moral ampliamente compartido por las élites intelectuales. Este sería un rasgo clave que los diferencia de la élite empresarial.

Se puede establecer una distinción adicional, para diferenciar entre un sentido más limitado y otro más amplio del término. Sobre lo segundo, Friedrich Hayek habló de los intelectuales como "traficantes de ideas de segunda mano" en su polémico ensayo de 1949 sobre "Los intelectuales y el socialismo". Su función, argumenta, "no es la del pensador original ni la del erudito o el experto en un campo particular de pensamiento. El intelectual típico no posee un conocimiento especial de nada en particular y tampoco necesita ser particularmente inteligente para desempeñar su papel de intermediario en la difusión de ideas. Así, lo que califica al intelectual para su trabajo es la amplia gama de temas sobre los que puede hablar y escribir fácilmente, además de una posición y hábitos a través de los cuales se familiariza con ideas nuevas antes que aquellos a quien se dirige". [587] El término incluye a "periodistas, profesores, políticos, conferenciantes, publicistas, comentaristas de radio, escritores de ficción, dibujantes de cómics o artistas varios", pero también a "técnicos, científicos o médicos, que (…) debido a su conocimiento experto sobre sus respectivos campos de actuación, terminan siendo escuchados con respeto y atención cuando hablan de otros asuntos y cuestiones". [588] Las convicciones y opiniones de este grupo "operan como el tamiz a través del cual deben pasar todas las nuevas concepciones antes de que puedan llegar a las masas", determinando así "las opiniones sobre las cuales actuará la sociedad en un futuro no muy lejano". [589]

En mi opinión, el uso del término por parte de Hayek es demasiado limitado, ya que excluye a los intelectuales en sentido estricto, y demasiado amplio, al incluir a cualquier intermediario que esté involucrado de algún modo en la transferencia de conocimiento u opiniones. De modo que el hecho de que existan definiciones varias es un reflejo de la falta de una demarcación clara que diferencie por completo a los intelectuales de otro tipo de práctica profesional.

EL ANTICAPITALISMO COMO RELIGIÓN SECULAR

Desafortunadamente, no hay estudios empíricos o encuestas que evalúen las creencias políticas y las visiones del mundo que tienen

los intelectuales. Lo que sí tenemos son datos sobre profesiones individuales, como los profesores universitarios o los periodistas. En ambos casos, tales sondeos demuestran constantemente el predominio de las creencias de izquierdas. [590] Pero, incluso si no contásemos con esa evidencia estadística sólida, no cabe duda de que la actitud de la mayoría de los intelectuales hacia el capitalismo es crítica en mayor o menor medida. “De hecho, el anticapitalismo es el compromiso espiritual más extendido y más practicado entre los intelectuales”, según el historiador Alan S. Kahan. [591]

En un ensayo de 2012 sobre “Intelectuales y resentimiento hacia el capitalismo”, el sociólogo Thomas Cushman se muestra de acuerdo con Kahan: “el anticapitalismo se ha convertido, de alguna manera, en un pilar central de la religión secular de los intelectuales, erigiéndose en un hábito de los intelectuales críticos modernos que define sus posiciones de grupo y de estatus”. [592]

“¿Por qué es más fácil encontrar mil intelectuales occidentales que admiren a la China comunista que uno solo que admire los dramáticos logros económicos de Taiwán?”, se preguntó el politólogo e historiador Edward Luttwak en la década de 1970. La suya fue una una exageración que buscaba suscitar polémica y nacía de una cierta exasperación, pero ciertamente tocó el nervio adecuado. [593]

“El ideal de que toda la riqueza se obtiene mediante el saqueo es popular en las cárceles y en Harvard”, sugiere también con ánimo de polemizar el sociólogo estadounidense George Gilder, que en 1981 publicó *Riqueza y pobreza*. [594] Gilder culpa “al *establishment* conformado por funcionarios, políticos, académicos de ciencias sociales y líderes de los medios de comunicación”, a quienes responsabiliza de difundir un “credo empobrecedor”. [595]

Incluso los lectores que discrepen con la afirmación de que la mayoría de los intelectuales son abiertamente anticapitalistas difícilmente estarán en desacuerdo con la observación de que la

adopción de una posición crítica frente al capitalismo es ampliamente compartida entre sus filas.

Esta actitud prevalece entre los izquierdistas pero también entre muchos de los pensadores conservadores de la derecha. Alain de Benoist es uno de los defensores más prominentes y prolíficos del movimiento francés *Nouvelle Droite*, que se inspira en la *Revolución Conservadora* de la Alemania de 1920. En *Al borde del abismo: la quiebra inminente del sistema financiero*, afirma que "es imposible reducir el sistema capitalista a una forma económica simple o concebir el sistema capitalista solo en base a su dimensión financiera. Existe una antropología del capitalismo, un tipo de hombre capitalista, una imaginación capitalista, una civilización capitalista, un estilo de vida capitalista y, siempre que no se haya roto con el capitalismo como un hecho social total, es inútil afirmar que se está luchando contra el capital". [596] En 2017, Benoist reiteró que su principal enemigo "siempre ha sido el capitalismo en términos económicos, el liberalismo en términos filosóficos y la burguesía en términos sociológicos". [597]

Si el lector necesita convencerse mejor de que los intelectuales tienden a tener afinidad con el anticapitalismo, puede repasar *La mente contra el dinero: la guerra entre intelectuales y capitalismo*, de Alan S. Kahan, o *De Benito Mussolini a Hugo Chávez: un siglo de idolatría a héroes políticos por parte de los intelectuales*, de Paul Hollander. Ambos autores proporcionan numerosas pruebas y ejemplos que avalan esta teoría.

Dicho esto, cuando me refiere a los "intelectuales" lo largo de este capítulo lo hago simplemente como un atajo conveniente, como un término aglutinador que no pretende señalar que *todos* los intelectuales son anticapitalistas puesto que, afortunadamente, hay excepciones. También vale la pena señalar que el anticapitalismo puede tener formas distintas. A ambos lados del espectro político, se manifiesta como una crítica a la globalización, contra el libre comercio y contra supuestos resultados de dicho sistema, como la explotación, la homogeneización cultural o la generación de pobreza

en África. Alternativamente, el anticapitalismo puede tomar la forma de un resentimiento antiamericano que considera que los Estados Unidos son el epítome de la cosmovisión despiadada y mercenaria inherente al capitalismo. Desde la década de 1970, también se observa un auge del movimiento ambientalista, que culpa al capitalismo del cambio climático y la destrucción de nuestros entornos naturales. Aunque el marxismo experimentó un renacimiento a finales de la década de 1960 y a lo largo de la década de 1970, lo cierto es que, desde finales de la década de 1990, dicho cuerpo teórico empezó a ser reemplazado por la ideología aglutinadora de la "antiglobalización". Recientemente se han observado ciertos indicios de que los marxistas vuelven a disfrutar de un cierto renacimiento, de modo que las modas pueden haber cambiado de nuevo pero, del marxismo al ecologismo pasando por la antiglobalización, el enemigo sigue siendo siempre el mismo: el capitalismo.

Las actitudes anticapitalistas entre los intelectuales no son un fenómeno reciente ni son un fenómeno limitado a una región en particular. Los intelectuales europeos no son menos críticos con el capitalismo que sus pares en los Estados Unidos. De hecho, si acaso hay diferencias, radican en que las actitudes pro-capitalistas prevalecen más en los Estados Unidos, aun siendo minoritarias, que en países europeos como Francia. Tampoco el paso del tiempo ha introducido grandes cambios y alteraciones en estos patrones: según Kahan, "la guerra entre los intelectuales y el capitalismo ha sido una constante de la historia moderna durante más de 150 años". [598]

La sospecha de los intelectuales hacia la riqueza y los ricos se remonta mucho más allá de la aparición del capitalismo. Entre los antiguos filósofos griegos y romanos, las actitudes iban "desde el rechazo violento a la indiferencia. En algunos casos había una cierta aceptación, pero solo de forma limitada y abierta a la reflexión crítica (…) pero siempre parecía prevalecer, cuando menos, un clima de indiferencia". El hecho de que la mayoría de los filósofos de la Era Clásica fueran hombres ricos no les impidió expresar su desprecio

por las riquezas materiales ni argumentar que la riqueza no solo no es importante sino que incluso puede ser peligrosa. [599]

En *La República*, Platón hace que Sócrates plantee la pregunta (retórica): "¿no está la virtud en tensión con la riqueza, como si cada una estuviera en un plato distinto de la balanza, siempre con inclinaciones hacia direcciones opuestas?". [600] Eso sí: Robert Velten ha señalado que, leyendo entre líneas y analizando el pensamiento general de la obra, lo que se desprende no es una desaprobación de la riqueza, sino una hostilidad hacia el comercio. [601] El desprecio generalizado, pues, no era tanto hacia la riqueza en sí, sino hacia la riqueza generada con el trabajo y el comercio. Platón y Aristóteles tenían, en cambio, una visión más positiva de la riqueza heredada o basada en la propiedad. [602]
Un rasgo clave de las sociedades utópicas concebidas por escritores como Tommaso Campanella o Johann Valentin Andreae es su creencia en los efectos beneficiosos del igualitarismo. En la mayoría de las novelas utópicas, la propiedad privada de los medios de producción queda abolida, al igual que ocurre con cualquier tipo de distinción entre los pobres y los ricos. En muchas de estas utopías, los ciudadanos visten igual y los edificios tienen un aspecto casi idéntico. [603]

En el texto fundacional del género utópico, Tomás Moro afirma lo siguiente: "estoy completamente convencido de que no se podrá hacer una distribución justa y equitativa de los bienes ni se podrá encontrar una felicidad perfecta entre los seres humanos hasta que la propiedad privada sea completamente abolida. Mientras esta sigue en pie, la gran mayoría de la humanidad seguirá sufriendo una pesada e intolerable carga de pobreza y ansiedad". [604] Moro cita la creencia de Platón de que la felicidad solo llegará cuando "los filósofos sean reyes o los reyes recurran a los filósofos" y añade que "los gobernantes deben estar preparados para seguir los consejos de los filósofos". [605]

Los intelectuales se han quejado durante siglos por las dificultades y tribulaciones que implica ganarse la vida con los frutos de su trabajo

intelectual. Contraponen esas estreches con la idea de la existencia sencilla y feliz asociada al empresario de éxito. En 1430, en su ensayo *De commodis litterarum atque incommodis* (*El uso y abuso de libros*), el humanista italiano Leon Battista Alberti enumera las dificultades que enfrentan los aspirantes a eruditos, describiendo una existencia espartana que apenas deja tiempo ni dinero para más placeres mundanos que los del estudio. Alberti se pregunta por qué tantos académicos se ven reducidos a condiciones tan miserables e incluso proporciona cifras para demostrar que solo 3 de cada 300 hombres de letras logran algún éxito digno de mención, situación que opone a la de los delincuentes que, según su criterio, no tienen problemas para llegar a la cima. [606] En su pintura de 1839, *El poeta pobre,* el artista alemán Carl Spitzweg ilustra vívidamente la autocompasión que alimenta las quejas de artistas e intelectuales cuando expresan sus quejas sobre su miseria económica y financiera.

A principios de la década de 1940, el economista austríaco Joseph Schumpeter intentó responder a la pregunta de por qué tantos intelectuales tienen opiniones hostiles sobre el capitalismo. Como era de esperar, recurrió a la economía para obtener una explicación. Según teorizó, el aumento en el número de licenciados universitarios excedía la demanda de profesionales de *cuello blanco* y creaba un excedente de trabajadores sobrecualificados para empleos *de cuello azul*. Estos procesos “aumentan la cantidad de intelectuales en el sentido estricto del término. Su número aumenta de manera desproporcionada y entran en un estado de ánimo completamente descontento que, además, genera un resentimiento que a menudo se racionaliza en ese tipo de crítica social que, (…) en cualquier caso, es la actitud típica del espectador intelectual hacia los hombres, especialmente en una civilización racionalista y utilitaria”. Este “interés colectivo deviene en una actitud colectiva que explica de forma más realista la hostilidad hacia el orden capitalista que una teoría (…) según la cual la indignación del intelectual ante el capitalismo simplemente sería una inferencia lógica deducida de observar hechos escandalosos”. [607]

Personalmente, no *compro* por completo la explicación de Schumpeter, lo que no quiere decir que no haya parte de verdad en ella. Su estudio se publicó en 1942 y, sin duda, algunas cuestiones que apuntaba entonces el economista austriaco han ido a más con el paso de los años. Por ejemplo, sabemos que hay muchos licenciados universitarios a los que les resulta difícil conseguir un trabajo en los negocios y no tienen más remedio que buscar empleo en la nómina del sector público, viviendo así a expensas de los contribuyentes. Sin embargo, también hay muchos otros empleados públicos que aprecian la seguridad laboral y los beneficios sociales del empleo en el sector público, pero sí tendrían salida en el ámbito privado.

También es cierto que, en los últimos cincuenta años, países como Estados Unidos o Alemania han vivido un fuerte aumento en el número de académicos, lo que a su vez provoca una disminución en el prestigio de lo que solía ser una élite intelectual mucho más respetada. Es comprensible que la pérdida del prestigio social asociado a las élites académicas pueda ser una experiencia dolorosa para algunos de estos profesionales. Además, si la brecha de ingresos y riqueza entre esta comunidad y la élite empresarial va a más, esto puede ayudar a explicar por qué los intelectuales son más propensos al resentimiento anticapitalista.

Pero, por otro lado, el intento de explicar las actitudes anticapitalistas entre intelectuales puramente en términos económicos no es suficiente dado que, como señala acertadamente Kahan, estas actitudes son particularmente frecuentes entre los académicos más exitosos y con mayores ganancias profesionales. “Si uno desea encontrar intelectuales a los que no les guste el capitalismo, los mejores lugares donde puede encontrarlos son ciertas facultades de Harvard, Oxford o el Collège de France”. [608] Por lo tanto, si lo que queremos es tener una comprensión verdadera de la enemistad de los intelectuales por el capitalismo, es necesario un análisis más profundo.

CONSTRUCCIONES TEÓRICAS *VS.* EMERGENCIA ESPONTÁNEA

Un factor clave en esta problemática es el hecho de que muchos intelectuales no entienden la naturaleza del capitalismo como un orden económico que emerge y crece de forma espontánea. A diferencia del socialismo, el capitalismo no es una escuela de pensamiento que se impone y aplica a la realidad. Como muestra el ejemplo de China (capítulo 1), el capitalismo de libre mercado evoluciona en gran medida espontáneamente, creciendo *de abajo hacia arriba* en lugar de ser diseñado *desde arriba hacia abajo*.

Líderes como Deng Xiaoping jugaron un papel clave en este proceso al no hacer nada para detener ese desarrollo, al contrario de lo que habían hecho sus predecesores. Esto también explica por qué el capitalismo funciona mejor en la China contemporánea que en Rusia. En ambos países, el sistema de mercado reemplazó el viejo modelo de una economía socialista planificada pero, mientras el capitalismo chino creció *de abajo hacia arriba* y se fue desarrollando mediante procesos de *prueba y error* dentro de las Zonas Económicas Especiales o de sectores específicos, Rusia abolió la planificación económica en una especie de “terapia de choque”, pretendiendo implantar un sistema nuevo de la noche a la mañana.

Del mismo modo, líderes occidentales como Margaret Thatcher no impusieron un sistema artificial, ideado y perfeccionado durante años de deliberación. Al abolir regulaciones y rigideces, lo que estaban haciendo era permitir que las fuerzas espontáneas del mercado se desarrollen libremente. Es exactamente lo contrario de lo pretendido en Rusia.

Históricamente, el capitalismo ha crecido de manera similar a la manera en que los idiomas se han desarrollado a lo largo del tiempo, como resultado de procesos espontáneos. El *esperanto*, inventado en 1887 como un intento de consolidar un lenguaje diseñado de forma controlada y centralizada, jamás ha alcanzado

una fracción de la penetración global que esperaban alcanzar sus inventores. El socialismo comparte algunas características con la idea de un lenguaje planificado, en la medida en que se trata de un sistema ideado por intelectuales. Después de haber ideado el sistema, los defensores del socialismo intentan obtener el poder político requerido para poner sus ideas en acción.

En su forma más pura, este enfoque informa las reflexiones de Lenin sobre el papel de la teoría y los partidos, recogido en su ensayo histórico "¿Qué hacer?". Lenin critica duramente "todo tipo de culto a la espontaneidad del movimiento de la clase trabajadora". [609] Su visión era la de una élite dirigente que actuaba guiada por la teoría revolucionaria. Esta noción contrasta directamente con el enfoque espontáneo defendido por otros socialistas más pragmáticos. "La historia de todos los países muestra que, solo a base de esfuerzo, la clase trabajadora no puede desarrollar una conciencia sindical, es decir, la convicción de que es necesario unirse, luchar contra los empresarios y obligar al gobierno a aprobar la legislación laboral necesaria para superar su situación. La teoría del socialismo, sin embargo, surgió de las lecciones filosóficas, históricas y económicas que han elaborado los representantes más educados de las clases propietarias. Por su condición social, los fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, eran miembros de la intelectualidad burguesa". [610] En apoyo de sus argumentos, Lenin evocaba "las palabras profundamente verdaderas e importantes de Karl Kautsky sobre el nuevo proyecto de programa del Partido Socialdemócrata de Austria". Kautsky dijo al respecto que "la conciencia socialista moderna puede surgir solamente sobre la base de un profundo conocimiento científico (…). El vehículo de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa. Por lo tanto, la conciencia socialista es algo introducido en la lucha de clases proletaria desde afuera y no algo que surgió dentro de ella de manera espontánea". [611]

Curiosamente, Lenin, Kautsky y Hayek están de acuerdo en este punto. Hayek afirmó que "el socialismo nunca ha sido un movimiento de la clase trabajadora (…). Es una construcción de teóricos,

derivada de ciertas tendencias del pensamiento abstracto con las que durante mucho tiempo solo estuvieron familiarizados los intelectuales. De hecho, esta teoría requirió grandes esfuerzos por parte de los intelectuales para que las clases trabajadoras pudieran ser persuadidas de adoptar estas ideas como parte de su programa". [612]

No es sorprendente que el marxismo fuera considerada una propuesta tan atractiva por muchos intelectuales del siglo XX. Al fin y al cabo, se trataba de una teoría nacida en las cabezas de otros intelectuales que, empaquetada a través de sistemas complicados, solo tenía que ser comunicada a las "masas" (ante todo a los trabajadores) a través de la constante agitación revolucionaria y propaganda. Una vez que la élite conformada por aquellos que pudieron comprender y emplear esta teoría tomó el poder, llegó el momento de implementarla en el mundo real, destruyendo el orden existente que había sido cultivado orgánicamente. Esto suponía tumbar la economía de mercado, así como las tradiciones y las normas sociales que habían surgido en paralelo, para instalar un sistema "científico" y racional que ocupase su lugar.

Una vez comprendemos la diferencia esencial entre el capitalismo —un orden que evoluciona espontáneamente— y el socialismo —una construcción teórica—, es fácil entender por qué los intelectuales prefieren la segunda opción. Al fin y al cabo, ¿no es eso es lo que hacen los intelectuales para ganarse la vida? ¿No se dedican acaso a idear constructos mentales y usar su habilidad lingüística para moldearlos y comunicarlos, tanto por escrito como mediante entusiastas discursos? Su sustento depende de su capacidad de pensar y comunicar ideas que racionales y coherentes, de modo que parece lógico que sientan una mayor afinidad por un orden económico artificialmente planificado y construido que por uno que permite un desarrollo espontáneo y no planificado. La idea de que las economías funcionan mejor sin intervención y planificación activa resulta ajena a muchos de estos intelectuales.

Muchos intelectuales anticapitalistas diseñan sistemas sociales ideales que luego comparan con la realidad. Como es lógico, lo segundo siempre se queda por debajo de lo primero, ya que la realidad siempre es imperfecta y los sistemas ideales dibujan una utopía. Por esta vía se evita precisamente el camino que toma este libro: el de comparar sistemas existentes en la vida real para ver cuáles funcionan mejor. Dado que el capitalismo emerge como el ganador inequívoco en cualquier comparación, los intelectuales anticapitalistas prefieren idear una visión utópica de lo que constituye una sociedad ideal, convertida en el estándar con el que comparar desfavorablemente a cualquier sociedad existente. Estas utopías dibujan siempre una sociedad extremadamente igualitaria, siempre con el Estado tomando un rol crucial y dejando muy poco espacio para el papel de las fuerzas del libre mercado.

Estas utopías que se proponen como referencia no son necesariamente economías planificadas, al menos no en el sentido tradicional, puesto que tales fórmulas quedaron muy desacreditadas a raíz del colapso de la Unión Soviética y otros sistemas similares. A muchos intelectuales no les gusta el capitalismo, pero lidian con el problema de tener que articular una alternativa. Algunos no niegan el hecho de que las soluciones socialistas han fallado pero afirman que estos experimentos fallidos no prosperaron por no haber sido fieles al espíritu genuino del socialismo, lo que justificaría volver a realizar nuevos intentos hasta lograr que se alcance un sistema más justo, es decir, más igualitario.

Los intelectuales suelen enmarcar sus objeciones al capitalismo como intervenciones críticas que supuestamente se enuncian en defensa del “interés común” y en oposición a las “inhumanas” leyes del mercado. Sus apelaciones suelen disfrazarse como una defensa de “lo público” frente a los intereses de “lo privado”. En su discurso se pone en valor a “los trabajadores”, “las minorías” o “el medio ambiente” y se plantea que los capitalistas solo miran por “lo material”. Este tipo de argumentos pasa por alto el hecho de que los empresarios prosperan bajo el capitalismo solo cuando satisfacen los intereses de la mayoría de los consumidores y les ofrecen

productos o servicios para los que existe demanda. Si artistas, escritores y académicos ganan menos que los empresarios es, en la mayoría de los casos, porque la demanda de los consumidores por sus productos y servicios es mucho menor. Desde el punto de vista del anticapitalismo intelectual, la brecha de ganancias entre el editor de un periódico sensacionalista y un escritor que escribe elegantes ensayos es evidencia suficiente de que algo va mal con las leyes del mercado. De esto se desprende un fuerte sentido de superioridad moral, derivado también de la grosera yuxtaposición que se plantea entre los intelectuales motivados por criterios altruistas y los capitalistas impulsados solamente por sus intereses.

El anticapitalismo es una actitud más que una escuela coherente de pensamiento, lo que dificulta su definición. En muchos casos, representa poco más que un vago sentimiento de resentimiento, una aversión contra el orden social existente (y sus representantes) y una expresión de desconfianza hacia la mecánica del mercado.

A veces, la crítica no está articulada en base a una visión clara de cuál sería la alternativa deseable y factible. Esta falta de una visión clara tiene el beneficio de dejar todo abierto a la imaginación, permitiendo articular un planteamiento vago de un camino distinto, más justo e ideal. Lo mismo se aplica al marxismo: Karl Marx se limitó a analizar y criticar al capitalismo, pero en ninguna parte describió claramente el orden económico que debería reemplazarlo. Otras veces, la crítica al mercado sí viene acompañada de una descripción más concreta de la alternativa igualitaria, como por ejemplo hicieron los defensores del “socialismo utópico”.

Los intelectuales anticapitalistas se sienten atraídos por aquellos órdenes económicos que otorgan mucho poder al Estado. Entre sus distintas expresiones, destaca el ideal del Estado de Bienestar socialdemócrata, que redistribuye los recursos de acuerdo con los objetivos de política social y que emplea la política fiscal, la regulación y las medidas de intervención de raíz *keynesiana* para controlar el rumbo de la economía.

Existe una paradoja entre la demanda de una fuerte intervención del gobierno en los asuntos económicos y la actitud crítica frente al Estado que asumen los intelectuales en otros aspectos. Desde la izquierda, a menudo se defiende que el Estado sea débil donde necesita ser fuerte (es decir, en la protección y defensa de los intereses de seguridad nacional) y se propone que sea fuerte donde debe ser más débil (es decir, en la promoción activa de una agenda económica). Lo segundo revela que confían más en el Estado, es decir, en los políticos y los funcionarios del gobierno, que en el mercado, lo que, dicho con otras palabras, implica que recelan de los consumidores y de las decisiones individuales que toman las personas y que ningún tipo de planificación central puede tener en cuenta.

No todos los intelectuales anticapitalistas rechazan la economía de libre mercado. De hecho, muchos profesan ser pro-mercado pero sin comprender completamente cómo funciona un sistema de este tipo. Es importante prestar atención a los fundamentos del libre mercado, puesto que decirse partidario del mercado pero no llegar a comprender sus bases es parecido a llamar “democrático” a un régimen autocrático. No hay que olvidar, al fin y al cabo, que muchos comunistas y otros enemigos de la democracia dicen defender, precisamente, pretensiones democráticas.

Thomas Piketty, que en 2013 tuvo un éxito mundial de ventas con *El Capital en el siglo XXI*, ha logrado que las voces contrarias al mercado eleven su obra al estatus de “biblia” del anticapitalismo, aun a pesar de contener innumerables errores graves. [613] El economista galo dice estar “vacunado de por vida contra la convencional pero perezosa retórica anticapitalista”, pero sus radicales propuestas de crear exorbitantes impuestos sobre la renta y la riqueza sugieren todo lo contrario. [614] [615]

Hay dos formas de combatir un sistema: desacreditar los conceptos del enemigo o cooptarlos. El lenguaje desarrollado por el régimen totalitario que prefigura George Orwell en *1984* es un ejemplo de lo que pasa cuando se vacían de significado conceptos vitales para el

orden social, político y económico. De la misma manera que los defensores del capitalismo en China le han dado vuelta al concepto de “socialismo”, en los países occidentales se intenta cooptar el “capitalismo” desde esferas que, en esencia, proponen su desmantelamiento.

Cualquier intelectual que plantee que el Estado interfiera en los asuntos económicos donde y cuando quiera, en vez de limitar su papel a la salvaguardia de un marco legal para la libre competencia, la protección de la propiedad y la existencia de unas infraestructuras básicas, demuestra que no ha entendido qué significa la economía de mercado. Pero muchos autoproclamados “defensores” del libre mercado dan prioridad a la política y giran siempre en torno a una profunda desconfianza de las fuerzas espontáneas del mercado. Es un pensamiento, pues, muy peligroso, puesto que no ha captado la esencia del sistema económico al que supuestamente pretende defender.

La falta de experiencia económica por parte de muchos intelectuales puede explicar también su rechazo a la economía de libre mercado. Muchos intelectuales son auténticos analfabetos en clave económica. Basta con mencionar el mecanismo de precios de mercado u otros elementos estructurales del capitalismo, o con manejar cifras o estadísticas de relevancia para entender el mercado, para comprobar que muchos de estos intelectuales perciben ese tipo de habla como si se tratase de un idioma extranjero. Sin embargo, la ignorancia de la economía por sí sola no explica la fuerza del resentimiento anticapitalista entre los intelectuales. Después de todo, una mayoría de los participantes en la economía de mercado tienen apenas una comprensión básica de la teoría económica y no se les exige ni se espera que sepan más, pero no por ello llegan a compartir el desagrado de los intelectuales por el capitalismo. [616]

Pero también es un hecho que hay voces muy críticas con el capitalismo incluso entre los economistas más reconocidos del mundo, incluido el Premio Nobel, Joseph E. Stiglitz, cuyas

recomendaciones para países China sugieren que no parece importarle mucho la existencia de pruebas fácticas convincentes que avalan las reformas de mercado. Y es que, después de más de tres décadas de éxito en el país asiático, motivadas por la menor influencia del Estado y el avance de las fuerzas del mercado, Stiglitz propone que los chinos hagan exactamente lo contrario en el futuro, es decir, promover un refuerzo de la influencia del Estado, hacer que el mercado retroceda y centrarse en la redistribución en vez de en la creación de riqueza. Stiglitz admite que "ningún país ha crecido tan rápido y ha sacado a tantas personas de la pobreza como China en los últimos 30 años". [617] Sin embargo, a renglón seguido agrega que "abrazar el derroche del estilo de vida materialista sería un desastre para China y el planeta". [618] Al contrario de lo que aconseja el experto chino Zhang Weiying, que identifica la intervención gubernamental como la causa de muchos de los problemas de la China contemporánea (ver capítulo 1), Stiglitz señala que "un sistema más basado en el mercado no es el modelo que China debe perseguir". [619] De hecho, aboga por fuertes aumentos del peso del Estado, por ejemplo con medidas fiscales expansivas, lo que equivaldría a abandonar el camino que con tanto éxito ha seguido el país asiático durante tres décadas. [620] Como muestra este ejemplo, tener un profundo conocimiento de la economía no es una vacuna infalible contra la mirada anticapitalista. Si bien es cierto que muchos intelectuales que trabajan en las artes y las humanidades tienen, en el mejor de los casos, una comprensión limitada de la economía, esto no explica completamente su rencor contra el capitalismo.

Para entender por qué tantos intelectuales tienen puntos de vista contrarios al mercado, es importante entender también que estas personas forman parte de una élite o, cuando menos, una comunidad que se define a sí misma como tal. Su anticapitalismo se nutre del resentimiento y oposición hacia otra élite: la empresarial. En este sentido, la rivalidad entre los dos grupos es simplemente eso: una competencia entre diferentes grupos dirigentes que compiten por tener más y mejor estatus en la sociedad contemporánea.

Si un mayor nivel de educación no garantiza automáticamente mayores ingresos y posiciones más privilegiadas, entonces los mercados que permiten que ocurra tal desequilibrio serán considerados injustos desde la perspectiva de los intelectuales. Como dice Roland Baader, “no entienden una sociedad en la que es posible que el sudor de un trabajador, un comerciante o incluso un hombre de negocios genere más ganancias que el sudor de un pensador o un filósofo”. [621]

Vivir en un sistema competitivo que consistentemente otorga más retornos a otros y en el que incluso los propietarios de empresas de tamaño pequeño pueden lograr más ingresos y riqueza que un profesor de filosofía, sociología o historia del arte puede ser lo que conduce a un escepticismo general o incluso una hostilidad manifiesta contra ese orden económico basado en la competencia.
Esto también explica la aparente contradicción entre el estilo de vida cómodo que disfrutan muchos intelectuales y su desesperación ante la supuesta injusticia del sistema capitalista. [622] Un grupo que se considera parte de la élite pero cuyo estilo de vida es significativamente menos rico que el de un competidor de esa élite (en este caso, el emprendedor) percibirá una injusticia en dicho sistema y lo criticará sistemáticamente. Esta reacción se ve agravada por el sentido de superioridad que porta la élite intelectual a raíz de su mayor nivel de educación formal. Así, las actitudes anticapitalistas se alimentan de la envidia y de la arrogancia.

En su estudio más influyente, titulado *Los ricos y los súper-ricos,* Ferdinand Lundberg hace las siguientes observaciones: “en Estados Unidos, el generador de riqueza medio de ayer y de hoy suele ser alguien extrovertido y poco dado a la reflexión (…). A menudo, es alguien con menos educación formal y con pocos hábitos de lectura. En muchos casos, tienen una visión ingenua del mundo y de su papel en él”. [623] Lundberg mantiene un tono de desprecio hacia los ciudadanos que se han enriquecido más recientemente, señalando que “muchos de ellos abandonan las aulas de educación de forma similar a lo que hicieron sus precursores en el siglo XIX,

demostrando poco interés por la formación". El autor incluso habla de las élites económicas como "absentistas de la alta cultura". [624]

El desdén asociado a este tipo afirmaciones demuestra de forma convincente hasta qué punto muchos intelectuales tienden a establecer sus propios estándares de valor como absolutos. Lundberg juzga a los demás por su nivel de educación y su capital cultural. En consecuencia considera profundamente injusto que los creadores de riqueza que cuentan con poca educación formal o que no muestra interés por la alta cultura sean capaces de acumular grandes fortunas, mientras que los académicos bien educados y formados como él se tienen que conformar con unos ingresos comparativamente menores. No es sorprendente, pues, que le parezca que el mundo está del revés porque, al fin y al cabo, los intelectuales como él derivan su propio sentido de superioridad del hecho de estar mejor educados formalmente o de ser más capaces de expresarse verbalmente.

En la misma línea, los académicos que realizan investigaciones sobre la educación de élite consideran que los procesos de reclutamiento académico son mucho más transparentes, racionales y democráticos que los procesos de reclutamiento en el mundo empresarial. Michael Hartmann, uno de los principales académicos de Alemania en este campo, destaca el grado en que los procesos de selección académica (específicamente, la conformación del claustro de profesores) se formalizan y están sujetos a influencias democráticas. Hartmann prosigue argumentando que existe una "mayor movilidad social" en la educación superior, porque la selección se basa en calificaciones formales (títulos, publicaciones académicas…) que son universalmente transparentes, mientras que en el reclutamiento de las élites empresariales tiene un papel clave la valoración de "rasgos de personalidad relativamente mal definidos". [625]

La línea de Hartmann es clara: considera que los estándares académicos y los procesos de selección son superiores a los del mundo empresarial. En consecuencia, rechaza los procesos

mediante los cuales las élites empresariales reclutan a sus nuevos contratados. Pero, ¿acaso tiene fundamento negar la legitimidad democrática de las dinámicas de reclutamiento empresarial? Al fin y al cabo, si un empresario obtiene ganancias es porque los consumidores adquieren sus productos y servicios, lo que constituye un voto de confianza que, de forma libre y espontánea, permite renovar o retirar la confianza en los ejecutivos. Frente a esos procesos, la academia simplemente elige a sus élites mediante comités conformados… por otros académicos. [626]

La envidia es solo una de las razones que explican la popularidad del anticapitalismo entre los intelectuales. Como demostró el sociólogo alemán Helmut Schoeck en un influyente libro sobre este tema, la envidia es una constante de la existencia humana y no se limita a esta esfera. [627] Sin embargo, no estoy convencido de que la propensión a la envidia sea mucho más fuerte entre los intelectuales que entre otras comunidades de profesionales. Además, dado que la envidia tiende a ir a más cuando hay proximidad, es más probable que la envidia de los intelectuales se centre a menudo en otros intelectuales, dejando en segundo plano a los miembros de la comunidad empresarial, con quienes su contacto es más puntual. Es por eso que, aunque estoy de acuerdo en que el anticapitalismo está motivado en parte por la envidia, la explicación que debemos explorar tiene que ser más amplia.

En esta línea, considero que la hostilidad de muchos intelectuales hacia el capitalismo está impulsada por la supremacía injustificada que asignan a su propia definición de “conocimiento” y a su concepción de las formas que permiten adquirir tal conocimiento. Ese sentir hace que los intelectuales permanezcan ciegos ante la existencia de otros tipos de conocimiento o de otras formas de adquisición de conocimiento, ignorando que dichas fórmulas alternativas son mucho más relevantes para el éxito económico.

EXCESO DE CONFIANZA EN EL APRENDIZAJE TEÓRICO

Es comprensible que los intelectuales tiendan a equiparar la adquisición de conocimiento con la educación académica y el aprendizaje teórico. La psicología emplea el término “conocimiento explícito” para referirse a este tipo de conocimiento, adquirido mediante “aprendizaje explícito”. Sin embargo, existe un tipo diferente de conocimiento más práctico, que se adquiere mediante el “aprendizaje implícito”. Tal forma de conocimiento es a menudo más poderosa, por mucho que numerosos intelectuales desconozcan o desprecien su existencia. No obstante, dado que esta es la ruta hacia la adquisición de conocimiento que sigue la mayoría de los empresarios, es importante comprender las diferencias entre las dos formas de aprendizaje y conocimiento.

Hayek utiliza el ejemplo de unos niños pequeños que pueden aplicar las reglas de la gramática y del lenguaje idiomático sin ser conscientes de ellas. [628] “El niño que se expresa de forma gramaticalmente correcta sin conocer las reglas de la gramática comprende todos los matices de significado expresados por los demás a través del seguimiento las reglas de la gramática y también sabe corregir los errores gramaticales de otros”. [629] Del mismo modo, las habilidades de un artesano o de un deportista, que implican saber mucho del *cómo* y no tanto del *qué*, se adquieren generalmente de forma implícita, en lugar de explícita. “Con estas habilidades, a menudo no podemos establecer de forma explícita y discursiva cuál es la manera en que se ha propiciado su desarrollo”. [630]

Más recientemente, el término “conocimiento tácito” fue reintroducido por el filósofo británico nacido en Hungría, Michael Polanyi. En su libro *La dimensión tácita* (1966), Polanyi escribe que “podemos saber más de lo que podemos decir”. [631] Para Polanyi, esto representa un problema central de comunicación: “nuestros mensajes no recogen todo lo que podemos decir y la recepción de los mismos debe basarse en que la persona a quien se los dirigimos sabrá descubrir lo que no hemos podido comunicar de forma plena”. [632] Polanyi aclara la diferencia entre conocimiento implícito y explícito, entre habilidad y conocimientos teóricos, cuando explica

que “la habilidad de un conductor no puede ser reemplazada por una educación formal en la teoría del automóvil. El conocimiento que tengo de mi propio cuerpo difiere completamente del conocimiento que puedo adquirir sobre su fisiología. Y las reglas de la rima y la prosodia no me pueden decir todo lo que un poema evoca en mí al leerlo sin necesitar siquiera un conocimiento formal de las reglas de la poética”. [633]

Dicho con otras palabras, el aprendizaje no es necesariamente el resultado de la adquisición consciente y sistemática de conocimiento, sino que a menudo es el resultado de procesos inconscientes. En un experimento, los sujetos de prueba asumieron el papel de gerente de fábrica en una simulación realizada por ordenador. Se les asignó la tarea de mantener un volumen específico de producción de azúcar a base de hacer ajustes en los niveles de personal de la fábrica. La ecuación funcional subyacente del sistema no fue comunicada a los sujetos de prueba. Durante la fase de aprendizaje, no sabían que posteriormente se les exigiría realizar una prueba de conocimiento. Pero la prueba mostró que los participantes fueron capaces regular la producción en la fábrica de azúcar, aunque luego no supieron explicar cómo lo lograron exactamente. [634]

Mi estudio sobre las élites económicas, basado en los resultados de las investigaciones sobre el mundo del emprendimiento que se han realizado en Estados Unidos así como en mi propia investigación original, muestra que la educación formal juega un papel secundario en el desarrollo de las habilidades empresariales. En el sector privado, el éxito está determinado por otros factores que van más allá de las calificaciones académicas. Una de las claves son las habilidades para las ventas. Aunque rara vez se enseñan en instituciones académicas, los encuestados consideran que se trata de un requisito previo esencial para desarrollar carreras exitosas como empresarios o inversores. Por otro lado, muchos de los sondeados reconocen que lanzaron su primer negocio cuando todavía estaban en el instituto o en la universidad, lo que les permitió probar las aguas y adquirir un conocimiento integral

implícito, paso que sería clave para su posterior éxito económico. [635]

El aprendizaje implícito no está documentado de la misma manera que el aprendizaje explícito. Lo segundo puede demostrarse en forma de certificados que son comparables entre sí. Lo mismo sucede con las calificaciones académicas. Según los estándares de un intelectual, un emprendedor que quizá no ha leído muchos libros o que no ha mostrado un gran desempeño en la universidad no se puede comparar con la sabiduría de quien ha obtenido un doctorado o acumulado una larga lista de publicaciones académicas. Por eso, en una plataforma controlada y dirigida por intelectuales, un profesor con una lista promedio de publicaciones tiene más posibilidades de ser considerado digno de una entrada en Wikipedia que un inversor que mueve miles de millones en el mercado inmobiliario.

En el mejor de los casos, los resultados del aprendizaje empresarial se pueden ver indirectamente al observar el desempeño de una empresa o el nivel de vida que disfruta su propietario. Los intelectuales no pueden entender por qué un desertor universitario o una persona que solo ha leído una fracción de lo que ellos han leído termina ganando mucho más dinero, viviendo en una casa mucho más grande y conduciendo un automóvil mucho mejor. Se sienten ofendidos en su sentido de lo que es “justo” y, por lo tanto, reivindicados en su creencia en que el capitalismo y el mercado funcionan mal y deben ser “corregidos” por medio de programas de redistribución desplegados a gran escala. Al despojar a los ricos de algunas de sus riquezas “inmerecidas”, los intelectuales se consuelan con el hecho de que, incluso si no pueden abolir por completo el sistema capitalista que tanto les desagrada, al menos pueden “corregirlo” o moldearlo, hasta cierto punto.

Partiendo de la falta de educación formal o de la inferior cualificación en dicho campo, los intelectuales anticapitalistas suelen plantear dos explicaciones sobre el éxito económico del empresario. La primera tiene que ver con el sistema en sí: consideran que el mercado produce resultados “injustos”, lo que explicaría las

asimetrías. La segunda insinúa que la mayoría de la riqueza proviene de ganancias obtenidas de forma ilegal o conseguidas por medios que son ética y moralmente cuestionables. Estas dos explicaciones ofrecen a los intelectuales que no son ricos el lujo de tomar la delantera en el terreno moral. De esta manera pueden explicar su falta de éxito económico como prueba de una mayor integridad moral. Para una comunidad que se considera a sí misma como la conciencia moral de la sociedad, esta es una noción no solo convincente sino profundamente satisfactoria.

Hay otro tipo de explicación, que atribuye el éxito del empresario adinerado a la mera suerte. Así lo demuestra la notable popularidad de libros escritos por intelectuales, que atribuyen el éxito de unos individuos frente a otros a la mera "suerte". [636] Acudir a esta idea simplista es particularmente popular cuando nos enfrentamos a los efectos de causas que no comprendemos completamente. Y es que, cuando otros intentos de explicar el éxito económico del emprendedor no educado fracasan a la hora de arrojar explicaciones concluyentes, los intelectuales simplemente pueden decidir que el sistema es defectuoso o aleatorio. Gran parte de su sentimiento anticapitalista deriva de esta convicción.

En un ensayo de 1998, el filósofo libertario Robert Nozick se pregunta por qué los intelectuales se oponen al capitalismo. [637] Su explicación se basa en la suposición de que la mayoría de los intelectuales se sienten superiores a otros miembros de la sociedad. Desde los días de Platón y de Aristóteles, los intelectuales nos han estado diciendo que su contribución a la sociedad es más valiosa que la de cualquier otro grupo. ¿De dónde, pregunta Nozick, proviene este sentir tan elitista?

Su respuesta es que el proceso comienza en la escuela, donde su brillantez intelectual se ve recompensada con elogios y buenas calificaciones. En el momento de su graduación, los mejores estudiantes llevan años escuchando que son mejores que otros compañeros. En consecuencia, esperan que la sociedad siga su consejo y escuche sus recomendaciones. Sin embargo, al entrar en

el mercado laboral, estos estudiantes tienen que lidiar con sentimientos de frustración y resentimiento, puesto que el paradigma económico no solo valora sus habilidades formales, sino que también recompensa otras. Todo esto alimenta su hostilidad hacia el sistema capitalista.

Sin embargo, creo que las semillas de las creencias anticapitalistas se plantan mucho antes. Muchos intelectuales crecen en familias de clase media que hacen mucho hincapié en la educación. No pocos son hijos o familiares de académicos. Es menos habitual que procedan de familias emprendedoras o de clase trabajadora. Desde la primera infancia, el mensaje que se les traslada insiste en que la educación formal, con el estudio de libros y el compromiso sociopolítico, son objetivos mucho más valiosos que la búsqueda del éxito empresarial o la riqueza material. El sistema educativo, que Nozick considera responsable de inculcar estos valores, los refuerza enfáticamente, confirmando lo que el niño ya aprendió en casa. El aprendizaje formal, las habilidades verbales y la brillantez intelectual obtienen los más altos elogios en casa y en el aula.

Otra pregunta que vale la pena hacerse es en qué medida estas afirmaciones son ciertas para los intelectuales estadounidenses y europeos. Aunque los dos grupos comparten una fuerte afinidad en torno a postulados anticapitalistas, sociólogos como Seymour Martin Lipset, en Estados Unidos, o Ralf Dahrendorf, en Europa, han señalado que sí hay ciertas diferencias en cuanto a los valores de los intelectuales de uno y otro lado del Atlántico.

En su trabajo de 1967 sobre *Sociedad y Democracia en Alemania*, Dahrendorf cita una observación de Lipset en la que éste señala que el ideal de igualdad está más arraigado en Estados Unidos, lo que irónicamente implica que los intelectuales del país norteamericano no reciben el reconocimiento que anhelan, a pesar de ser defensores de los ideales igualitarios. [638] Dahrendorf está de acuerdo con este análisis, y agrega que “la tensión entre el anti-intelectualismo de los actores y el anhelo de los intelectuales por la acción política es más notable en una cultura como la

estadounidense, cuyos rasgos dominantes están pintados en colores económicos". [639]

En 1956, el influyente economista austriaco afincado en Estados Unidos, Ludwig von Mises, había descrito las diferencias entre Estados Unidos y Europa de manera similar: "el acceso a la alta sociedad europea está abierto a todos aquellos que destacan en ciertos campos (…). En los salones parisinos, las estrellas no son los millonarios, sino los miembros de la Academia Francesa. Los intelectuales prevalecen y el resto finge tener al menos un cierto interés por las preocupaciones intelectuales. En Estados Unidos, sin embargo, la alta sociedad está compuesta casi exclusivamente por las familias más ricas del país". [640] Mises apunta que estas familias tienen poco interés por los asuntos culturales y son más propensos a hablar de temas sociales o deportivos. Como consecuencia, los intelectuales estadounidenses "son propensos a considerar al hombre de negocios rico como un bárbaro o como un hombre que tiene la exclusiva voluntad de ganar dinero". Por eso los profesores de filosofía se sienten ofendidos cuando el salario más alto no es para ellos, sino para el entrenador del equipo de fútbol. [641]

Vale la pena señalar que Mises considera a los ricos parcialmente responsables de estas actitudes hostiles hacia ellos: "si un grupo de personas se aísla del resto de la nación, y especialmente de sus líderes intelectuales, inevitablemente se convierte en el objetivo de críticas hostiles por parte de aquellos a quienes mantienen fuera de sus propios círculos. Esto es lo que sucede a las *socialités* estadounidenses. El exclusivismo practicado por los ricos del país los ha convertido, en cierto sentido, en parias, despertando un recelo que explica que los intelectuales se inclinen por favorecer políticas anticapitalistas". [642]

Los comentarios de Lipset, Dahrendorf y Mises se remontan a las décadas de 1950 y 1960. Aunque ciertamente hay algo de verdad en sus observaciones, no tienen en cuenta hasta qué punto los intelectuales europeos de entonces (y de ahora) simpatizan con las opiniones anticapitalistas. Por lo tanto, estos autores solo

proporcionan una explicación parcial del fenómeno. Y es que, a pesar de las diferencias regionales, el recelo o la oposición al capitalismo es predominante a ambos lados del Atlántico, lo que ha generado debate y desconcierto desde hace más de medio siglo.

Sería interesante explorar la siguiente hipótesis. En los últimos 60 años, la sociedad europea se ha vuelto cada vez más *americanizada* en muchos aspectos, pero la crítica al capitalismo anglosajón que se ha extendido desde el estallido de la crisis financiera no parece haber cambiado esto. Además, las élites intelectuales europeas más tradicionales, así como las profesiones en las que tienden a estar fuertemente representadas estas élites, han perdido parte de su exclusividad y prestigio. Podría ser, entonces, que las quejas de los intelectuales europeos sobre la *americanización* de la cultura europea estén motivadas, al menos en parte, por el miedo a perder el estatus, lo que también podría ayudar a explicar la frecuente confluencia entre los sentimientos *antiamericanos* y las voces anticapitalistas. La sensación de haber perdido parte de su posición de privilegio va acompañada del miedo a un futuro decadente en la escala socioeconómica. Ante ese temor, denuncian las “políticas neoliberales” que consideran responsables de sus circunstancias.

Algunos intelectuales que adoptan puntos de vista hostiles con el mercado consideran que esta forma de interpretar las cosas no requiere de explicación. Su postura sería, simplemente, una respuesta apropiada a los defectos y deficiencias inherentes al sistema capitalista mismo. Como argumenta Cushman, la mayoría de los intelectuales están tan acostumbrados a expresar su oposición al mercado que ni siquiera reflexionan sobre la posibilidad de someter esa hostilidad hacia el capitalismo a un análisis crítico. [643] Así, los intelectuales confunden su punto de vista con una suerte de verdad objetiva que no requiere mayor explicación. Para ellos, oponerse al mercado es tan lógico como preferir un clima cálido a un frío extremo.

En este libro, he demostrado que los sistemas capitalistas son superiores a otros modelos intervencionistas comparables y también he recalcado que el crecimiento económico y la creación de riqueza son, a menudo, el resultado de una expansión del capitalismo y la contención de la intervención gubernamental. Sin embargo, la mayoría de los críticos del capitalismo caen en dos trampas. En primer lugar, atribuyen las imperfecciones que han surgido en todas las épocas y en todos los sistemas sociales al capitalismo, a pesar de que no tienen nada que ver con ningún defecto inherente a este sistema. En segundo lugar, critican algunos resultados negativos que, a menudo, una vez se realiza un análisis más objetivo, se revelan verdaderamente como el resultado de la interferencia del gobierno en el mercado.

Pensemos primero en la primera de estas trampas. ¿Hay desigualdad, corrupción y pobreza en los países capitalistas? Por supuesto que sí. Pero la verdadera pregunta que debemos hacernos es si estos problemas están específicamente vinculados al orden económico basado en el mercado o si en realidad son constantes antropológicas que siempre han existido en todos los períodos históricos y diferentes modelos de sociedad.

En los últimos años, el escándalo motivado por la manipulación de las emisiones de diésel ha provocado una gran indignación sobre las deficiencias del sistema capitalista. Todo empezó a raíz de la detección de *software* fraudulento que habría sido desarrollado por varios de los principales fabricantes de automóviles del mundo para cumplir artificialmente con los requisitos medioambientales. Pero, ¿son el fraude y el engaño una invención del capitalismo o, más bien, constituyen un impulso humano que ha estado y sigue estando presente en cualquier tipo de sistema socioeconómico? De hecho, la detección del fraude funciona mejor en una economía de mercado que en otros sistemas porque, en una economía capitalista, abusar de la confianza de los clientes puede resultar en una pérdida permanente de negocio, mientras que en una economía controlada por el Estado los consumidores no tienen la opción de acudir a otro competidor en busca de una empresa más fiable. En Estados

Unidos, los consumidores siempre fueron libres de comprar cualquier marca de automóvil que prefiriesen pero, en la Alemania socialista, Trabant y Wartburg se repartían una suerte de duopolio. Si esas dos compañías hubieran equipado sus automóviles con *software* fraudulento, los compradores no habrían tenido la opción de cambiar de proveedor (y eso suponiendo que este comportamiento fraudulento hubiera generado un escándalo social, cosa poco probable en un régimen que no permitía la libertad de prensa, información y opinión). En una economía de mercado, a todas empresas les interesa no decepcionar la confianza del consumidor y, por lo tanto, proteger el valor de su marca. Evidentemente, puede haber empresas o personas que actúan en contra de sus propios intereses a largo plazo, pero esto no es propio del capitalismo.

¿Hay desigualdad en el modelo de libre mercado? Por supuesto que lo hay. La inequidad económica siempre ha existido. Ha sido una constante a través de los siglos y se ha podido observar en mayor o menor grado por todo el mundo. Vale la pena preguntarnos si sería deseable una sociedad sin desigualdad, tal y como se concibe en las novelas utópicas. Pero, en cualquier caso, la desigualdad tiende a ser menos pronunciada en las economías capitalistas que en las economías controladas por el Estado. Cosa distinta es si el nivel de desigualdad de una economía es el indicador más confiable del bienestar humano. ¿Preferimos ser pobre en un país donde los niveles de vida y los niveles de desigualdad son muy altos para todos los segmentos de la población o ser pobre en un país donde los niveles de vida son muy bajos para todos pero hay más igualdad?

Tal y como señalé en la introducción, el capitalismo nunca ha existido de una forma pura, total y absoluta (como tampoco el socialismo). Sin embargo, como explica el capítulo 9 sobre la reciente crisis financiera, es perfectamente posible demostrar que muchos de los supuestos “problemas del capitalismo” o “fallos del mercado” son, en realidad, el resultado de violar algunos de los pilares básicos del capitalismo. Cualquier crítica al capitalismo que

tome dicho episodio económico como punto de partida es errónea desde la raíz.

A pesar de las débiles premisas asociadas a los argumentos clave del anticapitalismo, esta postura intelectual sigue siendo muy influyente en los debates contemporáneos, sobre todo porque tiene un impacto notable en las actitudes y puntos de vista de los formadores de opinión pública, de modo que no hablamos simplemente de tesis ceñidas a discusiones elitistas o seminarios académicos.

En la era de la comunicación de masas, donde el peso de los medios va mucho más allá de su rol tradicional como el "cuarto poder", el anticapitalismo de los intelectuales influye en el comportamiento de los políticos porque éstos buscan, a su vez, el aplauso y el aval de medios de comunicación donde se reproducen estas ideas contrarias al mercado. Será interesante observar hasta qué punto se mantiene esta tendencia, puesto que los modelos tradicionales de comunicación están transformándose a raíz de la digitalización, un proceso que quizá modificará la relación entre la política y los medios.

El anticapitalismo adopta, además, diversas formas. De todas ellas, el discurso ambiental es quizá el más influyente, puesto que ha logrado someter a la élite empresarial a una enorme presión. Al tratarse de dirigentes menos elocuentes y más acostumbrados a actuar con instinto que mediante abstracciones teóricas, los miembros de esta élite se han rendido al resentimiento anticapitalista propugnado por intelectuales profesionales. Dado que el éxito empresarial depende de la capacidad de adaptarse a las condiciones cambiantes del mercado, a menudo no se dan cuenta de que adaptarse a realidades políticas objetables no siempre es una estrategia de supervivencia sostenible.

Este no es un dilema reciente. En 1961, la escritora y pensadora objetivista de origen ruso y afincada en Estados Unidos, Ayn Rand, publicó su primer libro de no ficción, *El nuevo intelectual*. La

escritora, muy conocida por su novela *La rebelión de Atlas*, de 1957, en la que describe una suerte de utopía libertaria, planteaba en aquel ensayo que "ningún hombre o colectivo puede vivir indefinidamente bajo la presión de la injusticia moral. Eventualmente, tienen que rebelarse o ceder ante la presión. La mayoría de los empresarios se rinden. Hubiera sido necesario un filósofo que les proporcionara las armas intelectuales de la rebelión, pero muchos han renunciado a cualquier interés por la filosofía y han aceptado la carga de una culpa no merecida. Por este camino, han acabado aceptando la etiqueta que les caricaturiza como vulgares materialistas (…). Quienes sin duda son el tipo de ser humano más valiente de la historia, los empresarios, se van deslizando lentamente hacia la posición de hombres motivados por el miedo, que les atenaza de forma crónica en todos los aspectos sociales, políticos, morales e intelectuales de su existencia. Su estrategia política es la de apaciguar a sus peores enemigos, aplacar a sus críticos más despreciables, tratar de llegar a acuerdos con quienes anhelan su destrucción, invertir dinero para apoyar causas o publicaciones de orientación izquierdista o progresista, colocar a simpatizantes de las tesis colectivistas al frente de sus relaciones públicas o expresar argumentos socialistas en discursos de banquete o anuncios a página completa. Piden perdón y pretenden justificar cierto altruismo para, a cambio, retener al menos el 2% o 3% de las ganancias de sus empresas". [644]

Si el anticapitalismo intelectual pudo llegar a ser tan poderoso fue solo porque la élite empresarial no ha logrado articular una respuesta intelectualmente adecuada. Los intelectuales pro-capitalistas —economistas como Mises, Hayek y Friedman, escritores como Rand…— han tratado de librar la batalla que la élite empresarial no está dispuesta a dar o no es capaz de librar, ya sea por falta de coraje, por una menor reflexividad o preocupación intelectual, por cálculos estratégicos equivocados… En consecuencia, los partidarios del capitalismo siempre han sido minoría entre sus colegas intelectuales. Hayek argumentó que esto se debe a que la mayoría de los intelectuales consideran que un

defensor del liberalismo y la economía de mercado son "simplemente unos voceros del orden establecido". [645] [646]

Es importante señalar que en Estados Unidos, los términos "liberalismo" o "liberal" han incluso alterado su sentido tradicional. Allí, estas palabras son sinónimo de un compromiso con las ideas de la izquierda, mientras que el origen europeo de estos vocablos aludía a las ideas del capitalismo, la limitación del Estado, etc. Hayek señala que el liberalismo tradicional carece de las visiones utópicas que hacen que el socialismo sea tan seductor para muchos. En consecuencia, sugirió el cultivo de una utopía liberal que fuera más allá de una defensa del *statu quo*. [647] Puede que Hayek tuviese cierta razón al pensar que articular una visión radical que sirva para contrarrestar la ideología anticapitalista predominante es la única forma de romper con el actual paradigma. Sin embargo, el problema es que las utopías anticapitalistas siempre podrán capturar la imaginación de una manera que las utopías liberales no llegarán a conseguir jamás, simple y llanamente porque en el núcleo mismo del pensamiento de izquierda está la capacidad de imaginar una sociedad idealizada que no tiene base alguna en la realidad de la naturaleza humana. Los liberales, por su parte, tienden a ser escépticos ante cualquier promesa de traer el paraíso a la tierra a partir de un "hombre nuevo".

La hostilidad hacia el liberalismo de numerosos pensadores de izquierda del siglo XX contrasta con su admiración por dictadores como Stalin y Mao, que recibieron aplausos y respaldo desde muchos de estos círculos. No hablamos de movimientos marginales o de pensadores poco reconocidos, sino de un discurso que fue recurrente entre referentes clave de las élites intelectuales de la izquierda del siglo pasado. En estos ambientes, el odio al capitalismo era tan poderoso que no había dudas a la hora de venerar a algunos de los peores genocidas del siglo XX. Escritores franceses como Henri Barbusse o Jean-Paul Sartre son solo dos conocidos ejemplos de los muchos que podríamos dar.

Barbusse, cuya novela de 1916 sobre la I Guerra Mundial, *El fuego,* fue traducida a más de sesenta idiomas, escribió una suerte de hagiografía de Stalin en la que afirma que “su historia está marcada por una sucesión de victorias frente a una serie de tremendas dificultades. Desde 1917, no ha pasado un solo año de su vida en que no haya hecho algo que hubiese hecho famoso a cualquier otro hombre. Sin duda, es un hombre de hierro. De hecho, así se le conoce, porque la palabra Stalin significa *acero* en ruso”. [648]

Sartre, autor de importantísimas obras de teatro, fundador de la filosofía existencialista y uno de los principales intelectuales franceses del siglo XX, se refirió a su silencio sobre los *gulags* soviéticos en un artículo de julio de 1950, publicado por *Les temps modernes*. Sartre se defendió afirmando que “como no éramos miembros del Partido [Comunista] ni simpatizantes declarados del mismo, no era nuestro deber escribir sobre campos de trabajo soviéticos. Por tanto, fuimos libres para mantenernos alejados de la disputa sobre la naturaleza de este sistema, siempre que no se hayan producido eventos de importancia sociológica”. [649] En 1954, tras regresar de un viaje a la Unión Soviética, afirmó absurdamente que los ciudadanos soviéticos tenían una libertad total para criticar las medidas implementadas por el régimen comunista. [650] Tanto Sartre como su compañera Simone de Beauvoir (cuyo manifiesto feminista *El segundo sexo* la había convertido en la intelectual femenina más conocida del país galo) eran admiradores fervientes de Mao, cuya violencia revolucionaria alabaron, refiriéndose a ella como “regeneradora” y “profundamente moral”. [651] Sartre adoraba a cualquiera que se opusiera al capitalismo o la atacara de cualquier forma, desde el Che Guevara hasta los miembros de la organización terrorista alemana conocidos como la *Facción del Ejército Rojo* o la *Banda Baader-Meinhof*. También respaldaron a los terroristas palestinos que mataron a once deportistas israelías en los Juegos Olímpicos de 1972 en Múnich o al dictador camboyano Pol Pot, responsable del genocidio de dos millones de personas, cifra equivalente al 20% de la población de su país. [652]

Esto no hizo nada para disminuir la adulación por Sartre de otros intelectuales de épocas posteriores. Lo mismo ocurre hoy con Noam Chomsky, uno de los principales críticos del capitalismo en Estados Unidos. Chomsky afirmó que los asesinatos de Pol Pot no se habían cobrado más que "unos pocos miles de víctimas" y que tal campaña genocida había sido "exagerada" como parte de una estrategia de propaganda anticomunista ejecutada por los principales medios de comunicación. [653]

En un debate televisado con Chomsky en 1971, el filósofo francés Michel Foucault, uno de los defensores más importantes del post-estructuralismo y el fundador del análisis del discurso, lanzó su propia ira contra la élite capitalista: "el proletariado no libra una guerra contra la clase dominante porque considera que tal guerra es justa. El proletariado libra una guerra contra la clase dominante porque, por primera vez en la historia, quiere tomar el poder. Y cuando el proletariado toma el poder, es muy posible que el proletariado ejerza un poder violento, dictatorial e incluso sangriento hacia las clases sobre las cuales ha triunfado. No sé qué objeción podría hacerse a esto". [654]

Es una trágica paradoja que algunos intelectuales que han tendido diseñado, impulsado o al menos defendido a los peores sistemas anticapitalistas (en muchos casos, conformados a través de crueles dictaduras) hayan terminado figurando entre sus millones de víctimas. En su libro sobre la historia y los orígenes del comunismo, Gerd Koenen reflexiona sobre "el destino de muchos poetas, creadores de teatro y cine, pintores y eruditos, que fueron censurados, silenciados, deportados o fusilados. Sus vidas truncadas o mutiladas constituyen buena parte de la historia cultural soviética". [655] Dondequiera que el anticapitalismo haya llegado al poder, el resultado ha sido la destrucción de la riqueza económica y la libertad política, pero también la libertad de los intelectuales.

Solo un odio ciego al capitalismo puede haber hecho que un intelectual destacado como Lion Feuchtwanger, uno de los escritores en lengua alemana más exitosos del siglo XX, escribiera

estas líneas en su diario de viaje sobre una visita a Moscú: “uno vuelve a respirar cuando sale de esta atmósfera opresiva, propia de una democracia falsificada y de un humanismo hipócrita, y se adentra en la vigorizante atmósfera de la Unión Soviética. Aquí no hay que esconderse detrás de lemas místicos y carentes sentido, porque prevalece una ética sobria que por sí sola determina el plan según el cual se está construyendo el nuevo sistema”. [656] En otro fragmento del texto, publicado en 1937, Feuchtwanger se refirió a los juicios estalinistas que estaban teniendo lugar en aquellos años, pero afirmó que “el establecimiento del socialismo nunca hubiera sido posible con un derecho irrestricto al abuso”. [657]

Grandes intelectuales como Feuchtwanger, Brecht, Barbusse, Sartre y Chomsky, entre muchos otros, se han involucrado de esta forma en la negación constante de las atrocidades perpetradas en nombre del comunismo, a pesar de que, solo en el transcurso del siglo XX, la aplicación de esta ideología causó al menos 100 millones de muertes. Además, estos intelectuales han dado la espalda a los logros civilizadores del capitalismo, un sistema que ha hecho más para eliminar la pobreza que cualquier otro orden económico en la historia humana.

Es cierto que, en la mayoría de los países de Occidente, los admiradores de Stalin, Mao o Chávez nunca han representado a la mayoría de la población e, incluso, a la mayoría de los intelectuales. Sin embargo, sí que es cierto que estos núcleos tan reaccionarios han constituido un grupo poderoso e influyente dentro de la comunidad intelectual. Sus posiciones son expresiones extremas de una actitud general entre los intelectuales: el rechao del capitalismo.

El colapso del comunismo ocurrió hace menos de treinta años. La mayoría de los antiguos países sometidos por esta ideología no se han involucrado en un proceso de reflexión crítica y debate público comparable al que realizó la Alemania de posguerra para asumir y aceptar todo lo ocurrido durante el Tercer Reich. En China, la Plaza Tiananmen sigue coronada por un gran retrato de Mao. En Rusia, el culto a Stalin está hoy más vivo que hace unas décadas. [658] A la luz

de todo el daño que el comunismo ha causado, y tomando nota de las tragedias humanas, la devastación material y las oportunidades desperdiciadas para el desarrollo que ha supuesto el desarrollo de tal sistema, resulta desconcertante que no exista una conciencia más certera de su devastación.

Nunca en la historia humana ha habido otro movimiento político que "haya extendido su alcance a todos los continentes y países del mundo y ejercido una influencia tan decisiva en la política global durante un período de tiempo tan prolongado", pero la situación es la que es. [659] Más que el reducido número de condenas y juicios contra los responsables de las atrocidades cometidas en nombre del comunismo, es inquietante la ausencia de una reflexión crítica y amplia sobre las raíces de tanta devastación, que se hunden en un furibundo anticapitalismo y que, en pleno siglo XXI, siguen operando a través de nuevas formas de expresión. [660] Para muchos intelectuales, la cosmovisión anticapitalista constituye una religión política de la que se deriva un hondo sentido de identidad y superioridad moral.

A los intelectuales les gusta pensar que son librepensadores críticos que nadan contra la corriente. A menudo se describen como individualistas que detestan cualquier forma de conformidad acrítica. En verdad, como una gran mayoría de personas, lo cierto es que muchos intelectuales exhiben un alto grado de conformidad con su propia comunidad de referencia. Muy pocos tienen el coraje de posicionarse fuera de las creencias predominantes en su propia comunidad.

A los intelectuales les resulta más fácil dar la espalda a las creencias de izquierda y adoptar una visión conservadora del mundo que superar totalmente unos resentimientos anticapitalistas profundamente arraigados. Los *conversos* que han cambiado la política de extrema izquierda de sus años de juventud por una perspectiva conservadora mantienen a menudo algunas de sus convicciones anticapitalistas, incluso después de cambiar de opinión sobre casi todo lo demás. Incluso para muchos de estos renegados

comunistas, esta tiende a ser la única línea roja que no cruzarán. El periodista alemán Marco Carini ha repasado la historia de estos intelectuales durante más de medio siglo con una colección de ensayos que arrancó en 1949, con el título *El Dios que falló* (*The God That Failed*). En estos libros, seis escritores y periodistas prominentes, entre ellos Arthur Koestler, discuten las razones de su ruptura con el comunismo. A pesar de su honda desilusión con la ideología y la práctica comunista, la mayoría de estos *conversos* siguen siendo fieles a sus creencias anticapitalistas. [661]

Una de mis motivaciones clave para escribir este libro, y en particular de este capítulo, fue la esperanza de persuadir a algunos intelectuales para que cuestionen radicalmente las creencias y actitudes que han guiado hasta ahora sus vidas. La contribución real de los intelectuales no radica en la construcción de teorías enrevesadas diseñadas para que sus conciudadanos se pregunten a dónde quieren llegar. Es mucho más útil que persigan criterios verificables y basados en evidencia para identificar y definir cuáles son las condiciones requeridas para el crecimiento de la libertad y la prosperidad. Sin embargo, esta tarea es imposible sin una reflexión crítica sobre la medida en que el juicio de los intelectuales se ve empañado por factores sociales y psicológicos, así como por las experiencias y las normas que comparten, aunque sea inconscientemente, estas élites.

Capítulo 11

Un llamado urgente a la adopción de reformas de mercado

Este libro aboga sin complejos por la adopción urgente de reformas pro-mercado. El objetivo de tales reformas es el de aumentar la influencia del capitalismo en los sistemas económicos contemporáneos, donde los elementos propios del libre mercado se combinan a menudo con fórmulas derivadas de la planificación económica socialista. En un modelo capitalista, el Estado tiene un papel muy importante que desempeñar en la creación del marco propicio para la actividad económica. Friedrich Hayek advirtió de la importancia de no confundir el pensamiento liberal con "una actitud dogmática de *laissez faire*". [662] De hecho, Hayek nunca se opuso de forma clara a la redistribución, motivo por el cual pensadores como Anthony de Jasay han criticado una cierta inconsistencia en su obra. [663]

Pero hoy en día sabemos que no hay ningún lugar en el mundo donde un exceso de libertad económica esté generando problemas y hay muchos lugares donde la falta de capitalismo sí está provocando graves dificultades. Desde China, que oficialmente se sigue denominando socialista, hasta Estados Unidos, que en teoría es el paraíso del mercado pero en la práctica no siempre respeta el modelo de libertad económica, vemos que muchas de las crisis que hoy presenta el mundo moderno son provocadas por la falta de capitalismo. [664]Lo mismo puede decirse en otras latitudes, empezando por los Estados de Bienestar europeos y terminando por la situación de muchas naciones africanas. En los capítulos 1 a 8, he proporcionado amplia evidencia que demuestra por qué vale la pena arriesgarse a pedir más capitalismo.

Hay muchos libros que explican por qué funciona el capitalismo pero, por interesantes que puedan ser las explicaciones teóricas, tales nociones juegan en un papel muy secundario en este libro. Cuando me pregunto el *por qué* de la apuesta por el capitalismo, mi respuesta es sencilla: debemos decir que sí al mercado porque

funciona mejor que los demás sistemas económicos. Por supuesto, hay razones teóricas para que esto sea así, pero, en mi opinión, saber que algo funciona es más importante que saber por qué funciona. Pensemos en nuestra vida cotidiana. Seguro que no sabemos exactamente cómo funciona nuestro coche o cómo opera nuestro teléfono inteligente, pero estamos felices de usarlos y no necesitamos ir al detalle de su operativa o su tecnología involucrada. De igual modo, todos podemos beneficiarnos del capitalismo sin haber oído hablar de Adam Smith, Friedrich Hayek, Ludwig von Mises o Milton Friedman, mucho menos haber leído sus escritos. Basta con que la economía prospere. Pero, como argumentaré a continuación, ignorar cómo funciona el capitalismo puede convertirse en un problema cuando arrecian las dificultades económicas.

No es necesario leer mucha teoría para decidir qué sistema es mejor. Todo lo que necesitamos hacer es mirar la historia económica, como hace este libro. Cada vez que la planificación económica socialista y el capitalismo de libre mercado han entrado en competencia directa —como en las dos Coreas o la partición de Alemania—, el resultado ha sido claro e inequívoco. La historia está llena de experimentos socialistas, porque estas ideas han sido probadas de todas las formas y maneras imaginables. El socialismo al estilo soviético era diferente al de China. El sistema económico de Yugoslavia no es el mismo de Corea del Norte. Más recientemente, Venezuela ha ensayado la variante latinoamericana del “socialismo del siglo XXI”, a su vez influenciada por el *modelo cubano*. Tampoco se puede decir que el “socialismo africano” haya funcionado mejor. Y, no lo olvidemos, formas moderadas y democráticas de socialismo, como las de Reino Unido en la posguerra o Suecia en los años 70, también arrojaron resultados desastrosos.

Aunque muchas personas estén de acuerdo con esta evaluación, existe un engaño generalizado que sostiene que *el socialismo es una buena idea que se ha implementado mal en la práctica*. En verdad, lo que está mal con el socialismo no es solo la práctica sino también la teoría y, cuanto antes se reconozca esta verdad, mejor.

No es un debate menor porque, hoy en día, en muchos países occidentales hay poca conciencia de que las reformas capitalistas conducen a una mayor prosperidad de la que ha podido o podrá generar la redistribución.

¿REDISTRIBUCIÓN O CRECIMIENTO ECONÓMICO?

En principio, solo hay dos maneras mediante las que los problemas sociales pueden mejorar, tanto en base a avances reales como en lo tocante a la percepción pública de tales asuntos. La primera es la redistribución y la segunda es el crecimiento económico. Aunque las dos vayan, con frecuencia, de la mano, a menudo hay división a la hora de establecer cuál de ambas fórmulas es prioritaria. Aquellos que ponen un mayor énfasis en la redistribución tienden a considerar las economías nacionales o globales como un *juego de suma cero*. Esta es una actitud que fue expresada de forma muy concisa en un poema del escritor alemán Bertolt Brecht, en el que un hombre rico y otro pobre se ven cara a cara, dando pie a que el segundo le diga al primero lo siguiente: “si no fuera pobre, no serías rico”. [665]

Esta interpretación de la vida económica es muy popular entre los intelectuales. Según esta lógica, los países ricos deben compartir su riqueza con las naciones más pobres y los ciudadanos más ricos están obligados a entregar parte de su dinero a sus vecinos de menor fortuna. El hecho de que la pobreza continúe existiendo se atribuye al egoísmo y la falta de empatía por parte de los ricos.

Es cierto que, en el pasado, parte importante de la riqueza se basaba en el robo o la extracción coordinada por pequeñas minorías que se enriquecían a expensas del resto. Sin embargo, no es así como funcionan los sistemas de libre mercado. La lógica del capitalismo solo recompensa a quienes logran satisfacer las necesidades de un número suficiente de consumidores. Una mirada a las personas más ricas del mundo muestra que prácticamente ninguno de ellos se hizo rico a base de malas artes. De hecho, sus actividades empresariales han creado valor para toda la sociedad.

El fundador de Amazon, Jeff Bezos, hizo su fortuna facilitando el comercio electrónico. Bill Gates fue pionero en el desarrollo del *software* que todos usamos hoy. La fortuna de Warren Buffett se basa en inversiones en marcas altamente rentables, incluidas McDonald's o Coca Cola, así como en grandes compañías de seguros y otros servicios. Estos tres ejemplos construyeron su fortuna con buenas ideas y grandes marcas que satisfacen diariamente las necesidades de miles de millones de consumidores. ¡Fuimos nosotros, los consumidores, quienes los enriquecimos! Además, vale la pena señalar que, lejos de guardar sus fortunas en cuentas de ahorro o gastar estos recursos en placeres y caprichos personales, la mayor parte de la riqueza de estas personas está invertida en acciones de negocios productivo.

La lista completa de las quince personas más ricas del mundo en el momento en que se escribieron estas líneas (2018) era la siguiente: [666]

#	Nombre	Empresa	Fortuna	Comentarios
1	Jeff Bezos	Amazon	134.000M$	Emprendedor hecho a sí mismo
2	Bill Gates	Microsoft	92.700M$	Emprendedor hecho a sí mismo
3	Warren Buffett	Berkshire Hathaway	81.900M$	Emprendedor hecho a sí mismo
4	Mark Zuckerberg	Facebook	76.000M$	Emprendedor hecho a sí mismo
5	Bernard Arnault	LVMH	74.500M$	
6	Amancio Ortega	Zara	70.900M$	Emprendedor hecho a sí mismo
7	Carlos Slim	Telecom	56.300M$	Emprendedor

				hecho a sí mismo
8	Larry Page	Google	52.600M$	Emprendedor hecho a sí mismo
9	Larry Ellison	Oracle	52.500M$	Emprendedor hecho a sí mismo
10	Sergey Brin	Google	51.300M$	Emprendedor hecho a sí mismo
11	Jack Ma	Alibaba	49.300M$	Emprendedor hecho a sí mismo
12	Françoise Bettencourt-Meyers	L'Oreal	47.900M$	
13	Charles Koch	Koch Industries	46.800M$	
	David Koch	Koch Industries	46.800M$	
15	Jim Walton	Walmart	40.700M$	

Como la economía no es un juego de suma cero, es ingenuo pensar que la redistribución resolverá los problemas sociales es ingenua. Históricamente, la redistribución ha hecho mucho menos para eliminar la pobreza que el crecimiento económico. De hecho, frecuentemente vemos que su único impacto en los problemas sociales es el de exacerbarlos.

Uno de los libros más impactantes que he leído en los últimos años es *Por favor, dejen de ayudarnos* (*Please, Stop Helping Us*), del periodista afroamericano Jason L. Riley, que escribe con frecuencia en las páginas del *Wall Street Journal*. Riley demuestra que las políticas de bienestar social, como la introducción del salario mínimo, han empeorado la situación de la población negra en

Estados Unidos. [667] Por el contrario, los afroamericanos vieron cómo sus salarios aumentaron con mucha más fuerza que las rentas de los trabajadores blancos en los años de las reformas pro-mercado de la Administración Reagan.

Estos mismos desarrollos se observan también en el plano internacional. Como explico en el capítulo 1, el crecimiento económico condujo a mejores niveles de vida a cientos de millones de chinos, así como a un aumento de la desigualdad y a la creación de una nueva clase de multimillonarios muy ricos. Pero, por el contrario, el capítulo 2 prueba que medio siglo de *ayuda al desarrollo* ha servido de poco para mejorar las condiciones de vida en África. De hecho, a menudo vemos que su impacto ha sido exactamente todo lo contrario de lo que pretendían los donantes.

Los sistemas basados explícitamente en el ideal igualitario nunca han tenido éxito a la hora de crear una sociedad homogénea. Algo así solo puede existir en las ficciones utópicas y en las obras de autores como Thomas More y Tommasso Campanella. *Rebelión en la granja*, publicado por George Orwell en 1945, explora de forma memorable lo que sucede cuando las buenas intenciones procuran generar una mayor igualdad, pero tarminan provocando todo lo contrario.

LA EXPANSIÓN DEL INTERVENCIONISMO

Con el paso del tiempo, algunas economías que parecían estár más comprometidas con los principios del libre mercado empiezan a restringir el las fuerzas del mercado al tiempo que permiten la expansión del intervencionismo y de la influencia del Estado. Esto sucede por las actividades de cabildeo de grupos de interés que buscan rentas y beneficios particulares o por los programas de “gasto social” creados por políticos que esperan que dichos desembolsos contribuyan a maximizar su base de votantes. Pero, además, ese mayor nivel de intervencionismo también puede ser el resultado de las reacciones del gobierno ante los ciclos de auge y caída, que no dejan de ser una característica inevitable del

capitalismo. Cuando llega una fase de corrección, los gobiernos responden con frecuencia lanzando planes de estímulo, paquetes anti-crisis, nuevas regulaciones y todo tipo de medidas anticíclicas que se traducen en una expansión general del peso del Estado sobre la vida económica.

Las crisis son tan esenciales para la buena salud de la economía como los períodos de debilidad física o las enfermedades para la vida de seres humanos, animales o plantas. El sistema inmunológico del ser humano y nuestra capacidad de auto-curación es capaz de hacer frente a la mayoría de las enfermedades que sufrimos en el transcurso de nuestras vidas. Con el tiempo, nuestros cuerpos pueden recuperarse de enfermedades como el resfriado común sin necesidad de ninguna intervención externa.

A medio y largo plazo, las economías capitalistas se ven fortalecidas por las crisis, que conducen a la desaparición de empresas improductivas y elevan nuevas fórmulas innovadoras de ofrecer bienes y servicios demandados por la sociedad. Aunque los efectos inmediatos sean desagradables para las empresas y los trabajadores, lo cierto es que estos periodos de crisis tienen una función de limpieza que resulta positiva en el medio y largo plazo.

Pero si un médico envía a los pacientes a su casa sin receta médica y simplemente les aconseja que se queden en la cama durante unos días, permitiendo que el resfriado siga su curso, sería considerado un incompetente por parte de muchos observadores. De igual manera, ningún político ganaría una elección al aconsejar a los votantes que acepten las crisis y adopten una visión de largo plazo. Decir que “el resultado final será positivo, a pesar de que muchas empresas caerán en bancarrota” no parece muy atractivo. En consecuencia, la oposición aprovecharía cualquier oportunidad que surgiese para denunciar a ese líder político como un dirigente sin compasión o incompetente, si no ambas cosas. Además, es probable que la mayoría de los votantes se manifestaría de acuerdo con este juicio.

Siguiendo con la analogía, hay algunas personas piensan que la prescripción de antibióticos, antipiréticos y supresores de la tos como medida para curar enfermedades menores constituye un sello distintivo de lo que es ser un buen médico. Sin embargo, estos pacientes no son conscientes de que los beneficios a corto plazo conllevan el riesgo de exacerbar efectos secundarios adversos, además de retrasar el proceso de curación o incluso causar complicaciones graves que se manifiestan en el largo plazo. La fiebre y la tos son respuestas naturales por las cuales el cuerpo humano combate las infecciones. Aunque hay circunstancias específicas que pueden requerir tratamiento médico, generalmente es mejor dejar que este tipo de enfermedades sigan su curso. La supresión de estas respuestas para sentirse mejor a corto plazo interfiere con los poderes de auto-curación del cuerpo, reduciendo su alcance. Lidiar con enfermedades menores con antibióticos puede conducir no solo a efectos secundarios adversos, sino también a una mayor resistencia ante los antibióticos que, a medio o largo plazo, sí pueden ser necesarios para lidiar con una enfermedad de mayor gravedad.

La mayoría de las personas parece haber internalizado la creencia de que tomar medidas es siempre mejor que no hacer nada. En realidad, hay muchos escenarios en los que tomar conscientemente la decisión de no hacer nada es preferible a *actuar por actuar* y acordar decisiones porque sí. Pero hacer que un paciente angustiado entienda esto es casi tan difícil como pedirle a los votantes que aceptan que las crisis ocurren como parte natural del ciclo económico, de modo que la mejor respuesta posible es tener fe en los poderes de auto-curación de la economía. Este sería un curso de acción mucho mejor que los programas de estímulo, los paquetes anti-crisis, las intervenciones gubernamentales o la flexibilización cuantitativa de los bancos centrales puesto que, si bien estas medidas pueden proporcionar un cierto alivio a corto plazo, lo cierto es que hacen más mal que bien al menos en tres aspectos: desencadenan efectos secundarios adversos, retrasan la recuperación económica y debilitan el potencial de crecimiento económico a largo plazo.

Japón nos ofrece un triste recordatorio del daño que los gobiernos pueden hacer al interferir en lugar de permitir que una crisis siga su curso. En 1990, a raíz del estallido de la *burbuja* en los mercados inmobiliario y bursátil japoneses, el gobierno nipón quiso evitar el golpe económico aumentando la deuda pública, en lugar de aprobando reformas que facilitasen el ajuste y la auto-curación de la economía, a partir de las fuerzas y la capacidad de ajuste del mercado. En 2017, la deuda pública del país asiático superaba el 235% del PIB, muy por encima de Grecia (180%), Italia (130%) o Estados Unidos (110%). [668] Resulta indicativo comprobar que el "gasto social" de Japón subió a una tasa anual del 4,4% entre 1980 y 2003. Comparativamente, el aumento en Estados Unidos fue del 2,9%, mientras que en Alemania se situó en el 1,9%. [669]

Si bien no hacer nada es, en muchos casos, la respuesta más sensata a las crisis cíclicas o al estallido de *burbujas*, las depresiones severas con causas estructurales profundamente arraigadas exigen una respuesta política más proactiva. Una vez más, la analogía médica es útil: a diferencia de los resfriados comunes, las enfermedades graves sí deben tratarse de forma más activa. Como plantea el capítulo 5, Margaret Thatcher y Ronald Reagan pudieron sacar a sus respectivos países de profundas recesiones económicas mediante la introducción de medidas diseñadas para liberar los poderes del mercado. Fueron años de privatización, recortes de impuestos y desregulación.

En menor escala, en Suecia se adoptaron medidas similares durante la década de 1990, con ánimo de rectificar los excesos de épocas anteriores en materia de impuestos o de regulación (ver capítulo 7). Otros muchos países han experimentado resultados similares gracias a reformas pro-mercado que dieron como resultado un mayor crecimiento y una mayor prosperidad. En Alemania, las reformas instigadas por Gerhard Schröder a comienzos de la década de 2000 llevaron a la recuperación económica y ayudaron a reducir el desempleo. La gran mayoría de esas reformas siguen en pie.

Desafortunadamente, este tipo de mejoras se dan de forma puntual. Es más fácil ganar elecciones con promesas de aumentar el "gasto social" o con el compromiso de lanzar nuevas medidas de redistribución que anunciando reformas pro-mercado o rebajas fiscales que, con frecuencia, van de la mano de ciertos recortes presupuestarios. En su intento de ganar y retener a los votantes a base de recompensas generosas, los políticos entran constantemente en un proceso continuo de detección de "injusticias sociales" que sirvan para avivar los manifiestos electorales y motivar más intervenciones.

Como ha demostrado William Voegeli, la tendencia a largo plazo hacia el aumento de la redistribución y el "gasto social" es universal y aplica a todos los países occidentales. Entre 1980 y 2003, el "gasto social" *per cápita* en proporción al PIB aumentó del 10,9% al 17,9% en Australia, del 20,8% al 28,7% en Francia, del 23% al 27,3% en Alemania, del 18% al 24,2% en Italia , del 15,5 al 20,3% en España, del 16,6% al 20,6% en Reino Unido o del 13,3% al 16,2% en Estados Unidos. [670] Durante ese mismo periodo, la tasa de crecimiento anual del gasto en asistencia social fue significativamente mayor en Estados Unidos o Reino Unido que en los Estados de Bienestar clásicos, como Dinamarca o Suecia. [671] Este crecimiento de los presupuestos se financió a expensas de las generaciones futuras, puesto que fue pagado a base de aumentar la deuda pública. Los mismos políticos que hablan mucho de "sostenibilidad" han olvidado que muchas de sus decisiones de gasto son de todo menos "sostenibles".

Para la mayoría de los políticos, no hay límite para la expansión del Estado de Bienestar: aunque se aumenten los niveles de gasto, pronto vuelve la percepción de que tales desembolsos son inadecuados o insuficientes, alentando nuevos aumentos. Los políticos están siempre buscando nuevas "injusticias" o "desigualdades" que luego proponen corregir a través de la redistribución o el aumento de la deuda pública, con la esperanza de que estas propuestas les ayuden a cosechar más votos en las

siguientes elecciones. Sin embargo, más allá del éxito o del fracaso electoral, los beneficios de estas medidas son muy dudosos. En el capítulo 2, ya hemos visto que la *ayuda al desarrollo* ha hecho más mal que bien para los países pobres.

El periodista alemán René Zeyer ha demostrado que la *lucha contra la pobreza* solo crea más pobreza y ceba una "industria de la ayuda" en vez de cambiar estructuralmente la situación de quienes realmente necesitan ayuda. En Alemania, esa "industria de la ayuda" incluye a un sinfín de organizaciones sin fines de lucro, desde la Asociación de Bienestar de los Trabajadores (*Arbeiterwohlfahrt*) a la organización benéfica católica Caritas. En total, este segmento de actividad emplea una fuerza laboral de 1,5 millones de personas, ¡tres veces el tamaño de toda la industria automotriz alemana! Sus gastos de personal y administrativos oscilan entre 80.000 y 140.000 millones de euros al año y son financiados en gran medida por el contribuyente. [672] De igual modo, aunque el gobierno presupuesta 49.000 millones cada año para ayudar a los hogares de ingresos bajos, la parte de estos desembolsos que llega realmente a los beneficiarios supone menos de la mitad del total. [673]

"Eficiencia", "impacto", "análisis coste-beneficio"… Todos los términos clave en la vida económica pierden su significado cuando se habla de la gestión de la pobreza. "Hacer este tipo de preguntas a las ONG está tan mal visto como reírse a carcajadas en un funeral". [674] El caso alemán es solo un ejemplo, puesto que se han hecho observaciones similares sobre la ineficiencia de la redistribución y de la *lucha contra la pobreza* en Estados Unidos o Reino Unido, donde los trabajos de James D. Gwartney y Kristian Niemietz han sido esclarecedores. [675] [676] De nuevo, la redistribución no ha ayudado a reducir la brecha de ingresos, sino que la ha ensanchado. Las políticas orientadas al mercado podrían haber hecho mucho más a la hora de combatir la pobreza.

A pesar de la abrumadora evidencia que muestra sus efectos nocivos, la tendencia hacia una mayor influencia del Estado en la

economía parece ser irreversible por momentos. En el mejor de los casos, esa deriva se puede ver interrumpida solo parcialmente, por ejemplo cuando el ritmo de crecimiento del gasto se modera. La teoría sobre la reforma en materia de política económica explica los gobiernos generalmente evitan tomar medidas que supongan cambios y mejoras integrales o transformadoras.

Como las reformas inicialmente pueden tener un impacto negativo o pueden resultar impopulares, siempre cabe el riesgo de que se aprueben solo a medias, por ejemplo con la destitución de sus impulsores o con el repliegue de las medidas adoptadas. Incluso en el marco de las reformas pro-mercado adoptadas en Alemania (bajo Erdhard), Estados Unidos (bajo Reagan), Reino Unido (bajo Thatcher) o Chile (bajo Pinochet), el deterioro a corto plazo de las condiciones económicas se tradujo en el aumento del desempleo o la inflación, de modo que hasta los programas de mayor éxito a medio y largo plazo pueden tener un arranque complicado. También en China, la reforma de precios inicialmente dio lugar a la inflación. Eso sí: en muchos casos, las reformas revelan problemas preexistentes, como por ejemplo en Suecia, donde la aprobación de reformas liberales hizo visible el desempleo oculto.

Las medidas que pueden generar más crecimiento y empleo a medio o largo plazo pueden, en ocasiones, causar desempleo o inducir una recesión a corto plazo. Esto, a su vez, hace que la popularidad de los instigadores de estas reformas caiga en picado en las encuestas de opinión. Además, los impulsores de medidas de cambio tampoco pueden confiar siempre en cosechar réditos electorales ligados a sus reformas, como demuestra el caso del canciller alemán Gerhard Schröder, que perdió las Elecciones Generales. De hecho, fue su sucesora Angela Merkel quien se benefició de los efectos positivos de sus reformas. .

Por consiguiente, quienes aspiran a impulsar reformas estructurales pro-mercado deben estar preparados para adoptar cambios radicales inmediatamente después de obtener la victoria electoral, puesto que las reformas pueden requerir uno o dos años difíciles

antes de que empiecen a hacerse patentes los resultados y las condiciones de vida de la mayoría de los votantes mejoren de forma significativa. Contar con ciclos electorales más largos, por ejemplo de cinco o seis años, lo haría más fácil, pero también aumentaría el riesgo de exacerbar los problemas económicos derivados de gobiernos incompetentes.

Las reformas pro-mercado adoptadas en diferentes países y comentadas en este libro tienen un denominador común. En todos los casos, las reformas fueron instigadas en tiempos de dificultades económicas extremas, a veces catastróficas. Este fue el caso en la China de Deng Xiaoping o los Estados Unidos de Reagan. También se corresponde con lo ocurrido en Chile, Suecia, Reino Unido…

Los economistas Allan Drazen y Vittorio Grilli han recurrido funciones aritméticas para demostrar que las crisis son, a menudo, un requisito previo para la introducción de reformas económicas: "las pérdidas de bienestar asociadas con las distorsiones y las crisis económicas permiten que las sociedades adopten medidas que serían imposibles de desarrollar en circunstancias menos desfavorables. Dicho con otras palabras, las dificultades económicas pueden aumentar el bienestar a largo plazo, en la medida en que a menudo son la única forma de inducir cambios necesarios en la política económica". [677]

Pero, por supuesto, no hay garantía alguna de que los votantes sabrán sacar siempre las lecciones correctas de una crisis. De hecho, a menudo vemos que un porcentaje amplio del electorado sigue poniendo su fe en consignas y recetas simplistas, apoyando a quienes les ofrecen chivos expiatorios que eviten cambios estructurales. Durante la *Gran Depresión* de principios de la década de 1930, la mayoría de los alemanes dieron sus votos a partidos nacionalsocialistas y comunistas porque éstos culparon de la crisis al capitalismo y supieron captar votos a base de lanzar consignas anticapitalistas. [678]

En mi libro *Hitler: La políticas de la seducción* demuestro la importancia de los elementos socialistas y anticapitalistas en la cosmovisión de Hitler. Estos mensajes fueron esenciales para el éxito de los nacionalsocialistas. Hitler fue un adelantado a su tiempo porque supo explotar el atractivo de subordinar la propiedad privada y la economía de libre mercado a la primacía de la política. Los comunistas planteaban la abolición completa del mercado, situándose por definición en un escenario más rupturista y menos atractivo electoralmente. [679]

Ya en 1941, el economista y sociólogo alemán Friedrich Pollock argumentó que, "anque los nacionalsocialistas habían mantenido formalmente los derechos de propiedad privada, en la práctica habían destruido todas las características clave de la propiedad privada. Lo único que dejaron en pie fue el título legal de la propiedad como tal. Sin embargo, el control estatal se extendía sobre todos los aspectos relevantes de la producción económica e industrial, de modo que la tenencia formal de propiedad privada no tenía implicación alguna". [680]

Esta es la razón por la cual pensadores como el economista alemán de la Escuela Austriaca, Hans F. Sennholz, insisten en equiparar la propiedad privada con el derecho exclusivo a disponer de ella. En un orden económico de libre mercado, debe existir esa total equivalencia: "el propietario [en lugar del Estado] es el que debe decidir sobre el uso que hace de los recursos económicos que están en su poder". [681] Muchas personas no son conscientes de lo esencial que es esto, pero es crucial insistir en ello, porque los sistemas democráticos no son inmunes a los peligros que se derivan de la erosión de las características inherentes a la propiedad privada a través de la creciente intervención regulatoria en la economía, un proceso que solo se ve acelerado por las medidas anti-crisis que luego nunca se retiran.
La mayoría de los votantes no llega a comprender por entero la complejidad de una gran crisis económica como la de las hipoteca *subprime* que comenzó en 2007-2008. Con los políticos ocurre algo parecido. Por eso, es mucho más fácil buscar chivos expiatorios (por

ejemplo, los “banqueros codiciosos”) y así evitar un análisis que ataje las causas subyacentes de la crisis. Esto hace inviable llegar a conclusiones apropiadas. De modo que, retomando las observaciones con las que comencé este capítulo, lo cierto es que, en tiempos de crisis, la ignorancia de la mayoría de votantes, políticos y medios de comunicación sobre el funcionamiento del capitalismo se convierte en un problema grave.

Los gobiernos tienden a responder ante las crisis expandiendo el papel del Estado. Esto puede aliviar los problemas e incluso estimular el crecimiento económico a corto plazo, pero casi siempre contribuye a exacerbar y empeorar la situación a medio y largo plazo. Otro problema adicional es que, con cada nueva crisis, el nivel de deuda pública se vuelve cada vez más insostenible, puesto que los políticos intentan resolver los problemas que han generado pidiendo más y más dinero prestado. Según el Informe de Estabilidad Financiera Global publicado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) en octubre de 2017, la deuda total del sector no financiero de las economías del G-20 ya ha superado el umbral del 235% del PIB conjunto de estos países (un nivel récord que supone más de 135.000 billones de dólares). [682]

Si bien los tipos de interés cercanos a cero han frenado la acumulación de deuda pública en Alemania, en otros países vemos que estas medidas de los bancos centrales no han evitado que los niveles de deuda aumenten con rapidez, precisamente porque la emisión de deuda es (casi) gratuita. Los Estados, las empresas y los hogares están ahora aún más endeudados que antes del comienzo de la crisis financiera. Según el FMI, la deuda pública de Estados Unidos aumentó en 11,1 billones de dólares entre 2006 y 2016. Para el mismo periodo, la deuda de las empresas chinas aumentó en otros 14,4 billones. Además, el *ratio* de aumento de estas deudas es muy superior al ritmo de crecimiento del PIB. En Estados Unidos, por ejemplo, la deuda se duplicó de 10 a 21 billones en los años que van de 2009 a 2018, bajo gobierno de Barack Obama. Y, no lo olvidemos, la deuda pública es a menudo mayor de lo que reflejan las cifras oficiales, que no incluyen empresas públicas y tampoco

recogen la *deuda implícita* asociada a las pensiones futuras que, según todas las estimaciones, se pagarán con deuda.

Dado que los niveles ordinarios de crecimiento económico ya no son suficientes para salir de la trampa de la deuda, los gobiernos no tienen más remedio que recurrir a la inflación, las piruetas monetarias o incluso los escenarios del impago del endeudamiento soberano. Los economistas Kenneth S. Rogoff y Carmen M. Reinhart han documentado al menos 250 *defaults* en el mercado de deuda pública externa desde el año 1800, así como 68 incumplimientos de pago de la deuda doméstica. [683] Algunos países se han visto afectados por estos procesos con mayor frecuencia que otros. España y Venezuela encabezan la lista con 13 y 10 incumplimientos, respectivamente, mientras que Australia, Canadá, Noruega y Estados Unidos se encuentran entre los países que nunca han experimentado un incumplimiento soberano. [684]

La política de reducir agresivamente los tipos de interés que han seguido los bancos centrales solo exacerba el problema de la deuda, al permitir que los gobiernos pidan dinero prestado prácticamente de forma gratuita. Durante los últimos años, Alemania y otros países europeos han emitido bonos de deuda pública con tipos de interés negativos. En tales condiciones, asumir nuevas deudas no parece ser un gran problema, de modo que los gobiernos pueden continuar prometiendo más y más “gasto social” para mantener contentos a los votantes. Sin embargo, la política de dejar los tipos de interés cerca del 0% es muy dañina. Como vemos, los precios inmobiliarios, las acciones y otros activos han aumentado bruscamente su valor mientras se han desarrollado estas medidas monetarias, de modo que es probable que se formen nuevas *burbujas* generadas por esta estrategia de los bancos centrales y los gobiernos.

Los inversores privados e institucionales se están viendo obligados a correr riesgos cada vez mayores para lograr retornos en los mercados. En este contexto, todo vale, incluidos bonos a cien años emitidos por Argentina, títulos de deuda iraquí, deuda corporativa de

Amazon negociada cuarenta años… Cualquier inversor que no esté satisfecho con los intereses que brinda la deuda pública de Alemania o Estados Unidos acaba tomando este tipo de decisiones arriesgadas. Y, ante la disminución de los rendimientos y el agotamiento de fórmulas tradicionales de inversión, también en el mercado inmobiliario vemos que se corren riesgos cada vez mayores.

La política de tipos de interés cercanos a cero también pone en riesgo a los bancos. El Informe de Estabilidad Financiera Global del FMI advierte que casi un tercio de los bancos mundiales considerados de importancia sistémica, cuyos activos bajo gestión superan los 17 billones de dólares, tendrán serios problemas para lograr una rentabilidad sostenible y así garantizar la continuidad. De hecho, el FMI cree que la mitad de ellos ni siquiera alcanzará sus propios objetivos. [685] Este es un resultado directo de la decisión de "rescatar" a los bancos, amparada en que muchos de ellos han sido considerados "demasiado grandes para quebrar". El mecanismo de selección, crucial para el funcionamiento de una economía de mercado, ha sido suspendido en el sistema financiero, que además está más regulado que cualquier otro sector de la economía. Si la economía y los mercados de valores colapsaran, muchos bancos estarían al borde del colapso y "necesitarían" ser "rescatados" nuevamente por el dinero de los contribuyentes, lo que aumentaría aún más la deuda pública y seguiría restando dinamismo al sector.

De igual modo, también los fondos de pensiones están al borde del colapso. Los sistemas públicos de pensiones organizados sobre la base del reparto ya no pueden hacer frente a la transición demográfica que enfrentan muchos países occidentales, sobre todo porque los políticos son reacios a aumentar la edad de las pensiones en la medida en que sería necesario para empezar a solucionar el problema. Esto hace que los fondos privados de pensiones tengan aún más importancia, pero también en este segmento del mercado vemos que las empresas gestoras están lidiando con grandes dificultades derivadas de la política de *dinero barato* que han adoptado los bancos centrales con el aplauso del

gobierno. Muchas de estas entidades apenas logran acercarse a los rendimientos calculados previamente, puesto que tales proyecciones partían de tipos de interés más lógicos. Estas circunstancias aumentan el descontento social, puesto que cada vez hay más miedo a un mayor riesgo de pobreza en la vejez.

El endeudamiento público masivo y la intervención económica reiterada de los gobiernos y los bancos centrales están exacerbando los problemas presentes a base de empujar su resolución al futuro. Esto seguirá siendo así hasta que el sistema se regenere mediante reformas capitalistas radicales. La alternativa es que las bases del crecimiento económico capitalista se terminen derrumbando, abriendo las puertas a demagogos cuyas promesas de salvación movilizarán a las masas hasta conducirlas a la servidumbre y la miseria.

Mi motivación para escribir este libro fue doble: proporcionar argumentos para que políticos, periodistas y otros ciudadanos puedan oponerse a las políticas equivocadas y miopes descritas anteriormente, y mostrar que ni los problemas actuales ni los problemas del futuro pueden resolverse sin tener el coraje de emprender reformas radicales que permitan asumir el riesgo de apostar por más capitalismo.

Agradecimientos

Quiero trasladar mi agradecimiento a amigos y expertos que leyeron y discutieron conmigo versiones preliminares o fragmentos de este manuscrito. Mis conversaciones con Gerd Kommer, Thomas Löffelholz o Helmut Knepel fueron particularmente valiosas.

Kommer es autor de los mejores libros que conozco sobre los mercados financieros que conozco. Director general de Gerd Kommer Invest GmbH, Kommer me apoyó durante la redacción de este libro y sus comentarios y consejos han sido de gran utilidad.

Mis debates con Helmut Knepel fueron particularmente útiles para obligarme a agudizar mi pensamiento sobre estas cuestione. Knepel fue miembro del consejo de administración y el consejo asesor de Feri EuroRating AG.

También quiero recordar en estas páginas a Thomas Löffelholz, quien fue director de *Die Welt* durante mi etapa como jefe de sección en el periódico.

Igualmente, quiero agradecer los valiosos comentarios sobre el capítulo de África (y otros fragmentos) que me hizo Christian Hiller von Gaertringen. Después de trabajar como director del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* durante dieciséis años, hoy es consultor para empresas especializadas en invertir en África.

El profesor Karl-Werner Schulte también me ayudó con su apoyo y *feedback*. Schulte es el pionero de la implantación en Alemania de cursos de educación avanzada diseñados para ejecutivos del sector inmobiliario. Además, ha impulsado la Fundación IREBS para favorecer la investigación inmobiliaria en África.

André Steiner, del Centro de Historia Contemporánea de Potsdam y autor de diversos trabajos de referencia sobre la economía planificada de Alemania del Este, tuvo la amabilidad de leer mi capítulo sobre esta cuestión.

También estoy muy agradecido a Stefan Wolle, quien ha ejercido el cargo de director académico del Museo de la RDA de Berlín desde el año 2005 y ha escrito varios libros sobre la historia de la Alemania comunista. Su apoyo ha sido crucial.
.
Werner Pascha, profesor de Estudios Económicos de Asia Oriental, Japón y Corea en la Universidad de Duisburg-Essen, me dio consejos de gran utilidad sobre la economía de Corea del Sur. Rüdiger Frank, profesor de Economía y Sociedad de Asia Oriental en la Universidad de Viena, compartió conmigo su conocimiento sobre Corea del Norte.

El profesor Stefan Rinke, director del Instituto de Estudios de América Latina de la Universidad Libre de Berlín, y Matthias Rüb, corresponsal en la región del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, también tuvieron la amabilidad de repasar y corregir mi capítulo sobre Chile y Venezuela.

A todos ellos, mi agradecimiento.

Bibliografía

A. C. Clark, *The Revolutionary Has No Clothes: Hugo Chávez's Bolivarian Farce* (Nueva York: Encounter Books, 2009).

Adrian Ravier y Peter Lewin, "The Subprime Crisis", *Quarterly Journal of Austrian Economics* n. 15, n. 1 (2012).

Alain de Benoist, *On the Brink of the Abyss: The Imminent Bankruptcy of the Financial System* (Budapest: Arktos Media, 2015).

Alan Greenspan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World* (Nueva York: Penguin, 2007), p. 233. Disponible en

castellano: Alan Greenspan, *La era de las turbulencias. Aventuras de un nuevo mundo* (Barcelona: EDB, 2008

Alan S. Kahan, *Mind vs. Money: The War between Intellectuals and Capitalism* (New Brunswick: Transaction, 2010).

Alexander Rommel, “Sozialstruktur, Armut, Ungleichheit und soziale Klassen”, incluido en Boeckh, Welsch y Werz (2011).

Allan Drazen y Vittorio Grilli, “The Benefit of Crisis for Economic Reforms”, *American Economic Review* 83, n. 3 (1993).

Alexander Busch, “Länderanalyse Chile: Gefangen in der Mittelschicht”, *Neue Zürcher Zeitung* (22 de febrero de 2017). Disponible en: <http://www.nzz.ch/wirtschaft/laenderanalyse-chile-gefangen-in-der-mittelschicht-ld.146938>.

André Steiner, *Von Plan zu Plan: Eine Wirtschaftsgeschichte der DDR* (Berlín: Aufbau Taschenbuch, 2007).

Andreas Boeckh, Friedrich Welsch y Nikolaus Werz (editores), *Venezuela heute: Politik, Wirtschaft, Kultur* (Frankfurt: Vervuert Verlagsgesellschaft, 2011).

Andreas Freytag, “Ist Afrikas wirtschaftliche Entwicklung nachhaltig?”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (Wiesbaden: Springer Gabler, 2017),

Andreas Rüesch, “Wieso es in Russland wieder salonfähig ist, Stalin zu verehren”, *Neue Zürcher Zeitung* (24 de octubre de 2017). Disponible en: <http://www.nzz. ch/international/stalin-und-die-sehnsucht-nach-der-starken-hand-ld.1323741>.

Andreas Sieren y Frank Sieren, *Der Afrika-Boom: Die große Überraschung des 21. Jahrhunderts* (Múnich: Carl Hanser Verlag, 2015).

Anthony de Jasay, “Über Umverteilung”, incluido en *Wider die Wohlstandsdiktatur: Zehn liberale Stimmen*, editado por Baader (1995).

Arnold Harberger, “The Miracle of Chile”, incluido en PBS (1998). Disponible en: <http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/ufd_reformliberty_full.html>.

Assar Lindbeck, “The Swedish Experiment”, *Journal of Economic Literature* 35, n. 3 (1997).

Assar Lindbeck, Per Molander, Torsten Persson, Olof Petersson, Agnar Sandmo, Birgitta Swedenborg y Niels Thygesen, *Turning Sweden Around* (Cambridge: MIT Press, 1994).

Ayn Rand, *For the New Intellectual: The Philosophy of Ayn Rand* (Nueva York: Random House, 1961). Disponible en castellano: Ayn Rand, *El nuevo intelectual* (Buenos Aires, Grito Sagrado, 2013).

Banks around the World, “The World’s Top 50 Companies” (2018). Disponible: <http://www.relbanks.com/rankings/worlds-largest-companies>.

BBC News, “Storm over Venezuela Oil Speech” (4 de noviembre de 2006). Disponible en: <http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/americas/6114682.stm>.

Beat Kappeler, “Wege und Irrwege der Entwicklungspolitik”, incluido en *In Das Ende der Armut: Chancen einer globalen Marktwirtschaft,* editado por Hoffmann y Bessard (2012).

Bernie Sanders, *Our Revolution: A Future to Believe In* (Nueva York: Thomas Dunne Books, 2016).

Bert Flossbach y Philipp Vorndran, *Die Schuldenlawine: Eine Gefahr für unsere Demokratie, unseren Wohlstand und ihr Vermögen*

(Múnich: FinanzBuch Verlag, 2012).

Bertolt Brecht, “Alfabet”, incluido en la recopilación *The Collected Poems of Bertolt Brecht* (Nueva York: Liveright, 2018).

Cal Thomas, “Millennials Are Clueless about Socialism (Call It the ‘Bernie Sanders effect’)”, *Fox News* (20 de octubre de 2016). Disponible en: <http://www.foxnews.com/opinion/millennials-are-clueless-about-socialism-call-it-the-bernie-sanders-effect>.

Carl Moses, “Der Öl-Caudillo”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (27 de febrero de 2007). Disponible en: <http://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/wirtschaftspolitik/hugo-chavez-der-oel-caudillo-1118662.html>.

Chris Edwards, “Margaret Thatcher’s Privatization”, *Cato Journal 37*, n. 1 (Washington: Instituto Cato, 2017).

Christian Hiller von Gaertringen, *Afrika ist das neue Asien: Ein Kontinent im Aufschwung* (Hamburg: Hoffmann und Campe Verlag, 2014).

Christian Hiller von Gaertringen, “Afrikas junge Unternehmer”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017).

Christian Hoffmann y Pierre Bessard (editores), *Das Ende der Armut: Chancen einer globalen Marktwirtschaft* (Zúrich: Liberales Institut Zürich, 2012).

Christian Hoffmann y Pierre Bessard (editores*), Das Ende der Armut: Chancen einer globalen Marktwirtschaft* (Zúrich: Liberales Institut Zürich, 2012),

Comisión Europea, “Special Eurobarometer n. 353. The EU and Africa: Working towards closer partnership” (noviembre de 2010). Disponible en:

<http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/archives/ebs/ebs_353_en.pdf>.

Dambisa Moyo, *Dead Aid: Why Aid Is Not Working and How There Is a Better Way for Africa* (Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2009). Disponible en castellano: Dambisa Moyo, *Cuando la ayuda es el problema* (Madrid: Gota a Gota, 2011).

Dambisa Moyo, *Winner Take All: China's Race for Resources and What It Means for the World* (Nueva York: Basic Books, 2012).

Daniel Bultmann, *Kambodscha unter den Roten Khmer: Die Erschaffung des perfekten Sozialisten* (Paderborn: Verlag Ferdinand Schöningh, 2017).

Daniel Hammarberg, *The Madhouse: A Critical Study of Swedish Society* (Daniel Hammarberg, 2011).

Daniel Koerfer, "Ludwig Erhard: Der vergessene Gründervater", incluido en: Gillies, Koerfer y Wengst, (2010).

David Signer, "Entwicklungshilfe statt Entwicklung? Die fragwürdige Bilanz eines überholten Konzeptes", incluido en Hoffmann y Bessard (2012).

Der Spiegel, "Boykott: Venezuela kappt Exxon die Ölzufuhr" (13 de febrero de 2008). Disponible en: <http://www.spiegel.de/wirtschaft/boykott-venezuela-kappt-exx-on-die-oelzufuhr-a-534931.html>.

Detlev Mares, *Margaret Thatcher: Die Dramatisierung des Politischen* (Gleichen: Hans Hansen-Schmidt, 2014).

Dieter Nohlen y Hartmut Sangmeister (editores), *Macht, Markt, Meinungen: Demokratie, Wirtschaft und Gesellschaft in Lateinamerika* (Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften, 2004).

Dieter Schneidewind, *Wirtschaftswunderland Südkorea* (Wiesbaden: Springer Gabler, 2013).

Edward N. Luttwak, *Strategy and Politics: Collected Essays* (Piscataway: Transaction, 1980).

Erich Weede, “Wirtschaftliche Freiheit: Hintergrundbedingungen, Auswirkungen und Gefährdungen”, *Wirtschaftspolitische Blätter* n. 3–4 (2014).

Fabian Urech, “Das Öl hat der Regierung den Kopf verdreht”, *Neue Zürcher Zeitung* (11 de agosto de 2015). Disponible en: <http://www.nzz.ch/international/afrika/das-oel-hat-der-regierung-den-kopf-verdreht-1.18593317>.

Felix Lee, *Macht und Moderne: Chinas großer Reformer Deng Xiaoping – Die Biographie* (Berlín: Rotbuch Verlag, 2014).

Felix Wemheuer, *Der große Hunger: Hungersnöte unter Stalin und Mao* (Berlín: Rotbuch Verlag, 2012).

Ferdinand Lundberg, *The Rich and the Super-Rich: A Study in the Power of Money Today* (Nueva York: Lyle Stuart, 1968).

Frank Dikötter, *Mao’s Great Famine: The History of China’s Most Devastating* Catastrophe, 1958–62 (Londres: Bloomsbury, 2010). Disponible en castellano: Frank Dikötter, *La gran hambruna en la China de Mao* (Barcelona: El Acantilado, 2017).

Frank Bandau, “Soziale Ungleichheit im sozialdemokratischen Musterland Schweden”, *Verteilungsfrage* (30 de marzo de 2016). Disponible en: <http://verteilungsfrage.org/2016/03/soziale-ungleichheit-im-sozialdemokratischen-musterland-schweden>.

Friedrich Hayek, “Rules, Perception and Intelligibility”, incluido en *Studies in Philosophy, Politics and Economics* (Londres: Routledge

& Kegan Paul, 1967). Disponible en castellano: Friedrich Hayek, *Estudios de filosofía, política y economía* (Madrid: Unión Editorial, 2012).

Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty: The Definitive Edition* (Chicago: University of Chicago Press, 2011). Disponible en castellano: Friedrich Hayek, *Los fundamentos de la libertad* (Madrid: Unión Editorial, 2008)

Friedrich Hayek, "The Intellectuals and Socialism", *The University of Chicago Law Review*, edición de primavera de 1949 (Chicago: 1949).

Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom* (Londres: Routledge 2001). Disponible en castellano: Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre* (Madrid: Unión Editorial, 2017

Friedrich Pollock, "Ist der Nationalsozialismus eine neue Ordnung?", incluido Dubiel y Söllner (1981).

Fondo Monetario Internacional (FMI), *Global Financial Stability Report: Is Growth at Risk?* (octubre de 2017). Disponible en: <http://www.imf.org/en/Publications/GFSR/Issues/2017/09/27/global-financial-stability-report-october-2017>.

Fuat Oguz, "Hayek on Tacit Knowledge", *Journal of Institutional Economics* 6, n. 2 (2010).

Fundación Heritage, *Index of Economic Freedom 2017* (Washington: Institute for Economic Freedom, 2017).

Fundación Heritage, *Index of Economic Freedom 2018* (Washington: Institute for Economic Freedom, 2018).

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Lectures on the Philosophy of History* (London: George Bell and Sons, 1902). Disponible en

castellano: Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Filosofía de la Historia* (Madrid: Claridad, 2007).

George Gilder, *Wealth and Poverty* (Nueva York: Basic Books, 1981).

Georgetown University, “U2’s Bono: Budget Cuts Can Impact Social Enterprise, Global Change” (13 de noviembre de 2012). Disponible en: <http://www.georgetown.edu/news/bono-speaks-at-gu.html>.

Gerhard Schröder, artículo publicado por el diario *Handelsblatt* en su edición del 16 de diciembre de 2002 (sin título).

Gerd Habermann, *Der Wohlfahrtsstaat: Die Geschichte eines Irrwegs* (Frankfurt: Propyläen Verlag, 1994).

Gerd Habermann y Marcel Studer (editores), *Der Liberalismus: Eine zeitlose Idee – Nationale, europäische und globale Perspektiven* (Múnich: Olzog, 2011).

Georg Hans Neuweg, *Könnerschaft und implizites Wissen: Zur lehr- und lerntheore- tischen Bedeutung der Erkenntnis- und Wissenstheorie Michael Polanyis* (Münster: Waxmann, 2001).

Gerd Koenen, *Die Farbe Rot: Ursprünge und Geschichte des Kommunismus* (Múnich: C. H. Beck, 2017).

Gregor Schöllgen, *Gerhard Schröder: Die Biografie* (Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2015).

Handelsblatt, “Reaktionen: Wagenknecht preist Chávez’ Arbeit” (3 de marzo de 2013). Disponible en: <http://www.handelsblatt.com/politik/deutschland/reaktionen-wagenknecht-pre-ist-wirtschaftsmodell-von-chvez/7887454.html>.

Hans Stoisser, *Der Schwarze Tiger: Was wir von Afrika lernen können* (Múnich: Kösel-Verlag, 2015).

Hans F. Sennholz, “Über den Abbau von Armut und Ungleichheit”, includo en *Wider die Wohlstandsdiktatur: Zehn liberale Stimmen,* editado por Roland Baader (Múnich: Resch-Verlag, 1995).

Hans-Jürgen Burchardt, “Zurück in die Zukunft? Venezuelas Sozialismus auf der Suche nach dem 21. Jahrhundert”, incluido en Boeckh, Welsch y Werz (Frankfurt: Vervuert Verlagsgesellschaft, 2011).

Hans-Peter Schwarz, *Die Ära Adenauer: Gründejahre der Republik 1949–1957* (Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt, 1981).

Hans-Werner Sinn, *Die Target-Falle: Gefahren für unser Geld und unsere Kinder* (Múnich: Carl Hanser Verlag, 2012).

Harald Neuber, “Billiges Heizöl für 16 US-Bundesstaaten”, *Amerika21* (12 de diciembre 2007). Disponible en: <http://amerika21.de/nachrichten/inhalt/2007/dez/heizoel-fuer-usa>.

Helmut Asche, “Demografische und soziale Entwicklung: Chance oder Risiko?”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017).

Helmut Dubiel y Alfons Söllner (editores), *Wirtschaft, Recht und Staat im Nationalsozialismus: Analysen des Instituts für Sozialforschung 1939–1942* (Frankfurt: Europäische Verlags-Anstalt, 1981).

Helmut Schoeck, *Envy: A Theory of Social Behaviour* (Indianápolis: Liberty Fund, 1966).

Henri Barbusse, *Stalin: A New World Seen through One Man* (Londres: Workers’ Bookshop, 1935).

Henrik Berggren, *Underbara dagar framför oss: En biografi över Olof Palme* (Estocolmo: Norstedt, 2010).

Henrik Eberle, *Mit sozialistischem Gruß: Eingaben, Briefe und Mitteilungen an die DDR-Regierung* (Berlín: Edition Berolina, 2016).

Hernando de Soto, “Eigentumsrechte und Märkte”, LI Paper (mayo de 2016). Disponible en: <http://www.libinst.ch/publikationen/LI-Paper-De-Soto-Eigentum.pdf>.

Hernando de Soto, “Die Fiktion des edlen Wilden: Warum die Armen sicheres Eigentum brauchen”, incluido en Hoffmann y Bessard (2012).

Holger Schmieding, “Vor Thatcher war Großbritannien ein Trümmerhaufen”, *Die Welt* (9 de abril de 2013). Disponible en: <http://www.welt.de/wirtschaft/article115147486/Vor-Thatcher-war-Grossbritannien-ein-Truemmerhaufen.html>.

Horst Poller, *Mehr Freiheit statt mehr Sozialismus: Wie konservative Politik die Krisen bewältigt, die sozialistisches Wunschdenken schafft* (Múnich: Olzog, 2010).

Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, *Revolutionäre deutsche Parteiprogramme: Vom Kommunistischen Manifest zum Programm des Sozialismus* (Berlín: Dietz Verlag, 1967).

Kooperation International, “Bildungslandschaft: Republik Korea (Südkorea)”. Disponible en: <http://www.kooperation-international.de/laender/asien/republik-korea-suedkorea/bildungs-forschungs-und-innovationslandschaft/bildungslandschaft>.

Max Horkheimer et al., *Wirtschaft, Recht und Staat im Nationalsozialismus: Analysen des Instituts für Sozialforschung 1939–1942* (Frankfurt: Europäische Verlags-Anstalt, 1981).

Michael Polanyi, *The Tacit Dimension* (Londres: Routledge, 1966).

Jacob Sundberg, “Die schwedische Hochsteuergesellschaft: Eine Herausforderung an den Rechtsstaat”, incluido en Bossle y

Radnitzky (1982).

James Gwartney, “Freiheit und Wohlfahrt: Ein globaler Zusammenhang”, incluido en Hoffmann y Bessard (2012).

James D. Gwartney, Richard L. Stroup, Dwight R. Lee, Tawni H. Ferrarini y Joseph P. Calhoun, *Common Sense Economics: What Everyone Should Know about Wealth and Prosperity* (Nueva York: St. Martin’s Press, 2016).

Jason L. Riley, *Please Stop Helping Us: How Liberals Make It Harder for Blacks to Succeed* (Nueva York: Encounter Books, 2014).

Jean-Philippe Delsol, Nicholas Lecaussin y Emmanuel Martin (editores), *Anti-Piketty: Capital for the 21st Century* (Washington: Cato Institute, 2017

Jean-Philippe Delsol, “The Great Process of Equalization of Conditions”, incluido en: Delsol, Lecaussin y Martin (2017).

Jerry H. Tempelman, “Austrian Business Cycle Theory and the Global Financial Crisis: Confessions of a Mainstream Economist”, *Quarterly Journal of Austrian Economics* n. 13, n. 1 (2010).

Johan Norberg, *Financial Fiasco: How America’s Infatuation with Homeownership and Easy Money Created the Economic Crisis* (Washington: Cato Institute, 2009).

Johannes Dietrich, “Afrika liebt Champagner”, *Der Westen* (29 de abril de 2017). Disponible en: <http://www.derwesten.de/panorama/afrika-liebt-cham-pagner-id7896047.html>.

Jonathan Berman, *Success in Africa: CEO Insights from a Continent on the Rise* (Brookline: Bibliomotion, 2013).

Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (Londres: George Allen & Unwin, 1976). Disponible en castellano: Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* (Barcelona: Página Indómita, 2015).

Joseph Schumpeter, *Theory of Economic Development* (Londres: Routledge, 1981).

Joseph Stiglitz, *The Great Divide: Unequal Societies and What We Can Do about Them* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 2015). Disponible en castellano: Joseph Stiglitz, *La gran brecha* (Barcelona: Taurus, 2015).

Jung Chang y Jon Halliday, *Mao: The Unknown Story* (Londres: Jonathan Cape, 2005).

Karen Ilse Horn, *Die Soziale Marktwirtschaft. Alles, was Sie über den Neoliberalis- mus wissen sollten* (Frankfurt: Frankfurter Allgemeine Buch, 2010).

Karen Ilse Horn (editora), *Verlockungen zur Unfreiheit: Eine kritische Bibliothek von 99 Werken der Geistesgeschichte* (Zürich: Frankfurter Allgemeine Buch, 2015).

Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy* (Moscú: Progress Publishers, 1859). Disponible en castellano: Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política* (Minerva, 2010).

Kay Pfaffenberger, “Die Bedeutung regionaler Besonderheiten für das Geschäftsleben”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017).

Kenneth S. Rogoff y Carmen M. Reinhart, *This Time Is Different: Eight Centuries of Financial Folly* (Princeton: Princeton University Press, 2009). Disponible en castellano: Kenneth S. Rogoff y Carmen

M. Reinhart, *Esta vez es distinto. Ocho siglos de necedad financiera* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2012).

Klaus Ehringfeld, “Venezuela droht der Kollaps”, *Der Spiegel* (30 de mayo de 2017). Disponible en: <http://www.spiegel.de/wirtschaft/venezuela-droht-der-kollaps-a-1149662.html>.

Klaus Schroeder y Monika Deutz-Schroeder, *Gegen Staat und Kapital – für die Revolution! Linksextremismus in Deutschland: Eine empirische Studie* (Frankfurt: Peter Lang / Internationaler Verlag der Wissenschaften, 2015).

Knight Frank, *The Wealth Report 2016* (2016). Disponible en: <http://content.knightfrank.com/research/83/documents/en/wealth-report-2016-3579.pdf>.

Konrad Hummler, “Von der Gier zum Anstand”, incluido en *Der Liberalismus: Eine zeitlose Idee – Nationale, europäische und globale Perspektiven*, editado por Habermann y Studer (2011).

Kristian Niemietz, “Der Mythos vom Globalisierungsverlierer: Armut im Westen”, incluido en Hoffmann y Bessard (2012).

Kristian Niemietz, *Redefining the Poverty Debate: Why a War on Markets Is No Substitute for a War on Poverty* (Londres: Institute of Economic Affairs, 2012).

Lisa Caspari, “Endstation Reichtum”, *Die Zeit* (27 de junio de 2017). Disponible en: <http://www.zeit.de/wirtschaft/2017-06/chile-neoliberalismus-armutsgrenze-wirtschaft-reichtum>.

Lion Feuchtwanger, *Moscow 1937: My Visit Described for My Friends* (Nueva York: Viking Press, 1937)

Louise Armitstead y Ben Harrington, “Bob Geldof to Front African Private Equity Fund”, *The Telegraph* (3 de septiembre 2010).

Disponible en:
<http://www.telegraph.co.uk/finance/newsbysector/banksandfinance/privateequity/7978634/ Bob-Geldof-to-front-African-private-equity-fund.html>.

Ludwig Erhard, *Wohlstand für alle* (Düsseldorf: Econ, 1990), p. 10. Disponible en castellano: Ludwig Erhard, *Bienestar para todos* (Madrid: Unión Editorial, 2010).
Marco Carini, *Die Achse der Abtrünnigen: Über den Bruch mit der Linken* (Berlín: Rotbuch Verlag, 2012).

Ludwig von Mises, *The Anti-capitalist Mentality* (Indianápolis: Liberty Fund, 2006). Disponible en castellano: Ludwig von Mises, *La mentalidad anticapitalista* (Madrid: Unión Editorial, 2011).

Malin Sahlén y Salim Furth, “Piketty Is Misleading about the Swedish Case”, incluido en Delsol, Lecaussin y Martin (2017).

Margaret Thatcher, *The Downing Street Years* (Londres: Harper Collins, 1993).

Mark D. Brewer y Jeffrey M. Stonecash, *Dynamics of American Political Parties* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009).

Mark Lilla, *The Reckless Mind: Intellectuals and Politics* (Nueva York: New York Review Books, 2001).

Mark Spoerer y Jochen Streb, *Neue deutsche Wirtschaftsgeschichte des 20. Jahrhunderts* (Múnich: De Gruyter Oldenbourg, 2013).

Markus C. Pohlmann, “Südkoreas Unternehmen”, incluido en Kern y Köllner (2005).

Martin Hutchinson, “Rückkehr zum Vollblutkapitalismus”, *Handelsblatt* (19 de enero de 2010). Disponible en:
<http://www.handelsblatt.com/meinung/kolumnen/chile-rueckkehr-zum-vollblutkapitalismus/3348842.html>.

Martin Lanz, “Je mehr Wohlstand, desto weniger anteilige Ausgaben für Essen: Ein positiver Zusammenhang?”, *Neue Zürcher Zeitung* (2 de noviembre de 2017). Disponible en: <http://www.nzz.ch/wirtschaft/je-hoeher-der-wohlstand-desto-kleiner-der-anteil-der-essensausgaben-ein-uneingeschraenkt-positiver-zusammen-hang-ld.1321011>.

Matthias Rüb, “Telenovela über Hugo Chávez: Er konnte Menschen verführen”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (1 de febrero de 2017). Disponible en: <http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/medien/el-comandante-eine-serie-ueber-hugo-chavez-14799710.html>.

Michael Hartmann, “Der Mythos von den Leistungseliten: Spitzenkarrieren und soziale Herkunft”, incluido en *Wirtschaft, Politik, Justiz und Wissenschaft* (Frankfurt: Campus Verlag, 2002).

Michael Schaller, *Ronald Reagan* (Oxford: Oxford University Press, 2011).

Milton Friedman, “The Chicago Boys”, incluido en PBS (2018). Ver: <http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/ufd_reformliberty_full.html>.

Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs* (Chicago: University of Chicago Press, 1998).

Moky Makura, *Africa’s Greatest Entrepreneurs* (Century City: Penguin, 2008).

Nambuwani Wasike, “M-PESA and Kenya’s GDP Figures: The Truth, the Lies and the Facts”, *LinkedIn Pulse* (2 de marzo 2015). Disponible en: <http://www.linkedin.com/pulse/m-pesa-kenyas-gdp-figures-truths-lies-facts-wasike-phd-student->.

NDR, “Venezuela: Von Hunger und Sterben” (emitido el 17 de julio de 2017).

Nigel Lawson, *The New Britain: The Tide of Ideas from Attlee to Thatcher* (Londres: Centre for Policy Studies, 1988).

Nima Sanandaji, *Debunking Utopia: Exposing the Myth of Nordic Socialism* (Washington: WND Books, 2016).

Omar Bello y Adriana Bermúdez, “The Incidence of Labor Market Reforms on Employment in the Venezuelan Manufacturing Sector, 1995–2001”, incluido en Hausmann y Rodríguez (2014).

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), *Informe PISA 2015*. Disponible en: <http://www.oecd.org/pisa/pisa-2015-results-in-focus.pdf>.

Patricio Meller, *The Unidad Popular and the Pinochet Dictatorship: A Political Economy Analysis* (Londres: Palgrave Macmillan, 2000).

Patrick Köllner, “Südkoreas politisches System”, incluido en Kern y Köllner (2005).

Paul Collier, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries Are Failing and What Can Be Done about It* (Oxford: Oxford University Press, 2007).

Paul Hollander, *From Benito Mussolini to Hugo Chavez: Intellectuals and a Century of Political Hero Worship* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016).

Paul Hollander, *Political Pilgrims: Western Intellectuals in Search of the Good Society* (Piscataway: Transaction, 1998).

Paul M. Johnson, *Intellectuals: From Marx and Tolstoy to Sartre and Chomsky* (Nueva York: HarperCollins, 2007).

Per Bylund, “How the Welfare State Corrupted Sweden”, *Mises Institut.* Disponible en: <http://mises.org/library/ how-welfare-state-

corrupted-sweden>.

Peter Gillies, “Ludwig Erhard: Ökonom der Freiheit”, incluido *Ludwig Erhard,* editado por Peter Gillies, Daniel Koerfer y Udo Wengst (Berlín: Be.bra Wissenschaft Verlag, 2010).

Peter Gillies, Daniel Koerfer y Udo Wengst (editores), *Ludwig Erhard* (Berlín: Be.bra Wissenschaft Verlag, 2010).

Philip Mehrtens, *Staatsschulden und Staatstätigkeit: Zur Transformation der politischen Ökonomie Schwedens* (Frankfurt: Campus Verlag, 2014).

Philipp von Carlowitz, “Unternehmertum in Afrika: Eine Bestandsaufnahme”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017).

Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, *Human Development Report 2016* (Nueva York: United Nations, 2016).

Public Broadcasting Service (PBS), *Commanding heights* (1998).

Ralf Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany* (Nueva York: Doubleday, 1967).

Rainer Sommer, *Die Subprime-Krise: Wie einige faule US-Kredite das internationale Finanzsystem erschüttern* (Hannover: Heisoft, 2008).

Rainer Zitelmann, *Hitler: The Policies of Seduction* (Londres: London House, 1999).

Rainer Zitelmann, *The Wealth Elite: A Groundbreaking Study of the Psychology of the Super-Rich* (Londres: LID Publishing, 2018).
Rainer Zitelmann, “Träume vom neuen Menschen”, incluido en *Hat die politische Utopie eine Zukunft?*, editado por Richard Saage (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992).

Raúl Gallegos, *Crude Nation: How Oil Riches Ruined Venezuela* (Lincoln: Potomac Books, 2016).

René Zeyer, *Armut ist Diebstahl: Warum die Armen uns ruinieren* (Frankfurt: Campus Verlag, 2013).
Reuters, “M-Pesa Has Completely Transformed Kenya’s Economy, This Is How...”, *CNBC Africa* (4 de enero de 2017). Disponible en: <http://www.cnbcafrica.com/east-africa/2019/04/03/m-pesa-has-completely-changed-kenyans-access-to-financial-services-this-is-how>.

Ricardo Hausmann y Francisco Rodríguez (editores)., *Venezuela before Chávez: Anatomy of an Economic Collapse* (University Park: Pennsylvania State University Press, 2014).

Richard Bookstaber*, A Demon of Our Own Design: Markets, Hedge Funds, and the Perils of Financial Innovation* (Nueva York: John Wiley & Sons, 2007).

Richard Saage (editor), *Hat die politische Utopie eine Zukunft?* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992).

Richard W. Kahn, “A Tale of Two Economies”, *Washington Times* (2 de julio 2013). Disponible en: <http://www.washingtontimes.com/news/2013/jul/2/a-tale-of-two-economieschile-has-employed-free-mar>.

Robert L. Bartley, *The Seven Fat Years: And How to Do It Again* (Nueva York: Free Press, 1992).

Robert Nozick, “Why Do Intellectuals Oppose Capitalism?”, incluido en Socratic Puzzles (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997). Disponible en castellano: Robert Nozick, “¿Por qué se oponen los intelectuales al capitalismo?”, *La Ilustración Liberal*, n. 13-14. Disponible en: <http://www.clublibertaddigital.com/ilustracion-

liberal/13-14/por-que-se-oponen-los-intelectuales-al-capitalismo-robert-nozick.html>.

Robert J. Shiller, *Irrational Exuberance* (Princeton: Princeton University Press, 2015), p. 62. Disponible en castellano: Robert J. Shiller, *Exuberancia irracional* (Barcelona: Deusto, 2015).

Robert Velten, “Die Soziologie der antiken Reichtumsphilosophie”, incluido en Druyen, Lauterbach y Grundmann (Wiesbaden: Verlag für Sozialwissenschaften, 2009),

Roger Scruton, *Fools, Frauds and Firebrands: Thinkers of the New Left* (Londres: Bloomsbury, 2016). Disponible en castellano: Roger Scruton, *Pensadores de la nueva izquierda* (España: Rialp, 2017).

Roland Baader, *Totgedacht: Warum Intellektuelle unsere Welt zerstören* (Gräfelfing: Resch-Verlag, 2002).

Roland Baader (editor), *Wider die Wohlstandsdiktatur: Zehn liberale Stimmen* (Múnich: Resch-Verlag, 1995).

Ronald Coase y Ning Wang, *How China Became Capitalist* (Nueva York: Palgrave MacMillan, 2012).

Ronald Reagan, “The President’s News Conference”, *The American Presidency Project* (12 de agosto de 1986). Disponible en: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=37733>.

Ruchir Sharma, *The Rise and Fall of Nations: Forces of Change in the Post-crisis World* (Nueva York: Allen Lane, 2016).

Rüdiger Frank, *Nordkorea: Innenansichten eines totalen Staates* (Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2017).

Rüdiger Jungbluth, *Die elf Geheimnisse des IKEA-Erfolges* (Bergisch Gladbach: Bastei Lübbe (Bastei Verlag), 2008).

Rudolf Hermann, “Finanzministerin Blind im ‘Budget-Maserati’”, *Neue Zürcher Zeitung* (14 de abril de 2016).

Samuel Gregg, *Becoming Europe: Economic Decline, Culture, and How America Can Avoid a European Future* (Nueva York: Encounter Books, 2013).

Scott Shane, “A Political Gadfly Lampoons the Left via YouTube”, *New York Times* (18 de septiembre de 2009). Disponible en: <http://nytimes.com/2009/09/19/us/19sting.html>.

Sergio de Castro, “There’s No Doubt They’re Doing Better”, incluido en PBS (1998). Ver: <http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/ufd_reformliberty_full.html>.

Stefan Enders, “Investment in Afrika: Chinas und Indiens planvolle Präsenz”, *IHK* (19 de junio de 2017). Disponible en: <http://www.subsahara-afrika-ihk.de/blog/2017/06/19/investment-in-afrika-chinas-und-indiens-planvolle-praesenz>.

Stefan Rinke, *Kleine Geschichte Chiles* (Múnich: C. H. Beck, 2007).

Stefan Wirner, “Die deutsche Linke nimmt sich Chávez als Vorbild”, *Die Welt* (29 de noviembre de 2007). Disponible en: <http://www.welt.de/politik/article1412494 Die-deutsche-Linke-nimmt-sich-Chavez-als-Vorbild.html>.

Stefan Wolle, *Der große Plan: Alltag und Herrschaft in der DDR 1949–1951* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2013).

Süddeutsche Zeitung, “Für deutsche Ohren mag es nach Überwachungsstaat klingen” (10 de septiembre de 2014). Disponible en: <http://www.sueddeutsche.de/wirtschaft/schweden-steuererklaerung-per-sms-1.1728167–2>.

Sven Schaller, “Wandel durch Persistenz (Teil 1): Eine Analyse der Wirtschaftspolitik von Hugo Chávez”, *Quetzal* (marzo de 2013). Disponible en: <http://www.quetzal-leipzig.de/lateinamerika/venezuela/venezuela-wirtschaftspolitik-hugo-chavez-erdoel-wirtschaftsstruktur-19093.html>.

Thomas Cushman, “Intellectuals and Resentment toward Capitalism”, *Society* 49, n. 3 (2012).

Thomas Druyen, Wolfgang Lauterbach y Matthias Grundmann (editores), *Reichtum und Vermögen: Zur gesellschaftlichen Bedeutung der Reichtums- und Vermögens- forschung* (Wiesbaden: Verlag für Sozialwissenschaften, 2009).

Thomas E. Woods Jr., *Meltdown: A Free-Market Look at Why the Stock Market Collapsed, the Economy Tanked, and Government Bailouts Will Make Things Worse* (Washington: Regnery, 2009).

Thomas Kern, “Südkoreas Bildungs- und Forschungssystem”, incluido en Kern y Köllner (2005).

Thomas Kern y Patrick Köllner (editores), *Südkorea und Nordkorea: Einführung in Geschichte, Politik, Wirtschaft und Gesellschaft* (Frankfurt: Campus Verlag, 2005).

Thomas Mayer, *Die neue Ordnung des Geldes. Warum wir eine Geldreform brauchen* (Múnich: FinanzBuch Verlag, 2015).

Thomas Scheen, “Ein Reformwunder mit Schönheitsfehlern,” *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (7 de enero de 2017). Disponible en: <http://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/afrika-im-umbruch/ruanda-reformwunder-mit-schoenheitsfehlern-14592400.html>.

Thomas Wagner, *Die Angstmacher: 1968 und die Neuen Rechten* (Berlín: Aufbau Verlag, 2017).

Tomás Moro, *Utopia*. Disponible en castellano: Tomás Moro, *Utopía* (Barcelona: Abraxas, 2019).

Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Boston: Harvard University Press, 2014). Disponible en castellano: Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014).

Thomas Schmidt, Kay Pfaffenberger y Stefan Liebing (editores), *Praxishandbuch Wirtschaft in Afrika* (Wiesbaden: Springer Gabler, 2017).

Thomas Schweizer, “So regiert Maduro sein Land in den Abgrund”, *Wirtschaftswoche* (25 de mayo de 2017). Disponible en: <http://www.wiwo.de/politik/ausland/venezuela-so-regiert-maduro-sein-land-in-den-abgrund/19850212.html>.

Tobias ten Brink, *Chinas Kapitalismus: Entstehung, Verlauf, Paradoxien* (Frankfurt: Campus Verlag, 2013).

Transparencia Internacional, *Corruption Perceptions Index 2017* (2018). Disponible en: <http://www.transparency.org/news/feature/corruption_perceptions_index_2017>.

Vijay Mahajan, *Africa Rising: How 900 Million African Consumers Offer More than You Think* (Nueva Jersey: Prentice Hall, 2009).

Vladimir I. Lenin, “What Is To Be Done? Burning Questions of Our Movement”, incluido en *Lenin’s Collected Works* (Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1961), vol. 5, p. 382. Disponible en castellano: Vladimir I. Lenin, *¿Qué hacer?* (Madrid: Alianza Editorial, 2016).

Walter Eltis, “The Key to Higher Living Standards”, *CPS Policy Study n. 148* (Londres: Centre for Policy Studies, 1996).

Walter Wittmann, *Soziale Marktwirtschaft statt Wohlfahrtsstaat: Wege aus der Krise* (Zúrich: Orell Füssli, 2013).

Werner Pascha, “Südkoreas Wirtschaft”, incluido en Kern y Köllner (2005).

William Easterly, *The White Man’s Burden: Why the West’s Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good* (Oxford: Oxford University Press, 2006). Disponible en castellano: William Easterly, *La carga del hombre blanco* (Barcelona: Debate, 2015

William A. Fleckenstein y Frederick Sheehan, Greenspan’s Bubbles: The Age of Ignorance at the Federal Reserve (Nueva York: McGraw-Hill Professional, 2008).

William A. Niskanen, *Reaganomics: An Insider’s Account of the Policies and the People* (Nueva York: Oxford University Press, 1988).

William A. Niskanen y Stephen Moore, “Supply-Side Tax Cuts and the Truth about the Reagan Economic Record”, *Cato Policy Analysis n. 261* (22 de octubre de 1996).

William Voegeli, *Never Enough: America’s Limitless Welfare State* (Nueva York: Encounter Books, 2010).

Wolfgang Köhler, *Wall Street in Panik* (Murnau: Mankau Verlag, 2008).

World Food Programme, “Zero Hunger” (2018). Disponible en: <http://de.wfp.org/hunger/hunger-statistik>.

Zhang Weiying, *The Logic of the Market: An Insider’s View of Chinese Economic Reform* (Washington: Cato Institute, 2015).

---

[1]

Zhang Weiying, *The Logic of the Market: An Insider's View of Chinese Economic Reform* (Washington: Cato Institute, 2015), p. 12. [2]

Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty: The Definitive Edition* (Chicago: University of Chicago Press, 2011), p. 111. [Trad. esp.: *Los fundamentos de la libertad,* Madrid: Unión Editorial, 2008].
[3]

Ibíd., p. 117.

[4]

Ver capítulo 8.

[5]

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Lectures on the Philosophy of History* (London: George Bell and Sons, 1902), p. 19. [Trad. esp.: *Filosofía de la Historia*, Madrid: Claridad, 2007].
[6]

Paul Hollander, *From Benito Mussolini to Hugo Chavez: Intellectuals and a Century of Political Hero Worship* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), pp. 253–259. Hollander ofrece numerosos ejemplos de la adulación de ciertos intelectuales por tiranos como Chávez.
[7]

Thomas Mayer, *Die neue Ordnung des Geldes. Warum wir eine Geldreform brauchen* (Múnich: FinanzBuch Verlag, 2015), p. 228
[8]

Samuel Gregg, *Becoming Europe: Economic Decline, Culture, and How America Can Avoid a European Future* (Nueva York: Encounter Books, 2013), p. 266.
[9]

Cal Thomas, “Millennials Are Clueless about Socialism (Call It the ‘Bernie Sanders effect’)”, *Fox News* (20 de octubre de 2016). Disponible en: <http://www.foxnews.com/opinion/millennials-are-clueless-about-socialism-call-it-the-bernie-sanders-effect>.
[10]

Bernie Sanders, *Our Revolution: A Future to Believe In* (Nueva York: Thomas Dunne Books, 2016), p. 265.
[11]

Klaus Schroeder y Monika Deutz-Schroeder, *Gegen Staat und Kapital – für die Revolution! Linksextremismus in Deutschland: Eine empirische Studie* (Frankfurt: Peter Lang / Internationaler Verlag der Wissenschaften, 2015), p. 568.
[12]

Ibíd., pp. 574-575.

[13]

Ibíd., pp. 580-581.

[14]

Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Boston: Harvard University Press, 2014), p. 41. [Trad. esp.: *El capital en el siglo XXI*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014].
[15]

Ibíd., p. 42.

[16]

Ibíd., p. 20.

[17]

Jean-Philippe Delsol, Nicholas Lecaussin y Emmanuel Martin (editores), *Anti-Piketty: Capital for the 21st Century* (Washington: Cato Institute, 2017).
[18]

Ibíd. Ver prólogo de Tom G. Palmer.

[19]

Kristian Niemietz, “Der Mythos vom Globalisierungsverlierer: Armut im Westen”, incluido en *Das Ende der Armut: Chancen einer globalen Marktwirtschaft*, editado por Christian Hoffmann y Pierre Bessard (Zúrich: Liberales Institut Zürich, 2012), p. 152.
[20]

Jean-Philippe Delsol, “The Great Process of Equalization of Conditions”, incluido en: Delsol, Lecaussin y Martin (2017).
[21]

Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy* (Moscú: Progress Publishers, 1859), p. 15. [Trad. esp: *Contribución a la crítica de la economía política*, Minerva, 2010].
[22]

Zhang (2015), pp. 24-25.

[23]

Jung Chang y Jon Halliday, *Mao: The Unknown Story* (Londres: Jonathan Cape, 2005), p. 519.
[24]

Frank Dikötter, *Mao's Great Famine: The History of China's Most Devastating* Catastrophe, 1958–62 (Londres: Bloomsbury, 2010), p. 27. [Trad. esp.: *La gran hambruna en la China de Mao*, Barcelona: El Acantilado, 2017].
[25]

Ibíd., p. 32.

[26]

Chang y Halliday (2005), p. 529.

[27]

Ibíd., pp. 529-530.

[28]

Felix Wemheuer, *Der große Hunger: Hungersnöte unter Stalin und Mao* (Berlín: Rotbuch Verlag, 2012), pp. 194–195.
[29]

Dikötter (2010), p. 12.

[30]

Ibíd., p. 13.

[31]

Wemheuer (2012), p. 203.

[32]

Felix Lee, *Macht und Moderne: Chinas großer Reformer Deng Xiaoping – Die Biographie* (Berlín: Rotbuch Verlag, 2014), p. 80.
[33]

Dikötter (2010), pp. 320-321.

[34]

Chang y Halliday (2005), p. 533.

[35]

Wemheuer (2012), p. 169.

[36]

Chang y Halliday (2005), p. 531.

[37]

Dikötter (2010), p. 57.

[38]

Ibíd., p. 61.

[39]

Chang y Halliday (2005), p. 526,
[40]

Dikötter (2010), p. 60.

[41]

Chang y Halliday (2005), p. 526.

[42]

Ibíd., p. 527.

[43]

Ronald Coase y Ning Wang, *How China Became Capitalist* (Nueva York: Palgrave MacMillan, 2012), p. 15.
[44]

Chang y Halliday (2005), p. 520.

[45]

Ibid, p. 15.

[46]

Dikötter (2010), p. 128.

[47]

Ibid, p. 137.

[48]

Chang y Halliday (2005), p. 525.

[49]

Wemheuer (2012), p. 189.

[50]

Dikötter (2010), p. 133.

[51]

Wemheuer (2012), p. 193.

[52]

Ibíd., p. 181.

[53]

Dikötter (2010), p. 117.

[54]

Ibíd., p. 92.

[55]

Chang y Halliday (2005), p. 535.

[56]

Ibíd.

[57]

Dikötter (2010), p. 100.

[58]

Coase y Wang (2012), p. 33.

[59]

Ibíd., p. 33.

[60]

Lee (2014), p. 165.

[61]

Coase y Wang (2012), p. 33.

[62]

Tobias ten Brink, *Chinas Kapitalismus: Entstehung, Verlauf, Paradoxien* (Frankfurt: Campus Verlag, 2013), p. 106
[63]

Coase y Wang (2012), p. 34.

[64]

Lee (2014), p. 159.

[65]

Coase y Wang (2012), p. 47.

[66]

Ibíd., p. 49.

[67]

Ibíd., p. 54.

[68]

Ten Brink (2013), p. 118.

[69]

Ibíd., p. 84.

[70]

Ibíd., p. 170.

[71]

Coase y Wang (2012), p. 58.

[72]

Ibíd., p. 68.

[73]

Ibíd., pp. 75-78.

[74]

Ibíd., p. 60.

[75]

Lee (2014), pp. 188-189.

[76]

Ibíd., p. 191.

[77]

Ten Brink (2013), p. 177.

[78]

Ibíd., p. 178.

[79]

Coase y Wang (2012), p. 92.

[80]

Amnistía Internacional, *China: The Massacre of June 1989 and Its Aftermath*. Ver: <http://www.amnesty.org/download/Documents/200000/asa170091990en.pdf>.
[81]

Lee (2014), p. 256.

[82]

Ibíd., p. 258.

[83]

Coase y Wang (2012), p. 117.

[84]

Ibíd., pp. 120-121.

[85]

Ibíd., p. 123.

[86]

Ibíd., p. 124.

[87]

Ten Brink (2013), p. 123.

[88]

Coase y Wang (2012), p. 143.

[89]

Ten Brink (2013), pp. 126-127.

[90]

Zhang (2015), p. 79.

[91]

Ibíd., p. 61.

[92]

Ibíd., pp. 75-76.

[93]

Ibíd., p. 79.

[94]

ten Brink (2013), pp. 114.

[95]

Ibíd., p. 269.

[96]

Zhang (2015), p 286.

[97]

Ibíd., p. 287.

[98]

Ibíd., p. 288.

[99]

Ibíd., 290.

[100]

Fundación Heritage, *Index of Economic Freedom 2018* (Washington: Institute for Economic Freedom, 2018), pp. 39–40). [101]

Ibíd., p. 5.

[102]

Zhang (2015), pp. 12-13.

[103]

Ibíd., p. 158.

[104]

Ibíd., p. 162.

[105]

Ibíd., p. 177.

[106]

Ibíd., p. 185.

[107]

Ibíd., p. 161.

[108]

Ibíd., pp. 13-14.

[109]

Ibíd., p. 18.

[110]

Andreas Freytag, “Ist Afrikas wirtschaftliche Entwicklung nachhaltig?”, incluido en *Praxishandbuch Wirtschaft in Afrika*, editado por Thomas Schmidt, Kay Pfaffenberger y Stefan Liebing (Wiesbaden: Springer Gabler, 2017), p. 43.
[111]

World Food Programme, “Zero Hunger” (2018). Disponible en: <http://de.wfp.org/hunger/hunger-statistik>.
[112]

Jonathan Berman, *Success in Africa: CEO Insights from a Continent on the Rise* (Brookline: Bibliomotion, 2013), p. 18.
[113]

Ibíd., p. 19.

[114]

Ibíd., p. 9.

[115]

Dambisa Moyo, *Dead Aid: Why Aid Is Not Working and How There Is a Better Way for Africa* (Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2009), p. 108. [Trad. Esp.: *Cuando la ayuda es el problema*, Madrid: Gota a Gota, 2011].
[116]

Ibíd., p. 5.

[117]

Ibíd., p. 28.

[118]

Ibíd., p. 36.

[119]

Ibíd., p. 39.

[120]

Ibíd., p. 5.

[121]

Ibíd., p. 43.

[122]

Ibíd., p. 55.

[123]

David Signer, “Entwicklungshilfe statt Entwicklung? Die fragwürdige Bilanz eines überholten Konzeptes”, incluido en Hoffmann y Bessard (2012), pp. 94-95.
[124]

Ibíd., pp. 97-98.

[125]

William Easterly, *The White Man's Burden: Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good* (Oxford: Oxford University Press, 2006), p. 123. [Trad. esp.:*La carga del hombre blanco*, Barcelona: Debate, 2015}.
[126]

Moyo (2009), p. 49.

[127]

Freytag (2017), p. 50.

[128]

Easterly (2006), p. 53.

[129]

Ibíd., p. 78.

[130]

Ver capítulo 8.

[131]

Fundación Heritage (2018), p. 63.

[132]

Ibíd., p. 5 y p. 7.

[133]

Ibíd., p. 3.

[134]

Transparencia Internacional, *Corruption Perceptions Index 2017* (2018). Disponible en: <http://www.transparency.org/news/feature/corruption_perceptions_index_2017>.
[135]

Signer (2012), p. 88.

[136]

Berman (2013), p. 121.

[137]

Ibíd., p. 117.

[138]

Signer (2012), p. 94.

[139]

Easterly (2006), p. 164.

[140]

Hernando de Soto, “Eigentumsrechte und Märkte”, LI Paper (mayo de 2016). Disponible en: <http://www.libinst.ch/publikationen/LI-Pa-per-De-Soto-Eigentum.pdf>.
[141]

Las estimaciones se corresponden con diversos informes publicados entre 2002 y 2006. Ver: Vijay Mahajan, *Africa Rising: How 900 Million African Consumers Offer More than You Think* (Nueva Jersey: Prentice Hall, 2009), p. 42.
[142]

Ibíd.

[143]

Kay Pfaffenberger, “Die Bedeutung regionaler Besonderheiten für das Geschäftsleben”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017), p. 56.
[144]

Fundación Heritage (2018), p. 7.

[145]

Ibíd., p. 112, p. 140, p.292, p. 364 y p. 384. Los datos de PIB *per cápita* fueron recopilados en septiembre de 2017 y corresponden al año 2016.
[146]

Hans Stoisser, *Der Schwarze Tiger: Was wir von Afrika lernen können* (Múnich: Kösel-Verlag, 2015), pp. 12-13.
[147]

Ruchir Sharma, *The Rise and Fall of Nations: Forces of Change in the Post-crisis World* (Nueva York: Allen Lane, 2016), pp. 396–397
[148]

Ibíd., p. 353.

[149]

Andreas Sieren y Frank Sieren, *Der Afrika-Boom: Die große Überraschung des 21. Jahrhunderts* (Múnich: Carl Hanser Verlag, 2015), p. 190.
[150]

Ibíd., pp. 66-70.

[151]

Ibíd., p. 93.

[152]

Paul Collier, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries Are Failing and What Can Be Done about It* (Oxford: Oxford University Press, 2007), p. 38.
[153]

Fabian Urech, “Das Öl hat der Regierung den Kopf verdreht”, *Neue Zürcher Zeitung* (11 de agosto de 2015). Disponible en: <http://www.nzz.ch/international/afrika/das-oel-hat-der-regierung-den-kopf-verdreht-1.18593317>.
[154]

Thomas Scheen, “Ein Reformwunder mit Schönheitsfehlern,” *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (7 de enero de 2017). Disponible en: <http://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/afrika-im-umbruch/ruanda-reformwunder-mit-schoenheitsfehlern-14592400.html>.
[155]

Fundación Heritage (2018), p. 4.

[156]

Ibíd., p. 70.

[157]

Agradezco a Christian Hiller von Gaertringen la información que me ha facilitado sobre la situación de Kenia.
[158]

Reuters, “M-Pesa Has Completely Transformed Kenya’s Economy, This Is How...”, *CNBC Africa* (4 de enero de 2017). Disponible en: <http://www.cnbcafrica.com/east-africa/2019/04/03/m-pesa-has-completely-changed-kenyans-access-to-financial-services-this-is-how>.
[159]

Nambuwani Wasike, “M-PESA and Kenya’s GDP Figures: The Truth, the Lies and the Facts”, *LinkedIn Pulse* (2 de marzo 2015). Disponible en: <http://www.linkedin.com/pulse/m-pesa-kenyas-gdp-figures-truths-lies-facts-wasike-phd-student->.
[160]

Véase: <http://www.88mph.ac/nairobi>.

[161]

Christian Hiller von Gaertringen, *Afrika ist das neue Asien: Ein Kontinent im Aufschwung* (Hamburg: Hoffmann und Campe Verlag, 2014), p. 103.
[162]

Véase: von Gaertringen (2014), p. 110.

[163]

Berman (2013), p. 35.

[164]

Datos de ITU, a partir de estadísticas nacionales. Ver: <https://www.itu.int/en/ITUD/Statistics/Documents/statistics/2018/Mobile_cellular_2000-2016.xls>.
[165]

Berman (2013), p.35.

[166]

Ibíd., pp. 35-36.

[167]

Sondeo de TNS para la Comisión Europea. Ver: Comisión Europea, “Special Eurobarometer n. 353. The EU and Africa: Working towards closer partnership” (noviembre de 2010), pp. 44-45. Disponible en: <http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/archives/ebs/ebs_353_en.pdf>.
[168]

Christian Hiller von Gaertringen, “Afrikas junge Unternehmer”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017).
[169]

Philipp von Carlowitz, “Unternehmertum in Afrika: Eine Bestandsaufnahme”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017), p. 23. Los datos sobre la burocracia para la apertura y el funcionamiento de los negocios son del Banco Mundial. Véase: <http://data.worldbank.org/indicator/ IC.REG.DURS?view=chart>.
[170]

Johannes Dietrich, “Afrika liebt Champagner”, *Der Westen* (29 de abril de 2017). Disponible en: <http://www.derwesten.de/panorama/afrika-liebt-cham-pagner-id7896047.html>.
[171]

Knight Frank, *The Wealth Report 2016* (2016). Disponible en: <http://content.knightfrank.com/research/83/documents/en/wealth-report-2016-3579.pdf>.
[172]

Sieren y Sieren (2015), p. 50.

[173]

Helmut Asche, “Demografische und soziale Entwicklung: Chance oder Risiko?”, incluido en Schmidt, Pfaffenberger y Liebing (2017), p. 42.
[174]

Sieren y Sieren (2015), pp. 50-51. Helmut Asche estima que alrededor de 30 millones de familias africanas pueden considerarse de clase media, con una renta de al menos 5.000 dólares anuales. Ver: Asche (2017), p. 43.
[175]

Sieren y Sieren (2015), p. 50.

[176]

Ibíd., p. 16.
[177]

Ibíd., p. 41.

[178]

Dambisa Moyo, *Winner Take All: China's Race for Resources and What It Means for the World* (Nueva York: Basic Books, 2012), p. 85
[179]

Stefan Enders, “Investment in Afrika: Chinas und Indiens planvolle Präsenz”, *IHK* (19 de junio de 2017). Disponible en: <http://www.subsahara-afrika-ihk.de/blog/2017/06/19/investment-in-afrika-chinas-und-indiens-planvolle-praesenz>.
[180]

Sieren y Sieren (2015), p. 21.

[181]

Ibíd., p. 115.

[182]

Freytag (2017), p. 37.

[183]

Sieren y Sieren (2015), p. 15.

[184]

Moyo (2012), p. 166.

[185]

Sieren y Sieren (2015), pp. 42-43.

[186]

Berman (2013), p. 117.

[187]

Ibíd., p. 120.

[188]

Ibíd., pp. 118-119.

[189]

Ibíd., pp. 130-131.

[190]

Zhang (2015), p. 161.

[191]

Moky Makura, *Africa's Greatest Entrepreneurs* (Century City: Penguin, 2008).
[192]

Freytag (2017), p. 47.

[193]

Ibíd., p. 46.

[194]

Georgetown University, “U2’s Bono: Budget Cuts Can Impact Social Enterprise, Global Change” (13 de noviembre de 2012). Disponible en: <http://www.georgetown.edu/news/bono-speaks-at-gu.html>.
[195]

Louise Armitstead y Ben Harrington, “Bob Geldof to Front African Private Equity Fund”, *The Telegraph* (3 de septiembre 2010). Disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/finance/newsbysector/banksandfinance/privateequity/7978634/ Bob-Geldof-to-front-African-private-equity-fund.html>.
[196]

Mahajan (2009), p. 18.

[197]

Ibíd., p. 21.

[198]

André Steiner, *Von Plan zu Plan: Eine Wirtschaftsgeschichte der DDR* (Berlín: Aufbau Taschenbuch, 2007), p. 24.
[199]

Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, *Revolutionäre deutsche Parteiprogramme: Vom Kommunistischen Manifest zum Programm des Sozialismus* (Berlín: Dietz Verlag, 1967), pp. 196–197.
[200]

Steiner (2007), p. 46.

[201]

Ibíd., p. 47.

[202]

Ibíd., p. 80.

[203]

Ibíd., p. 48.

[204]

Stefan Wolle, *Der große Plan: Alltag und Herrschaft in der DDR 1949–1951* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2013), p. 118.
[205]

Steiner (2007), p. 65.

[206]

Wolle (2013), pp. 116-117.

[207]

Steiner (2007), p 79.

[208]

Ibíd., p. 81.

[209]

Ibíd., p. 83.

[210]

Wolle (2013), p. 376.

[211]

Steiner (2007), p. 86.

[212]

Ibíd., p. 89.

[213]

Wolle (2013), p. 271.

[214]

Ibíd., pp. 273-274.

[215]

Steiner (2007), p. 103.

[216]

Wolle (2013), p. 389.

[217]

Steiner (2007), p. 111.

[218]

Ibíd., p. 114.

[219]

Ibíd., pp. 122-123.

[220]

Ibíd., p. 123.

[221]

Rüdiger Frank, *Nordkorea: Innenansichten eines totalen Staates* (Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2017), p. 148. [222]

Steiner (2007), p. 124.

[223]

Wolle (2013), p. 390.

[224]

Steiner (2007), p. 131.

[225]

Wolle (2013), p. 390.

[226]

Steiner (2007), p. 131.

[227]

Wolle (2013), p. 391.

[228]

Steiner (2007), pp. 132-133.

[229]

Ibíd., pp. 134-135.

[230]

Ibíd., pp. 135-136.

[231]

Wolle (2013), p. 391.

[232]

Steiner (2007), p. 128.

[233]

Ibíd., p. 128.

[234]

Ibíd., p. 118.

[235]

Ibíd., p. 149.

[236]

Ibíd., p. 165.

[237]

Ibíd., p. 178.

[238]

Ibíd., p. 180.
[239]

Ibíd., p. 182.

[240]

Ibíd., p. 184.

[241]

Ibíd., pp. 194-195.

[242]

Ibíd., p. 194.

[243]

Ibíd., p. 198.

[244]

Ibíd., pp. 200-201.

[245]

Henrik Eberle, *Mit sozialistischem Gruß: Eingaben, Briefe und Mitteilungen an die DDR-Regierung* (Berlín: Edition Berolina, 2016), pp. 13–14
[246]

Ibíd., p. 14.

[247]

Ibíd., p. 18.

[248]

Steiner (2007), p. 225.

[249]

Ibíd., p. 221.

[250]

Ibíd., p. 222.

[251]

Ibíd., p. 225.

[252]

Ibíd., p. 238.

[253]

Ibíd., p. 239.

[254]

Ibíd.Ibíd., p. 248.

[255]

Mark Spoerer y Jochen Streb, *Neue deutsche Wirtschaftsgeschichte des 20. Jahrhunderts* (Múnich: De Gruyter Oldenbourg, 2013), pp. 212–213.
[256]

Walter Wittmann, *Soziale Marktwirtschaft statt Wohlfahrtsstaat: Wege aus der Krise* (Zúrich: Orell Füssli, 2013), p. 72.
[257]

Gerd Habermann, *Der Wohlfahrtsstaat: Die Geschichte eines Irrwegs* (Frankfurt: Propyläen Verlag, 1994), p. 3313
[258]

Karen Ilse Horn, *Die Soziale Marktwirtschaft. Alles, was Sie über den Neoliberalis- mus wissen sollten* (Frankfurt: Frankfurter Allgemeine Buch, 2010), p. 122
[259]

Spoerer y Streb (2013), p. 265.

[260]

Ludwig Erhard, *Wohlstand für alle* (Düsseldorf: Econ, 1990), p. 10. [Trad esp.: *Bienestar para todos*, Madrid: Unión Editorial, 2010]. [261]

Habermann (1994), p. 332.

[262]

Peter Gillies, “Ludwig Erhard: Ökonom der Freiheit”, incluido *Ludwig Erhard,* editado por Peter Gillies, Daniel Koerfer y Udo Wengst (Berlín: Be.bra Wissenschaft Verlag, 2010), pp. 125–126. [263]

Ibíd., p. 126.

[264]

Spoerer y Streb (2013), p. 210.

[265]

Daniel Koerfer, “Ludwig Erhard: Der vergessene Gründervater”, incluido en: Gillies, Koerfer y Wengst, (2010), p. 32.
[266]

Horn (2010), p. 123.

[267]

Koerfer (2010), p. 32.

[268]

Hans-Peter Schwarz, *Die Ära Adenauer: Gründejahre der Republik 1949–1957* (Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt, 1981), p. 86.
[269]

“Aufbauhilfe für das zerstörte Europa”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (3 de abril de 2008).
[270]

Spoerer y Streb (2013), p. 219.

[271]

Para un repaso a estos datos, puede consultarse el libro anual estadístico del gobierno alemán para 1990 y 1991: Bundesrepublik Deutschland, *Statistisches Jahrbuch 1990* y *1991* (Datenreport, 2008).
[272]

Datos del Instituto Nacional de Estadística alemán publicados el 26 de julio de 2017 (boletín n. 5311101167004, capítulos 4.2, para 1990, y 4.3, para 1991-1999). El dato de los 84.000 millones corresponde a esta misma serie estadística para 19991-1992, mientras que las cifras desde 1962 están recogidas en el boletín n.º 5311103167004.
[273]

Erhard (1990), pp. 251-252.

[274]

Spoerer y Streb (2013), p. 262.

[275]

Artículo de Gerhard Schröder publicado por *Handelsblatt* en su edición del 16 de diciembre de 2002.
[276]

Gregor Schöllgen, *Gerhard Schröder: Die Biografie* (Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2015), p. 676.
[277]

Ibíd., pp. 684-685.

[278]

Estas estimaciones para Corea del Sur fueron divulgadas en junio de 2017 por el FMI.
[279]

Corea del Norte procura no publicar cifras oficiales, por motivos evidentes. Las estimaciones independientes son solo aproximativas, de modo que pueden ser excesivamente pesimistas u optimistas. Esto es lo que me ha trasladado el experto Rüdiger Frank al respecto: “es difícil medir la productividad de la economía norcoreana porque nadie sabe exactamente qué se produce y quién lo produce. Esto es así en el sector público, en la industria o en el ámbito militar, pero también en el pequeño sector cuasi-privado. Incluso cuando se accede a ciertos datos, es difícil hacer estimaciones, porque no están denominadas en dólares. El Banco de Corea del Sur ha hecho algunos cálculos a partir de su divisa nacional, pero su proceso de estimación tampoco es óptimo. Por mi parte, intento usar datos generados en Corea del Norte, pero por ejemplo esto solo permite estimar el crecimiento anual y no el PIB absoluto”.
[280]

Frank (2017), p. 111.

[281]

Ibíd., p. 68.

[282]

Ibíd., pp. 68-69.

[283]

Ibíd., p. 62.

[284]

Ibíd., p. 63.
[285]

Ibíd., p. 63.
[286]

Ibíd., p. 66.
[287]

Ibíd.Ibíd., pp. 183-184.

[288]

Ibíd., p. 101.
[289]

Ibíd., p. 115.

[290]

Ibíd., p. 204.

[291]

Ibíd.Ibíd., p. 397.

[292]

Ibíd., p. 144.

[293]

Ibíd.Ibíd., p. 145.

[294]

Ibíd., p. 58.
[295]

Ibíd., p. 207.

[296]

Ibíd.Ibíd., p. 226.

[297]

Ibíd., pp. 228-229.

[298]

Ibíd., p. 229.
[299]

Ibíd.Ibíd., p. 405.

[300]

Ibíd., p. 119.

[301]

Ibíd.Ibíd., pp. 163-164.

[302]

Fundación Heritage (2018), p.3.
[303]

Ibíd., p. 7.

[304]

Dieter Schneidewind, *Wirtschaftswunderland Südkorea* (Wiesbaden: Springer Gabler, 2013), p. 109.
[305]

Patrick Köllner, “Südkoreas politisches System”, incluido en *Südkorea und Nordkorea: Einführung in Geschichte, Politik, Wirtschaft und Gesellschaft*, editado por Thomas Kern y Patrick Köllner (Frankfurt: Campus Verlag, 2005), p. 514.
[306]

Schneidewind (2013), p.45.

[307]

Ibíd.Ibíd., p. 138.

[308]

Ibíd., p. 138.

[309]

Markus C. Pohlmann, “Südkoreas Unternehmen”, incluido en Kern y Köllner (2005), p. 123.
[310]

Ibíd., pp. 136-137.

[311]

Ibíd., p. 125.

[312]

Ibíd.Ibíd., p. 134.

[313]

Werner Pascha, “Südkoreas Wirtschaft”, incluido en Kern y Köllner (2005), p. 100.
[314]

Schneidewind (2013), p. 147.

[315]

Markus C. Pohlmann, “Südkoreas Unternehmen”, incluido en Kern y Köllner (2005), p. 142.
[316]

Ibíd., p. 144.

[317]

Banks around the World, “The World’s Top 50 Companies” (2018). Disponible: <http://www.relbanks.com/rankings/worlds-largest-companies>.
[318]

Pascha (2005), pp. 96-97.

[319]

Schneidewind (2013), p. 124.

[320]

Información facilitada por Werner Pascha al autor del libro el 10 de agosto de 2017.
[321]

Thomas Kern, “Südkoreas Bildungs- und Forschungssystem”, incluido en Kern y Köllner (2005), p. 161.
[322]

Kooperation International, “Bildungslandschaft: Republik Korea (Südkorea)”. Disponible en: <http://www.kooperation-international.de/laender/asien/republik-korea-suedkorea/bildungs-forschungs-und-innovationslandschaft/bildungslandschaft>.
[323]

Thomas Kern, “Südkoreas Bildungs- und Forschungssystem”, incluido en Kern y Köllner (2005), p. 166.
[324]

Ver nota al pie 322.

[325]

Thomas Kern, “Südkoreas Bildungs- und Forschungssystem”, incluido en Kern y Köllner (2005), p. 161. No todo lo relacionado con este fenómeno es positivo, puesto que se genera un déficit en la oferta de trabajadores para empleos que no requieran el tipo de habilidades que brinda la formación superior universitaria. De ahí que muchos expertos coreanos aboguen por mantener lo que funciona de su modelo, pero combinándolo con el sistema dual de países como Alemania, donde las prácticas y la formación profesional tienen un gran peso. Información facilitada por Werner Pascha al autor del libro el 10 de agosto de 2017.
[326]

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), *Informe PISA 2015*. Disponible en: <http://www.oecd.org/pisa/pisa-2015-results-in-focus.pdf>. Según la definición de la OCDE, para figurar entre los mejores resultados es preciso llegar al nivel 5 o 6 en al menos una de las tres materias (matemáticas, ciencia y lectura). El bajo rendimiento se da cuando la nota del estudiante está en el nivel 2 o inferior en las tres materias estudiadas.
[327]

Frank (2017), p. 20.

[328]

Schneidewind (2013), pp. 78-79.

[329]

Ibíd., p. 79.
[330]

Margaret Thatcher, *The Downing Street Years* (Londres: Harper Collins, 1993), p. 6. [Trad. esp.: *Los años de Downing Street*, Madrid: Aguilar, 2013].
[331]

Edición de *Der Spiegel* del 14 de enero de 1974.

[332]

Horst Poller, *Mehr Freiheit statt mehr Sozialismus: Wie konservative Politik die Krisen bewältigt, die sozialistisches Wunschdenken schafft* (Múnich: Olzog, 2010), p. 46.
[333]

Thatcher (1993), p. 33.

[334]

Ibíd., p. 33.

[335]

Ibíd., p. 33.
[336]

Holger Schmieding, “Vor Thatcher war Großbritannien ein Trümmerhaufen”, *Die Welt* (9 de abril de 2013). Disponible en: <http://www.welt.de/wirtschaft/article115147486/Vor-Thatcher-war-Grossbritannien-ein-Truemmerhaufen.html>.
[337]

Detlev Mares, *Margaret Thatcher: Die Dramatisierung des Politischen* (Gleichen: Hans Hansen-Schmidt, 2014), p. 34. [338]

Ibíd., p. 26.
[339]

Thatcher (1993), p. 104.

[340]

Ibíd., pp. 39-40.

[341]

Ibíd., p. 93.

[342]

Ibíd., pp. 43-44.

[343]

Ibíd., p. 40.
[344]

Ibíd., p. 339.

[345]

Ibíd.Ibíd., p. 343.

[346]

Ibíd., p. 676.

[347]

Chris Edwards, “Margaret Thatcher’s Privatization”, *Cato Journal 37*, n. 1 (Washington: Instituto Cato, 2017), p. 95.
[348]

Poller (2010), p. 52.

[349]

Edwards (2017), p. 95.

[350]

Ibíd.Ibíd., p. 89.

[351]

Thatcher (1993), p. 687.

[352]

Ibíd., p. 668.

[353]

Poller (2010), p. 45.

[354]

Ibíd.Ibíd., p. 50.

[355]

Walter Eltis, “The Key to Higher Living Standards”, *CPS Policy Study n. 148* (Londres: Centre for Policy Studies, 1996), p. 26.
[356]

Ibíd., p. 18. Los datos de salario neto son de la OCDE.
[357]

William Voegeli, *Never Enough: America's Limitless Welfare State* (Nueva York: Encounter Books, 2010), pp. 23–25.
[358]

Ibíd., p. 39.
[359]

William A. Niskanen y Stephen Moore, “Supply-Side Tax Cuts and the Truth about the Reagan Economic Record”, *Cato Policy Analysis n. 261* (22 de octubre de 1996).
[360]

Tipos de interés para las hipotecas a treinta años.
[361]

Michael Schaller, *Ronald Reagan* (Oxford: Oxford University Press, 2011), p. 30.
[362]

Ibíd.., p. 34.

[363]

Mark D. Brewer y Jeffrey M. Stonecash, *Dynamics of American Political Parties* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009), p. 125. Ver también: Ronald Reagan, “The President’s News Conference”, *The American Presidency Project* (12 de agosto de 1986). Disponible en: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=37733>. Dos años después, Reagan repitió esta cita de manera muy similar en una reunión con la organización Future Farmers od America, cuando dijo que “las nueve palabras más peligrosas en el idioma inglés son *Hola, soy del gobierno y estoy aquí para ayudarte*”. Ver: <http://www.reaganlibrary.gov/sites/default/files/archives/speeches/1988/072888c.htm>.
[364]

Robert L. Bartley, *The Seven Fat Years: And How to Do It Again* (Nueva York: Free Press, 1992), pp. 100–101.
[365]

Ibid, pp. 89-90.

[366]

Niskanen y Moore (1996). Los datos que recopilan Niskanen y Moore se basan en los ocho años de historia económica desde la aprobación del primer presupuesto de su mandato, correspondiente al año fiscal 1982. Su rebaja de impuestos, anunciada en 1981, entró en vigor el 1 de enero de 1983.
[367]

Bartley (1992), p. 4.
[368]

Ibíd., p. 167.

[369]

En dólares de 1987.

[370]

William A. Niskanen, *Reaganomics: An Insider's Account of the Policies and the People* (Nueva York: Oxford University Press, 1988), p. 35.
[371]

Ibíd., p. 25.

[372]

Niskanen y Moore (1996).
[373]

Ibíd.

[374]

Voegeli (2010), p. 23.

[375]

Ibíd., p. 39.

[376]

Niskanen y Moore (1996).
[377]

lbíd.lbíd.

[378]

Bartley (1992), p. 45.

[379]

Ibíd., p. 49.

[380]

Ibíd., pp. 99-100.

[381]

Ibíd., p. 135.

[382]

Ibíd.Ibíd., pp. 1467-147.

[383]

Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Two Lucky People: Memoirs* (Chicago: University of Chicago Press, 1998), p. 396. [384]

Ibíd., p. 394.

[385]

Ibíd.Ibíd., pp. 395-396.

[386]

Gregg (2013).
[387]

Fundación Heritage (2018), p. 3 y p. 7.

[388]

Ricardo Hausmann y Francisco Rodríguez (editores)., *Venezuela before Chávez: Anatomy of an Economic Collapse* (University Park: Pennsylvania State University Press, 2014), p. 1.
[389]

Ibid.

[390]

Omar Bello y Adriana Bermúdez, “The Incidence of Labor Market Reforms on Employment in the Venezuelan Manufacturing Sector, 1995–2001”, incluido en Hausmann y Rodríguez (2014), p. 117.
[391]

A. C. Clark, *The Revolutionary Has No Clothes: Hugo Chávez's Bolivarian Farce* (Nueva York: Encounter Books, 2009), pp. 55–56. [392]

Stefan Wirner, “Die deutsche Linke nimmt sich Chávez als Vorbild”, *Die Welt* (29 de noviembre de 2007). Disponible en: <http://www.welt.de/politik/article1412494 Die-deutsche-Linke-nimmt-sich-Chavez-als-Vorbild.html>. Ver también: “Reaktionen: Wagenknecht preist Chávez’ Arbeit”, *Handelsblatt* (3 de marzo de 2013). Disponible en: <http://www.handelsblatt.com/politik/deutschland/reaktionen-wagenknecht-pre-ist-wirtschaftsmodell-von-chvez/7887454.html>. [393]

Hollander (2016), p. 256.

[394]

Ibíd., p. 256.

[395]

Ibíd., p. 257.

[396]

Clark (2009), p. 60.

[397]

Raúl Gallegos, *Crude Nation: How Oil Riches Ruined Venezuela* (Lincoln: Potomac Books, 2016), p. 80.
[398]

Ibíd.Ibíd., p. 81.

[399]

“Storm over Venezuela Oil Speech”, *BBC News* (4 de noviembre de 2006). Disponible en: <http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/americas/6114682.stm.>.
[400]

Gallegos (2016), p. 84.

[401]

Harald Neuber, “Billiges Heizöl für 16 US-Bundesstaaten”, *Amerika21* (12 de diciembre 2007). Disponible en: <http://amerika21.de/nachrichten/inhalt/2007/dez/heizoel-fuer-usa>. Ver también: “Citgo–Venezuela Heating Oil Program”. Disponible en: <http://www.citgoheatingoil.com/whoweserve.html>.
[402]

Gallegos (2016), p. 84.

[403]

“Boykott: Venezuela kappt Exxon die Ölzufuhr”, *Der Spiegel* (13 de febrero de 2008). Disponible en: <http://www.spiegel.de/wirtschaft/boykott-venezuela-kappt-exx-on-die-oelzufuhr-a-534931.html>.
[404]

Gallegos (2016), p. 84.

[405]

Hans-Jürgen Burchardt, “Zurück in die Zukunft? Venezuelas Sozialismus auf der Suche nach dem 21. Jahrhundert”, incluido en *Venezuela heute: Politik, Wirtschaft, Kultur*, editado por Andreas Boeckh, Friedrich Welsch y Nikolaus Werz (Frankfurt: Vervuert Verlagsgesellschaft, 2011), pp. 439–440.
[406]

Sven Schaller, “Wandel durch Persistenz (Teil 1): Eine Analyse der Wirtschaftspolitik von Hugo Chávez”, *Quetzal* (marzo de 2013). Disponible en: <http://www.quetzal-leipzig.de/lateinamerika/venezuela/venezuela-wirtschaftspolitik-hugo-chavez-erdoel-wirtschaftsstruktur-19093.html>.
[407]

Gallegos (2016), p. 85.

[408]

Ibíd.., pp. 83–84.

[409]

Carl Moses, “Der Öl-Caudillo”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (27 de febrero de 2007). Disponible en: <http://www.faz.net/aktuell/wirtschaft/wirtschaftspolitik/hugo-chavez-der-oel-caudillo-1118662.html>.
[410]

Gallegos (2016), p. 24.

[411]

Clark (2009), pp. 46-47.

[412]

Ibíd.Ibíd., pp. 48-49.

[413]

Alexander Rommel, “Sozialstruktur, Armut, Ungleichheit und soziale Klassen”, incluido en Boeckh, Welsch y Werz (2011), p. 72. [414]

Ibíd., p. 71.
[415]

Klaus Ehringfeld, “Venezuela droht der Kollaps”, *Der Spiegel* (30 de mayo de 2017). Disponible en: <http://www.spiegel.de/wirtschaft/venezuela-droht-der-kollaps-a-1149662.html>.
[416]

Matthias Rüb, “Telenovela über Hugo Chávez: Er konnte Menschen verführen”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (1 de febrero de 2017). Disponible en: <http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/medien/el-comandante-eine-serie-ueber-hugo-chavez-14799710.html>.
[417]

Gallegos (2016), p. 23.

[418]

Véase: <http://www.govinfo.gov/content/pkg/CHRG-115hhrg24831/html/CHRG-115hhrg24831.htm>.
[419]

Gallegos (2016), p. 97.

[420]

Ibíd., pp. 37-38.

[421]

Ibíd., pp. 36-37.

[422]

Ibíd.Ibíd., p. 44.

[423]

Venezuela: “Wenn Hunger Grenzen überschreitet”, *Die Zeit* (6 de julio de 2016). Disponible en: <http://www.zeit.de/politik/ausland/2016-07/venezuela-krise-nahrung-gren-ze-kolumbien>.
[424]

“Venezuela: Von Hunger und Sterben”, *NDR* (emitido el 17 de julio de 2017).
[425]

Ver: <http://www.govinfo.gov/content/pkg/CHRG-115hhrg24831/html/CHRG-115hhrg24831.htm>.
[426]

Ehringfeld (2017).
[427]

Gallegos (2016), p. 85.

[428]

Ver: <http://www.govinfo.gov/content/pkg/CHRG-115hhrg24831/html/CHRG-115hhrg24831.htm>.
[429]

Thomas Schweizer, “So regiert Maduro sein Land in den Abgrund”, *Wirtschaftswoche* (25 de mayo de 2017). Disponible en: <http://www.wiwo.de/politik/ausland/venezuela-so-regiert-maduro-sein-land-in-den-abgrund/19850212.html>.
[430]

Ver: <http://www.govinfo.gov/content/pkg/CHRG-115hhrg24831/html/CHRG-115hhrg24831.htm>.
[431]

Ibíd., p. 29.
[432]

Patricio Meller, *The Unidad Popular and the Pinochet Dictatorship: A Political Economy Analysis* (Londres: Palgrave Macmillan, 2000), p. 28.
[433]

Ibíd., p. 33.

[434]

Stefan Rinke, *Kleine Geschichte Chiles* (Múnich: C. H. Beck, 2007), p. 146.
[435]

Ibíd.Ibíd., p. 147.

[436]

Meller (2000), p. 39.

[437]

Ibíd., p. 35.

[438]

Ibíd., p. 55.
[439]

Rinke (2007), p. 147.

[440]

Ibíd., p. 149.
[441]

Meller (2000), p. 70.
[442]

Rinke (2007), pp. 149-150.

[443]

Ibíd.Ibíd., p.150.

[444]

Meller (2000), p. 33.

[445]

Rinke (2007), pp. 153-154.

[446]

Friedman y Friedman (1998), p. 398.

[447]

Ibíd., pp. 398-407.

[448]

Richard W. Kahn, “A Tale of Two Economies”, *Washington Times* (2 de julio 2013). Disponible en: <http://www.washingtontimes.com/news/2013/jul/2/a-tale-of-two-economieschile-has-employed-free-mar>.
[449]

Meller (2000), p. 76.

[450]

Ibíd., p. 79.
[451]

Ibíd., pp. 80-81.

[452]

Ibíd.Ibíd., p. 86.

[453]

Rinke (2007), pp. 163-164.

[454]

Meller (2000), p. 121.

[455]

Arnold Harberger, “The Miracle of Chile”, incluido en *Up for Debate: Reform without Liberty: Chile’s Ambiguous Legacy*. Forma parte del apéndice *online* para la serie documental de televisión *Commanding heights*, emitida por PBS en 1998. Disponible en: <http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/ufd_reformliberty_full.html>.
[456]

Meller (2000), p. 142.

[457]

Milton Friedman, “The Chicago Boys”, incluido en PBS (2018). Ver: <http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/ufd_reformliberty_full.html>.
[458]

Sergio de Castro, “There’s No Doubt They’re Doing Better”, incluido en PBS (1998). Ver: <http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/ufd_reformliberty_full.html>.
[459]

En la escala de 0 a 100, donde 0 es igualdad máxima y 100 supone la mayor inequidad posible, Chile recibe 50,5 puntos, lo que supone el puesto 15 de desigualdad para el periodo comprendido entre 2010 y 2015.
[460]

Martin Hutchinson, “Rückkehr zum Vollblutkapitalismus”, *Handelsblatt* (19 de enero de 2010). Disponible en: <http://www.handelsblatt.com/meinung/kolumnen/chile-rueckkehr-zum-vollblutkapitalismus/3348842.html>.
[461]

Lisa Caspari, “Endstation Reichtum”, *Die Zeit* (27 de junio de 2017). Disponible en: <http://www.zeit.de/wirtschaft/2017-06/chile-neoliberalismus-armutsgrenze-wirtschaft-reichtum>.
[462]

Ibíd..

[463]

Alexander Busch, “Länderanalyse Chile: Gefangen in der Mittelschicht”, *Neue Zürcher Zeitung* (22 de febrero de 2017). Disponible en: <http://www.nzz.ch/wirtschaft/laenderanalyse-chile-gefangen-in-der-mittelschicht-ld.146938>.
[464]

Rinke (2007), p. 176.

[465]

Fundación Heritage (2018), pp. 3-7.

[466]

Fundación Heritage, *Index of Economic Freedom 2017* (Washington: Institute for Economic Freedom, 2017), p. 287. [467]

Nima Sanandaji, *Debunking Utopia: Exposing the Myth of Nordic Socialism* (Washington: WND Books, 2016), p. 104.
[468]

Ibíd., p. 88.

[469]

Ibíd., p. 89.
[470]

Ibíd.Ibíd., p. 94.

[471]

Assar Lindbeck, “The Swedish Experiment”, *Journal of Economic Literature* 35, n. 3 (1997), p. 1285.
[472]

Sanandaji (2016), p. 95.

[473]

Philip Mehrtens, *Staatsschulden und Staatstätigkeit: Zur Transformation der politischen Ökonomie Schwedens* (Frankfurt: Campus Verlag, 2014), p. 80.
[474]

Sanandaji (2016), p. 95.

[475]

Ibíd., p. 63.
[476]

Ibíd.Ibíd., pp. 64-66.

[477]

Mehrtens (2014), p. 82.

[478]

Lindbeck (1997), pp. 1274-1275.

[479]

Mehrtens (2014), p. 91.

[480]

Lindbeck (1997), pp. 1274-1275.

[481]

Mehrtens (2014), p. 92.

[482]

Ibíd., pp. 93-94.

[483]

Ibíd., p. 96.
[484]

Rüdiger Jungbluth, *Die elf Geheimnisse des IKEA-Erfolges* (Bergisch Gladbach: Bastei Lübbe (Bastei Verlag), 2008), p. 63. [485]

lbíd.lbíd..

[486]

Ibíd.

[487]

Ibíd.

[488]

Daniel Hammarberg, *The Madhouse: A Critical Study of Swedish Society* (Daniel Hammarberg, 2011), pp. 430–431.
[489]

Henrik Berggren, *Underbara dagar framför oss: En biografi över Olof Palme* (Estocolmo: Norstedt, 2010), p. 540.
[490]

Ibíd.Ibíd., pp. 540-541.

[491]

Ibíd., p. 540.

[492]

Ibíd., p. 541.

[493]

Jacob Sundberg, “Die schwedische Hochsteuergesellschaft: Eine Herausforderung an den Rechtsstaat”, incluido en *Selbstgefährdung der offenen Gesellschaft*, editado por Lothar Bossle y Gerhard Radnitzky (Würzburg: Naumann, 1982), p. 180. [494]

Ibíd.Ibíd., p. 181.

[495]

Ibíd.

[496]

Lindbeck (1997), p. 1275.

[497]

Mehrtens (2014), p. 99.

[498]

Ibíd., p. 100.
[499]

Ibíd.Ibíd., p. 180.

[500]

Sanandaji (2016), p. 134.
[501]

Mehrtens (2014), p. 117.

[502]

Ibíd.

[503]

Ibíd., p. 128.

[504]

Ibíd., p. 149.

[505]

Ibíd., p. 128.

[506]

Frank Bandau, “Soziale Ungleichheit im sozialdemokratischen Musterland Schweden”, *Verteilungsfrage* (30 de marzo de 2016). Disponible en: <http://verteilungsfrage.org/2016/03/soziale-ungleichheit-im-sozialdemokratischen-musterland-schweden>. Ver también: Mehrtens (2014), p. 174 y p. 193.
[507]

Mehrtens (2014), p. 194.

[508]

“Für deutsche Ohren mag es nach Überwachungsstaat klingen”, *Süddeutsche Zeitung* (10 de septiembre de 2014). Disponible en: <http://www.sueddeutsche.de/wirtschaft/schweden-steuererklaerung-per-sms-1.1728167–2>.
[509]

Assar Lindbeck, Per Molander, Torsten Persson, Olof Petersson, Agnar Sandmo, Birgitta Swedenborg y Niels Thygesen, *Turning Sweden Around* (Cambridge: MIT Press, 1994), pp. 2–7. [510]

Ibíd., p. 5.

[511]

Ibíd., p. 207.

[512]

Ibíd.Ibíd., p. 206.

[513]

Mehrtens (2014), p. 150.

[514]

Ibíd., p. 183.

[515]

Ibíd.Ibíd., p. 195.

[516]

Ver: <http://www.tu-chemnitz.de/wirtschaft/vwl2/downloads/material/Staatsquote_2012.pdf>.
[517]

Bandau (2016).
[518]

Piketty (2014), p. 344.

[519]

Malin Sahlén y Salim Furth, “Piketty Is Misleading about the Swedish Case”, incluido en Delsol, Lecaussin y Martin (2017), pp. 97–100.
[520]

Ibíd., p. 97.

[521]

Sanandaji (2016), p. 151.

[522]

Ibíd., p. 157.

[523]

Rudolf Hermann, “Finanzministerin Blind im ‘Budget-Maserati’”, *Neue Zürcher Zeitung* (14 de abril de 2016). Disponible en: <http://www.nzz.ch/wirtschaft/wirtschaftspolitik/kraeftiges-wirtschaftswachstum-schweden-auf-der-ueberhol-spur-ld.13596>. [524]

Erich Weede, “Wirtschaftliche Freiheit: Hintergrundbedingungen, Auswirkungen und Gefährdungen”, *Wirtschaftspolitische Blätter* n. 3–4 (2014), p. 448.
[525]

Fundación Heritage (2018). Datos accesibles en: <http://www.heritage.org/index/explore>.
[526]

Ibíd..
[527]

lbíd.lbíd..
[528]

Ibíd..

[529]

lbíd.lbíd..
[530]

Heritage (2018), p. 40.

[531]

Ibíd., p. 32.

[532]

Ibíd., p. 48, p. 56 y p. 64.

[533]

Ibíd., p. 19.

[534]

Ibíd.Ibíd., p. 1.

[535]

Kristian Niemietz, *Redefining the Poverty Debate: Why a War on Markets Is No Substitute for a War on Poverty* (Londres: Institute of Economic Affairs, 2012), p. 288.
[536]

Weede (2014), p. 447.

[537]

James Gwartney, “Freiheit und Wohlfahrt: Ein globaler Zusammenhang”, incluido en *Das Ende der Armut: Chancen einer globalen Marktwirtschaft*, editado por Christian Hoffmann y Pierre Bessard (Zürich: Liberales Institut Zürich, 2012), pp. 36–37. Datos de pobreza para 2005.
[538]

Ibíd., p. 39. Datos de esperanza de vida para 2009.
[539]

Martin Lanz, “Je mehr Wohlstand, desto weniger anteilige Ausgaben für Essen: Ein positiver Zusammenhang?”, *Neue Zürcher Zeitung* (2 de noviembre de 2017). Disponible en: <http://www.nzz.ch/wirtschaft/je-hoeher-der-wohlstand-desto-kleiner-der-anteil-der-essensausgaben-ein-uneingeschraenkt-positiver-zusammen-hang-ld.1321011>.
[540]

Weede (2014), p. 448.

[541]

Heritage (2018), p. 64.

[542]

Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, *Human Development Report 2016* (Nueva York: United Nations, 2016), p. 198.
[543]

La comparación toma como referencia las dos versiones más recientes de ambos índices en el momento en que se escribieron estas líneas (2018 en el caso del Índice de Libertad Económica, 2016 en el caso del Índice de Desarrollo Humano).
[544]

Datos para junio de 2018. Véase: <http://fred.stlouisfed.org/series/CSUSHPINSA>.
[545]

Jerry H. Tempelman, “Austrian Business Cycle Theory and the Global Financial Crisis: Confessions of a Mainstream Economist”, *Quarterly Journal of Austrian Economics* n. 13, n. 1 (2010), p. 6. [546]

William A. Fleckenstein y Frederick Sheehan, Greenspan's Bubbles: The Age of Ignorance at the Federal Reserve (Nueva York: McGraw-Hill Professional, 2008), p. 125.
[547]

Adrian Ravier y Peter Lewin, “The Subprime Crisis”, *Quarterly Journal of Austrian Economics* n. 15, n. 1 (2012), p. 49.
[548]

Tempelman (2010), p. 5.

[549]

Ibíd., p. 5.

[550]

Ravier y Lewin (2012), p. 57.

[551]

Johan Norberg, *Financial Fiasco: How America's Infatuation with Homeownership and Easy Money Created the Economic Crisis* (Washington: Cato Institute, 2009), p. 12.
[552]

Robert J. Shiller, *Irrational Exuberance* (Princeton: Princeton University Press, 2015), p. 62. [Trad. esp.: *Exuberancia irracional*, Barcelona: Deusto, 2015].
[553]

Norberg (2009), p. 6.

[554]

Ibíd., p. 6.
[555]

Ibíd.Ibíd., p. 8.

[556]

Thomas E. Woods Jr., *Meltdown: A Free-Market Look at Why the Stock Market Collapsed, the Economy Tanked, and Government Bailouts Will Make Things Worse* (Washington: Regnery, 2009), p. 17.
[557]

Ravier y Lewin (2012), p. 5..
[558]

Norberg (2009), p. 28.

[559]

Scott Shane, “A Political Gadfly Lampoons the Left via YouTube”, *New York Times* (18 de septiembre de 2009). Disponible en: <http://nytimes.com/2009/09/19/us/19sting.html>.
[560]

Woods (2009), p. 21.

[561]

Wolfgang Köhler, *Wall Street in Panik* (Murnau: Mankau Verlag, 2008), pp. 45–46.
[562]

Norberg (2009), p. 26.

[563]

Ravier y Lewin (2012), pp. 55-56.

[564]

Norberg (2009), p. 30.

[565]

Woods (2009), p. 15.

[566]

Ravier y Lewin (2012), p. 55.

[567]

Norberg (2009), p. 33.
[568]

Ibíd., p. 41.

[569]

Ibíd.Ibíd., p. 42.

[570]

Alan Greenspan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World* (Nueva York: Penguin, 2007), p. 233. [Trad. esp.: *La era de las turbulencias. Aventuras de un nuevo mundo*, Barcelona: EDB, 2008]
[571]

Köhler (2008), p. 78.

[572]

Fleckenstein y Sheehan (2008), p. 138.

[573]

Rainer Sommer, *Die Subprime-Krise: Wie einige faule US-Kredite das internationale Finanzsystem erschüttern* (Hannover: Heisoft, 2008), caps. 1 y 2.
[574]

Köhler (2008), pp. 40-41.

[575]

Para una explicación del Case-Shiller Index, ver: <http://en.wikipedia.org/wiki/Case%E2%80%93Shiller_index>. [576]

Hans-Werner Sinn, *Die Target-Falle: Gefahren für unser Geld und unsere Kinder* (Múnich: Carl Hanser Verlag, 2012), p. 27. [577]

Ibíd., p. 31.

[578]

Ibíd., p. 88.
[579]

Bert Flossbach y Philipp Vorndran, *Die Schuldenlawine: Eine Gefahr für unsere Demokratie, unseren Wohlstand und ihr Vermögen* (Múnich: FinanzBuch Verlag, 2012), pp. 19–20. Flossbach y Vorndran se basan en cálculos de Carmen M. Reinhart y Kenneth S. Rogoff.
[580]

Sinn (2012), p. 127.

[581]

Konrad Hummler, “Von der Gier zum Anstand”, incluido en *Der Liberalismus: Eine zeitlose Idee – Nationale, europäische und globale Perspektiven*, editado por Gerd Habermann y Marcel Studer (Múnich: Olzog, 2011), p. 209.
[582]

Norberg (2009), p. 132.

[583]

Ibíd., p. 51.

[584]

Richard Bookstaber*, A Demon of Our Own Design: Markets, Hedge Funds, and the Perils of Financial Innovation* (Nueva York: John Wiley & Sons, 2007), p. 257. 5

[585]

Hollander (2016), p. 9.

[586]

Alan S. Kahan, *Mind vs. Money: The War between Intellectuals and Capitalism* (New Brunswick: Transaction, 2010), p. 12.
[587]

Friedrich Hayek, “The Intellectuals and Socialism”, *The University of Chicago Law Review*, edición de primavera de 1949 (Chicago: 1949), pp. 417-420, pp. 421-423 y 425-433. Ver también: George B. de Huszar (editor), *The Intellectuals: A Controversial Portrait* (Glencoe: the Free Press, 1960), pp. 371-84.
[588]

Ibíd., p. 372.

[589]

Ibíd.Ibíd., p. 374.

[590]

Hollander (2016), p. 4.

[591]

Kahan (2010), p. 17.

[592]

Thomas Cushman, “Intellectuals and Resentment toward Capitalism”, *Society* 49, n. 3 (2012), p. 248.
[593]

Edward N. Luttwak, *Strategy and Politics: Collected Essays* (Piscataway: Transaction, 1980), p. 319.
[594]

George Gilder, *Wealth and Poverty* (Nueva York: Basic Books, 1981), p. 97.
[595]

Ibíd., p. 99.

[596]

Alain de Benoist, *On the Brink of the Abyss: The Imminent Bankruptcy of the Financial System* (Budapest: Arktos Media, 2015), p. 158.
[597]

Thomas Wagner, *Die Angstmacher: 1968 und die Neuen Rechten* (Berlín: Aufbau Verlag, 2017), p. 65.
[598]

Kahan (2010), p. 22.
[599]

Robert Velten, “Die Soziologie der antiken Reichtumsphilosophie”, incluido en *Reichtum und Vermögen: Zur gesellschaftlichen Bedeutung der Reichtums- und Vermögens-forschung*, editado por Thomas Druyen, Wolfgang Lauterbach y Matthias Grundmann (Wiesbaden: Verlag für Sozialwissenschaften, 2009), p. 245.
[600]

Ibíd., p. 245.

[601]

Ibíd., p. 245.
[602]

Ibíd., p. 249.

[603]

Rainer Zitelmann, “Träume vom neuen Menschen”, incluido en *Hat die politische Utopie eine Zukunft?*, editado por Richard Saage (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992).
[604]

Tomás Moro, *Utopia*. [Trad. esp.: *Utopía*, Barcelona: Abraxas, 2019].
[605]

Ibíd.Ibíd., p. 46.

[606]

Helmut Schoeck, *Envy: A Theory of Social Behaviour* (Indianápolis: Liberty Fund, 1966), pp. 191–192.
[607]

Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (Londres: George Allen & Unwin, 1976), pp. 153–154. [Trad. esp.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona: Página Indómita, 2015].
[608]

Kahan (2010), pp. 20-21.

[609]

Vladimir I. Lenin, “What Is To Be Done? Burning Questions of Our Movement”, incluido en *Lenin’s Collected Works* (Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1961), vol. 5, p. 382. [Trad. esp.: *¿Qué hacer?*, Madrid: Alianza Editorial, 2016].
[610]

Ibíd., p. 375.

[611]

Ibíd., pp. 383-384.

[612]

Hayek (1949), p. 371.

[613]

Delsol, Lecaussin y Martin (2017).
[614]

Piketty (2014), p. 31.
[615]

Ibíd., caps. 14. y 15.

[616]

Kahan (2010), p. 21.

[617]

Joseph Stiglitz, *The Great Divide: Unequal Societies and What We Can Do about Them* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 2015), p. 346. D[Trad. esp.: *La gran brecha*, Barcelona: Taurus, 2015].
[618]

Ibíd., p. 347.

[619]

Ibíd., p. 347.
[620]

Ibíd.Ibíd., p. 349.

[621]

Roland Baader, *Totgedacht: Warum Intellektuelle unsere Welt zerstören* (Gräfelfing: Resch-Verlag, 2002), p. 126.
[622]

Hollander (2016), p. 7.

[623]

Ferdinand Lundberg, *The Rich and the Super-Rich: A Study in the Power of Money Today* (Nueva York: Lyle Stuart, 1968), p. 85. [624]

Ibíd., p. 83.
[625]

Michael Hartmann, “Der Mythos von den Leistungseliten: Spitzenkarrieren und soziale Herkunft”, incluido en *Wirtschaft, Politik, Justiz und Wissenschaft* (Frankfurt: Campus Verlag, 2002), pp. 132–134.
[626]

En mi tesis doctoral repaso esta cuestión. Ver: Rainer Zitelmann, *The Wealth Elite: A Groundbreaking Study of the Psychology of the Super-Rich* (Londres: LID Publishing, 2018), pp. 24–36.
[627]

Helmut Schoeck, *A theory of social behaviour* (Indianápolis: Liberty Fund, 1987).
[628]

Friedrich Hayek, “Rules, Perception and Intelligibility”, incluido en *Studies in Philosophy, Politics and Economics* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1967), p. 43. [Trad. esp.: *Estudios de filosofía, política y economía*, Madrid: Unión Editorial, 2012].
[629]

Ibíd., p. 4.

[630]

Ibíd., p. 43.
[631]

Michael Polanyi, *The Tacit Dimension* (Londres: Routledge, 1966), p. 4.
[632]

Ibíd.Ibíd., p. 6.

[633]

Ibíd., p. 20.

[634]

Georg Hans Neuweg, *Könnerschaft und implizites Wissen: Zur lehr- und lerntheore- tischen Bedeutung der Erkenntnis- und Wissenstheorie Michael Polanyis* (Münster: Waxmann, 2001), pp. 25–26..
[635]

Zitelmann (2018), cap. 13.
[636]

Autores como Malcolm Gladwell y Michael Mauboussin han cosechado grandes éxitos editoriales con libros que tocan esta cuestión.
[637]

Robert Nozick, “Why Do Intellectuals Oppose Capitalism?”, incluido en Socratic Puzzles (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997). [Trad. esp.: “¿Por qué se oponen los intelectuales al capitalismo?”, *La Ilustración Liberal*, n. 13-14. Disponible en: <http://www.clublibertaddigital.com/ilustracion-liberal/13-14/por-que-se-oponen-los-intelectuales-al-capitalismo-robert-nozick.html>].
[638]

Ralf Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany* (Nueva York: Doubleday, 1967), p. 291.
[639]

Ibíd., p. 282.
[640]

Ludwig von Mises, *The Anti-capitalist Mentality* (Indianápolis: Liberty Fund, 2006), pp. 11–12. [Trad. esp.: *La mentalidad anticapitalista*, Madrid: Unión Editorial, 2011].
[641]

Ibíd.Ibíd., p. 12.

[642]

Ibid, pp. 12-13.

[643]

Cushman (2012), p. 249.
[644]

Ayn Rand, *For the New Intellectual: The Philosophy of Ayn Rand* (Nueva York: Random House, 1961), p. 40. [Trad. esp.: *El nuevo intelectual*, Buenos Aires, Grito Sagrado, 2013].
[645]

Hayek siempre empleó el término liberal en el sentido europeo, es decir, de acuerdo con la tradición de *laissez faire* y gobierno limitado.
[646]

Hayek (1949), p. 382.
[647]

Ibíd., p. 384.
[648]

Henri Barbusse, *Stalin: A New World Seen through One Man* (Londres: Workers' Bookshop, 1935), p. 289.
[649]

Holander (2016), p. 423.

[650]

Mark Lilla, *The Reckless Mind: Intellectuals and Politics* (Nueva York: New York Review Books, 2001), pp. 164–165.
[651]

Hollander (2016), p. 194.

[652]

Roger Scruton, *Fools, Frauds and Firebrands: Thinkers of the New Left* (Londres: Bloomsbury, 2016), p. 94. [Trad. esp.:*Pensadores de la nueva izquierda*, España: Rialp, 2017].
[653]

Daniel Bultmann, *Kambodscha unter den Roten Khmer: Die Erschaffung des perfekten Sozialisten* (Paderborn: Verlag Ferdinand Schöningh, 2017), p. 15. Ver también: Hollander (2016), pp. 201-202.
[654]

Lilla (2001), p. 150.

[655]

Gerd Koenen, *Die Farbe Rot: Ursprünge und Geschichte des Kommunismus* (Múnich: C. H. Beck, 2017), p. 991.
[656]

Lion Feuchtwanger, *Moscow 1937: My Visit Described for My Friends* (Nueva York: Viking Press, 1937), p. 111.
[657]

Ibíd., p. 55.
[658]

Andreas Rüesch, “Wieso es in Russland wieder salonfähig ist, Stalin zu verehren”, *Neue Zürcher Zeitung* (24 de octubre de 2017). Disponible en: <http://www.nzz. ch/international/stalin-und-die-sehnsucht-nach-der-starken-hand-ld.1323741>.
[659]

Koenen (2017), p. 1031.

[660]

Ibíd., p. 1001.

[661]

Marco Carini, *Die Achse der Abtrünnigen: Über den Bruch mit der Linken* (Berlín: Rotbuch Verlag, 2012), p. 21, p. 43, p. 52, p. 56, p. 61 y pp. 145–146. Estos pasajes demuestran que muchos de los supuestos *conversos* no han abandonado por completo su recelo o incluso su abierta hostilidad ante el capitalismo.

.

[662]

Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom* (Londres: Routledge 2001), p. 45. [trad. esp.: *Camino de servidumbre*, Madrid: Unión Editorial, 2017].
[663]

Anthony de Jasay, “Über Umverteilung”, incluido en *Wider die Wohlstandsdiktatur: Zehn liberale Stimmen*, editado por Roland Baader (Múnich: Resch-Verlag, 1995), pp. 21–32.
[664]

Véase: Voegeli (2010).

[665]

Bertolt Brecht, “Alfabet”, incluido en la recopilación *The Collected Poems of Bertolt Brecht* (Nueva York: Liveright, 2018).
[666]

Bloomberg Billionaires Index 2018. Disponible en: <http://www.bloomberg.com/billionaires>.
[667]

Jason L. Riley, *Please Stop Helping Us: How Liberals Make It Harder for Blacks to Succeed* (Nueva York: Encounter Books, 2014), pp. 85–110.
[668]

Datos de deuda sobre PIB publicados por el FMI, disponibles en: <http://www.fmi.org>.
[669]

Voegeli (2010).
[670]

Ibíd., p. 43.
[671]

Ibíd., p. 47.
[672]

René Zeyer, *Armut ist Diebstahl: Warum die Armen uns ruinieren* (Frankfurt: Campus Verlag, 2013), p. 161.
[673]

Ibíd., p. 53.
[674]

Ibíd.Ibíd., p. 56.

[675]

James D. Gwartney, Richard L. Stroup, Dwight R. Lee, Tawni H. Ferrarini y Joseph P. Calhoun, *Common Sense Economics: What Everyone Should Know about Wealth and Prosperity* (Nueva York: St. Martin's Press, 2016), pp. 141–149.
[676]

Kristian Niemitz, “Redefining the Poverty debate”, *IEA Research Monograph 67* (Londres: Institute of Economic Affairs, 2012).
[677]

Allan Drazen y Vittorio Grilli, “The Benefit of Crisis for Economic Reforms”, *American Economic Review* 83, n. 3 (1993), p. 598.
[678]

Los nacionalsocialistas del NSDAP y los comunistas del KPD sumaron en las elecciones de 1932 un total de 319 sobre los 608 escaños del *Reichstag*.
[679]

Rainer Zitelmann, *Hitler: The Policies of Seduction* (Londres: London House, 1999), pp. 221–269.
[680]

Friedrich Pollock, “Ist der Nationalsozialismus eine neue Ordnung?”, incluido en *Wirtschaft, Recht und Staat im Nationalsozialismus: Analysen des Instituts für Sozialforschung 1939–1942*, editado por Helmut Dubiel and Alfons Söllner (Frankfurt: Europäische Verlags-Anstalt, 1981), p. 113.
[681]

Hans F. Sennholz, “Über den Abbau von Armut und Ungleichheit”, includo en *Wider die Wohlstandsdiktatur: Zehn liberale Stimmen,* editado por Roland Baader (Múnich: Resch-Verlag, 1995), p. 123.
[682]

Fondo Monetario Internacional (FMI), *Global Financial Stability Report: Is Growth at Risk?* (octubre de 2017). Disponible en: <http://www.imf.org/en/Publications/GFSR/Issues/2017/09/27/global-financial-stability-report-october-2017>.
[683]

Kenneth S. Rogoff y Carmen M. Reinhart, *This Time Is Different: Eight Centuries of Financial Folly* (Princeton: Princeton University Press, 2009). [Trad. esp.: *Esta vez es distinto. Ocho siglos de necedad financiera*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2012].
[684]

Flossbach y Vorndran (2012), pp. 19–20. Los autores se basan en los cálculos de Rogoff y Reinhart (2009).
[685]

FMI (2017).